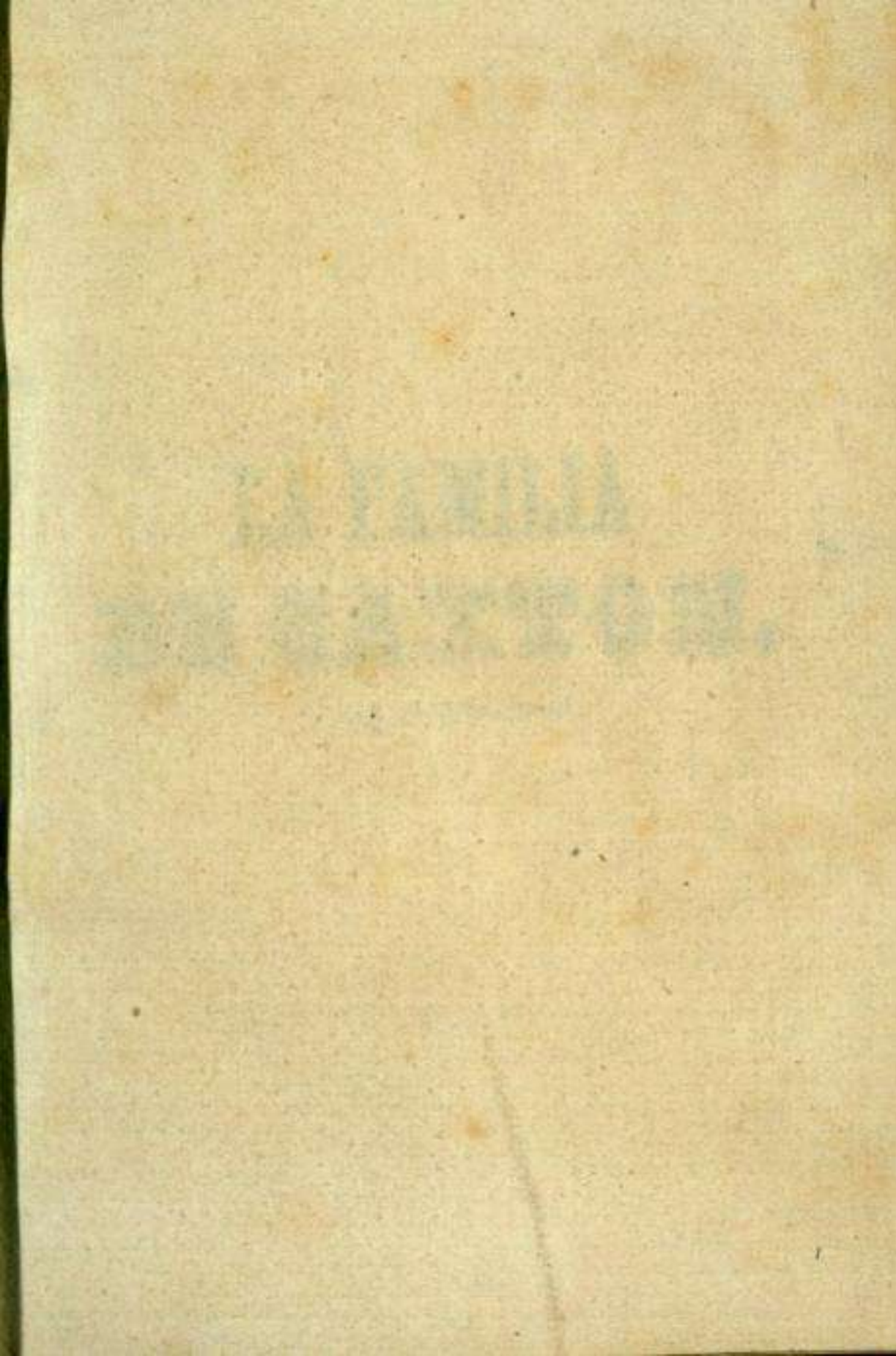
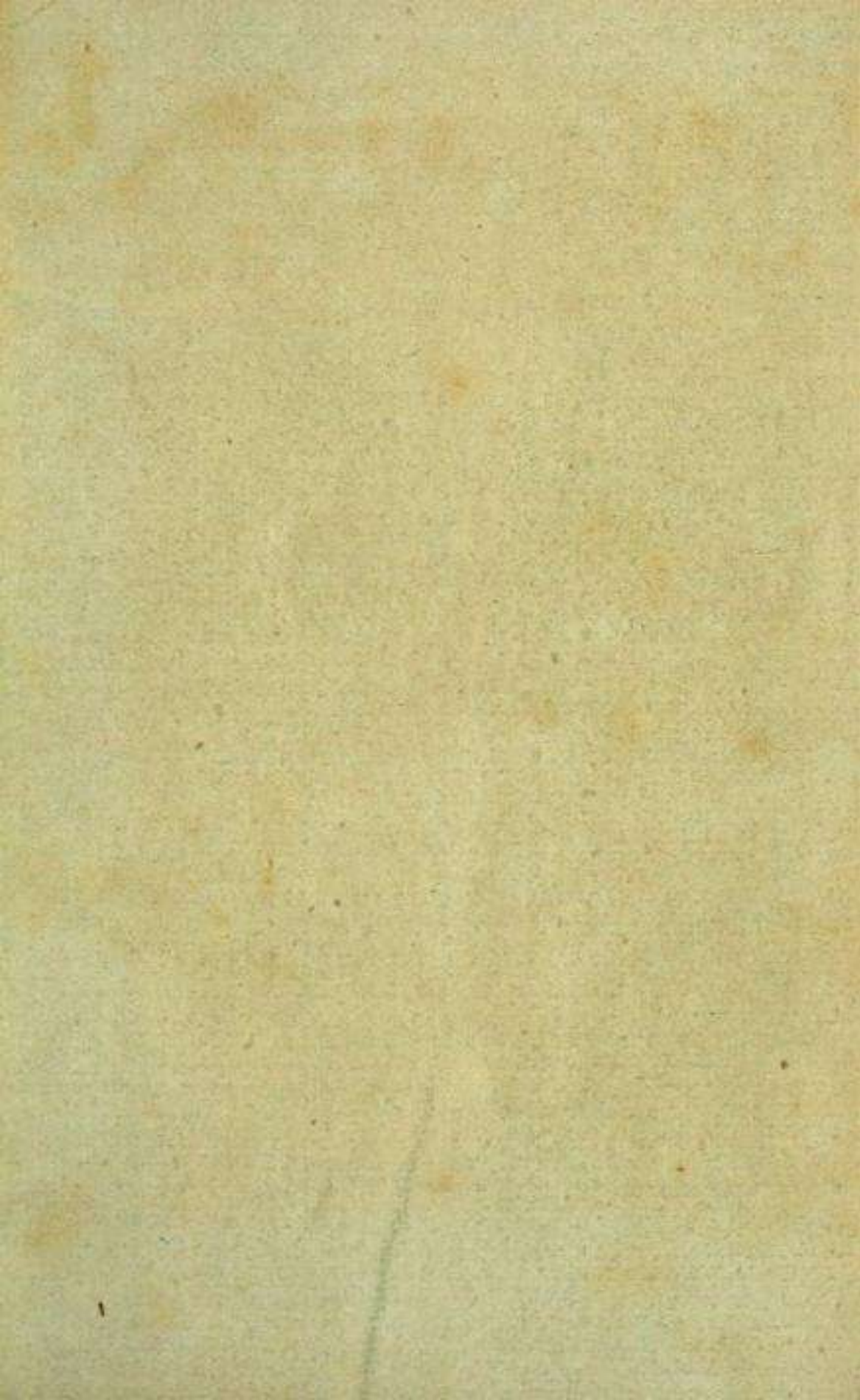
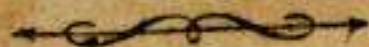


2





**LA FAMILIA
DE CAXTON.**



ALUMNAE
DE CLARKSON

242

LA FAMILIA

1425

DE CAXTON,

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR SIR EDUARDO LYTTON BULWER.

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. JOSÉ TORA.

==

TOMO IV.



Sevilla.-1855.

IMP. DE LA LIBERTAD CENTINELA DE ANDALUCÍA
Calle de los Lombardos.

LA FAMILIA

DE CASTELL

THE ...

==



TOMO II

1873

FOR THE ...

CAPITULO VII.

Me fui en busca de Francisco Vivian, porque desde mi salida de casa del señor Trevanion abrigaba algun temor acerca de lo que habria sido de él, pero mi nuevo amigo no estaba en casa. Fuíme á la orilla opuesta del Támesis á dar un paseo por los arrabales y empecé á reflexionar acerca del partido que mas me convenia tomar. Al renunciar á mi plaza de secretario, renunciaba á una rápida y brillante carrera, pero conocia que era preciso, si habia de fortalecer mis buenas resoluciones, dedicarme á cualquiera trabajo sério, á un estudio regular. La tranquilidad de los colegios de Cambridge que me habia espantado en otro tiempo por su mó-

notonía y su tristeza, se ofrecia ahora á mis ojos bajo un aspecto seductor, formando contraste con el brillo deslumbrador de aquel mundo de Lóndres en donde mi desgraciado amor acababa de agotar mis esperanzas. Parecíame que encontraría allí lo que mas podia desear, un nuevo teatro; una nueva arena, un verdadero rejuvenecimiento, el reposo que necesitaban mis pasiones prematuramente escitadas, y la actividad para encarrilar mi inteligencia en un sendero mas natural. No habia yo perdido el tiempo en Lóndres, pues allí encontró sabroso pasto mi espíritu, sino en los estudios puramente clásicos, al menos en los hábitos de aplicacion, aumentando por este medio mis recursos intelectuales. En su consecuencia me resolví á consultar con mi padre esta materia, pero ví que se me habia anticipado en ella; mi madre me condujo á su gabinete respondiendo con una sonrisa á la mia y poniendo en mi conocimiento que de acuerdo con su querido Agustín, habia pensado que lo mejor seria dejar á Lóndres á la mayor brevedad posible. «Tu padre, me dijo, segun me ha manifestado no necesita asistir ya

á la biblioteca; dentro de pocos dias cumple el arriendo del cuarto; el verano se viene en cima á mas andar, la ciudad está insoportable y la campiña florida y hermosa; en una palabra, nos volveremos á casa. Una vez allí puedes prepararte durante las vacaciones para entrar en la universidad; y—añadió mi madre con alguna vacilacion, despues de recomendar-me el que me cuidase—tu padre, que no cuenta con medios bastantes para señá-larte una asignacion conveniente, confia en que no tardarás en aminorar sus gastos alcanzando una pension universitaria.» No pude menos de conocer qué ternura tan delicada habia en estas palabras, hasta en las alusivas á la pension, que tenían por objeto inspirarme una nueva ambicion: esperimé tanta satisfaccion como agradecimiento.

—¿Pero vendrá con nosotros el tio Rolando y mi prima Blanca? pregunté á mi madre.

—Me temo que no, respondió esta, porque Rolando tiene mucha prisa por volver á su torre, y dentro de pocos dias se hallará en disposicion de emprender la marcha.

—¿No cree V., madre mia, que la enfermedad de tío ha sido causada, mas bien que por los padecimientos físicos, por los morales; y que su hijo no ha sido ageno á ellos?

—No tengo la menor duda, querido Sisty; ¡qué corazón tan depravado debe tener ese jóven.

—Por lo visto ha perdido mi tío toda esperanza encontrarlo en Lóndres; de otro modo, débil como lo está aun, estoy seguro de que no le hubiéramos podido sujetar en casa: por fin se ha decidido á marcharse á su castillo. Pobre hombre, y que vida tan triste le espera.... Tendremos que ir á hacerle alguna visita... ¿Ha mentado Blanca alguna vez á su hermano?

—No, porque al parecer vivieron poco tiempo juntos... ó al menos no se acuerda de él... ¡Qué graciosa es! ¡Su madre debió haber sido muy linda.

—No hay duda en que es una criatura encantadora, aunque su hermosura es de un carácter particular. (Qué ojos tan rasgados!... y cuanta amabilidad la suya! quiere entrañablemente á su padre.

Aquí terminó nuestra conversacion.

Resuelto ya nuestro plan, no habia tiempo que perder para ver á Vivian y acordar lo conveniente respecto á él. Despojado enteramente de sus maneras salvajes y con un aspecto mas civilizado, me ofrecia bastantes garantías para que al fin, me resolviese á presentarlo personalmente al señor Trevanion. Sabia yo que despues de lo ocurrido se apresuraria aquel señor á complacerme; sin embargo, quise consultarlo con mi padre: al presente nada le habia dicho de mi nuevo amigo, porque no se habia ofrecido coyuntura para ello ni yo la habia buscado. En medio de sus sábias ocupaciones, ¿qué interés habia de despertar en él, Vivian? Y si por el contrario manifestaba mi padre deseos de verle, ¿qué le responderia yo despues de las objeciones equivocadas que se me habian hecho? Sin embargo, como íbamos á partir, esta última consideracion perdió toda su importancia para mi; y una mañana, cuando el sábio se marchaba al Museo, enlacé mi brazo con el suyo y fuile contando por el camino, con la posible brevedad, las circunstancias que me habian puesto en contacto con Vivian. Al principio interesó muy poco á mi padre esta narracion, y

á pesar de ponerle de manifiesto nuestra mútua situacion, no comprendió bien todas las contradicciones de aquel carácter particular—¿cómo habia de comprenderlas? Cuando le manifesté que pensaba recomendarle al Sr. Trevanion, respondiome: «Segun veo, por lo que me dices, todo el patrimonio de ese jóven se reduce á una educacion muy descuidada; el apoyo que Trevanion podrá prestarle será para él un recurso tan incierto como transitorio; mejor será, pues, que hables á tu tio Joaquin sobre el particular... No dudo que le colocará de corrector de algun periódico, ó de alguna empresa literaria, si es apto para el caso. Pero si te propones llevar á tu amigo adelante en la buena senda, es preciso asegurarle su existencia material proporcionándole una ocupacion estable y regular.»

Dicho estó, me dejó mi padre y entróse en el Museo.

¡Corrector de un periódico ó de una empresa literaria! Linda perspectiva para un jóven de las pretensiones y de la insolente vanidad de Francisóo Vivian, cuya ambicion se lanzaba ya mas allá de sus primeros ensueños de guantes amarillos y ca-

briolé! Imposible era que accediese. Sin embargo, á pesar de hallarme convencido de ello, me encaminé á casa de Vivian, y esta vez le encontré. Hallábase de pié junto á la ventana, con los brazos cruzados y entregado á una meditacion tan profunda que no me vió entrar hasta que le puse una mano en el hombro.

—¡Ola! dijo exalando uno de sus impacientes suspiros, creía que me habia usted abandonado, olvidándose... Pero parece que despues de nuestra vista le encuentro á V. muy pálido, y hasta mas delgado.

—No se ocupe V. de mí, Vivian; ahora vamos hablar de V. Ya he salido de casa del Sr. Trevanion, se ha resuelto que ingresaré en la universidad y la próxima semana dejamos todos á Lóndres.

—¿La próxima semana?... ¡Todos! ¿Y qué quiere V. decir con todos?

—Toda la familia: mis padres, mi tio, mi prima y yo. Vamos, querido Vivian, ocupémonos formalmente de V.: he pensado presentarle al Sr. Trevanion.

—Pero es preciso tener en cuenta que el Sr. Trevanion, aunque de buen fondo, es bastante exigente, y además, como son tan distintas y constantes sus

ocupaciones, podría suceder que en uno ó dos meses no le diera á V. trabajo. Me ha dicho V. que no teme trabajo..... ¿le disgustaría si no pudiera desempeñarlo con guantes amarillos? Jóvenes hay de familias distinguidas que han empezado su carrera, como es notorio, por correctores de un periódico, ó redactores de las sesiones de la Cámara. Esta ocupacion es muy honrosa, muy buscada, y no muy fácil de alcanzar; sin embargo, creo....

—Doy á V. mil gracias, me interrumpió Vivian; pero lo que me acaba Vd. de decir, me confirma en la resolucien que tenia tomada antes ya de que V. viniera. Voy á conciliarme con mi familia y á volver á la casa paterna.

—¡Ah! ¡cuánta seria mi alegría! Cuánto no le honraria á usted un proceder semejante!

Vivian volvió bruscamente la cabeza y me dijo:

—Ya lo vé V.; sus cuadros de familia, y de la felicidad doméstica, me han seducido mas de lo que Vd. creia. ¿Cuándo se marcha V. de Londres?

—A priniepios de la próxima seman como le he dicho á Vd.

—¡Tan pronto! respondió Vivian con aire pensativo. ¡Enhorabuena! ¡Quizás tenga V. que presentarme al señor Trevanion, porque..... ¿quién sabe? puedo indisponerme de nuevo con mi familia; pero, en fin, lo reflexionaré: tengo una idea de que me dijo usted que ese señor Trevanion era amigo de su padre ó de su tío de V....

—Si, de los dos, ó por mejor decir, á quien conocieron mucho en otro tiempo, fué á lady Leonor.

—Y como es consiguiente, el Sr. Trevanion atenderá la recomendacion de Vd.... pero tal vez no la necesite.... Segun eso ha dejado V.... por su gusto... una colocacion que, á mi entender, debia serle mucho mas alhagüeña que los estudios universitarios..... ¿Por qué la dejó V.?

Al dirigirme Vivian esta pregunta, fijó en mí una mirada penetrante y escudriñadora.

Mi respuesta fué evasiva.

—Solo estaba en casa del Sr. Trevanion por un tiempo dado... me habian puesto allí como en nodriza, hasta que la universidad, Alma-Mater como se denomina el clásico santuario, quisiese abrirme sus brazos.

Vivian aparentó no quedar muy satisfe-

cho con mis esplicaciones, pero no me hizo mas preguntas sobre la materia, mudando él mismo de conversacion con mas afabilidad de la que solia usar conmigo. Pidióme noticias acerca de los proyectos de mi familia, é hizo que le describiese la vida que hacíamos en el campo. No pudo menos de conmoverme su afectuosa calma, y mas de una vez me pareció ver asomar una lágrima á sus brillantes ojos: por último, nos separamos dándonos pruebas de sinceridad, por mi parte al menos, y en la apariencia por la suya. Hasta entonces se habian resentido nuestras relaciones de la falta de los cimientos de la intimidad, porque siempre habia reinado entre nosotros cierta reserva. ¿Cómo no habia de suceder así cuando el uno se mostraba desconfiado, y el otro experimentaba con la admiracion y la simpatia, cierto temor sospechoso?

Antes que trajesen luces á la sala, preguntóme aquella noche mi padre, volviéndose súbitamente hácia mi, si habia visto á mi amigo y que pensaba hacer.

— Quiere volver al seno de su familia, le respondí.

El tío Rolando que recostado en su

sillon parecia dormitar, preguntó con inquietud:

—¿Quién vuelve al seno de su familia?

—Has de saber, dijo mi padre, que Sisty ha pescado un amigo, cuyos antecedentes no serian muy satisfactorios para la policia, y que ademas ha tomado á su cargo el remedio de sus necesidades. Ya puedes tenerte por dichoso, Sisty, si es que no te ha limpiado los bolsillos, aunque algo bueno apostaria á que lo ha hecho sin que te hayas apercebido de ello. ¿Cómo se llama.

—Vivian, respondi—Francisco Vivian.

—Bonito nombre y oriundo del pais de Cornouailles, dijo mi padre; algunos lo hacen proceder de los romanos... Vivian; otros los atribuyen á una palabra suelta que significa...

—¡Vivian! interrumpió el tio Rolando; ¡Vivian! tal vez sea el hijo del coronel Vivian.

—Fuerza es que sea hijo de una persona de valor, repuse yo, pero nunca quiso decirme quien fuese su familia.

—¡Vivian repitió mi tio, pobre coronel Vivian! Al fin vuelve ese jóven al lado de su padre; no tengo duda de que es el mismo. ¡Ah!

—¿Cómo conoció V. al coronel Vivian y á su hijo? pregunté; hágame V. el favor de decirme, porque ese jóven me interesa mucho.

—No conozco ni al otro... pero oí hablar de ellos, respondió mi tío con tristeza, Dijéronme que el coronel Vivian, oficial distinguido y hombre de honor, experimentó... (al llegar aquí se alteró la voz de mi tío) experimentó grandes disgustos por el proceder de su hijo, jóven imberbe, á cuyo casamiento se opuso por no considerarlo conveniente, y que se fugó de la casa paterna, marchándose segun se creia, á América. Esta relacion me afectó en extremo en aquel entonces, añadió mi tío esforzándose por mostrarse tranquilo.

Todos guardamos silencio, pues sabiamos la causa por qué el tío Rolando estaba, tan alterado, y no extrañábamos que los disgustos del coronel Vivian le conmoviesen tan hondamente. Una misma desgracia nos hace fraternizar con personas que nos son enteramente desconocidas.

—Dices que vuelve ese jóven al seno de su familia... Me alegro mucho, añadió el intrépido capitán.

En aquel momento traian las luces. Dos

minutos despues me aproximé al sillón de mi tío, el cual tenía abierto el libro que le había dado mi padre: por encima de su hombro ví que había colocado silenciosamente el dedo índice en el pasaje que tanto había herido su imaginación: «Es verdad que no me he quejado? No he querido quejarme.»



DÉCIMA PARTE.

CAPITULO I.

Las conjeturas de mi tío con respecto á la familia de Francisco Vivian, parecieron-me un verdadero descubrimiento: ¿no era mas que probable que aquel jóven fantástico y porfiado habia concedido un amor que ningun padre hubiera querido aprobar? Contrariado en su loca pasion, é irritado contra su familia, se habia pronunciado independiente para ir á correr mundo. Era para mi tanto mas halagüeña esta esplicacion, cuanto que en cierto modo lavaba á Vivian de la mancha que en un principio me pare-

ció menos honrosa en el misterio que le envolvía: siempre me había resistido á creer que hubiese cometido alguna acción reprobada y criminal, aunque estuviese persuadido por otra parte, de que no dejaba de ser culpable. Natural era que viéndose rechazado, solo, sin amigos, y en medio de una sociedad dudosa, aquel carácter audáz, temerario y aficionado á las aventuras, hubiese sufrido una revolucion; pero natural era tambien que hubiesen sido una salvaguardia para su honor, las primitivas aspiraciones de una sangre noble y aquella educacion silenciosa que los hijos de las clases elevadas reciben en Inglaterra desde la cuna. Si era indudable que se habian sobrepuesto en él el orgullo, las falsas ideas y los errores de las gentes bien nacidas... ¿por qué no habria podido conservar tambien sus mejores instintos pasajeramente sofocados? Complacime en pensar conmigo mismo que Vivian volveria á entrar en un elemento, en el que podria purificar su alma y hacerse de nuevo digno de la esfera á que pertenecia... y que quizás nos encontraríamos mas adelante para convertir nuestras relaciones en una amistad franca y honrosa.

Poseído de estas reflexiones cogí al día siguiente el sombrero para ir en busca de Vivian y ver si había yo asido al cabo el hilo de su laberinto, cuando oigo llamar á la puerta con unos golpes que rara vez resonaban en mi casa: era el cartero. Mi padre se hallaba en el Museo, mi madre platicaba con la señora Gervasia acerca de los preparativos de nuestro próximo viaje, y el tío Rolando, Blanca y yo, permanecíamos en la sala.

—Yo no espero que nadie me escriba.

—Ni yo tampoco, dijo á su vez el capitán; pero la criada vino á demostrarle que se engañaba en sus cálculos entregándole una carta dirigida á él. Tomóla con ademan admirado y sopechoso, como Glumalditch tomó á Gulliver, ó como (á ser naturalistas) cogieramos un insecto desconocido que pudiera mordernos ó picarnos. ¡Ah! ella te ha mordido, capitán Rolando! te has estremecido y tu color se ha demudado! Has reprimido un grito que iba á escapársete al abrir la carta. —Mientras la lees respira con dificultad, y aunque parece corta... ó mucho la analizas, ó la lees una y otra vez; despues la doblas, te la guardas, en el bolsillo de la casaca y diriges una mirada en re-

dedor, como el hombre que sale de un sueño. ¿Fué ese sueño agradable ó doloroso? En verdad que no puedo adivinarlo, porque no descubro en tu noble semblante el placer ni el pesar, solo veo un cierto no sé qué parecido al temor, á la agitacion y á una turbacion particular. Sin embargo, brillan tus ojos y se dibuja en tus lábios una sonrisa.

Acabo de decir que mi tio dirigió una mirada en torno suyo; despues de haberse echado los botones del frac hasta el cuello, aunque por otra parte se sentia un calor insoportable, hizo ademan de buscar su sombrero y su baston.

—¿Va V. á salir, tio? Sí.

—¿Pero se siente V. con bastantes fuerzas para ir solo? quiere V. que le acompañe?

—No, amigo mio, no; Blanca, ven aquí.

Cogió á la niña en sus brazos contemplóla un momento y le dió un beso en la frente.

—Blanca nunca me has causado ningun disgusto; di: «padre mio, Dios le ayude á V. y le bendiga.»

—«Mi querido papá, Dios le ayude á V. y le bendiga.»

—Gracias, Blanca, esto me hace feliz, dijo el capitán bajando la niña al suelo. Armóse después de su bastón, y poniéndose el sombrero con un gesto de resolución, marchóse. Vile salir desde la ventana y caminar por la acera con una ligereza tal como si fuese al asalto de Badajóz.

—¡Si, Dios te bendiga! exclamé involuntariamente.

Cogióme Blanca la mano, y con una gracia encantadora, me dijo:—Cuanto me alegraría, primo mio, de que viviésemos juntos, para que me ayudase á querer á papá. ¡Pobre papá! á los dos nos necesita—le hace falta toda la ternura que abrigamos en nuestros corazones.

—Así en efecto, Blanca, y nosotros sentimos en extremo no poder vivir juntos. Tu papá no debía volver á su ruinoso torre, en un extremo del mundo; cuanto mejor sería que os viniéseis á nuestra casita de campo que tiene un jardín lleno de flores. en el que serias la reina de mayo—desde la primavera al invierno—sin contar un canario mucho mas inteligentes que cuantos personajes figuran en el libro de fábulas que te di días pasados.

Que reir, Blanca, y que palmotear:—¡Ah!

esclamó, eso sería encantador:—pero, interrumpiéndose de repente, añadió gravemente:—¡Ay, primo del alma! aquello no sería la torre de papá, y estoy segura de que la torre le quiere tanto ó mas de lo que él quiere á la torre.

Al oír esto, fui yo quien soltó la carcajada.—Ya te entiendo buena maula; lo que tu quisieras sería seducirnos para obligarnos despues á vivir con vosotros y con los mochuelos. Por mi parte con mil amores.

—Sisty, dijo Blanca con ademan solemne, ¿sábes lo que he pensado?

—No, señorita... ¿qué ocurre? por la seriedad de vuestro semblante me temo que debe ser alguna cosa muy horrible!

—Has de saber, prosiguió Blanca sin cambiar de tono ni ruborizarse, que he pensado ser tu mujercita, y entonces, como es natural, viviremos todos juntos.

Si Blanca no se ruborizó, me ruboricé yo al responderle:

—De aquí á diez años hablaremos de eso, mocosuela. Ahora anda en busca de la señora Gervasia, y dile que cuide de ti: buenas tardes.

Blanca permaneció inmóvil; mostróse su

dignidad muy humillada por la acogida que acaba de hacer á su encantadora proposición: cubrióse su semblante de cierta gravedad, y retirándose á un rincón de la sala, sentóse magestuosamente. Déjela allí y me marché en busca de Vivian.

No le encontré en casa, pero habiendo subido hasta su cuarto, le dije á la criada, que estaba haciendo su cama, que le esperaria. Nada tenia que hacer, vi libros sobre la mesa, y como me parecia yo bastante á mi padre para no temer á aquellos mudos amigos, me senté. Confundidas con algunas obras mas graves, cuya adquisicion habia recomendado yo á Vivian, encontré algunas novelas francesas que le habian facilitado en un gabinete de lectura. Entráronme deseos de leerlas, porque aquel género de lectura tan popular en Francia, era para mí enteramente desconocido, pues no habian leído mas que sus antiguas novelas clásicas. No tardaron en escitar mi interés; pero ¡santo Dios, que interés!... el que escitaria una pesadilla si posible fuese estraerla de su sueño para analizarla. ¡Qué observacion tan sagaz y deslumbradora! ¡Qué conocimiento tan profundo de esos rincones y escondrijos

del corazón, á los cuales, sino me es infiel la memoria, aludió Goethe, al decir que existe en el corazón del hombre cierta cosa oculta que nos le haría aborrecer si la conociésemos! ¡Qué inteligencia tan prodigiosa! Pero al lado de estas y de otras recomendables dotes, qué exageración tan estravágante!—qué nobleza de sentimiento tan falsa!—qué abuso de la lógica tan inconcebible!—qué desmoralización tan infernal!— Desprecio esa hipócrita indignación, que, justa algunas veces, aparenta medir con el mismo rasero á todas las novelas, acusándolas de interesarnos en el vicio ó de paliar el crimen, porque un autor demuestre que existen ciertos sentimientos honrosos allí donde se anida el vicio, ó escite nuestra compasión y abata nuestro orgullo descubriendo á nuestros ojos cómo se engañan los hombres mutuamente engalanando al crimen con atractivos de que carece. Estos pintores pertenecen al verdadero arte; hé aquí la tragedia desde Sofocles hasta Shakspeare. Pero no es esto, no lo que me repugna en las novelas modernas;—no deploro el que esciten mi interés por el vicio, porque ninguno encuentro en él, sino que se propon-

gan demostrar que el vicio encierra en sí mismo cierta nobleza. Lo que, en particular, me parece en ellas de un gusto detestable, es el retrato de alguna mujer adúltera impasible, á la cual el autor, que quizás pertenece al mismo sexo, no vacila en llamar *un ángel*; el del malvado que engaña, roba y mata abroquelado con el privilegio del desafío, porque es un *espachin*; el del desalmado filósofo que podría amaestrarnos revelándonos el hilo metafísico que le condujo á la perversidad, pero al cual solo presenta el autor como un bello tipo de la humanidad. Ahí teneis por último, un cuadro de la sociedad copiado bajo un falso punto de vista y pintado con colores tan repugnantes, que á ser verdadero, no bastaría una revolucion para castigar al mundo, seria preciso un diluvio.— Los autores de semejantes ficciones ponen en accion con la ironía de *Mefistófeles*, el odio del rico hacia el pobre, y en la guerra que la una á la otra clase declara, se alistan voluntariamente en las filas de la envidia oponiéndose á toda superioridad y no encontrando virtudes mas que en la blusa. A juzgar por sus estrañas paradojas, el hombre que pertenece á la cla-

se social en la que la enseñanza y los hábitos creados por la educación unida á la fortuna hacen poco natural y menos probable la falta de probidad, está condenado á ser un bribon. Hé aquí algunas cosas y otras muchas peores que me causaba una especie de vértigo, deslizaronse las horas, y me sentí como fascinado por aquellos monstruosos abortos de la imaginacion—símbolo de los malos principios, comparables tan solo con las Quimeras del paganismo. «Pobre Vivian, dije conmigo mismo al levantarme por último; no me admira el que leyendo por costumbre ó pasatiempo semejantes libros, formes un juicio tan erróneo de lo justo y de lo injusto.

Sin embargo—no privemos al menos de este mérito á aquellos diabólicos novelistas—gracias á su pestifera concurrencia, logré matar el tiempo, pues al sacar mi reloj me quedé asombrado al ver cuán tarde era. Desconfiando de ver aquel día á Vivian, iba á dejarle cuatro letras dándole una cita para el día siguiente, cuando oí llamar á la puerta: sin duda se había olvidado la llave, pues era él—El solo podia llamar de aquel modo descubriéndose por un golpe que parecia desafiar á

la casa, á la calle entera, por un golpe de impaciencia, de efervescencia y de provocacion desdeñosa.

Pero los pasos que percibí despues en las escaleras no correspondian con el aldabonazo, eran ligeros aunque seguros—aunque elásticos, lentos.

Enterado por la criada de que tenia visita, no se manifestó Vivian sorprendido al verme. Sin embargo, dirigió una mirada sospechosa por el cuarto, como el hombre que habiendo dejado fuera sus papeles se encuentra con un intruso, que no le inspira la mayor confianza, sentado en medio de todos sus secretos. Nada tenia aquella mirada de seductora, pero como mi conciencia estaba tranquila, solo la achacué al carácter naturalmente desconfiado de Vivian.

—Hace ya tres horas que estoy aqui—le dije maliciosamente.

—¡Tres horas! me respondió sin cambiar de aspecto.

—Y hé ahí el peor de los secretos que hé descubierto, añadi señalando con el dedo las obras de aquellos maniquis literarios.

—¡Ah! dijo Vivian indiferentemente—las

novelas francesas!.... Ya me admiro de que hayais podido esperarme tanto tiempo! No puedo leer vuestras novelas inglesas—in-sipidas y vulgares! En esas, al menos se encuentra vida y verdad.

—¡Vida y verdad! exclamé mas que sorprendido.... rindamos pues homenaje al caos y á la mentira!

—Luego no os agradan..... paciencia! de gustos no hay nada escrito.

Pertimidme que os diga.... que no veo como puedan hermanarse la vida y la verdad con monstruosidades tan criminales y tan vergonzosas. No creais, por Dios, querido amigo, que si un hombre reglase su conducta en Inglaterra por principios tan disolventes como los que ahí se sientan, tendria otro paradero que un tribunal de policia ó un Botany—Bay.

—¿De cuándo acá, me preguntó irónicamente Vivian, os habeis constituido en mi Mentor para enseñarme á vivir en el mundo?

—No hablan en mí, Vivian, la edad ni la esperiencia, sino cierta cosa de mas valor que toda su sabiduría—el instinto del corazon y el honor de los hombres bien nacidos.

—Vaya, vaya, dijo Vivian un tanto confundido, dejad en paz a esas pobres novelas: en mi opinion es muy insignificante la influencia que en uno ó en otro sentido ejercen en nosotros.

—¡Por la gran biblioteca de Alejandria y el alma de Diodoro! ¡cuánto daria por que oyeseis á mi padre sobre esta materia! Venid, venid conmigo, añadí con una compasion sublime, que aun no es tarde: es preciso que os presente á mi padre. Consiento en no leer mas que novelas francesas durante toda mi vida, si una sola conferencia con Agustin Caxton no os conforta el alma. Venid á comer hoy con nosotros.

—No puedo, respondió Vivian confuso: no puedo porque hoy mismo me marcho de Londres.... quizás en otra ocasion..... nos volveremos á ver.... estas últimas palabras las pronunció con acento menos afectuoso:

—Asi lo espero, le respondí estrechándole la mano.... ya que á pesar de tanta reserva he penetrado vuestro secreto..... nacimiento y familia.

—¡Cómo así exclamó Vivian palideciendo y mordiéndose los labios..... ¿qué que-

reis decir con eso? hablad.

—¿No sois el extraviado y fugitivo hijo del coronel Vivian?... decidme la verdad..... no me negueis vuestra confianza.

Vivian exhaló algunos suspiros, y después, hallándose sentado, reclinó la cabeza sobre la mesa, embarazado quizás al verse descubierto.

—Muy cerca le andais, sin duda, dijo por último; pero no me hagais mas preguntas ... Dia llegará, exclamó levantándose, en que todo lo sepais: si, dia llegará, si vivo, en que este nombre se verá colocado á grande altura: si, cuando el mundo esté á mis pies...

Al mismo tiempo estendia la mano derecha como si quisiera coger el espacio, y brilló su semblante de soberbio entusiasmo.

Pero esta exaltacion desapareció como el rayo.

—Sueños y mas sueños, prosiguió volviendo á su desdeñosa sonrisa... Ahora, examinad esa cuenta.

Abrió su cajon y sacó un pedazo de papel plagado de guarismos.

—¡Ah! tiene V., salvo error, la cuenta de la cantidad que le debo. Dentro de unos dias le remitiré á V. el dinero, para lo cual

me dará las señas de su casa.

— ¡Ah! le respondi con tristeza, ¿y puede V. hablarme de dinero, Vivian?

— Dispónseme V., me respondió rubori-
zándose: este es otro de los instintos del
honor que tan frecuentemente me ha recor-
dado.

— He aquí las señas, dije inclinándome
para ocultar la espresion de mi susceptibili-
dad. Confio en que me escribirá V. con fre-
cuencia diciéndome si es feliz.

— Cuando lo sea, ya lo sabrá V.

— ¿No quiere V. que le recomiende al
Sr. Trevanion?

Vivian vaciló un momento: — No, respon-
dió, creo que no hay necesidad. Si acaso
necesito recomendacion ya escribiré á V.

Cogí el sombrero y disponíame ya para
marcharme, porque me sentia tibia y mor-
tificado.... cuando volviéndose Vivian como
movido por un impulso irresistible se echó
en mis brazos y me estrechó entre ellos co-
mo á un hermano.

— Perdóneme V., exclamó con acento
conmovido; no creia estimarle. Si no es V.
mi ángel bueno se debe á que la naturale-
za y los hábitos son mas fuertes que V.
Sí, día llegará en que nos volvamos á en-

contrar, y he de ver si para entonces he podido abrir el mundo con mi espada como dice Thakspeare (1). Quisiera ser César ó nada, *aut Caesar aut nullus*, para citarle á V. con corta diferencia todo el latin que poseo. Si llegase á César... me perdonarian los hombres todos los medios, una vez logrado el fin. Si he de ser *Nullus*... un río tiene Lóndres, y no hay calle en que no sepueda comprar una cuerda.

=Vivian, Vivian.

—Adios, amigo mio, marcháos y dejadme con el corazon conmovido aun... Idos, antes que os ofenda con alguna de las salidas del hombre viejo. Adios.

Y congiéndome suavemente del brazo me acompañó Vivian hasta la meseta de la escalera; entróse despues y cerró la puerta.

¡Ah! si hubiera podido dejarle con Roberto Hall en lugar de aquellos envenenadores abominables; ¿pero era acaso la receta de mi padre la que le convenia, ó seria necesario que la esperiencia severa le prescribiese otras con su mano de hierro?

(1) The worlds, mine oyster which I with sword can open.

The *Merry Wives* act 2.º, scen. 2.º

CAPITULO II.

Llegué á casa á la hora de comer: el tío Rolando no habia vuelto aun, y era ya bastante entrada la noche cuando vino. Nos levantamos todos para recibirle sin apartar de él los ojos: pero solo vimos retratada en su semblante la mas fria impassibilidad.

Al entrar cerró suavemente la puerta, y dirigiéndose despues á la chimenea se apoyó de pié sobre el mármol y permaneció en esta actitud durante algunos momentos.

—¿Se acostó Blanca preguntó por último.

—Si, le respondió mi madre, pero creo que no se ha dormido aun: me encargó

que la avisara cuando V. viniera.

El capitán Rolando exaló un hondo suspiro.

—Mañana, hermana mía, dijo con calma, me hará V. el favor de comprarla un vestido de luto. Ha muerto mi hijo.

—¡Ha muerto! exclamamos todos á una voz.... y le rodeamos cariñosamente.

—¡No es posible, no ha muerto! no lo anunciaría V. con semejante flema. ¿Y cómo sabe V. que ha muerto? ¿quién se lo ha dicho?

—Hé visto sus restos mortales, dijo con la misma sombría calma. Todos deploraremos su muerte. Ahora, Pisistrato, además de heredar el nombre de tu padre, heredarás el mio. Buenas noches, dispensadme, todos... vosotros que tanto me quereis! y á quienes tanto estimo!... desdallezco!...

El capitán Rolando tomó una luz y se retiró, dejándonos absortos; pero volvió atrás, y recorriendo con la vista las mesas y las sillas cogió su libro abierto aun en su pasaje favorito, y saludándonos con un mundo movimiento de cabeza, desapareció.

Quedamos mirándonos mutuamente como si acabásemos de ver un espectro; mi pa-

dre se levantó y se fué al cuarto de su hermano en donde permaneció durante toda la noche, y mi madre y yo estuvimos esperándole hasta que bajó. Su bondadosa fisonomía habia adquirido una espresion de profunda tristeza.

—¿Puede V. darnos alguna noticia mas, padre mío?

—Mi padre respondió moviendo la cabeza.

—Rolando nos ruega que seamos con él tan discretos como lo hemos sido hasta aquí, no mentándole nunca á su hijo. Paz á los vivos y á los muertos. Este acontecimiento, Catalina, trastorna todos nuestros proyectos; ahora nos iremos todos á Cumberland... no podemos abandonar de este modo á Rolando.

—¡Pobre Rolando! dijo mi madre derramando lágrimas.... y habermuerto el hijo sin reconciliarse con su padre. Pero Rolando le perdona ahora... oh, *ahora*, sí!

—No es á Rolando á quien debemos censurar, dijo mi padre con cierta severidad, sino á.... pero dejémoslo. Es preciso que partamos á la mayor brevedad posible: Rolando necesita respirar el aire natal, y solo se repondrá entre sus antiguas ruinas.

Despues de esto, cada cual se retiró á su gabinete.

Y yo que me habia propuesto reunirlos; yo que confiaba reconciliarlos... ¡Ah! ¡nada hay más positivo que la tumba!



CAPITULO III.

Mi tío no salió de su gabinete en tres días, durante los cuales tuvo frecuentes conferencias con un letrado. Mi padre soltó algunas espresiones que parecían indicar que el difunto había contraído deudas, y que el pobre capitán iba á empeñar su pequeña posesion. Habiendo dicho el tío Rolando que había visto los restos mortales de su hijo, esperaba yo que se verificasen sus honras fúnebres, pero sobre esto no se habló ni una palabra. Al cuarto día subió el capitán, de riguroso luto, en un carruaje con su letrado, y no volvió hasta pasadas dos horas; no tuve duda de que quiso ir solo á llenar los últimos deberes por el que ya no existía. A su regreso en-

erróse hasta el dia siguiente, y ni siquiera quiso ver á mi padre, pero el inmediato, presentóse como de costumbre, y me pareció vislumbrar en su semblante un aire de contentamiento, poco comun en él, ya fuese fingido, ó bien efecto de haber ahogado su propia desgracia; porque es la tumba menos dolorosa que la incertidumbre. El dia siguiente partimos todos para Cumberland.

En el interin habia multiplicado el tio Joaquin sus visitas y, para hacerle justicia, debo decir que se mostró sinceramente afligido por la desgracia del tio Rolando. En efecto, no era el corazon lo que le faltaba al tio Joaquin, pero por fuerza habia que dirigirse á él en derechura, y para encontrarlo era un rodeo muy peligroso el pasár por sus bolsillos. El digno especulador tenia motivos de toda especie para no dejar marchar á mi padre sin verle una y otra vez. En sus visitas no se trataba mas que de negocios, porque se hallaba organizada la *sociedad de los anti-libreros* y, merced á sus operaciones, iba á ver la luz del mundo la *Grande obra*, el hijo de las sábias vigiliass de mi padre. El nuevo periódico, el *Times literario*, estaba tambien

muy adelantado... verdad es que aun no se publicaba pero mi padre hallábase directamente interesado en él, y todo ya dispuesto para que aquel nuevo intérprete del pensamiento universal hiciese su aparición de una manera estrepitosa. Por dos veces habian venido á casa tres personajes vestidos de negro uo de los cuales parecia letrado, el otro impresor, y el tercero un judio... cada uno traia debajo del brazo un gran mamotreto de papeles. Terminados todos estos preliminarés, oi al tio Joaquin, que dándole familiarmente palmaditas en el hombro á mi padre le decia:—Ahora si que ya tiene V. labrada su fortuna y asegurada su gloria... Ya puede V. écharse á dormir á pierna suelta, porque me quedo yo velando. Joaquin Tibets no duerme nunca.

No dejaba de causarme estrañeza que desde mi brusca despedida de casa del Sr. Trevanion, ni este ni lady Leonor hubiesen dado muestras de acordarse de mí. Pero la vispera de nuestra partida recibí una cariñosa carta del mismo Sr. Trevanion, á la cual acompañaba un regalo de algunos libros raros para mi padre: la carta decia entre otras: «hemos tenido

enfermos en casa, lo cual nos ha obligado á mudar de aires (estaba fechada en su quinta favorita) sin embargo, lady Leonor piensa hacer una visita la próxima semana á la Sra. de Caxton.... Entre mis libros, añadía el Sr. Trevanion, he encontrado algunas obras curiosas de la edad media, entre ellas la coleccion de las de Cardan que deseaba poseer vuestro padre... y que le remito.» Ni la menor alusion a lo que habia pasado entre nosotros.

En contestacion á aquella carta, despues de darle las gracias en nombre de mi padre, que se lanzó sobre Cardan (diez tomos en folio, edicion de Lyon de 1663) como un gusano de seda sobre una hoja de morera, decia yo al señor Trevanion que nos era en extremo sensible no poder recibir la visita de lady Leonor, porque ibamos á dejar á Lóndres. Algo habria debido añadir acerca de la pérdida de mi tio Rolando, pero mi padre creyó que no queriendo el capitan que el nombre de su hijo sonase para nada entre sus parientes mas cercanos, mucho menos le habia de gustar el que el conocimiento de su desgracia traspasase el círculo de la familia.

¿Y el hemos tenido enfermos en casa?

¿quién habia sido el enfermo? No pude conformarme con esta espresion ambigua y en vez de echar la carta en el correo la llevé yo mismo al hotel para informarme del portero, el cual me manifestó que esperaban á la familia á fines de semana, y que habia oido decir que lady Leonor y mis Fanny habian estado enfermas, pero que ya se encontraban mejor. Le entregué la carta rogándole le diera curso, y al volver á casa conocí que aun estaban abiertas mis heridas.

En este viaje nos reservamos enteramente la diligencia y nada nos ocurrió en él de notable hasta llegar á un pueblecito situado á tres millas de la posesion de mi mi tio: al llegar alli nos vimos precisados á tomar un camino trasversal. El capitán se empeñó en adelantarse y prepararlo todo para nuestra llegada, á pesar de haber escrito desde Lóndres con este objeto, y se marchó, quedándonos nosotros á dormir en la posada.

Al amanecer el dia siguiente, alquilamos un carruaje, bastante capaz para que cupiésemos todos en él, con los libros de mi padre, y fuimos pesadamente arrastrados en aquel vihículo atravesando un laberin-

to de baches y peligrosas sinuosidades, verdadero caos de las primitivas vías, que reclamen á voz en grito el auxilio del mariscal Wade, gran reformador de los caminos de Escocia. Solo la pobre señora Gervasia y el canario se mostraban insensibles á las sacudidas: sentada la primera enfrente de nosotros, se movia acompasadamente en medio de los de todas dimensiones, y á cada una de sus reverencias se le dirigia el estribillo de «cuidado no se vuelva lo de arriba abajo»—recomendacion estraña por cierto, porque todos aquellos legajos no contenian mas que libros, los cuales no aventuraban gran cosa en estar colocados boca arriba ó boca á bajo. Pero guardándose bien la señora Gervasia de buscar en ellos un punto de apoyo, estendió los brazos á derecha é izquierda para asir las correas de la portezuelas, pareciéndose al águila del imperio de Austria con sus alas desplegadas, la cual, dicho sea de paso, no se halla tan firme hoy como lo estaba la señora Gervasia. El canario por su parte, no dejaba de responder por medio de un acento agudo á las exclamaciones que cada vaiven hacia exhalar á su ama: aquella nota agu-

da hubiera podido recordar á la erudición paternal el infático y doloroso acento de los coros griegos: «Ai, ail!»

Pero mi padre permanecía, con las alas de su sombrero caídas sobre sus ojos, sumergido en la meditación mas profunda, y evocando tal vez las escenas de su juventud, prévia en su memoria, merced á su ingenio, todos los incidentes del viaje. Sentada mi madre á su lado, y con un brazo sobre su hombro, parecia querer leer en su semblante, con una mirada celosa, lo que pasaba en su corazón. Creeria tal vez descubrir en él los penosos recuerdos de sus primeros amores? Blanca, que habia estado muy triste, que lloraba mucho y hablaba muy poco desde que se la vistió de luto y supo que se habia quedado sin hermano (aunque ya no se acordase de él), Blanca, repito, empezó por último á dar señales de curiosidad infantil y á querer distinguir á lo lejos la querida torre de su padre...

Hallábase sentada Blanca sobre mis rodillas y yo participaba de su impaciencia. Por último, distinguimos un campanario, una iglesia,—inmediato á ella un edificio de forma cuadrada, el presbiterio (antigua

mansion de mi padre)—una larga calle irregular de chozas y de tiendas de miserable aspecto, y una ó dos casas de mejores formas; despues descubrióse en la parte opuesta una mole irregular de pardusco y ruinoso aspecto, levantada en una de las prominencias, en la que acostumbraban los daneses situar sus campos ó sus bosques, y de cuyo centro se levantaba una gigantesca torre anglonormanda. Hallábase rodeado aquel vetusto edificio de árboles, cuya mayor parte eran álamos y abetos dominados por un roble secular cuyas ramas ostentaban á lo lejos su imponente verdor. El camino seguia serpenteando por detrás del presbiterio estendiéndose hasta la torre: pero ¡cielos, que camino!... aquello era un suplicio impuesto á los viandantes y á los carruajes. Si cuando estudiaba yo con el doctor Herman hubiese trazado aunque fuese en un pedazo de papel, semejante monstruosidad topográfica, no hubiera podido sentarme por espacio de quince dias en el banco de mi clase sin experimentar los mas crueles remordimientos.

Detúvose el carruaje.

—Bajémos, exclamé abriendo la porte-

zuela y saltando á tierra el primero para dar ejemplo.

Siguióme Blanca, y despues de ella, los queridos autores de mis dias. Pero cuando se disponia la señora Gervasia para levantarse y bajar tambien....

—*Papae!* dijo mi padre; me parece, señora Gervasia que debe V. quedarse ahí para que los libros permanezcan en su sitio.

—¡Por Maria Santisima! exclamó la buena mujer despavorida.

Mi padre insistió diciendo:

—La ausencia de semejante masa ó mole, ligera y elástica como lo es toda carne, señora Gervasia, produciria un vacío bastante para ocasionar un desbarajuste en cualquiera sistema natural, y en cualquiera organizacion artificial. De aquí resultaria, señora Gervasia, el peligroso choque de los átomos; mis libros irian de aquí para acullá, se caerian, saltarian por la portezuela.

«Corporis officium est quoniam omnia deorsum.»

Lo cual quiere decir, señora Gervasia, que el oficio de un cuerpo como el vuestro es el de gravitar sobre todos los ob-

jetos para conservarlos en su lugar— para mantener su equilibrio, como lo comprenderá V. uno de estos días, si tiene á bien leer al poeta Lucrecio y ponerse al corriente de la filosofia material, de la cual, señora Gervasia, puedo decir, sin que parezca adulacion, que es V. una personificacion viva.

Estas fueron las primeras palabras que pronunció mi padre desde que salimos de la posada. Este arranque de erudicion pareció tranquilizar á mi madre demostrándole que no debia tener celos acerca del rumbo de las ideas de su esposo: serenóse su frente y dijo sonriéndose:

—Agustin, te ruego que mires á la pobre Gervasia, y que midas despues esta altura.

—Pues bien, házla bajar si quieres, respondió mi padre; pero, Catalina, te hago responsable de las consecuencias! solo os advierto que vais á obrar contra todas las leyes de la fisica.

Dicho esto echó á andar mi padre, y cogiéndome del brazo paróse para dirigir una mirada en torno nuestro y aspirar á su sabor el aire puro del pais natal.

—Y sin embargo, dijo mi padre despues

de esta grata operacion, es presiso confesar que no se encontrará un pais mas desagradable que este, escepto el condado de Cambridge (1).

=No soy de esa opinion, respondi; el carácter de este paisaje no carece de valentia y de grandeza, y hasta descubre su belleza particular; esos inmensos páramos incultos, sin un árbol ni una planta, tienen un encanto de soledad savaje; ved sino como armonizan con el severo aspecto de esa ruinoso Torre! Todo es aqui feudal: ahora comprendo mejor al tio Rolando.

=Quiera Dios que Cardan no esperimamente ninguna averia! exclamó mi padre. Está lujosamente encuadernado... se hallaba admirablemente apoyado sobre la parte mas carnosa de esa meticulosa Gervasia.

En aquel momento ví á Blanca que se adelantaba á nosotros á todo correr y apre-

(1) Lo que dice mi padre no puede aplicarse á todo el Cumberland en general, porque es uno de los mas pintorescos condados de la Gran Bretaña. Pero el canton, al cual se dirige la esclamacion del Sr. Caxton, si no es desagradable, es por lo menos esteril y silvestre.

suré el paso para alcanzarla, atravesando los últimos vestigios de una trinchera que cercaba las ruinas por tres costados, viéndose sobre el tercero una especie de parapeto: tal era el sistema empleado en sus fortificaciones por todas las razas teutónicas. El antiguo puente levadizo había sido reemplazado, en época reciente, por una calzada sostenida por arcos de ladrillo, quedando la puerta exterior reducida á un montón de pintorescos escombros. Al penetrar en el consejo del Bayle, se descubria por encima de las murallas, en parte desmanteladas por la acción del tiempo, y en parte cubiertas de maleza, la esplanada del castillo en donde se ejercia la justicia señorial: allí era donde permanecia de pie y casi intacta la blasonada Torre. En el dintel de la porterna nos esperaba orgulloso el capitán.

Sus antepasados hubieran podido recibirnos con mas pompa, pero no de una manera mas afectuosa: el hecho es, que el tío Rolando parecia en sus dominios un hombre enteramente distinto, habiendo desaparecido de él hasta aquella aspereza un si es no es repulsiva para los que no le comprendian. Parecia menos orgulloso, porque precisamente en aquel terreno, él y su orgullo

estaban enteramente de acuerdo. Con cuanta galanteria alargó su mano derecha á mi madre en vez de ofrecerla el brazo con la grotesca familiaridad de nuestros modernos castellanos! Cuán respetuosamente la condujo atravesando el patio hasta el arco diagonal, en donde permanecia de centinela un criado de librea tradicional, ó al menos conforme con los colores heráldicos (encarnado claro), cuya buena talla y apostura militar revelaban un veterano! Introdujimonos en el salon de la Torre y nos causó agradable sorpresa su aspecto placentero, lo cual podria atribuirse á la buena lumbre, que á pesar de la estacion, ardia en la chimenea, y no causaba la menor molestia porque se veia la piedra de que habian sido hechas las paredes, y solo contaba aquella estancia con algunas ventanas bajas y estrechas. Repito, pues, que gracias á la lumbre, aquel salon que pudiera haberse comparado con una gran cueva subterránea, tenia cierto aspecto social, tanto mas, cuanto que ademas de los muebles en los que brillaba el gusto de mi tio por lo pintoresco, se hallaba adornado en cada uno de sus extremos con una antigua alfombra y una estera de paja. Despues que hubimos visto admirado cuan-

to quisimos, nos condujo el capitán Rolando á las habitaciones que habia destinado á sus huéspedes; primero nos enseñó un gabinete que denominó el estudio de mi padre, el cual, á decir verdad, hubiese venido de molde á un filósofo ó á un santo que quisiera renunciar al mundo. En efecto, para asomarse á su ventanita, único respiradero con que contaba, habria sido preciso trepar por una escalera de mano, y desde aquella especie de tronera no hubiera distinguido lo mejor vista otra cosa que el cielo de Cumberland, y de vez en cuando el vuelo de la corneja. Pero mi padre que, como creo haberlo dicho ya, no era muy aficionado al paisaje, recorrió con una mirada de satisfaccion la celda que se le habia destinado.

—Cuando quieras pondremos los estantes para tus libros, dijo mi tío frotándose las manos.

—Con lo cual se hará una obra de caridad, respondió mi padre, porque los pobres libros han estado durante tanto tiempo encogidos, que no verán la hora de levantarse y estirarse... Mi querido Rolando, esta pieza está hecha para biblioteca por su forma circular y su capacidad: en ella estaré como la verdad en un pozo.

—Aquí, hermana mía, tiene V. su tocador que comunica con la otra pieza—dijo mi tío habriendo una puertecita como de un calabozo, pero que en realidad daba entrada á un lindo gabinete, porque su ventana caía sobre el balcon,—y al lado tiene V. la alcoba. En cuanto á tí, Pisistrato, siento decirtelo, tendrás que acuartelarte provisionalmente como un soldado raso; pero ten un poco de paciencia, y dentro de dos ó tres dias te daremos una habitación digna de un general de tu ilustre nombre—hermano, no fué Pisistrato I un gran general?

—Todos los tiranos lo son, respondió mi padre: la vanagloria militar es el aire que respiran.

—¡Oh! tú dirás aquí lo que te de la gana, repuso mi tío Rolando de muy buen humor; llamándome despues á parte, se escusó de nuevo tan formalmente acerca del cuarto que me habia destinado, que empecé á creer que me iba á enterrar en algun calabozo, cuya sospecha tomó mas incremento al ver que saliendo de la Torre atravesamos por lo que se me figuró un monton de escombros, dirigiéndonos al lado derecho del patio. Pero sentime agradablente sorprendido.

dido al encontrar entre aquellas ruinas un gabinete cuya espaciosa ventana, que dominaba toda la campiña, daba vista á una pequeña huerta: hallábase amueblada con gusto y sencillez, las paredes y el suelo estaban cubiertas de estera de paja; en una palabra, á pesar del inconveniente de tener que atravesar el patio para reunirme con la familia, y de la ausencia completa del lujo moderno, no podia encontrarme mejor.

—Esto es un verdadero retrete, querido tío: este debia de ser el retrete de las señoras de Caxton... que Dios haya.

—No, respondió con gravedad mi tío: creo que esta fué la habitacion del capellan, porque la derecha; en la torre existia otra mas antigua. En efecto, rara vez se ve una verdadera torre sin su capilla, su pozo y su salon: aun puedo enseñarte una parte del tejado que la cubria: el salon y el pozo están intactos, y este es muy curioso y se halla practicado en el espesor de la pared en un ángulo de la sala. Nuestro antepasado, Carlos I, hizo bajar á él á su hijo, metido en un cubo, y lo tuvo alli oculto durante seis horas para librarlo del frenético furor del populacho que habia situado en

la torre. No necesito decir que su padre, nuestro antepasado, tuvo á menos el esconderse de semejante canalla, porque era todo un hombre! Salvose el hijo, pero por desgracia se hizo tan disipador que se servia del pozo metiendo el vino en él para que se refrescase. Se bebió mas de una buena fanega de tierra del dominio paterno.

—Si fuera yo que V., le borraría del árbol genealógico. Pero haga V. el favor de decirme, ¿no ha podido descubrir la habitación particular de aquel grande Guillermo de Caxton?

—Te voy á confiar un secreto, respondió el capitán: esa habitación, es la que he destinado para tu padre. En medio de un roseton se ven allí las letras iniciales *G. C.*, y sobre la chimenea está la fecha de la construcción de la torre... que se concluyó tres años antes de la batalla de Bosworth.

No pude menos, al oír esto, de acompañar á mi tio en la risa burlona que soltó concluida la revelación de tan chistoso secreto, y le pregunté luego, como habia tenido tiempo para reparar sus ruinas, tanto mas, cuanto que desde su adquisición las

habia visitado muy raras veces.

—Ya habrás visto, me dijo, á ese enfermo que á un tiempo mismo me sirve de criado, de jardinero, de mayordomo, de despensero, y de qué se yo cuantas cosas mas. Hace doce años le licenciaron en el regimiento y entró en el cuartel de inválidos: me lo traje despues aquí, y como sabia regularmente el oficio de carpintero, le dije lo que habia pensado y empecé á destinar anualmente una suma para ir haciendo reparos y comprar muebles. Te admirarias al saber á cuán poco han ascendido mis gastos, gracias al buen tacto que ha desplegado Bolt (este es su nombre) en la materia. Además la mayor parte de mis muebles, que como has visto son antiguos han sido comprados de algunas granjas inmediatas; sin embargo, aun quedan varias piezas sin amueblar; pero, cómo ha de ser, prosiguió mi tio mudando de color, en estos últimos tiempos no he podido economizar nada. Ahora, sobrino, añadió haciendo un esfuerzo visible, voy á enseñarte mi caserna, que está situada al extremo opuesto del salon.

Al atravesar nosotros el patio, acababa de llegar el carruaje á la puerta dan-

do el último vaiven. Mi padre tenía metida la cabeza en el vehículo y recogía los atados.... Como verdadero oráculo llenaba de imprecaciones y anatemas á la señora Gervasia y al vacío producido por su salida: esta permanecía de pié recogiendo con su delantal, simultáneamente libros y anatemas, con una espresion de angelical dulzura, y levantando los ojos al cielo exhalaba en voz baja un suspiro por sus pobres viejos huesos.

Mientras se reconciliaba mi padre con la señora Gervasia, nos introdujimos en la habitacion del tío Ro'ando. En efecto, el bueno de Bolt demostraba buen tacto en la materia, é indudablemente había penetrado en los mas oscuros escondrijos del carácter de su amo! Bufon ha dicho: *el estilo es el hombre*. Allí, la habitacion era el hombre: lo primero que al penetrar en ella llamaba la atencion, era aquella propiedad esencialmente militar y metódica que constituia el rasgo característico y general del capitan. Examinámosla con alguna detencion: en primer lugar, colocados en estantes de roble, se veian algunos libros, sobre los que solia mi padre dirigir algunas pullas á su caballeresco

hermano, tales por ejemplo, como: Las historias de Froisard, de Joinville, la *Muerte de Arturo*, *Amadis de Gaula*, la *Reina de las judas*, de Spencer; un lujoso ejemplar de la *Horda*, de Strutt; las *Antigüedades del Norte*, de Mallet; las *Reliquias* (antiguas baladas) de Percy; el *Homero* de Pope; Tratados de artilleria; arte de disparar el arco, de cetreria de fortificacion, de caballeria antigua y de la guerra moderna: todas estas obras mezcladas y confundidas!

¡La caballeria antigua y la guerra moderna! En efecto, ahí teneis un casco de torneo con la elevada cimera de los Caxtones, y junto á él un trofeo de armas, y una coraza francesa; mas allá una bandera (pendon de caballero) que termina en una cruz formada de bayonetas. Por último, observad como brilla en la campana de la chimenea, esa espada y esas pistolas de arzon que se limpian todos los dias indudablemente..... Es la espada del mismo capitan Rolando, son las mismas pistolas que usaban en el regimiento. Mas abajo se ve tambien su silla acribillada á balazos, la silla en que montaba el dia en que una falsa bala se le llevó la pierna...

Al adivinar todo esto, me senti estremecer y me acerqué respetuosamente á ella.— ¡Ah! si, á no haberse encontrado presente el capitan, hubiera besado aquella espada con tan religioso respeto, como si fuese la espada de Bayardo ó de Sidney.

Era demasiado modesto mi tio para interpretar de este modo mi emocion. Antes creyó que al volver la cabeza habia querido ocultar, yo la sonrisa que su vanidad me inspiraba, y me dijo disculpándose con cierto rubor: «Esas son cosas de Bolt; á el solo le hubiera ocurrido con una idea tan extravagante.

CAPITULO IV.

Desplegó el capitan en la mesa un lujo de hospitalidad que contrastaba notablemente con sus hábitos económicos de Londres: sin duda se deberia á Bolt que habia pescado el enorme sollo de que se compuso el plato de entrada: tambien Bolt, habia criado aquellos dos hermosos pollos *ab ovo*; Bolt tambien era el autor de aquella esquisita tortilla al estilo de España;— en cuanto á lo demas, la granja y la huerta le proveyeron de sus productos, y sabido es que aquellos proveedores voluntarios nada tienen de comun con el carnicero y el verdulero de Londres que se conjuran

contra esa clase interesante del Estado, llamado «pequeña propiedad.» Pasóse alegremente la noche, en la que el capitán hizo el gasto de la conversacion, contra su costumbre. Dieron las once y aparecióse Bolt con una linterna para servirme de guía, y juntos atravesamos el patio hasta llegar á las ruinas entre las que estaba mi habitacion—ceremonia que se empeñó en repetir cada noche estuviese esta clara ú oscura.

Algun trabajo me costó acallar mis reflexiones para reconciliarme con el sueño: ¿era posible que hubiesen trascurrido tan pocos dias desde que supo el tío Rolando la muerte de su hijo—de aquel hijo cuya conducta por espacio de tanto tiempo le habia hecho desgraciado? Y sin embargo, nunca el tío Rolando se habia mostrado menos triste: pero era esto natural ó el resultado de un esfuerzo hecho sobre si mismo? Durante algunos dias seguí dirigiéndome á mí mismo esta pregunta, pero sin encontrar una respuesta que á ella satisficiese: considerándolo bien, era semejante conducta la consecuencia de un esfuerzo de su parte, ó por mejor decir, de una determinacion sistemática. De vez en cuan-

do inclinaba el tío Rolando la cabeza, contraía sus cejas y todo su ser se mostraba agobiado bajo un gran peso; sin embargo, esto duraba cortos momentos, pues no tardaba en sacudirse de su carga como el corcel que cree oír sonar el bullicioso clarín mientras dormita! Pero merced á su enérgica resolución y al auxilio de no sé qué reflexiones, era el capitán á mi entender presa de una tristeza menos grave y profunda que la que antes le corroía. Parecióme que de día en día era mas intenso el cariño que á Blanca y á mi profesaba, y dejaba entrever á las claras que me consideraba para lo sucesivo como su legítimo sucesor—como el futuro sosten de su nombre, confiándome y pidiéndome parecer acerca de los mas insignificantes proyectos. Paseábase conmigo por sus dominios de los que en su tiempo y lugar me ocuparé); enseñábase desde las alturas á donde trepábamos los límites de la propiedad de sus antepasados; y despues desarrollaba con piadosa mano el viejo pergamino en que estaba trazado su árbol genealógico, y se detenía lleno de satisfacción en los Caxtonnes que habian ejercido funciones militares, ó perecido en el campo de batalla. Un

Caxton se habia cruzado por acompañar á Palestina á Ricardo corazon de Leon; otro habia peleado en la batalla de Azincourt; otro habia sucumbido en Worcester. El retrato de este último, caballero de rizados bucles, existia aun. Sin género alguno de duda, debió ser el mismo que habia puesto á refrescar á su hijo en aquel pozo consagrado por este á un uso mas agradable. Pero de todos estos dignos antepasados, á ninguno por espíritu de contradiccion tal vez, tenia mi tio en tan alta estima, como al apócrifo sir Guillermo; y por qué causa?—Porque cuando el traidor Stanley cambió la suerte de la jornada de Bosworth; cuando se escapó de los labios del último de los Plantagenets, el grito de la traicion, traicion! aquel «*fiel entre los fieles*»

«*Among the faithless. faithfull found*» (1): aquel esforzado caballero, habia caido en la última refriega en la que combatió Ricardo con la bravura del leon.

—Tu padre me dice incesantemente que

(1) Milton, Paraiso perdido.

Ricardo fué un asesino y un usurpador, decía mi tío;—esto podrá ó no ser verdad; pero no era el campo de batalla el terreno en donde debían discutir sus partidarios acerca del carácter del señor á quien habían jurado fidelidad, mucho menos cuando tenían frente á frente una legion de extranjeros mercenarios. Yo por mi parte, no quisiera descender de ese renegado de Stanley aunque hubiera de valerme el señorío de todos los dominios que poseyeron los condes de Derby. En la guerra de los príncipes, señor, combaten y mueren los hombres por un gran principio y una noble pasión: el valeroso Guíllermopagó al último de los Plantagenets la deuda de los beneficios que habia recibido del primero.

Y sin embargo, dije yo maliciosamente, quien sabe si Guíllermo Caxton, el impresor, no...

—¡Caigan sobre Guíllermo Caxton, el impresor, y sobre su invento los rayos del cielo y todas las plagas de Egipto! es mi tío interrumpiéndome como un bárbaro.
=Cuando solo habia pocos libros, al menos estos eran buenos; hoy que por todas partes nos inundan, solo sirven para trastornar el juicio, turbar la razón, hacernos

costrar hastío al estudio de las obras útiles, y para infiltrar el germen de la innovación en todos los antiguos límites de la inteligencia y la moral. Ello seducen á las mugeres, afeminan á los hombres, perturbaban los Estados, socaban los tronos y los cultos: suministran frases á una raza de charlatanes impertinentes y de fatuosos filósofos que siempre encuentran á mano un autor á quien citar para dispensarse de cumplir con su deber; ellos vuelven al pobre descontento, inspiran á los ricos los caprichos mas fantásticos, y á fuerza de alambicar las antiguas virtudes, las reducen á argucias y sentimientos ficticios. En otro tiempo se esplicaba la imaginación por una noble actividad, por osadas aventuras, por gloriosas empresas, por brillantes hechos de armas, por elevados pensamientos. En el dia no es hombre de imaginación el que no escita por medio de falsos estimulantes las pasiones que nunca ha experimentado, ó el que no corre peligros que jamas existieron; cuanto encierra en sí de energía vital, se estingue al experimentar los amores ficticios y las desesperaciones imaginarias de salones de Saint-James y de las «soirées» de Boud-Street. Sobrino

mo, el primer día de la imprenta fué el último de la caballería! Y aun quieren imponerme por antepasado, en medio de los innumerables pecadores que han existido en el mundo, al hombre culpable de haber contribuido mas directamente á destruir cuanto existia mas caro para mi sobre la tierra... Al hombre, vive Dios, cuyo maldito descubrimiento casi arrancó de cuajo del corazon de los demás el respeto que deben profesar á sus antepasados... Esto es una crueldad, de que nunca hubiera sido capaz mi hermano, si el mismo demonio de la imprenta no se hubiera apoderado de él!

¡Pero era posible que en el siglo XIX, en este afortunado siglo existiese un vándalo semejante! ¡Y era mitio Rolando el que usaba un lenguaje del cual el mismo Atila, rey de los hunos, so hubiera avergonzado, mayormente cuando tan fresco estaba en nuestra memoria el discurso científico y erudito de mi padre sobre la higiene de los libros! ¿No era esto bastante para hacer desesperar del progreso de las luces y del perfeccionamiento humano? Y téngase en cuenta, que á todo esto el ingrato capitán tenia indudablemente en los bolsillos, lo

menos dos tomos uno de los cuales era la biografía de Roberto Hall. Lo cierto es, que aquello fué un arranque *ab irato*, y una presa de su exaltado apasionamiento, no supo el pobre hombre los destinos que dijo. Pero la esplosion del tío Rolando ha roto el hilo de mi narracion. Tomemos aliento para reanudarlo.

En efecto, á pesar de mis impertinencias eran de dia en dia mas estrechos los lazos entre el viejo capitan y yo. Hubiera querido atraerme á todas sus ideas, pero no contento con darme lecciones sobre nuestra genealogia, ni con enseñarme detalladamente sus dominios, me llevaba consigo en sus largas escursiones, llegando hasta pueblos lejanos, donde pudiéramos descubrir algun vestigio de un antiguo Caxton, una cota de malla ó una lápida. Hacíame leer y releer las obras tipográficas y las historias locales, con el objeto de recoger alguna anécdota que se refiriese á sus queridos antepasados— sin tener en cuenta el ingrato que era deudor de aquellas noticias al impresor recusado. En honor de la verdad debo decir que aquel canton habia conservado en la superficie de algunas millas, huellas, vestigia, de

los antiguos Caxtones, cuyo nombre se encontraba en alguno que otro paredon ruinoso. Ninguno de ellos, sin embargo, podia ponerse en parangon con el ilustrado artista del santuario de Westminster á quien tan obstinadamente invocaba mi padre. No obstante, era seguro que con semejantes investigaciones no se esponia á encontrarse mi tio con escudo alguno deshonorado; tanto era el respeto popular y el cariño tradicional que aquel hombre, sobre el cual se ha acumulado el polvo de los siglos, inspiraba aun en las chozas y en las aldeas. Complaciase uno en contemplar la veneracion y respeto rendidos á aquel *hidalgo* y la benevolencia con que sabia corresponder. Era el tio Rolando un hombre que entraba en una miserable choza, descansaba su pierna de palo en el hogar del campesino pobre y pasaba conversando con él una hora, acerca de cuanto podia interesarle mas. Los labradores de los cantones agricolas poseen un instinto aristocrático particular, y profesan un respetuoso cariño á los nombres antiguos y á las familias que los representan; la pobreza noble les infunde compasion, pero una compasion elevada. Por otra parte, el capi-

tan que en Londres no se desdeñaba de ir á comer á una hostería y de pedir la vuelta de un shelin, aquel mismo Rolando que se abstenía de subir en un carruaje— era pródigo de dádivas en el hogar paterno: se trasformaba allí en otro hombre distinto. El capitán con media paga, con su frac raído confundiendo entre la muchedumbre de la capital, disfrutaba en su calidad de castellano de las comodidades y holgada vida que hubiera admirado Chisterfield. Si la verdadera señal de la cortesía es el agradar, nadie mas cortés que el tío Rolando que al pasar saludando por la calle á derecha é izquierda veía en todos los semblantes de las chozas retratada la sonrisa de la satisfacción.

Apoyado un día el capitán en mi brazo, pasábamos por una granja en cuya puerta se hallaba una amable viejecita que le había conocido desde niño: salió la buena mujer á nuestro encuentro y nos detuvo para *examinar* mi semblante según dijo con sencilla naturalidad.

Afortunadamente era yo bastante buen mozo, para temer aquella revista, aunque la hiciese una matrona de Cumberland. Después de felicitar á mi tío por el resultado

de su exámen de lo cual no se mostró aquel poco ufano, me dijo señalando al capitán:

—Ahí tiene V. señorito, un espejo en donde mirarse: siga V. su ejemplo para ser tan bueno como *el...* y lo será V. en efecto, si Dios le dá vida y salud; no tengo la menor duda, porque ese tronco viejo no echó nunca malas ramas. La cabeza cariñosamente inclinada ante el débil, y orgullosamente erguida ante los fuertes, hé aquí lo que fué V. desde que salió del Arca. Bendito sea su antiguo nombre... aunque no sea pingües sus rentas... ese nombre suena al oído del pobre como una moneda de oro.

—¿Comprendes, ahora me dijo el capitán cuando la vieja se hubo alejado de nosotros—lo que debemos á un nombre y cuán agradecidos debemos mostrarnos hacia nuestros padres! ¿Comprendes por qué somos deudores al mas remoto de nuestros ascendientes del mayor respeto y consideracion?—El fué el padre de toda la estirpe: «honra á tu padre y a tu madre» dice uno de los mandamientos de la ley de Dios, y no, honra á tus hijos. Si estos hijos nos vilipendian y deshonoran nuestras

canas; nuestros difuntos ascendientes y la herencia santa de sus virtudes.... EL NOMBRE... Si, como decia.. Detúvose el tío Rolando y añadió con voz conmovida:—Pero ahora eres tu mi heredero y nada temo! Quién hace caso de los disgustos de un viejo insensato? Esa propiedad de las generaciones.... El nombre, gracias al cielo, se ha salvado!

Por último descifré el enigma y llegué á comprender la causa por qué en medio del dolor que experimentaba por la pérdida de su hijo, se habia consolado aquel orgulloso padre: consistia en que el corazón que latia en su pecho, no era tanto el de un *padre* como el de un *hijo*..... del hijo de una larga série de antepasados; de cada losa que encerraba las cenizas de uno de sus ascendientes, habia oido salir la voz de un padre. Podia pues soportar la desgracia de haberse quedado sin hijo mientras sus padres no hubiesen sido deshonorados. Rolando de Caxton era un antiguo romano... aun podia el hijo llegar á ser objeto de su cariño doméstico, pero los *lares* formaban parte de su religion.

CAPITULO V.

Y Cambridge? Yo debia haber estudiado sin descanso y prepararme para los cursos de la universidad. ¿Pero era esto posible? En lo que principalmente me encontraba mas atrasado era en la composicion del griego, y me dirigí á mi padre, que como debe creerse, se hallaba en disposicion de robustecer mi educacion escolar, en esta materia. Pero cuan difícil es encontrar á un gran sábio que sea al propio tiempo un buen profesor!

¡Querido padre mio! Si quiere uno admitiros tal como sois y participar de vuestras ideas, imposible seria encontrar un maestro tan admirable para formar la educacion del corazon ó de la cabeza, imbu-

vendo excelentes principios de sana moral y de buen gusto literario; si participa uno de vuestras ideas, decia, cuando al descubrir que una enfermedad de la inteligencia ó una pena del alma necesitan de vuestros *répices*, limpiáis los vidrios de vuestros anteojos y deslizáis suavemente la mano entre camisa y chaleco. Pero dirigirse sin mas ni mas allá á vos, cual discípulo vergonzante armado de sus libros y su cartapacio,—contemplar la triste resignacion con que dejais á un lado vuestro tomo de Cardan, ese nuevo tesoro que devorais con todo el entusiasmo de la juventud. Observar todos los gestos que imprime en vuestro semblante una falsa cantidad ó una locucion bárbara; oiros articular la horrible exclamacion: ¡*Papae!* que salida de vuestros lábios significa alguna cosa mas, que cuando el latin era una lengua viva y *papae* podia ser una expresion natural y nada pedante!.... Nunca, no... Antes mil veces permanecer en las tinieblas de la mas crasa ignorancia que esclarecer mi entendimiento en la llama de vuestra erudicion á costa de la infernal *papae!*

Ademas, si se le presentaba á mi padre

una página de poesías, en las que creía uno haber estado felizmente inspirado, cogía su pluma tranquilamente y con aire reflexivo tachaba las dos terceras partes de los versos sustituyéndolos por otros, que indudablemente eran admirables, aunque por otra parte no pudiera explicarse uno el porqué: si se le preguntaba á mi padre, respondía incomodado, moviendo ligeramente la cabeza: el porqué, debias tu saberlo!

En una palabra, la erudiccion clásica era para él como la poesia: no podia enseñároslo, así como no os hubiera enseñado Pindaro a hacer una oda. Respirábase su aroma, pero era tan intantigible y tan difícil de analizar como la fragancia de la rosa. Al cabo, dejé á mi padre que saborease su Cardan y corrigiese las pruebas de la *Grande obra* que dicho, sea de paso, adelantaba muy poco. El tio Joaquin se habia empeñado en que se imprimiese en cuarto con láminas, pero para esto, además de mucho tiempo, se necesitaria una cantidad de dinero enorme.... Hé aqui el negocio que ocupaba á la *sociedad de los anti-libreros*.

Pero ¿cómo habia de poder yo, volvien-

do á mi persona, entregarme á mis estudios con tranquilidad y reposo? Así que me hube instalado en mi cuarto, creyéndome solo en el mundo como un antiguo Breton,

«Penitus ab orbe divisus»

oigo llamar á mi puerta: unas veces es mi madre, que se halla muy agradablemente atareada haciendo cortinillas para todas las ventanas (bagatela supérflua de que Bolt no habia hecho caso), y viene á consultarme acerca de la forma en que hallan dispuestas las de casa del Sr. Trevanion—pretexto de que se vale para entrar á ver lo que hago, porque así que me vé encerrado en mi cuarto me cree presa de la melancolia;—otras veces llama Bolt para hacerme alguna pregunta acerca de los estantes de la librería de mi padre, que está construyendo con arreglo á un diseño gótico hecho por mí, otras, viene Blanca, á quien en hora menguada me empeñé en enseñar de dibujo! de puntillas, protestando que no trata de distraerme, y se sienta muy rellanadamente en la silla haciéndome perder la paciencia. Otras, y las mas, es el capitán que me necesita para hacer una caminata, dar un paseo á caballo, ó pescar al anzuelo. Y por San Huberto, (patron de

los cazadores) ya ha llegado el apetecido mes de agosto... la caza abunda en esos silvestres páramos,—y mi tío me acaba de regalar una hermosa escopeta de chispa, de la cual se sirvió en su juventud... No sé, lector, si hubieras permanecido serio al verla en las manos del capitán: con respecto á mi, sabré decirte que al rastrillo de piedra me venia de molde para achacarle mi torpeza y mala puntería. En una palabra, pasábase el tiempo muy de prisa; y si mi tío y yo teníamos horas muy sombrias, sabíamos al menos hacerlas huir, siendo en esta caza mas felices que en la de liebres ó conejos.

Por último aunque los alrededores de la Torre de mi tío fuesen áridos y desiertos, era mas pintoresco el pais á algunas millas de distancia, y mas de una vez se ofreció á nuestra vista algun sitio poético ó grandioso á donde arrastrábamos á mi padre que abandonaba su Cardan por pasar dias enteros á la orilla de algun hermoso lago.

Hice, entre otras, una escursion enteramente solo á la Quinta en donde experimentó mi padre el encanto y las zozobras del primer amor; de aquel amor cuyas

cicatrices se hallaban aun frescas en mi propio corazon. El grande y magestuoso edificio estaba cerrado porque la familia de Trevanion hacia ya algunos años que no lo habitaba, y los jardines y el parque de recreo, habian sido reducido á la mas minima espresion posible. No por eso habia que buscar alli desperfectos ni ruinas, no lo hubiera consentido el señor Trevanion; pero por todas partes se descubria la larga ausencia de los propietarios. Introdújeme en el interior de la casa con el auxilio de mi targeta y de media corona: ¡ví aquel memorable gabinete!... Creí reconocer el mismo sitio en donde mi padre oyó pronunciar la sentencia de que habia de trasformar enteramente su vida. Al regresar á casa contemplé su frente serena con nueva ternura, y desde el fondo de mi corazon bendije á la tierna y cariñosa compañera cuyo tranquilo amor disipó sus últimas nubes.

Algunos dias despues de nuestra llegada tuve carta de Vivian, la cual me fué remitida á Cumberland desde casa de mi padre. Era breve su contenido y parecióme descubrir en él cierta satisfaccion. Vivian creia, segun en ella me decia, que

acababa de entrar en el buen camino y se proponia seguir por él... que se iba reconciliando con el mundo; pero, añadía, que para seguir en buenas relaciones con él, era indispensable tratarlo como á un tigre domesticado, teniendo en una mano el venablo y acariciando con la otra al animal feroz. Juntamente con la carta recibí un billete de banco cuyo importe saldaba nuestra cuenta, suplicándome además que le guardase el resto hasta que lo reclamase en calidad de millonario. No me decia donde debia contestarle, pero el sello del correo indicaba que la carta habia sido escrita en Godálming—ocurrióseme el consultar una antigua impresion topográfica del condado de Surrey, y en un itinerario que se hallaba al fin de la obra, encontré el siguiente párrafo: «A la izquierda del bosque de hayas y á la distancia de tres millas de Godálming, se encuentra la elegante quinta de Francisco Vivian.» A juzgar por la fecha de la inscripcion, el referido Francisco Vivian debia ser el abuelo de mi amigo su homónimo. No cabia ya, pues, duda acerca de la familia de este hijo pródigo.

Entre tanto las vacaciones de verano toca-

ban á su fin, y los huéspedes del pobre capitán se disponían á abandonarle, después de haber abusado quizás de su bondadosa hospitalidad. Acordóse, pues, que yo acompañaría á mis padres á sus *penates*, durante tanto tiempo olvidados, trasladándome desde allí á Cambridge.

Sensible en extremo fue nuestra separación... Hasta la misma señora Gervasia derramó abundantes lágrimas al estrechar la mano de Bolt, el cual como buen veterano, era atento y cortés con el bello sexo. No se contentaron los dos hermanos con apretarse la mano; ellos se abrazaron además tiernamente como raras veces los hacen en estos tiempos los hermanos que llegan á su edad, á no ser en el teatro. Y Blanca mientras estrechaba con uno de sus brazos el cuello de mi madre y con el otro el mio, me dijo sollozando al oído: «Yo quiero ser tu mujercita, si; lo quiero.» Por último, subimos por segunda vez en el carruaje, todos excepto la pobre Blanca... á la cual no tardamos en echar de menos.

CAPITULO VI.

¡Alma mater! ¡alma mater! ¡Madre augusta! ¡yo te saludo! Critiquente cuanto quieran nuestros innovadores modernos, que no por eso dejarás de ser una verdadera madre lacedemonia:—austera é implacable como lo fué la antigua matrona que levantó las paredes del templo en donde se habia refugiado su hijo Pausanias... llevando ella misma la primera piedra para enterarle vivo; implacable y austera, repito, pero solo para tus hijos indignos; para los demas rebosando magestuosa ternura (1).

(1) Pausanias fue acusado de inteligencia con los enemigos de Esparta. Su madre se llamaba Auchtia. Este suceso ocurrió el año 477 antes de Jesucristo.

Mas de uno de los jóvenes que van á Cambridge (no hablo de Oxford por no conocer esta universidad) lo hacen únicamente por mera fórmula, es decir, por inscribirse en los registros de un colegio, figurar durante tres años entre los estudiantes, y si es posible, obtener sus grados; el joven que realmente no lleva otro objeto, encuentra en efecto en la universidad una madre de corazon empedernido. Pero el que quiere estudiar, trabajar y aprovecharse de todas las ventajas que la ciencia y la literatura le ofrecen, escojer buenos amigos, — quiero decir, distinguir en aquella populosa fermentacion de nacientes ideas, lo que hay de bueno, y de malo, para rechazar lo malo y apropiarse lo bueno, puede fecundizar sus tres años de estudio, y al llegar su termino cojer inmortales frutos.

Grandes reformas se nos anuncian en el sistema académico: asegúrase que para lo sucesivo no ocuparán el primer lugar en Cambridge las matemáticas, y que se concederán las palmas del honor á los discípulos mas aventajados en las ciencias morales y naturales. Se dice que junto al trono de la diosa Mathesis han colocado *dos sillones á lo Voltaire*. Nada tengo que objetar á es-

to; pero á mi entender, lo apreciable en los tres años de vida escolar, no es tanto la cosa aprendida como tenaz perseverancia por aprender alguna cosa.

Bajo un concepto, fué para mi de mucho provecho el haber visto un rincon del mundo real, del mundo universitario. Si hubiera venido á parar á él al salir del colegio Filéleno, fácil hubiera sido que me sedujese lo que en el de Cambridge se denominaba placer; pero despues de vivir en Lóndres, aquel supuesto placer ningun atractivo tenia para mi. Beber hasta embriagarse, jugar crecidas cantidades, una miscelánea de afectada sencillez y de gastos extravagantes; hé aqui todo lo que estaba en moda cuando fui á la universidad; *sub Consule Plauto*— es decir, cuando Wordsworth era director del colegio de la Trinidad; puede que le hayan sustituido en el dia.

Pero ya habia pasado para mi, moralmente hablando, la edad en que semejantes ejemplos pueden ser perniciosos, y sin violentarme mucho, me alejaba del círculo de los olgazes para introducirme en el de los estudiosos.

Sin embargo, si he de ser franco, debo decir que no sentia ya mi antigua aficion á

los libros. Si mi iniciación en el gran mundo me libraba de entregarme á los excesos de la vida estudiantil, habia aumentado tambien en mi aquella sed de mi actividad práctica que era uno de los elementos constitutivos de mi carácter. Pero, ¡ah! á pesar de la lección que aprendí en la biografía de Roberto Hall, era algunas veces tan amargo para mí el recuerdo del pasado, que me salia bruscamente del cuarto perseguido por encantadoras visiones, procurando por medio de alguna fatiga corporal extinguir la fiebre del corazón. Aquel ardor juvenil, tan útil cuando se consagra al estudio, lo habia yo consumido prematuramente en los altares de un culto menos severo. Por mas que me dedicase al trabajo, hacíalo con la *impresion de trabajo* que el hombre consagrado á la ciencia no experimenta nunca— como no la experimentaba yo en otra época de mi vida. La ciencia—esa imágen marmórea, se anima con el calor de la vida, no á los golpes del cincel sino por el culto del escultor. El artista que se entrega á ella únicamente no encuentra mas que una estatua muda.

En casa del Tio Rolando, un periódico era cosa muy rara, pero en Cambridge re-

presentaban un papel aun entre los que se dedicaban á estudios literarios. Tenia alli grande importancia la politica, y á los tres dias de haber llegado á la universidad ya oí hablar del señor Trevanion, y me lancé sobre los periódicos políticos que para mi tenían sus encantos. La profecía de mi principal estaba en visperas de cumplirse: la prensa repetia los rumores de un próximo cambio de ministerio, apareciendo incesantemente en los periódicos el nombre del Sr. Trevanion, glorificado en unos, vituperando en otros, tan pronto ensalzado hasta las nubes, como arrastrado por el fango: en una palabra, se lo lanzaban unos á otros, los periódicos, como se lanzan los chicos el volador con su pala. Sin embargo, los cambios no se verificaban y el ministerio se mantenía firme.

Hállase en el *Morning-Post* una columna en la cual bajo el epigrafe genérico de

FASHIONABLE INTELLIGENCE

se toma acta de todos los sucesos grandes y chicos, verdadera chismografía de la alta sociedad. Sin embargo, no encontraba alli una noticia que me hubiera afectado mas que la conquista ó la decadencia de un imperio; ni la mas mínima indicacion

«acerca de los próximos desposorios de la hija y única heredera de un miembro rico é influente de la cámara de los comunes» estilo del *Morning-Post*. Tan solo de vez en cuando, hacia mención aquel periódico de las personas distinguidas que habian honrado ó hermoñado con su presencia la *soirée* de algun gefe del partido; y si por desgracia veia entre ellas los nombres de lady Leonor y de mis Trevanion, sentia arrancárseme el corazon y espirar en mis lábios.

Pero entre todos aquellos prolíficos órganos de la prensa—posteridad remota del gran antepasado, cuyo nombre llevo, en donde estaba el *Times literario*. ¿Qué causa se oponia á la aparicion de sus prometidos números? Ni un anuncio, ni un simple prospecto que hiciese esperar su próxima publicacion! Muy convencido estaba yo de que habia sido abandonado aquel proyecto, y me guardaba muy bien, cuando escribía á mi casa, de hacer la menor indicacion que pudiera renovar su recuerdo. Pero en lugar del *Times literario*, vió la luz un periódico diario tambien, vástago escuálido de la prensa, con una cabeza muy descomunal y perifollada en for-

ma de programa, la cual durante los tres primeros días ocupó en la primera página el lugar preferente. El cuerpo de este nuevo enjendo se componía de sutiles y alambicados *suelos*, y sus piernas que solo contenían anuncios, eran el apéndice más desdichado que se halla visto jamás en periódico alguno. Y á pesar de esto, se engalanaba aquel aborto con un título deslumbrador, título que trae á la memoria todos los goces gastronómicos y comerciales de la Cité, título que haría desternillar de risa á Falstaff y á los *aldermen*, y que despiden cierto olorillo á carne de javalí y á sopa de tortuga.... titulábase,

EL CAPITALISTA.

Los sutiles y alambicados *suelos* que contenía iban intercalados de recetas para hacer dinero, y en cada frase se encontraba el lector con un Dorado. Si se había de creer á aquel periódico, nadie hasta entonces había hecho producir á sus libras el interés justo.... era cosa de volver la espalda al 20 por 100. Frecuentemente entretenía á sus lectores hablándoles de la Irlanda, no de sus desgracias, Dios nos li-

bre, sino de sus ricas pesquerías; preguntábase á si mismo que fué de las perlas que habian dado en otros tiempos tanta celebridad á la Gran Bretaña;—seguíase despues una erudita disertacion sobre ciertas ciencias perdidas durante mucho tiempo, y vueltas felizmente á encontrar,—una ingeniosa proposicion para convertir el humo de las chimeneas de Lóndres, en abonos, por medio de un nuevo procedimiento químico,—una recomendacion para los pobres, incitándoles á empollar los huevos por el antiguo sistema egipcio,—proyectos agrícolas para sembrar cebollas en les terrenos incultos segun el sistema adoptado en las inmediaciones de Bedford..... con un producto en limpio de cien libras esterlinas por fanega! En una palabra, cada puñado de tierra, segun aquel periódico, podia alimentar á un hombre, y cada shelin ser como el saco de Hobson, “el procreador fecundo de otros ciento” (1). Por espacio de tres dias no se

(1) Tobias Hobson, fué un simple ordinario de Lóndres á Cambridge, pero hombre mañoso y emprendedor que dejó una nombradia proverbial. Fué el primero que

oyó hablar de otra cosa en el gabinete de lectura de la union de Combridge, que de aquel periódico: los unos se encogian de hombros al verle, los otros se reian de él, otros se contentaban con manifestar el

puso un establecimiento de caballos de alquiler, y poco á poco llegó á tener en su cuadra mas de cuarenta, de los cuales se servían los estudiantes en sus escursiones. Hobson estableció que el primero que se presentase á alquilar un caballo decia tomar el mas inmediato á la puerta, á fin de que los ginetes siguiesen su turno y cada caballo fuese montado á su vez: de aquí se originó en Cambriage el proverbio: *Esa es la eleccion de Hobson*, cuando queriendo uno tomar una cosa, se le hacia elegir otra. Tobias Hobson dirigió con tal acierto su industria, que murió rico en 1630, á la edad de ochenta y seis años. Su retrato al fresco se conservó durante mucho tiempo en la pared de una posada de Cambridge en la calle de Bishop-gate, con un saco de libras esterlinas debajo del brazo y esta inscripcion:

«The fruitfull mother of á hundred more.»

«La madre que fecundizó á otras ciento.»

asombro que les causaba, hasta que por último, un ladino y lenguaráz natemático que habia terminado su tesis y tenia el tiempo de sobra, dirigió un comunicado al *Morning-Chronicle*, tomando por su cuenta al CAPITALISTA, y haciendo la autopsia de uno de esos artículos, (Capitalista desdichado!) que habia llamado particularmente la atencion, demostró con una lógica incisiva que contenia mas disparates que letras. Desde la aparicion de aquella carta nadie ya se dignó leer el CAPITALISTA. ¿Cuánto tiempo arrastraria despues su precaria existencia? lo ignoro; pero lo cierto es que no murió de *consuncion*.

Cuán lejos estaba yo de pensar, cuando formaba coro con los que serian del CAPITALISTA—¡ah! ¡corazon de hiena!— que le habia de acompañar á su última morada con la gasa negra en el sombrero! Pero á semejanza de tantos poetas, estabas, ¡ho CAPITALISTAS! destinado á no ser conocido, apreciado en tu justo valor, ni llorado hasta despues de darte sepultura—hasta que fuese presentada la cuenta de gastos de tu entierro.

Acababa de terminar mi primer curso universitario, cuando recibí una carta de

mi madre, pero una carta tan alarmante y escrita con un pulso tan agitado, que era á primera vista inteligible, y cuanto de ella pude comprender, fué que nos habia sobrevenido una espantosa calamidad.... Detúveme, caí postrado de rodillas y dirigí una súplica al cielo rogándole conservase la vida y la salud de las personas á quienes mas directamente parecia amenazar... Pero despues de haber vuelto á leer la última frase que estaba un poco borrada, pude esclamar por ultimo: «¡Gracias os doy, Dios mio! ¡Toda la pérdida se reduce á dinero!»



UNDÉCIMA PARTE.

CAPITULO I.

—

En la imperial de la diligencia que salió al día siguiente de Cambridge, titulada el telégrafo, iba entre otros, un pasajero que debió inspirar á sus compañeros de viaje una elevada idea de sus conocimientos en las lenguas muertas, porque desde el momento que subió á aquel *puesto eminente* del coche público hasta que tocó con sus pies la tierra, nuestra madre comun no se dignó decir una palabra en una lengua viva= «El sueño, dice el honrado Sancho Panza, cubre al hombre mejor que una ca-

pa.» Siento, bueno de Sancho, tener que decirte, que en esta ocasion has cometido un plágio, porque mucho antes que tú vieneses al mundo, consignó Tibulo esta verdad, con corta diferencia; al decir:

«*Te somnus fusco velavit amictu.*» (1)

Pero no es acaso el silencio una capa tan buena como el sueño? No envuelve asimismo al hombre en un manto, impenetrable tambien? Como cubre el silencio al mundo!... Cuántos proyectos!... Cuántas brillantes ezperanzas y qué de negros temores!... Cuánta ambicion ó quanto abatimiento!... ¿Escita interés en vosotros el hombre que sentado en vuestra compañía permanece por espacio de horas enteras silencioso, sin sentir la inquieta curiosidad de atravesar la muralla que levanta para aislarse de los demas? ¿No os interesa mas que el hablador sempiterno de vuestra derecha... ó que la agudeza de vuestro compañero de la izquierda, cuyos chistes van á estrellarse en la sombría barrera del hombre mudo? ¡Oh silencio! hermano de la noche y de la Erebe clásicas, cuántos

(1) El sueño te cubre con su sombrío manto.

velos de misteriosas sombras no estiendes desde el infierno al cielo, en los dos asilos de que puedes disponer:—el corazon del hombre y la tumba!

Envuelto, pues, en mi capoton y mi silencio, hice mi viaje llegando al segundo dia por la noche á la antigua mansion paternal. ¡Cuán extraño y desagradable me pareció al llamar, el sonido de la campanilla! Cuán siniestra se ofreció á mis impacientes ojos la claridad que vislumbre al través fie las ventanas! Cómo latia mi corazon al examinar el semblante del criado que salió á abrimme!

—¿Están todos buenos? le pregunté.

—Si señor no hay novedad en casa, me respondió aquel con placentero semblante. Don Bernardo se halla con el Sr. Caxton, pero no creo que el señor esté enfermo.

Aparecióse mi madre y me arrojé en sus brazos.

—¡Sisty, querido hijo mio! estás tal vez arruinado...y... por mi culpa.

—Por vuestra culpa?... Entrémos en este gabinete... en donde no puedan oirnos... ¡por vuestra culpa!

—Sí, sí, hijo mio!... por que si yo no tuviera hermano, ó no me hubiese dejado

llevar... si como debia hubiera suplicado al pobre Agustin, que no...

—Pero, querida madre mia, V. se culpa á si misma de lo que ocasionó.... segun creo la desgracia de mi tio.... Estoy por decir que ni aun él tiene la culpa! (En esta ocasion no hablaba con ingenuidad.) Acusad al verdadero culpable, á nuestro difunto antepasado, al infame Guillermo Caxton, el impresor porque sin estar aun al corriente de lo que sucede, apostaria cualquiera cosa á que tiene relacion con el fatal descubrimiento de la imprenta... Vaya. digame V., ¿está bueno mi padre?

—Sí, á Dios gracias.

—Y V. tambien, y yo, y el tio Rolando, y la niña. Me alegro en el alma. Hace V. en dar gracias á Dios, porque nuestros verdaderos tesoros están intactos. Pero, ruego á V. que se siente y me lo cuente todo.

—No puedo esplicarte nada: cuanto he podido comprender es, que mi hermano.... el mio... es quien ha comprometido á Agustin... en... en... (un nuevo torrente de lágrimas.)

Yo consolé, rei, regañé, prediqué y supliqué á la vez: por último, cogi suave-

mente del brazo á mi madre y entramos en el gabinete de mi padre.

Hallábase sentado á la mesa D. Bernardo, con la pluma en la mano y con un vaso de su ponche favorito junto á la escribania. Mi padre estaba de pié apoyado sobre la chimenea con alguna palidéz en el semblante: pero descubriase en su mirada una resolución agena de la dulzura reflexiva é indolente á un tiempo, de su fisonomia. Al abrirse la puerta levantó los ojos y acercando despues un dedo á sus lábios dijo afablemente: «No creas á tu madre: no es tan grave el mal. Las mugeres todo lo exageran y convierten sus vanos temores en realidades, lo cual debe atribuirse á sus imaginaciones vivas, como claramente lo demostró Wierus explicando las señales muy pocas seductoras las mas veces, como berrugas, per ejemplo, que imprime en sus inocentes hijos antes de darlo á luz, mi querido hijo, añadió mi padre cuando le hube abrazado con una sonrisa en mis lábios... te agradezco esa sonrisa ¡Dios te bendiga!!!»

Estrechóme la mano y volvió la cabeza por un momento.

—Sirve siempre, repuso despues de un intervalo de silencio—de un gran consuelo

cuando sobreviene alguna desgracia, el saber que no hubiera podido evitarse. D. Bernardo acaba de descubrir que me falta la protuberancia de la circunspeccion, de manera que por las leyes de la craneología si hubiese evitado una desgracia, hubiera ido á estrellarme sobre otra.

—El destino del hombre que tiene vuestra configuracion frenológica, es el de ser engañado, dijo don Bernardo viniendo en apoyo de su aserto.

—¿Lo entiendes, querida Catalina? ¿Y tienes aun corazon para acriminar al pobre Joaquin... á ese pobre hombre que se halla agoviado bajo el peso de una protuberancia que podria contener toda la Bolsa de Londres? ¿Y tiene uno en su mano, don Bernardo, el oponerse á los efectos de su configuracion frenológica?

—Es imposible, respondió el cirujano en tono de autoridad.

—Tarde ó temprano, respondió mi padre, la protuberancia maldita envolverá al hombre en su red invisible, ó para hablar con mas propiedad, D. Bernardo, le hará caer en la inevitable trampa de su cédula: allí le esperaba su destino, como la Formica-leo la hormiga-leon está de espera en su agujero.

—Es indudable, dijo D. Bernardo: ¿sabéis que hubierais hecho un profesor de frenología admirable?

—Así pues, querida amiga mía, prosiguió mi padre dirigiéndose á su amable compañera, no culpes á nadie, sino á este triste cavidad de mi cerebro de donde la circunspeccion... se ha ausentado! Vaya, dá de cenar á Sisty, porque segun la opinion de D. Bernardo, tiene portentosamente desarrollados los órganos matemáticos y necesitamos de su auxilio. Mi querido Pisistrato, estamos engolfados en un Occéano inmenso de guarismos.

Mi madre bajó desesperadamente la cabeza, y obedeciendo con sumision. se dirigió á la puerta sin desplegar los lábios; volvióse despues y me indicó con la mano que la siguiese.

Dije á mi padre algunas palabras al oido y salí. Esperábame mi madre en el pasillo y á la claridad de la luz, ví que se habia enjugado las lágrimas, y si no menos triste parecia mas tranquila.

—Sisty, me dijo con una voz que descubria el esfuerzo que hacia por mostrarse tranquila, dame palabra de contármelo todo, si, todo, Sisty. Se me oculta lo peor, y

este es mi castigo mas terrible; porque ignorando cuanto... cuanto padece Agustin, me parece que he perdido su cariño. ¡Ah! Sisty, hijo mio, querido hijo, nada temas por mí..., suceda lo que quiere, seré dichosa con tal de que recupere mi privilegio... Mi privilegio, Sisty, consiste en participar así de la buena como de la fortuna... en consolarlos... ¿Me entiendes?

— ¡Si, madre mia! vuestro buen sentido, vuestro instinto de muger, serán nuestros mejores consejeros; esté V. segura de ello. Tranquilícese V. para poder emplearlo, y crea que no habrá secretos entre los dos.

Abrazóme mi madre y con paso mas ligero se fué á disponérme la cena.

Cuando entró en el gabinete dirigióse hácia mí mi padre diciéndome con cierta emocion.

— Hijo mio, se pierde tu modesto matrimonio.

Pero yo le interrumpí: — ¡Padre mio, padre mio! puede V. pensar en mí en momentos semejantes! pensar en mí! ¡Es posible arruinar á un jóven fuerte y robusto; Quedarme yo arruinado con estos músculos y estos nervios! Con la educacion que de V. he recibido—con la educacion que es la

musculatural del alma! ¡Oh! no, no penseis en, eso puedo desafiar á la fortuna, y V., padre mio, se olvida.... de la bolsita de azafran.

Levantóse don Bernardo súbitamente de la silla y limpiándose los ojos con una mano, púsome en el hombro la otra exclamando:

—Me envanezco por los cuidados que he prodigado á vuestra niñez, amigo mio: he ahí los efectos de fortalecer en tiempo hábil los órganos digestivos. Esos sentimientos demuestran que poseis admirables ganglios nerviosos y que se hallan en estado de perfeccion. Cuando un hombre puede enseñar una lengua tan limpia indudablemente como la que teneis en la boca se desliza al través de los infortunios como una anguila.

Yo no pude contener al oír esto una carcajada, ni mi padre reprimir una sonrisa. Entonces me senté con él y con don Bernardo á la mesa, en donde me presentó el cirujano un papel plagado de guarismos.

—¿Luego se trata de deducir la cantidad desconocida? dije yo. ¿Pero qué es lo que aqui veo?

«Supuesto valor de la Biblioteca. 750 L.

—¡Ah! no padre mio, de ninguna manera; es imposible; todo menos eso. Vuestros libros... son vuestra existencia!

—No, hijo mio, respondió mi padre. En resumidas cuentas son los verdaderos culpables, y es preciso que sean las primeras víctimas. Además, lo sé casi todos de memoria: pero ahora solo se trata de fijar todos vuestros valores para estar seguros, (añadió mi padre con orgullo) de qué, suceda lo que quiera, haremos honor á nuestros compromisos.

—No le contradiga V., me dijo en voz baja don Bernardo: apruebe V. su idea que ya se salvarán los libros, y en voz mas alta añadió el cirujano tomándome el pulso:—Una, dos, tres, cerca de setenta pulsaciones! escelente pulso! ¡lleno y flexible! Puede resistirlo todo... Le administraremos la dosis por completo.

—Mi padre hizo una señal de asentimiento. —Indudablemente, dije; pero Pisistrato debemos atender á tu tierna madre. Yo no puedo consentir que se acrimine á sí misma por que el pobre Joaquin se haya dado tan malas trazas para enriquecernos; pero como la he hecho observar mas de una vez, Esfinge y Enigma pertenecian en la anti-

güedad clásica, al género femenino.

¡Pobre padre mío! Estas últimas palabras no espresaban mas que un vano esfuerzo para recuperar su inocente buen humor: al pronunciarlas le temblaban los labios.

Por último me puse al corriente. Hé aqui lo que habia pasado:—Asi que quedó resuelta la fundacion del *Times literario*, la actividad incansable del tio Joaquin reunió cierto número de accionistas. En el acta de la sociedad figuraba el nombre de mi padre á la cabeza de todos los demás como el del principal accionista, propietario de una cuarta parte del fondo social, en lo cual si cometió mi padre una imprudencia, nada hizo al menos que pudiese arruinarle, segun los cálculos comunes á un literario que vive retirado del mundo. Pero en el momento mismo en que nos veiamos embarazados por una marcha precipitada, hizo presente á mi padre el tio Joaquin que tal vez fuese conveniente hacer alguna modificacion en el plan del periódico, y que á fin de reunir el mayor número de suscriptores posibles, seria útil detinar una de sus secciones á los intereses materiales y á las noticias del dia. Un cambio en el plan podria producirlo tambien en el títu-

lo, y el tío Joaquin manifestó á mi padre la necesidad de que le autorizase para acordar el título técnico y la forma definitiva de la publicación: al saber mi padre que los demás accionistas no se oponían á ello, accedió también. Peck impresor que gozaba de gran consideración y de una colosal fortuna, se había prestado gustoso á adelantar los fondos necesarios para la publicación de los primeros números del periódico, en calidad de editor, bajo la doble garantía del acta de la sociedad y de un acta suplementaria firmada por mi padre y por los demás accionistas, que autorizaba al Sr. Joaquin Tibets para introducir las modificaciones que creyese convenientes en la forma y en el título de la primitiva idea.

Porque es de advertir, que el rico y respetable Mr. Peck había desalentado mucho al Sr. Tibets en sus conferencias preliminares acerca del pensamiento de *Times literario*, indicándole que sería preferible otro título cualquiera que pudiese interesar al comercio y la industria!... El hecho se redujo, como se descubrió después, á que nuestro impresor, cuyo carácter aventurero no le iba en zaga al tío Joaquin, tenía ac

ciones en tres ó cuatro empresas, acerca de las cuales se le ofrecia una brillante coyuntura para llamar la atencion pública. En una palabra, apenas hubo vuelto la espalda mi padre, fué deshechado el *Times literario*; los señores Peck y Tibets concentraron todos los rayos de sus luces y vió la del mundo aquel astro periódico, que cruzó el horizonte de la prensa bajo el título del CAPITALISTA.

Metamorfoseada, digámoslo así, la empresa, retiróse de ella la parte mas prudente y de mas responsabilidad de sus fundadores. Verdad es que quedó una mayoría, pero una gran parte de los accionistas que la formaban, era de los que dominaban las influencias del tio Joaquin, de aquellos hombres que se interesan espontáneamente en toda clase de negocios porque nada tienen que perder.

Una vez seguros de la solvencia de mi padre, el emprendedor Peck puso manos á la obra y se dedicó con ardor á la publicacion del CAPITALISTA: viéronse plagadas de carteles todas las esquinas y parages mas públicos de la capital, y el reino se vió de un extremo á otro inundado de PROSPECTOS: nombráronse comisionados en

todos los puntos y se hizo una leva en masa de corresponsales. En los preparativos que se hicieron en Grecia cuando la invadió Jorjes, no se desplegó tanta magnificencia como para la invasion con que el CAPITALISTA amenazaba la credulidad y la codicia del género humano.

Pero así como la Providencia proveyó á los peces de aletas para que pudiesen regularizar y dirigir sus mas rápidos é irregulares movimientos en su líquido elemento, de la misma manera aquel poder protector concede ciertas facultades preservativas á aquellos seres de sangre fria de nuestra especie, á quienes se puede colocar en la clase de negociantes ú HOMBRES DE DINERO. Estos vípedos interesados, recibieron en efecto instintos de prudencia y de precaucion que les conduce magestuosamente por el inmenso Océano de la especulacion. En una palabra, los peces que se creyó tragarian el anzuelo, se escabulleron así que lo vieron en el agua: algunos de ellos volvieron al olfatear el cebo; pero al punto desaparecieron otra vez yendo á perderse entre las rocas y los bancos de coral. Dejándonos, por último, de metáforas, diremos, que los capitalistas cerraron

sus bolsillos y no quisieron tener cuentas con su homónimo el periódico.

Tanto el Sr. Peck como el Sr. Tibets, se abstuvieron de decir una palabra del cambio ocurrido, al pobre Agustin Caxton, tan antipático por naturaleza á una especulación semejante, el cual posiguó comiendo, bebiendo, durmiendo, dedicándose á su grande obra, estrañando algunas veces el que nada se dijese de la aparicion del *Times literario*, sin sospechar siquiera la inmensa responsabilidad que se le hacia contraer con el CAPITALISTA, y hasta ignorando la existencia de semejante periódico como ignoraba el último empréstito de la casa de Rothschild. Se necesitaba toda la bondad y la dulzura de carácter de que se hallaba dotado mi padre, para no lanzar un anatema fulminante sobre la emprendedora cabeza del cuñado que habia faltado de aquella manera á los mas sagrados deberes de la confianza y del parentezco, comprometiéndolo á un hombre honrado é inofensivo. Pero seamos justos con el tío Joaquin reconociendo que al obrar de aquel modo se hallaba plenamente convencido de que el CAPITALISTA labrada la fortuna del marido de su hermana: verdad es que se abstuvo

de darle parte de aquella estraña trasformacion operada en la idea del *Times literario*, verdadera mariposa de doradas alas salia de su crisalida, pero no lo es menos que guardó aquella reserva porque conocia las preocupaciones de mi padre... sí, sus preocupaciones, que (segun el Sr. Tibets) le hubiesen impedido convertirse en un Creso. En resumidas cuentas, se hallaba el tio Joaquin tan identificado con su especulacion, y de tan buena fé creia en ella, que se puso enteramente á disposicion del Sr. Peck, firmándole pagarés por considerables sumas. Hé aquí la causa por que se encontraba por deudas en la cárcel, en donde estaba fechada la declaracion de sus culpas, de su desesperacion y arrepentimiento. Este documento vino acompañado de una laeónica carta del Sr. Peck, el cual participaba en ella á mi padre, que habia seguido publicando, por su cuenta, el *CAPITALISTA* hasta donde lo habia permitido la prevision de un padre de familia, y añadia que no necesitaba decir que la fundacion de un nuevo periódico diario siempre habia sido considerada como una empresa complicadísima, porque sus gastos eran mucho mas importantes que los de una simple

publicacion literaria como la que se proyectó en un principio. En la precision de dirigirse á los demas accionistas para liquidar cuentas, suplicaba el respetable impresor á mi padre, que formase inmediatamente la suya particular, indicándole tambien con suma delicadeza, que él se entenderia como pudiese con los otros accionistas, cuya mayor parte sentia tener que decirlo le fueron presentados por el Sr. Tibets como accionistas iormales, cuando no eran en realidad mas que testaferreros.

Pero no era esto solo. La gran sociedad de Antilibreros habia inaugurado su existencia bajo muy malos auspicios. Habianse prometido al mundo en sus prospectos varias obras de interés sólido y permanente, entre las cuales figuraba una pomposa lista de poemas, de dramas que no se destinaban al teatro, de ensayos y de tratados de Fileuteros, Filántropos Filopoles y Filaletes, entre los cuales figuraba la HISTORIA DE LOS ERRORES HUMANOS en dos tomos en 4.º ilustrada con láminas. ¡Pero ah! aquella gran sociedad de Anti-libreros que no habia producido aun mas que prospectos, primeras hojas de su futura flores-

cencia, marchitose el mismo dia en que su sol fertilizador, bajo la forma del tio Joaquin, fué á eclipsarse en las tinieblas de la cárcel, en la cual se le puso á buen recaudo por deudas. Mi padre recibió ademas una atenta carta de otro impresor—(¡oh Guillermo Caxton! ¡Guillermo Caxton! ¡antepasado fatal!)—en la cual le daba cuenta de todo lo ocurrido, previniéndole que se entendiese con él, como el mas respetable de los miembros de aquella sociedad, y le satisfaciese no solo la costosa edicion de la HISTORIA DE LOS ERRORES HUMANOS, sino tambien el papel é impresion de los poemas, dramas destinados á no ser representados, ensayos y tratados de Filenteros, Filántropos, Filopoles y Filaletes etc., asi como de otros varios tomos que se hallaban en prensa, los cuales por mucho que fuera su mérito bajo el punto de vista literario ó científico, corrian riesgo, bajo el aspecto económico de ocasionar inmensas pérdidas á la sociedad.

Así que me hube enterado de todos estos agradables pormenores, y despues de convencerme plenamente de que aparecia alli mi padre legalmente responsable de cuantos gastos se le reclamaban, me dejé

caer sobre el respaldo de la silla absorto y anonadado.

— Ya ves, Sisty, me dijo mi padre, que hasta ahora solo combatimos mónstruos en las tinieblas... y sabido es que todos los mónstruos se nos representan en la oscuridad mucho mas horribles y dañosos de lo que en realidad son. El mismo César Augusto, aunque indudablemente no vaciló nunca en crear, por medio de sus decretos de destierro, tantos fantasmas cuantas á su política convenian, no se negaba á recibir sus visitas, y nunca se quedaba solo in tebris. ¿A cuánto ascienden las sumas de que se me hace cargo? Lo ignoramos; asi como es una cosa igualmente oscura é indefinida, lo que podrá sacarse de los demas accionistas. Pero lo que ante todo debe hacerse, es sacar de la cárcel al pobre tio Joaquín.

— ¡Sacar de la cárcel al tio Jeaquín! Eso, padre mio, seria llevar demasiado lejos la indulgencia.

— ¿Y porqué? Si ante su debilidad no hubiese cerrado yo los ojos, no hubiera ido él á parar á cárcel. La prudencia debió estar en mí; pero deslumbróme la vanidad y me empeñé en publicar una grande obra,

como si (prosiguió mi padre dirigiendo la vista á los estantes de su biblioteca) no hubiese en el mundo bastantes libros voluminosos, quise meterme tambien á propagar la ciencia por medio de un periódico... yo que no he sabido estudiar con bastante atencion el carácter de mi propio cuñado para evitar mi ruina! Suceda lo que quiera, me consideraria como el mas vil de los hombres, si porque yo, Agustín Caxton, he caído de buen sentido, dejase pudrir en una cárcel á ese pobre hombre á quien he debido tratar como á un monótono. Por último, dijo resueltamente mi padre, Pisistrato, es el hermano de tu madre. Yo debia estar ya en Londres, pero sabiendo que tu madre te habia escrito, quise esperarme para dejarla con el consuelo y la esperanza... con estas divinidades celestiales que sorrien á una madre en los ojo de un hijo como tú.

—No lo consiento, dijo D. Bernardo con firmeza; con el carácter de vuestro médico, os prohibo salir de casa antes de seis dias.

CAPITULO II.

—Señor Caxton, prosiguió don Bernardo cortando con los dientes la punta de un cigarro que habia sacado del bolsillo, me dirá V. tal vez, que si trata de ir á Londres le mueve á ello un asunto del mayor interés.

—Indudablemente, respondió mi padre.

—¿Y quién será capaz de negar que el mal ó buen éxito de un negocio, depende

del estado de salud en que se encuentre la persona que lo desempeña? exclamó don Bernardo con aire de triunfo. Sabeis señor Caxton, que mientras afectais calma y hablais tranquilamente para alentar á vuestro hijo y engañar á vuestra esposa.... sabeis, digo, que vuestro pulso que suele dar comunmente algo mas de sesenta pulsaciones, dá poco menos de ciento? ¿Sabeis que vuestras membranas mucosas están en un estado de irritacion extrema, como fácilmente puede conocerse por vuestra lengua? Pues si con un pulso como este y una lengua como esa, se lisonjea V. de poder llevar á buen término una transacion pecuniaria, cuando tiene que habérselas con hombres astutos... cuanto puedo decir es, que vuestra ruina es inevitable.

—Pero..... empezaba á decir á mi padre.

—¿No vendió Rollick—prosiguió don Bernardo sin dejarle meter baza—Rollick, que tiene la cabeza mas fuerte que he conocido para terminar un negocio, no vendió, con una pérdida de treinta por ciento su linda granja de Seranny—Holt? ¿Y sabe V. porqué? Porque experimentaba los primeros síntomas de una ictericia que presenta-

ba á su vista la vida humana en particular y los intereses de la agricultura en general, bajo los colores mas sombríos. Además ¿qué le sucedió al legisla Cool, el hombre mas prudente del Reino-Unido, por haberse lanzado en cuerpo y alma, una hermosa mañana, en una empresa para cultivar todos los hornagueros de Irlanda? Que cuando antes era un hombre tan metódico que todos los relojes del pais se regian por el suyo, anjuvo este adelantado por espacio de tres meses, lo cual produjo el que todo nuestro condado se adelantase una hora al resto de Inglaterra! ¿Y cual fué la causa de todo esto? Hasta que fui llamado, á nadie se le ocurrió. Me encontré pues, con que las membranas cerebrales se hallaban en un estado de sobre-escitacion aguda, muy probablemente en la region de las protuberancias que producen en nosotros la ambicion y la idealidad! No Sr. Caxton, se quedará V. en casa y tomará una tisana de malvas y lechuga; y yo, prosiguió don Bernardo encendiendo su cigarro y dando dos fuertes chupadas, iré en lugar de V. á Londres para arreglar sus negocios, acompañándome en el viaje este jóven cuyas funciones digestivas son lo que se necesita

para habérselas con esos terribles elementos de la dyspepsia—los acreedores implacables.

Al espresarse D. Bernardo en estos términos, me oprimia el pié con el suyo de una manera significativa.

—Pero es el caso, respondió mi padre con dulzura, que por mas que agradezca vuestra amistosa oferta, no puedo aceptarla; no soy tan mal lógico como creéis, y el golpe que he recibido, no ha trastornado mi imaginacion hasta el extremo de incapacitarme para desempeñar mis negocios. D. Bernardo tomó refunfuñando el pulso de mi padre.

—Noventa y seis, dijo, sí, noventa y seis pulsaciones! y la lengua, caballero?

—Déjeme V. en paz! repuso mi padre. Que necesidad hay de examinar tanto mi lengua.

—Qué necesidad? la de confirmar los recelos que me inspiran esos párpados; su punta debe estar colorada, y debe presentar mucha aspereza en sus estremidades.

—Déjeme V.! repitió mi padre con mas impaciencia.

—Pues bien dijo don Bernardo con cier-

ta solemnidad, tengo el deber de manifestar (al llegar aquí entró mi madre para decirme que estaba dispuesta la cena) y debo manifestároslos á vos, señora de Caxton y á vuestro hijo, como personas mas directamente interesadas debo decirros á todos que si don Agustin Caxton se marcha á Londres para arreglar este negocio, no respondo de las consecuencias.

—Por Dios Agustin! exclamó mi madre echando sus brazos al cuello de su esposo, mientras que yo empezando á alarmarme al ver el sério aspecto de don Bernardo, hice presente lo inútil que seria la presencia del Sr. Caxton en Londres en los primeros momentos—Qué haria al llegar á aquella ciudad? Entregarse en manos de un hábil letrado; no podemos hacerlo nosotros tambien? No seria mejor que le llamásemos cuando hubiéramos podido apreciar toda la estension del mal? Durante estas súplicas filiales, siguió don Bernardo consultando el pulso de mi padre, y mi madre permanecia suspendida de su cuello.

—Noventa y seis—noventa y siete! dijo don Bernardo con un sordo refunfuñamiento.

—No lo creo! exclamó mi padre casi en-

colerizado. Yo me siento mejor que nunca.

—Y la lengua?—observe V. esa lengua, señora.—Ahí tiene V. una lengua tan brillante que con la claridad que despide podría uno leer.

—Ah! Agustín! Agustín!

—Mi lengua querida mía, nada tiene de particular, créeme, dijo mi padre entre dientes: ese hombre no tiene mas conocimiento del estado de mi lengua que de los misterios de Eleusis.

—Sáquela V., pues! exclamó don Bernardo, y si no presenta el aspecto que he dicho, consiento en que vaya V. á Londres y en que pierda toda su fortuna. Saque, saque V. la lengua.

—Don Bernardo! exclamó mi padre encendiéndosele el semblante; no se avergüenza V., don Bernardo!

—Mi querido Agustín, tu mano está abrazando... indudablemente tienes calentura.

—No lo ereas.

—Pero padre mio, solo por satisfacer á don Bernardo, dije en torno de tierna súplica.

—Pues bien, ya que os empeñais, ahí la teneis, dijo mi padre obligado por último á someterse, y exhibiendo con timidez la

punta del órgano de la elocuencia.

D. Bernardo la examinó con sus ojos de lince: colorada como un cangrejo y aspera como un nispero! exclamó con el acento de una feroz alegría.



CAPITULO III.

¿Cómo era posible que una lengua tan ultrajada, perseguida, deprimida é insultada por los vencedores, resistiese á la coalicion de tres lenguas conjuradas en su daño? Por último cedió mi padre, y entusiasmado D. Bernardo con su triunfo manifestó que vendria á cenar conmigo para evitar el que comiese yo manjar alguno que pudiese desvanecer la confianza que tenia puesta en mi vigorosa constitucion. Dejando, pues, á mi madre con su Agustín, cogíome el bueno del cirujano del brazo y así que estuvimos en el comedor cerró cuidadosamente las puertas:—Le hemos salvado, di-

io despues limpiándose el sudor de la frente.

—Pero cree V. formalmente, le dije, que tanto hubier perjudicado á mi padre este viaje?

—Qué si lo creol! Pues no conoce V., jóven inesperto, que hubiera sido víctima de su ignorancia en la práctica de los negocios? No sabe V. que un niño le engañaría cuantas veces se tratase de su interés— aunque ni Cool ni Rollick tengan mejor discernimiento que el suyo en esta materia? No tenga V. la menor duda de que poseido de la exaltacion de su quijotismo, lo primero que habria hecho al llegar á Lóndres hubiera sido ir á ver al Sr. Tibets para decirle:—cuánto debe V.? hé aqui el dinero; arreglándose en los mismos términos con los impresores, y volviendo á su casa si un cuarto V. y yo, que tenemos nuestra sangre fria, recurrirémos por el contrario á un medio menos heróico.

—Le comprendo á V., D. Bernardo, y se lo agradezco de todo corazon.

Por otra parte, prosiguió el cirujano con alguna mas sensibilidad, vuestro padre ha hecho en realidad un noble esfuerzo sobre si mismo. El padece mas de lo que pensais... no por la parte que le toca (por-

que creo que si estuviese solo en el mundo se contentaria con cincuenta libras esterlinas y sus librajos), sino por lo que respecta á vuestra madre y á vos. Bastaria un nuevo acceso de agitacion, para que este viaje á Lóndres nos fuera fatal: su ansiedad nerviosa acabaria por ocasionarle un ataque de parálisis ó de epilepsia. Retengámosle aquí y cuidémosle; si hay alguna mala noticia que anunciarle le iremos preparando... Pero no come V.?

—Comer yo! qué gana he de tener! Pobre padre mio!

—Es muy sensible el efecto de un disgusto, primero en el sistema nervioso, y despues, consecutivamente, en los jugos gástricos, dijo D. Bernardo, el cual entregándose á su apetito y á su mania de disertar científicamente, se sirvió un ala de pollo: os escita la sed quitándoos el apetito— No, vino de Oporto, no! es demasiado estimulante; beba V. Jerez con agua.

CAPITULO IV.

Cerróse la puerta de la calle detras de D. Bernardo, el cual antes de separarnos me prometió venir á desayunarse conmigo al dia siguiente, con el objeto de subir en el coche que pasaba por frente á la verja del jardin... Hallábame solo y sentado aun á la mesa del comedor reflexionando acerca de cuanto acababa de saber, cuando entró mi padre.

—Pisistrato, me dijo con gravedad paseando la vista en rededor... Tu madre!... pongámonos en lo peor..... necesita poder contar con alguna cosa y este debe ser tu primer cuidado. Tu y yo somos hombres al fin..... y mientras nuestro cuerpo y nuestro espíritu disfruten de salud na-

da nos hará falta nunca; pero una mujer..... y si nos sucediese una desgracia....

Al pronunciar mi padre estas entrecortadas frases, le temblaban los lábios.

—Querido padre m ! le respondí pudiendo contener apenas mis lágrimas, no adelantemos el discurso; todos los males, como V. mismo me ha dicho varias veces, se presentan mas terribles   los ojos de la imaginacion. No es posible que se encuentre comprometida toda vuestra fortuna; el periódico, solo ha tenido algunas semanas de vida, y de vuestra obra apenas se halla impreso el tomo primero: además, algunos otros accionistas podrán pagar tambien su contingente. Cre me V., abrigo la mayor esperanza sobre el éxito de mi mision. Por lo qué respeta   mi pobre madre, no es la pérdida de vuestra fortuna, en la cual, no lo dude V., piensa muy poco... lo que la aflige... sino la pérdida de vuestra confianza.

—De mi confianza!

—Oh! si! dadle participacion en todas vuestras esperanzas y vuestros temores: abridle con vuestra afectuosa ternura el corazon y no le oculteis ni uno solo de los secretos que encierra.

—Si, si, esos son mis deseos, Agustín, esposo mio! alegría de mi corazón! orgullo mio! alma mia! vida mia! exclamó una dulce voz interrumpida por los sollozos.

Mi madre se habia deslizado detras de nosotros sin ser apercibida.

Mi padre nos miró á los dos alternativamente y estallaron las lágrimas que habia reprimido hasta entonces... abrió despues los brazos, y estrechando á su esposa entre ellos; dirigió al cielo sus humedecidos ojos... Por el movimiento de sus labios comprendi que daba gracias á Dios.

Conociendo yo entonces que era preciso dejar solos á aquellos dos corazanes para que latiesen juntos, convirtiéndose en uno solo, me salí de la estancia. No tengo la menor duda de que desde aquel momento mi padre Agustín Caxton, adquirió una filosofía mucho mas sólida que la de los estoicos: no tenia ya necesidad del valor que ha menester el hombre para disimular sus penas, porque las suyas habian desaparecido.

CAPITULO III.



Nada nos ocurrió de notable á D. Bernardo y á mi en nuestro viaje, durante el cual apenas hablamos, porque no íbamos solos en la imperial de la diligencia en donde tuvimos que colocarnos. Al llegar á Londres nos instalamos en una pequeña posada de la Cité, y al siguiente día por la mañana me dirigí al hotel del Sr. Trevanion, porque creímos que era el hombre mas apropiado para aconsejarnos. Pero al llegar á la puerta tuve el disgusto de saber que tres días antes habia salido toda la familia

para Paris, y que no esperaban que regresase hasta que se abriese el parlamento.

Esto fué un contratiempo desagradable, porque tenia yo gran confianza en el admirable criterio del señor Trevanion, y en aquella esperiencia de toda clase de negocios que tan eminentemente distinguia á mi antiguo principal. Pero era preciso al menos buscar á su abogado, porque el señor Trevanion era uno de aquellos hombres que solo echan mano de letrados activos y entendidos. Era pues el caso, que les daba tal poco trabajo, que durante el tiempo que fui su secretario no tuvo necesidad de recurrir á uno de ellos para hacerle una consulta: así, pues, ignoraba yo el nombre de su abogado, y aunque se lo pregunté al portero, nada pude averiguar. Acordéme por fortuna de sir Sedley Beaudesert, que probablemente lo sabria, y cuando lo supiese, podria recomendarme á cualquiera otro letrado: me fui, pues, sin perdida de tiempo á visitarle.

Hallábase sir Sedley desayunándose con un jóven, que podria tener unos veinte años, y recibíeme con suma amabilidad alegrándose infinito de verme; pero parecióme que al presentarme á su primo lord

Castleton lo hacia con cierto embarazo, cuando usaba comunmente tanta naturalidad y soltura; aquel nombre aristocrático me era muy familiar, aun cuando no habia conocido hasta entonces al jóven patricio que lo llevaba.

El marqués de Castleton era objeto de la envidia de todos los jóvenes desocupados y suministraba pábulo á las conversaciones interesantes de las canosas barbas de la política. Cuantas veces habia yo oido decir: « ¡Castleton es un hombre feliz! cuando tenga edad para ello se verá de un salto dueño de una de las mas colosales fortunas que realizarian los ensueños de Aladino— de una fortuna que durante su memoria no hace mas que crecer y desarrollarse! cuántas veces oia añadir á las graves comadres: quién sabe si el jóven lord querrá representar un papel en política!... » Su madre que vivia aun, era una mujer superior y desde los mas tiernos años de su hijo se dedicó á suplir la falta de su padre á fin de hacerle digno de su alta posicion. Decíase que empezaba ya á descubrir talento habia sido educado por un profesor de gran nombradía y acababa de terminar sus estudios en Oxford. En una palabra era

el jóven marqués el gefe de una de las pocas casas que conservaban en Inglaterra su antigua importancia feudal. Pero debia su importancia, no solo á su categoria y á su considerable fortuna, sino tambien á un circulo inmenso de influyentes relaciones de familia y de clientela, cogiendo así el fruto de la destreza de sus dos antepasados, consumados políticos y ministros de Estado que habian mantenido el prestigio del titulo hereditario. En efecto, la naturaleza especial de los dominios del jóven marqués, ponía á su disposicion seis asientos parlamentarios en la cámara de los comunes, y como gefe de la casa, ejercia siempre Castleton un ascendente indirecto en los enlaces de las familias nobles é influyentes. Ignoraba yo que el marqués fuese pariente de sir Sedley, el cual vivia en una esfera muy lejana de las esferas políticas; así es, que me causó grande sorpresa al oír que me lo presentaba como primo suyo: por mi parte no dejé de experimentar cierto interés al verme frente á frente del heredero de tan fabulosas riquezas, cuando iba á encontrar quizás en el último grado de la miseria.

Fácil era echar de ver que lord Castle-

ton habia sido educado con la conciencia de su futura grandeza y de su séria responsabilidad, pues se manifestaba exento enteramente de todas las afectaciones de los jóvenes de una clase secundaria. No le habian enseñado á distinguirse por la hechura del frac ó la forma del sombrero; era su sociedad mucho mas superior que la de la calle de Saint-James y la de los clubs. Vestia con sencillez; aunque habia adoptado una forma en el traje que le era enteramente peculiar: llevaba una corbata blanca por la mañana, cuando por lo comun la llevamos nosotros de seda negra hasta hora de comer; pantalones sin trabillas, zapatos de charol y botines: nada en sus maneras revelaba la desdeñosa apatia que caracteriza al dandy cuando uno le presenta á cualquiera con quien no sabe si cambiaria un saludo por la ventana del club de White; no, lord Castleton se hallaba libre de todas estas necedades vulgares, y sin embargo era imposible encontrar un joven mas refinadamente presumido. Le habrian dicho sin duda que como gefe de una casa que constituia, casi ella sola, un partido en el Estado, debia mostrarse afable y cortés con todo el mundo,

y habiendo sido impuesto este deber á una naturaleza fria é insocial, imprimiá á su política un carácter tan áspero y condescendiente á la vez, que le hacia á uno subir los colores á la cara.—Pero aquella exaltacion pasagera se calmaba al punto al observar un contraste casi burlesco entre su graciosa magestad en las maneras y el encartonado talle de aquel personage imberbe. Lord Castleton no se dió por satisfecho con el simple saludo que cambiamos al ser presentados el uno al otro, pues con no poco asombro de mi parte al verle tan ilustrado, dirigióme una especie de discurso á lo Luis XIV,—el discurso de un monarca á un noble de provincia—como si quisiera conformarse con aquella máxima de la política cortesana que exige el que un rey esté al corriente de los pormenores del nacimiento, parentesco y familia de último de sus gentiles hombres. En aquel discurso se hallaban confundidos el saber de mi padre, los servicios de mi tio y las amables cualidades de este vuestro humilde servidor; discurso que fué pronunciado con voz de falsete y como si hubiera sido aprendido de memoria, aunque por fuerza debió ser improvisado... Despues de lo cual sentóse

el marqués dirigiéndome un gracioso saludo con la mano y la cabeza, autorizándome para que hiciere lo mismo.

Trabóse la conversacion á saltos y brin-
cos—la cual hizo recaer lord Castleton so-
bre tan opuestas materias á las que comun-
mente servian de pasto al pobre sir Sed-
ley, que este hombre seductor acostumbrado á ser el coriféo de su círculo y en parti-
cular de su mesa, se vió reducido á guar-
dar un profundo silencio. Con la memoria
de sus lecturas ligeras, con el inagotable
tesoro de sus anécdotas, con su verbosa
erudicion de los salones y de los círculos,
no le hubiera sido posible pronunciar una
sola palabra en medio de las sérias diserta-
ciones que el jóven lord promovió, inter-
rumpiéndolas de vez en cuando paralle-
var el vaso á sus lábios. Los puntos mas
graves, las cuestiones prácticas y los inte-
reses humanitarios, parecian los únicos ca-
paces de interesar al futuro gefe del minis-
terio. En suma, lord Castleton habia es-
tudiado con sus maestros cuanto hace rela-
cion á la *propiedad*—ciencia que abraza un
vasto círculo. Ellos debieron decirle: si no
os poneis al corriente de cuanto prohíbe o
aumenta la propiedad, os vereis embaraza-

do, perjudicado en vuestros intereses y lleno de trabas durante todos los días de vuestra vida. Vais á representar un papel importante en la política del país, teneis necesidad de conocer los intereses de Europa, =ó mas bien todos los del mundo civilizado—porqué aquellos intereses refluyen en los de Inglaterra, y los intereses de Inglaterra se hallan intimamente ligados con los del marqués de Gastleton. En su consecuencia, el jóven marqués hizo acopio de algunas frases dogmáticas para discutir y resolver la situacion del continente, =la política de Metternich, —la situacion del Papado, —el progreso de las sectas disidentes, —los medios de combatir ese espíritu general de democrácia que es la plaga epidémica de las monarquías europeas, =las proporciones relativas de las poblaciones agrícolas y manufactureras, —las leyes sobre cereales, —la circulacion monetaria, —los reglamentos del salario, —el talento de los oradores influyentes de la cámara de los comunes (interpelaba esta crítica con algunas observaciones sobre la coaveniencia de cebar el ganado), =la introduccion del cultivo de lino en Irlanda, —la emigracion, =el pauperismo, —las doctri-

nas socialistas de Owen, la patología de las patatas,—su connexion con el pauperismo y el patriotismo—y varias cuestiones no menos importantes que igualmente hacian referencia á la primitiva idea de los dominios de lord Castleton. Debo decir, sin embargo, para ser justo, que manifestaba una instruccion vasta, y que trató todos aquellos puntos con cierta solemnidad natural, por mas que causase alguna estrañeza que aquella eleccion de materias tan bien desenvueltas, no procediese de un hombre de esperiencia y de profundos estudios, ó de un economista maduro ya, y si de aquel grande señorito que recordaba el lirio de los campos citados en la Escritura. De una persona de clase mas inferior, se hubiera dicho: «tiene talento, pero es un pedante.» En realidad no podia dejar de infundir respeto el heredero de una fortuna semejante, y al verle cuando nada tenia que hacer mas que pasear tomarse tanto calor en identificar sus intereses—los intereses de la casa de Castleton—con los intereses de los simples mortales, se véia uno obligado á convenir en que el jóven marqués se hallaba predestinado á ser un hombre muy notable.

El pobre sir Sedley Beaudesert, para quien todas estas cuestiones eran tan poco familiares como la teología de Talmud, hizo vanos esfuerzos para conducir la conversacion á materias menos árduas, pero acabó por renunciar á su empresa: dibujóse en su gracioso semblante una sonrisa de lástima, y refugiándose en un sillón, empezó á contemplar su caja de tabaco.

Por último, causónos gran contento la entrada del criado que vino á decir á lord Castleton que tenia su carruaje á la puerta: despues de dirigirme el jóven marqués otro discurso con empalagosa afabilidad, estrechó friamente la mano á sir Sedley de Beaudesert y se marchó. La pieza en que nos ancontrábamos tenia vistas á la calle y maquinalmente me acerqué á una ventana mientras sir Sedley despedia á su convidado: veíase á la puerta un coche de camino tirado por cuatro caballos, y un criado que tenia trazas de extranjero, esperaba en ella con el capote de su amo. Al ver salir á lord Castleton y ponerse su abrigo ricamente forrado, pude observar mejor que en la habitacion su escualida y encorvada figura, y su pálido y triste semblante. En verdad que esperímenté mas

compasion que envidia hácia el poseedor de tanta pompa y grandeza: no hubiera trocado yo mi robustez, mi buen humor, la frescura de todas mis sensaciones por la riqueza y honores que traian quizás en pos de sí el cruel sacrificio de todos los verdaderos placeres de la vida.

—Y que tal! me preguntó sir Sedley Beaudesert, cómo está V.?

—Hé ahí un hombre pintiparado para el Sr. Trevanion, le respondí de una manera evasiva.

—Tiene V. razon, respondió sir Sedley con tono de gravedad y mirándome atentamente. Luego ha oido V. algo... Pero no, no puede saberlo aun!

—El qué?

Mi querido amigo, me dijo el mas fino y amable de los hombres de buen tono, volviéndose un poco para no observar la impresion que iba á causarme. Lor Castleton se dirige á París á reunirse con la familia de Trevanion. La idea que lady Leonor se propuso, y durante tanto tiempo habia alimentado, va á realizarse, y nuestra linda Fanny será marquesa de Castleton tan luego como su prometido esté en edad para ello... es decir, dentro de seis meses.

Las dos mamás lo han arreglado todo entre sí.

Nada contestó, y seguí mirando á la calle.

—Lo único prosiguió sir Sedley, que le hacia falta á Trevanion para asegurar su posicion politica, era este casamiento! Asi que se reuna el parlamento formará parte del ministerio. Pobre hombre! va á causarme compasion! Pero es cosa muy extraordinaria, añadió sir Sedley, el cual demasiado bondadoso, queria darme tiempo para reponerme del golpe que acababa de asestarme, es cosa muy extraordinaria el ver cuan contagiosa es en nuestra nebulosa Inglaterra esa enfermedad llamada ambicion! No solo ha atacado á Trevanion en su forma mas peligrosa y complicada, sino, como vé V., á este buen primo mio!... tan jóven (aquí suspiró sir Sedley) y qué podia disfrutar de la vida, y se condena á una existencia peor mil veces que la vuestra cuando Trevanion os monopolizaba. Verdad es que un alto nombre y una elevada posicion, como el nombre y la posicion de mi primo, deben ser una terrible carga para un hombre de conciencia. Ya ve V. como le ha envejecido

al jóven marqués el sentimiento de su responsabilidad... bien lo dice su semblante. Pues bien, á pesar de todo, le admiro y honro á su preceptor: pero me temo que siendo de poca profundidad el terreno, ha sido con demasiado esmero cultivado. Castleton será con la ayuda de Trevanion el primer par de Inglaterra, y algun dia quizás, primer ministro... cuando pienso cuanto debo agradecer á sus padres el que le diesen al mundo en su edad avanzada, pues á no haber nacido, hubiera sido yo el mas desdichado de los hombres... victima de su detestable marquesado, que habria venido á parar á mi indudablemente. Cada vez que veo los disgustos porque pasó Horacio Walpole cuando llegó á ser conde de Oxford, no puedo menos de experimentar la mas viva simpatia hácia él, y de estremecerme al pensar la desgracia de que mi querida lady Castle'on se dignó salvarme... merced á las aguas de Ems que tomó cuando llevaba veinte años de matrimonio!... Con que dígame V., querido amigo, en casa no hay novedad?

Tarda mucho en presentarse ante el público un actor eminente? Se vé precisado á mudar de traje? Bebió en la escena un

vaso de mas! Es preciso por último, evitar la impaciencia del público que ve ante sus ojos el telon de voca inmóvil? La orquesta es la encargada de entretener caritativamente al espectador ejecutando una pieza cualquiera, mas bien larga que corta, y añadiendo, si no basta, la introduccion de *Lodoiska* ó la del *Freschutz*, á fin de dar tiempo al moroso artista para ponerse un pantalon de color de carne y trasformarse en Coriolano é en Macheth.— De la misma manera, sir Sedley Beaudesert, pronunció el largo discurso que acabo de transcribir, sin otro objeto que el de dar tiempo al pobre Pisistrato Caxton para que se preparase á responder á la última pregunta, la única que exigia una respuesta. Hay indudablemente algo en extremo generoso en la esquisita atencion que acude espontáneamente á sacarle á uno de su situacion embarazosa. Al volver yo, por último la cabeza, los azules ojos de sir Sedley se hallaban fijos en mi con una bondadosa espresion y una gracia sin igual. Abrió su caja de tabaco, y como si nada hiciese, tomó un polvo de tabaco al cual ha dado su nombre: aquella aparente indiferencia me interesó tanto como si

me hubiese prestado un importante servicio. Dueño ya de mí mismo y echando á un lado todo pensamiento penoso, respondí á aquel hombre incomparable, haciéndole el relato de los contratiempos de mi padre, ocultándole sin embargo nuestros temores, y presentándole nuestra desgracia mas bien que como causa de nuestra ruina, como motivo de disgusto, terminando por pedir á sir Sedley el nombre y las señas de la casa del abogado del señor Trevenion.

Escuchóme el buen baronet atentamente, y con aquella sagacidad esquisita y propia del hombre de mundo, penetró que habia yo evitado discretamente pintarle el cuadro con los verdaderos colores, por no causarle pena con una relacion demasiado lamentable. Meneó la cabeza, sentóse en el sofá, me invitó á que me sentase á su lado, y poniéndome su brazo en el hombro me dijo.

— Los jóvenes como nosotros, deben entenderse cuando se trata de asuntos de interés; en verdad que no le diria á vuestro padre, y mi respeteble amigo, lo que voy á deciros. Seamos francos; al parecer se trata del éxito ruinoso de una

empresa: verdad es que no me hallo muy al corriente en eso de periódicos, pues solo tengo relaciones con el de mi condado al cual me han obligado á suscribirme pagando al año una cantidad insignificante, pero no por eso ignoro que un periódico diario en Londres, puede en algunas semanas arruinar á un hombre. En cuanto á las sociedades en comandita, mi querido Pisistrato, solo una vez me decidí, á fuerza de importunarme, á tomar acciones de un canal que atravesaba mi propiedad, y me costó la fiesta treinta mil libras: los demas accionistas se ahogaron todos en dicho canal como Faraon y su ejército en el Mar-Rojo. Pero vuestro padre es un sábio á quien no se debe atormentar con esas miserias: le debo muchos favores, porque se portó muy bien conmigo en Cambridge inspirándome el gusto á la lectura, á la cual soy deudor de las horas mas agradables de mi vida: así, pues, cuando con el auxilio de un letrado hayais meditado la estension del mal y sondeado su profundidad, veremos de arreglar entre los dos este asunto del mejor modo posible. A bien que no tengo muger ni hijos, ni soy tampoco un desgraciado millonario co-

mo ese pobre Castleton, á quien tantos deberes impone la sociedad, el cual no puede ahorrar un shelin como no sea en grande escala, y eso tan solo por la utilidad pública. Ea, id pues, hijo mio, á veros con el abogado de Trevanion, que tambien lo es mio: se llama M. Pike, vive en la calle de Ormond, y es tan sutil como la punta de una aguja. Allí vereis su nombre grabado sobre un escudo de bronce. Cuando se sepa á cuanto asciende el total, acordáos de que aunque jóvenes atolondrados, debemos prestarnos mútuo apoyo sin contar con los señores mayores.

En verdad que produce un gran bien en el hombre para todos los dias de su vida el encontrar en su juventud semejantes ejemplos de generosidad y de benevolencia.

No tengo necesidad de decir, que siendo yo tan orgulloso como mi padre, no habia de aceptar la oferta de sir Sedly, el cual, rico y liberal como era, no sospechaba probablemente la importancia de nuestras deudas. Pero no por eso dejé de espresarle mi gratitud de una manera que le satisficiese, e impresionase á aquella última personificación del célebre tipo de los Rogers de

Coverley (1). Asi que me separé de él, dirigime á casa de M. Pike con una recomendacion suya, y en efecto encontré en aquel letrado el hombre que á mi entender debia poseer la confianza del Sr. Trevanion, —vivo, inteligente, laconico en sus preguntas y respuestas; imponente y absoluto en sus fórmulas; no muy sobrecargado de negocios, pero con los bastantes para tener contentos á sus clientes y servirles con destreza y conciencia, ni muy jóven ni muy viejo; ni desabrido como esos rancios charlatanes, llenos de pedantería, ni como esos fatuos que afectan viveza y las maneras del gran mundo.

—Intrincado es el negocio, me dijo, pero exige suma prudencia. Deme V. tres dias de tiempo para hacerme cargo de él: en el interin no vea V. al señor Tibets ni al señor Peck, y vuelva V. por aquí el sábado próximo y le diré mi opinion sobre la materia. Dicho esto, dirigió la vista á su reloj de péndola, cojió el sombrero y me marché.

(1). Una de las mas bellas creaciones de Addison en el *Espectador*.

No hay mansion mas agradable, cuando se halla uno cómodamente establecido, que la de una gran capital; mas es preciso tambien saber distribuir metódicamente el tiempo, y dar su parte á los negocios y á las distracciones. Pero cuando en esa misma capital se encuentra uno sin saber donde ir, metido en una posada, en una posada de la Cite, y lo que es peor, sobrecogido el ánimo bajo el peso de un negocio fatal y con una herida cruel en el corazon—sin trabajo á que dedicarse, sin gusto para distraerse... ¡oh! entonces la peor de las mansiones es la de una capital! Es mas bien el «Palacio de la Indolencia,» no el que pintó Thomson en su Poema, sino parecido al palacio de Eblis de la novela de Beckford—esa vasta llanura por la que vaga uno al acaso—en donde se cansa subiendo y bajando, puesta una mano en el corazon, en donde... ¡ah! cuánto mas vale una carrera en pelo sobre un indómito caballo por las inmensas praderas de la Austria! Si, para quien carece de hogar doméstico, para aquel cuya mano procura en vano acallar en el monótono dolor que le devora, aquella se-

ledad es preferible á la Babel británica. (1).

— El segundo dia por la noche me arrastró D. Bernardo á uno de los teatros de Londres, en donde se divirtió mucho, celebrando cuanto veia; y mientras me esforzaba yo por reirme con una risa ficticia, reconocí súbitamente en uno de los actores que desempeñaba el respetable papel de pertiguero á una persona que habia visto en otra parte. Cinco minutos despues habia abandonado mi asiento y me encontraba en aquel mundo extraño, que bulle y se agita entre los bastidores de un teatro.

— Demasiado poseido mi pertiguero de su importancia, no me ofreció favorable coyuntura para hablarle hasta que hubo terminado la pieza. Acerquéme entonces á él mientras compartia amistosamente sendas ibaciones con un caballero de carzon corto, que debia desempeñar el papel de un desgraciado padre, en el drama en tres actos

(1) El autor hace referencia al *Palacio de la Indolencia*, poema de Thomson, y al infierno de la novela de *Valkeek* en donde vagan tristemente los sultanes preadamistas con una mano puesta en el corazon.

que debia representarse aquella noche por fin de fiesta.

—Dispéñseme V. le dije; pero como dice justamente el Cisne de Avon:

«¿Deben olvidarse acaso las antiguas relaciones?»

—El Cisne, caballero, exclamó azorado el pertiguero, no habló nunca con ese maldito acento escocés (1).

—El fullero tiene tambien sus cisnes como el Avon, Sr. Peacock.

—Chit! chit! chit..... me dijo alarmado el pertiguero examinándome con una mirada salvaje: apartándome despues algo mas distante, tan distante como lo permitian los límites del sitio que ocupábamos, me dijo:

—Caballero, tiene V. sobre mi una ventaja inmensa, la de que no me acuerdo de V. ¡Ah! manifiesta V. admiracion! señor mío, siempre juego limpio y no soy de aquellos que se sobrecogen. Si V. quiere jugar

(1) Pisistrato Caxton no cita testualmente el emistiquio de Shakspeare: en vez de *old*, viejo pronuncia *auld* como los escoceses.

con los caballeros, es preciso que sufra las consecuencias.

Apresuréme á tranquilizar al pobre hombre.

—En verdad, Sr. Peacock, que es V. muy flaco de memoria: nada me ha ganado al juego porque no quise jugar con V.... y lejos de venir á reconvenirle, solo trato de felicitarle por su admirable talento artístico, y á preguntarle al propio tiempo si hace mucho que no tiene noticias de nuestro amigo Vivian.

—¡Vivian! no le conozco. Le aseguro á V., caballero, que es esta la primera vez que oigo semejante nombre; ¡Vivian! Vaya, vaya, trata V. de embromarme.

—Le aseguro á V., Sr. Peac....

—Chit! chit! Como demonios sabe V. que me he llamado en otro tiempo Peac....., es decir, que me llamaban Peac..... mi sobrenombre familiar. Prevéngole á V. que no vuelva á servirse de él, pues como dice el rey Lear:

«*Escitais mi noble cólera* (1).»

—Muy bien, muy bien:

(1) Acto II, escena IV.

«*Llámesese como se quiera la rosa tiene su aroma* (1)» como, al menos en esta ocasión, observa muy juiciosamente el Cisne en *Julietta y Romeo*. Pero, por lo visto, también el Sr. Vivian tiene otros nombres á su servicio. Me refiero al agraciado jóven moreno con quien os encontré una mañana en la carretera.

— ¡Ah! ya caigo en quien decis, respondió por último el artista Peacock, ya caigo en la cuenta, aun cuando no recuerdo haberos vuelto á ver. Tiempo hace que nada he sabido de aquel jóven y me alegraría saber qué fué de él: á mi entender debe ser aquel jóven todo un caballero. El melilluo Guillermo le retrató exactamente cuando dijo:

“*Esforzado, aguerrido, sábio como un doctor,
Era fino, valiente, y un gran perorador* (2).”

¡Qué manos las tuyas para el villar! Puedo decir, prosiguió el señor Peacock abandonándose á su tono enfático, que era un caballero completo.

Fijando despues en mí los ojos, dejó caer los brazos y cruzó las manos en la misma

(1) Acto II, escena II.

(2) Hamiel, escena III, acto II.

forma que empleaba Talma al ir á pronunciar el célebre *¿qué dices á esto?* y preguntóme con voz sorda y lentamente cadenciosa.

— ¿Cuándo pues... le... visteis.... jóven?
Sin duda alguna, pensé yo, se separó entonces el pobre Vivian de esta compañía tan perjudicial. En vez de adquirir noticias del señor Peacock me esponia á enseñarle el camino para que encontrase á mi amigo. Respondile, en su consecuencia, en términos que burlasen su curiosidad, hasta que habiendo venido á llamarle para que mudase de trage, porque iba á empezar el melodrama, nos vimos precisados á separarnos.



CAPITULO VI.

Odio de muerte los enojosos trámites de las causas y los negocios, y creo que sucederá lo mismo á mis lectores; hé aqui por qué me limitaré á decirles que al cabo, no de tres, sino de quince dias, habia llevado el Sr. Pike á tan buenos términos nuestra transacion, que el tió Joaquin se hallaba ya fuera de la cárcel, en donde estaba por deudas, y mi padre libre de toda responsabilidad, mediante una suma en dos terceras partes inferior á la que en un principio nos llenó de indignacion y espanto. Sin embargo, la cantidad que debia satisfacer mi padre era aun, á pesar de aquella considerable rebaja, de mucha conside-

racion, comparada con sus rentas, porque comprendia—las deudas del tio Joaquin—las cuentas del impresor de la sociedad de los Anti-libreros, incluyendo en ellas las costosas planchas que se habian multiplicado, concluidas ya casi todas, para *ilustrar la Historia de los Errores Humanos*; pero la suma mas exorbitante, aunque rebajada tambien, fué la de los gastos del CAPITALISTA. El Sr. Pike habia establecido en vasta escala el material del gran periódico; caractéres, prensas de brazo, y de máquina, que era preciso vender á menos precio, sin olvidar los prospectos, ni los carteles que habian ocupado todos los parages públicos disponibles en los tres reinos, ni los anticipos hechos á los redactores escriturados por tiempo de un año y cuyos salarios sobrevivian al desdichado CAPITALISTA, á quien quitaron la vida y enterraron. Por último, merced á las ingeniosas combinaciones del tio Joaquin y del impresor Pike aunadas para arruinar completamente á la Familia de Caxton; á pesar de las rebajas y cercenamientos, y á pesar tambien de cuanto pudo sacarse de algunos de aquellos fantasmas llamados accionistas—aun le quedaba á mi padre, por todo

capital, una suma de ocho mil libras, que puesta en hipoteca al cuatro por ciento, debía producir justamente trescientas setenta y dos libras y diez schelines anuales. Con esto tenia bastante mi padre para vivir, pero no para proporcionar á su hijo la educacion que se recibe en el colegio de Cambridge. A mi, vino pues de rechazo aquel golpe; recibéndolo sumisamente y sin chistar, en mis tiernas espaldas.

Arreglado ya el negocio á satisfaccion de todos, fui á despedirme de sir Sedley Beaudesert, el cual, durante mi permanencia en Londres, me habia prodigado toda clase de atenciones, convidándome á comer y á almorzar con él varias veces. Habíale presentado desde un principio á don Bernardo, el cual, apenas echó el ojo á aquella perfecta figura, describió su carácter con admirable precision, presentándolo como la consecuencia forzosa del desarrollo de la facultad de gozar, que la naturaleza le habia concedido: nunca se habia visto una filosofia mejor justificada por la influencia reciproca de la parte fisica sobre la moral y de la moral sobre la fisica: no habia conocido nunca filósofo alguno, mejor que sir Sedley el secreto de gustar del placer de

la vida echando penas á un lado, el arte de la conformidad y la dicha.

No habíamos vuelto á hablar del matrimonio de Fanny, y estábamos tácitamente de acuerdo sir Sedley y yo para no pronunciar el nombre de Trevanion. Pero sin quebrantar sir Sedley aquella reserva, en mi última visita no tuvo el menor inconveniente en hacer recaer la conversacion sobre su padre.

— Pues bien, mi jóven Ateniese, me dijo cuando se enteró del resultado de mis negociaciones y despues de ofrecerse nuevamente á tomar parte en las pérdidas de mi padre: pues bien, y^o que no me sea dado insistir mas sobre este punto, séame licito ofreceros mi valimiento para proporcionaros un destino en las dependencias del gobierno. Sin duda podria Trevanion hacer mucho mas por vos, pero comprendo muy bien que esperamenteis cierta repugnancia en dirigiros á él.

— Creerá V. mi querido sir Sedley, le respondí, que no tengo ningun deseo de ser empleado? Amo demasiado mi libertad. Desde que he vivido con mi tio en la ruinosa Torre, me esplico en parte la influencia que ha debido ejercer en mi carácter

lo que existe en mis venas de la sangre independiente de las fronteras de Inglaterra: dudo que haya nacido para vivir en las ciudades. Aun bulle en mi cabeza cierta cosa indefinible, y una vez restablecido en el hogar doméstico, me distraeré en analizar esta sensación y convertirla en proyectos para el porvenir. Pasando ahora a otro asunto ¿tendrá V. inconveniente en decirme, qué clase de persona es la que me reemplazó como secretario del Sr. Trevanion?

¡Oh! ahora despacha con él un buen señor, ancho de hombros, con anteojos y medias de algodón, el cual, si no estoy equivocado, escribió un tratado sobre las *Rentas*... En mi concepto su obra debe ser un trabajo de imaginación, porque el pobre hombre no tiene trazas de haber saludado á una renta en toda su vida, y yo compadecería á los que esperasen que les pagase alguna. Sin embargo, es uno de vuestros economistas furibundos y ha metido á Trevanion en que venda sus cuadros como un «capital improductivo.» Además de este secretario oficial, se halla empleado también en casa de Trevanion un joven muy despejado y de una fisonomía muy

simpática, que le es de mucha más utilidad.

—Cómo se llama?

—Se llama... Gower—hijo natural, según tengo entendido, de la familia de Gower.

Al llegar aquí, entraron dos dandys amigos de sir Sedley, y me despedí de él.



CAPITULO VII.

—Juro, exclamó mi tío, que lo he de hacer! Y frunciendo el entrecejo tomó un aspecto terrible y se apoderó del fatal pergamino.

—En verdad hermano mio, que lo harás, respondió mi padre cogiendo suavemente con una de sus pálidas y pacíficas manos la muñeca de la marcial, curtida y huesosa del capitan Rolando, mientras que con la otra procuraba defender al objeto de sus amenazas.

No supo mi tío una palabra del trastorno ocurrido en casa hasta que fueron arregla-

das y satisfechas todas nuestras cuentas: conocíamos demasiado bien el generoso cariño que nos profesaba el tío Rolando para estar bien seguros de que su primer impulso, al saber nuestras pérdidas, hubiera sido el de vender su vieja Torre á un propietario de las inmediaciones ó á otra cualquiera. Comprometido Agustín! Agustín arruinado! No hubiera él disfrutado de un momento de reposo á no haberse apresurado á venir en su auxilio con el dinero en la mano. Decia, pues, que para escribir al capitan y darle cuenta, en estilo ligero, de cuanto habia ocurrido, esperó á que todo se hallase ya arreglado. Pero en vano procuré dar un baño de buen humor al relato de nuestra desgracia, porque mi carta condujo á casa al capitan, el cual llegó á ella poco despues de mi regreso. No habia vendido mi tío la vieja Torre, pero venia dispuesto á trasportarnos á ella *vi et armis*. En su concepto, debíamos irnos á vivir con él y á sus espensas, vender nuestra casa ó arrendarla, y capitalizar por economía las demás rentas de mi padre. Cuando vió el capitan que mi padre le oponia una tenaz resistencia, se salió al vestibulo en don-

de habia dejado su acaso de noche, volviendo con un estuche viejo de madera de roble, y tocando á su resorte, desarrolló la genealogía de los Caxtones.

Aquella blasonada sábana inundó como un desbordamiento del Nilo la mesa entera, libros, papeles, la almohadilla de mi madre, el servicio del té (porque era la mesa una vasta representacion emblemática de todo cuanto interesa á su propietario), hasta que el dedal y los últimos ovillos de hilo que rodaban por el suelo, fueron á encontrar un dique en la barandilla de hierro de la chimenea.

—¡Si! repitió mi tío con voz solemne, Agustín, nunca existieron entre tú y yo mas que dos motivos de disgusto; uno de ellos desapareció hace ya mucho tiempo: ¿por qué ha de subsistir el otro? ¡Ah! ¡ah! ya comprendo por qué no quieres vivir. Temes que suscite nuevas disputas á causa de...

—¿A causa de qué, Rolando?

—¡A causa de este!... Confúndame Dios, si tal hiciere! exclamó mi tío agolpándosele sangre á la cara (era la primera vez que le oia jurar). He reflexionado mucho acerca de ello y estoy convencido de que

no tienes razón, y traigo sin embargo el viejo pergamino, dispuesto como me balle á llenar ese lunar á tu gusto. Con esto confio en que no opondrás obstáculo para venirme á vivir conmingo, puesto que habrá desaparecido el origen de nuestras querellas.

Al hablar así buscaba mi tío con la vista la pluma y el tintero. Después de haberlo encontrado, no sin dificultad, porque tintero y pluma habian sufrido tambien los efectos de la inundacion geneológica—iba á llenar el *hiatus* ó el claro que habia sido causa de una controversia tan memorable; si, disponiase ya á ocuparlo con el nombre de *Guillermo Caxton, impresor en el Santuario de Westminster*, cuando intervino mi padre que habia estado tomando aliento penosamente. Esta escena, lector, te hubiera divertido en gran manera: cualquiera cosa se podia haber dado por oír á los dos hermanos que tan completamente habian trocados sus papeles: tal es la inestabilidad de nuestra frágil naturaleza! Mi padre estaba por Guillermo Caxton, por el héroe de Bosworth, y mi tío por el impresor inmortal. Anímose mas y mas la discusion, brillaron sus ojos, levantaron la voz; los acentos del tío.

Rolando eran sonoros y atronadores, los de mi padre agudos y penetrantes.

D. Bernardo se tapaba la orejas. En una palabra; llegaron ya al extremo de que mi tío, abandonando la discusión, exclamó encolerizado: «¡Juro que lo he de hacer!» Recurriendo entonces mi padre á sus maneras sentimentales, y fijando en el tío Rolando sus ojos suplicantes, le dijo en son de ruego: En verdad hermano mio, que no lo harás. Entre tanto el seco pergamino se enroscaba por sí solo produciendo un temblor en todas las fibras de su amarillo tejido.

—Pero señores, dije yo á mi vez llegando á tiempo como la divinidad dramática de Horacio, *Deus ex machina*: en ninguno de vosotros puedo reconocer el derecho de disponer de nuestros antepasados. Que nadie posee cosa alguna de su posteridad, está fuera de toda duda, así como el que la posesión es de aquella: ¿qué interés, puede, pues, experimentar por la existencia ó no existencia de sus bisnietos?

D. Bernardo. ¡Escuchad, escuchad!

Pisistrato (animándose). Los antepasados de un individuo son de su propiedad exclusiva: ¿no es acaso el heredero de su

antepasado mas remoto? ¿no le es deudor, ademas, de una parte de sus bienes, de su constitucion, de su carácter, de sus principios, de su moral, de sus mas naturales sentimientos? ¿Hubiera visto acaso la luz del dia á no ser por sus antepasados? ¿Hubiera encontrado un D. Bernardo que le abriera las puertas del mundo ó una nodriza que le llevase *upo kolpo*?

Don Bernardo. ¡Escuchad, escuchad!

Pisistrato. (con cierta solemnidad). Ningun hombre, está pues facultado para privar á otro hombre, de una plumada de uno de sus ascendientes, por muy recomendable que sea la causa que para ello le mueva. Quizás me direis que en el caso actual se trata de un antepasado apócrifo, bien sea este el impresor ó bien el caballero: convenidos. Pero porque encontremos un lugar en la historia nos hemos de apresurar á llenarlos impulsados por un simple sentimiento? Ambos se presentan dudosos: pues bien, mi imaginacion se apropia á los dos: en el uno y en el otro encuentro servicios que admirar, y aun tiempo mismo puedo rendir culto, en el impresor, á la ciencia y á la industria; en el soldado al patriotismo y al valor. Esta duda bien

¡hehora me proporciona dos grandes antepados y con ellos dos series de ideas que influyen en mi conducta segun las circunstancias. No permitiré, pues, capitán Rolando, que me priveis de ninguno de estos dos ascendientes, de ninguna de estas dos ideas dejad intacto este santo lunar y no le profaneis: aceptad este compromiso de cortesia caballeresca, —mientras estamos con el capitán, creeremos en el impresor, y cuando el capitán se ausente creeremos en el caballero.

— ¡Está muy bien! exclamó el tío Rolando cuando me detuve para tomar aliento.

— ¡Ah! dijo mi madre con dulzura; creo, querido Agustín, que hay un medio para arreglar estas cosas á satisfaccion de todos. Es en extremo cruel el pensar que el pobre Rolando y nuestra querida Blanca se hallan enteramente solos en la Torre, y estoy segura que seriamos mucho mas felices si estuviésemos juntos.

— ¡Enhorabuena! esclamo Rolando vencedor. Como no seas hermano mio, el hombre mas obstinado, mas duro de corazon y mas sensible del mundo... lo cual no me atrevo á creer... no podrás menos de convenir en que despues del magnifico discurso de

tu muger, ya no liay nada que decir.

—Pero advierte, Rolando, que no has dejado concluir de hablar á Catalina.

—Le pido á V. mil perdones, señora... hermana, dijo el capitan haciendo un saludo.

—Iba, pues, á añadir, dijo mi madre, que iremos á vivir juntos, Rolando, y que haremos un fondo comun de todas nuestras pequeñas rentas. Blanca y yo nos encargaremos del cuidado de la casa, y juntas seremos doble ricas que lo somos estando separadas.

—Donosa hospitalidad! repuso el capitan disgustado con la proposicion. No esperaba yo que me sacrificáseis de esa manera. No, no, vosotros estais en el caso de hacer algunos ahorros para ese jóven... ¿qué sería de él?

—Pues *todos* vamos á ahorrar para él, dijo mi madre con sencillez, lo mismo V. que Agustin; y tanto mayores serán nuestras economías, cuanto que reuniendo nuestras rentas, las duplicaremos.

—¡Ah! ¡economizar! eso se dice fácilmente. Luego entonces, sería una cosa muy grata el economizar! dijo tristemente el capitan.

—Y si eso sucede, ¿qué va á ser de mí? exclamó D. Bernardo con cierta petulancia. ¿Es justo que se me abandone en mi vejez, sin tener un alma con quien hablar y sin contar en el pueblo con otra casa que esta, en donde poder beber una gota de ponche? «Malditas sean vuestras dos casas,» como decia la otra noche uno de los actores del teatro.

—Fácilmente se coloca un médico en nuestra vecindad, D. Bernardo, dijo el capitán: me consta que el comprofesor vuestro que nos visita, desea ceder su clientela.

—Cáspita con la conveniencia que me proponeis! exclamó el cirujano. ¿No es cierto que vuestra vecindad es horriblemente sana?

—Si, por desgracia, Sr. D. Bernardo; pero con la ayuda de V., dijo con malicia mi tío, pueden tomar las cosas otro distinto rumbo.

Iba D. Bernardo á replicar, cuando tili—tilin—tilin—tilintintin! hé aqui que la campanilla de la puerta se viene abajo violentamente sacudida por una mano á la vez impaciente y familiar. ¿Quién podía ser, pues, aquella persona que con tanto

estrépito venia á sorprendernos? Todos nos estremecimos mirandonos los unos á los otros con sorpresa; pero pronto terminaron nuestros temores... Un momento despues, resonaba en el vestibulo la voz del tio Joaquin, siempre clara y vibrante, y vimos al Sr. Tibets con una gran corbata nueva de lana al cuello, y con un redingote de paño de Sajonia, de mucho abrigo, nuevo tambien. Su irrupcion produjo en nosotros el efecto de un verdadero refrigerante; pero acostumbrado él á derretir el hielo, arrojóse en los brazos de mi padre, despues en los de mi madre, y hasta quiso arrojarse en los del capitan, el cual se parapetó detrás de un velador oponiéndele un «¡Hé, D. Joaquin! hé! Precisa-do á batirse en retirada por aquella parte, puso término el Sr. Tibets á sus acalorados abrazos, estrechando á este vuestro humilde servido; tocó cariñosamente en el hombro á D. Bernardo y fué á ocupar su tio favorito frente á la lumbre.

—¿Con qué no me esperábais, eh? dijo el tio Joaquin quitándose su redingote de paño de Sajonia... pues debiais esperarme! Ya teneis motivo para conocer el corazon de Joaquin; V. en particular, Agustin Caxton,

que conoce cuanto.... Debía ser muy bien que este corazón estaba rebozando de los sentimientos más tiernos y fraternales; debía esperar que una vez libre de aquel maldito encierro (no teneis una idea de cuán triste mansión es la Flotaf (1), no puede descansar allí un momento ni de noche ni de día), volaría aquí, al nido de mi querida familia... como un pobre pichón herido, añadió el tío Joaquín con aire patético y sacando el pañuelo de uno de los bolsillos de su redingote que había arrojado en el sillón de mi padre.

Ni una palabra se contestó á este tierno cuanto elocuente discurso. Mi madre bajó sus lindos ojos y se mostró enteramente avergonzada: el capitán tocó súbitamente retirada á un extremo de la habitación atrayendo hácia sí el velador y colocándose en forma de trinchera. D. Bernardo cogió la pluma que había dejado caer el capitán y se puso á cortarla furiosamente... es decir, á pedazos—dando á entender por medio de esta operación

(1) Llamábase así la cárcel en donde se cerraba por deudas.

simbólica, de cuán buena gana haría rajás al tío Joaquín con su bisturí si lo hubiese á manos. Yo me incliné sobre el árbol genealógico y mi padre limpió los vidrios de sus anteojos.

Este silencio hubiera aterrado á cualquiera: al tío Joaquín nada le aterraba.

Volvióse el Sr. Tibets á la lumbre y se calentó primero un pié y despues el otro. Concluida esta operacion agradable, dió frente de nuevo á la reunion y empezó una especie de monólogo delirante, como si respondiese á algunas observaciones imaginarias:

— ¡Si! La razon os sobra indudablemente.. La especulacion ha sido detestable pero me dejé llevar por el Sr. Peck. Bien le decia yo. No creo que pueda interesar al pueblo un periódico que se titule **EL CAPITALISTA**.... Todo lo mas, llamará la atencion de las clases acomodadas! capitalistas mezquinos! Es preferible colocarse osadamente en las filas del pueblo! Cuánto mejor no hubiera sido el **ANTI-CAPITALISTA**! Ah! bien se lo decia yo! arróllemos todos los obstáculos y alcanzaremos un completo triunfo! pero nada; lo repito, logré subyugarme. Qué idea tan magnífica la del **ANTI-CAPITA-**

LISTA!... Dirigirme uno á todos los lectores del mundo; porque todo el mundo detesta al capitalista... cada cual ambiciona el dinero de su vecino. Con el ANT-CAPITALISTA hubiéramos atravesado las ciudades manufactureras como un meteoro.

=Joaquin Tibets, dijo mi padre con solemnidad: nadie puede privarte del derecho de realizar tu pensamiento, ni de fundar el Capitalista, ó el Anti-Capitalista, ó lo que te dé la gana.... siempre que sea tu dinero. Tu no ves, Joaquin Tibets, la cuestion bajo su verdadero punto de vista; un poco de arrepentimiento en presencia de aquellos á quienes has comprometido, no hubiera estado mal en el hijo de tu padre, en el hermano de tu hermana.

Nunca reprimenda tan severa habia salido hasta entonces de los lábios del buen Agustin Caxton: yo levanté los ojos movido por un sentimiento de compasion, esperando que el tio Joaquin se anonadase ó desapareciese.

=Arrepentimiento! exclamó el tio Joaquin dando un asalto como si hubiera recibido un balaso; cree V. acaso, que tengo el corazon de piedra, de piedra pomez! No he hecho mas que arrepentirme, y me ar-

repentiré hasta el fin de mi vida.

—En ese caso, Joaquin, ya nada hay que hablar! exclamó mi padre dulcificando la voz y alargándole la mano.

Sí, me arrepiento, repitió el Sr. Tibets cogiendo la mano de mi padre y estrechándola contra aquel corazón al que acababa de defender del cargo de ser una piedra pomez. Sí, me arrepiento de haberme fiado de aquella cabeza testaruda, de aquel bribon de Pock; me arrepiento de haber consentido que se pusiese a nuestro periódico el título de CAPITALISTA, á despecho de todas mis convicciones; cuando el Anti...

—Vuelta á las andadas! dijo mi padre interrumpiéndole y retirándole la mano.

—Joaquin, dijo á su vez mi madre con gravedad y bañados los ojos de lágrimas; olvidas quien te sacó de la cárcel... olvidas que ese mismo debió encerrarte en ella... olvidas...

—Cht...t, chit, repuso mi padre: palabras inútiles! Tu eres, querida mia, la que te olvidas de los favores que debo á Joaquin. Verdad es que ha hecho desaparecer una mitad de mi fortuna, pero creo

que ha engrandecido en una mitad tambien los tres corazones en donde se encierra mis verdaderos tesoros. Pisistrato, hazme el favor de llamar.

—Querida Catalina! exclamó el tio Joaquin con acento lastimoso y acercándose á mi madre... no me trates con tanta aspereza. Creí hacer la fortuna de todos vosotros... sí, lo creia.

En esto, entró el criado.

—Llevar el equipaje del Sr. Tibets á su habitacion y que se le ponga buena lumbre; dijo mi papre.

—Y aun, prosiguió el tio Joaquin levantando mas la voz, aun no me despido de la-brarla... Aqui la tengo!—Y se dió una palmada en la frente.

—Espere V. un momento, dijo mi padre al criado que se dirigia hácia la puerta, — espere V. un momento, repito con aspecto azorado... quizas prefiera el Sr. Tibets ir á la posada.

—Agustin, dijo el tio Joaquin con semblante agitado, si fuese yo un perro sin mas alvergue que una perrera y viniera V. á pedirme asilo, me apartaria á un lado para dejarle la parte mas florida de la paja.

Esta vez se afectó de veras mi padre.

—Gervasia cuidará de disponerlo todo para que el señor Tibets nada eche de menos en su cuarto, dijo despidiendo al criado con un gesto... Catalina, querida mia, danos algo bueno de cenar y una gran ponchada. Le gusta á V. el ponche, Joaquin?

—El por che, Agustín! dijo el tío Joaquin llevando el pañuelo á sus ojos.

El capitán separó el velador y adelantándose hácia el tío Joaquin le estrechó la mano. Mi madre se ocultó el semblante con su delantal y salióse, mientras D. Bernardo me decía al oído:—Esto procede de las secreciones biliosas. Para podérsele uno esphear todo, es preciso conocer la perfecta y especial organizacion del hígado de vuestro padre.

DUODÉCIMA PARTE.

CAPITULO I.

La egira de la familia de Caxton se ha consumado... Y todos nosotros estamos establecidos en la antigua Torre. Los libros de mi padre, llegados en el wagon de transporte, hanse acomodado tranquilamente en su nuevo asilo, y ocupan en el departamento destinado á su dueño, su alcoba y dos piezas mas. Tambien vino el canario cobijado por la señora Gervasia, y no ha tardado en acostumbrarse al antiguo vivero, en cuyas orillas ha encontrado mi padre una senda para pasear que ha reemplazado al espal-

dar—particularmente desde que trabó relaciones con las respetables carpas, á las cuales da de comer, despues de haber despachado al canario: no deja esto de ser un privilegio, porque si cualquiera otra persona se aproxima al vivero desaparecen las carpas ea un abrir y cerrar de ojos. Como es natural, está con esto mi padre muy ufano: todos los privilegios tienen un valor adecuado á su disfrute esclusivo.

Porque hay que advertir, que desde el momento en que la primera carpa se hubo tragado la migaja de pan que le arrojó mi padre, dispuso el mismo Sr. Caxton que no fuese sacrificada nunca á Ceres ni á Gervasia, una raza tan confiada. Pero todos los peces de la propiedad de mi tio se hallaban bajo la custodia de aquel Protéo doméstico, del fiel Bolt—y no era hombre Bolt, que tolerase el que las carpas comiesen el pan sin pagar su tributo á las necesidades de la comunidad. ¿Como evitar, pues, que Bolt viniese á turbar aquella dulce fraternidad del hombre con el pez? Tal amo, tal criado. Bolt era tanto ó mas aristócrata que el mismo tio Rolando, segun el profundo respeto que profesaba á los nombres sonoras

y á las familias antiguas. No tardó en encontrar mi padre un anzuelo para atraparle, y con tan buen tacto lo hizo, que me autoriza á creer, que si mi sábio padre hubiera querido hacerse pescador, habria llenado diariamente su cesta de peces, que lloviese, que hiciese sol.

—Tenga V. entendido, Bolt, dijo mi padre haciendo un rodeo ingenioso, tenga V. en cuenta, que estos peque en su concepto de tan poca penetracion, son capaces de hacer un silogismo. Si llegan á persuadirse de que por mostrarse atentos conmigo, son diezmados por V., echarán sus cuentas y romperán sus relaciones con quien les da de comer.

—Y á eso llama V. poca penetracion, señor? Pardiéz! muchos cristianos hay que no discurririan tan bien.

—El hombre, prosiguió mi padre, es un animal menos silogístico mas bobalicon que mucho seres vulgarmente considerados como inferiores á él. Si; como una sola de esas cyprinidæ, dotada de su esquisito sentido de lógica, llegue á convencerse de que sus semejantes no pueden comer pan sin que se las saque de su elemento para hacerla desaparecer... bien podrá V. echarla

à migajas un pan de cuatro libras, que ella le dejará á V. burlado zambulléndose y no la volverá V. á ver á flor de agua. Ah! prosiguió mi padre hablando consigo mismo, si hubiese sido yo tan buen silogístico como esos lógicos, acuáticos; no habria tragado el anzuelo que... pero doblemos la hoja!... Como, decia, pues, Sr. Bolt, con referencia á las cyprinidæ.

—¿Qué nombre tan dificultoso ha puesto V. á esas carpas, señor? preguntó Bolt.

—Cyprinidæ, familia correspondiente á la seccion de los malacopterygios abdominales, respondió el señor Caxton. Por lo comun tienen la faringe provista de dientes adheridos á huesos faringios, en lo cual se distinguen de los peces vulgares y voraces.

—Señor dijo Bolt sin apartar la vista del vivero, si hubiera sabido yo que las carpas eran de una familia tan respetable, las habria tratado sin duda con alguna mas consideracion.

—Es muy antigua su familia, Bolt; tanto que desde el siglo XIV se halla instalada en Inglaterra. Establecióse una rama mas joven de la misma, en un estanque de los jardines de Peterhoff, célebre palacio de

Pedro el Grande, emperador tenido en alta estima por mi hermano porque mató gloriosamente á muchos hombres en la guerra, sin cortar los que acuchillaba para su recreo particular. Uno de los oficiales ó empleados en la casa imperial, tenia el cargo especial de llamar á comer á aquellas cyprinidæ rusas, que acudian al toque de una campana; algunos momentos despues, se veian aparecer en sus carretelas el emperador y la emperatriz con toda su comitiva de gentiles hombres y damas de honor, para presenciarse la comida de las cyprinidæ. De donde elegirá V., Bolt, que seria un proceder republicano y jacobino, el hacer una salsa con los miembros de una familia tan intimamente ligada con la magestad.

—Mi querido señor, dijo Bolt, me ha dejado V. absorto con lo que acababa de contarme. Yo debi sospechar que las carpas fuesen un noble pez segun son ellas de timidas y circunspectas.... Todas las personas de distincion son asi.

—Mi padre se frotó suavemente las manos. Habia logrado su objeto, pues desde aquel momento la cyprinidæ de la seccion malacopterygia fueron tan sagra-

das á los ojos de Bolt, como los gatos y los ichneumones lo eran á los de un sacerdote de Thebas.

Pobre padre mio! Te amoldaste con una verdadera y modesta filosofia al cambio mas importante que tu tranquilidad é inofensiva vida hubiese experimentado, desde que salió del ardiente circulo de las pasiones. Habias perdido tu morada, aquella morada para tí tan querida... por tantas historias mudas del corazon... por tantas victorias del alma... porque solo el sábio siente el encanto de la monotonia, de los antiguos recuerdos, de los viejos hábitos, allí donde silenciosamente se deslizan las horas de cada día. Sin embargo, podrá el hombre trasladar su morada de uno á otro lugar—el corazon, fijar sus afecciones en un nuevo asilo, la antigua torre de los Caxtones reemplazar muy bien á la casa de los ladrillos encarnados, y el paseo inmediato al estanque causar el mismo placer que la senda ó lo largo del espaldar... Pero, ó padre mio, quien te devolverá los sueños de tu inocente ambicion—aquel rayo de celebridad que habia brillado en tu imaginacion entre la aurora y el ocaso de tu existencia? Como reemplazar el *Mognum*

opus, la Grande obra, aquel árbol de pomposas ramas que debía hermohear la uniformidad del paisaje, arrancado de cuajo á la sazón?... Porque habeis de saber, lectores míos, que con la catástrofe de la sociedad de los Anti-libreros, quedó interrumpida la realizacion material de la Grande obra.—Aborto espantoso! Tres mil ejemplares de los siete primeros pliegos, en cuarto, con un número considerable de planchas sin concluir.—Planchas anatómicas, arquitectónicas, gráficas;—diseño de los diferentes desarrollos del cráneo humano (este templo de los errores humanos) desde el Hotentote hasta el Griego:—grabados de los antiguos edificios y monumentos ciclópeos, pelásgicos, y de las pirámides, que señalaban el paso por la tierra de las razas que dejaron impresas sus huellas en sus murallas; paisajes que indicaban la influencia de la naturaleza en las costumbres, las creencias y los sistemas de filosofía; porque medios, por ejemplo llegaron á contemplar los astros los pastores de los desiertos de la Caldéa;—representaciones del zodiaco para dilucidar los misterios del culto de los símbolos;—vistas fantásticas de la tierra desde el

diluvio, para explicar las primitivas supersticiones por los aspectos característicos de la naturaleza. — Vista de la Laconia, de sus desfiladeros y de la ciudad de Esparta, vecina de la silenciosa Amicla; — croquis de los mares, costas y bahías del Atica y Yonia, que convidaban á una poblacion instable á las aventuras y á las empresas comerciales, etc., etc. Si, todo esto hubiera servido para ilustrar la historia de los errores humanos! Al mandar mi padre grabar aquellas planchas, se propuso que el lápiz del artista contribuyese tanto como la pluma del erudito á esclarecer el estudio de la infancia del mundo y del origen de las sociedades. Pero, ¡ah! planchas y pliegos de impresion yacian en el olvido, hacinado todo en una habitacion baja, como una luz apagada en la tumba, como un mundo que permanece aun en los limbos de la creacion: el mismo Prometeo de aquella revolucion inteligente, se hallaba encadenado, cautivo, y el fuego que habia robado al cielo no despedia una sola chispa. En efecto, era tan costosa la forma bajo la cual se habia propuesto el tio Joaquin y la sociedad de Anti-libreros, dar á luz aquella verdadera enciclopedia moral,

que todos los bibliófilos apartaban sus ojos deslumbrados, como vuelven los suyos los mochuelos á la luz del dia, como el mismo error humano los aparta de la antorcha de la verdad. En vano don Bernardo y yo fuimos, antes de dejar á Londres, cargados de un enorme manotreto de la Grande obra, de una en otra libreria á los editores mas ricos y emprendedores: todos sucesivamente retrocedieron espantados como si les hubiésemos presentado la boca de un trabuco. Toda la calle de Pater-Noster-Row habia lanzado un grito de ¡*Dios nos libre!* Ni un solo editor quiso tomar aquellos pliegos en cuarto para terminar la obra por su cuenta. Confiaba yo en que mi padre se hubiera decidido por puro amor á sus semejantes á arriesgar aun una parte del capital que le quedaba (lo que hubiera equivalido á arriesgar una suma) para terminar una suma tan espléndida y tan fatal; pero en este asunto se mostró inflexible mi padre. No consiguieron las sonoras frases de la felicidad del género humano, y el interés de las generaciones venideras, quebrantar su propósito.—¡Boberia! respondia el Sr. Caxton á los que le tentaban á que lo hiciese, los

deberes del hombre para con sus semejantes y para con su posteridad, empiezan por su propio hijo. No iré yo, despues de haber perdido la mitad de mi patrimonio, á comprometer lo que me queda por satisfacer mi vanidad.... puesto que, si hemos de ser francos, de eso solo se trata: todas las culpas exigen su castigo; yo pequé por medio de mi obra, y sobre ella debe recaer el castigo. Sigán pues hacinado en el cuarto bajo sus pliegos de impresion, á fin de que al menos este monumento del error humano ofrezca una leccion de sabiduria y de humildad á los que pasen por su lado.

Si he decir la verdad, no sé como se resignó mi padre á ver los fragmentos de su obra amontonados unos sobre otros, como las estratificaciones geológicas esperando las curiosas investigaciones de algun Marhison ó Mantell del mundo moral. Por lo tocante á mi, no las veía una sola vez en su sombrío reposo sin decir conmigo mismo:—Valor, Pisistrato, hé ahí un motivo para desear la vida. Trabaja, hazte rico, y al fin se concluirá la Grande obra.

Entretanto recorria yo el pais, hacia re-

laciones con los arrendadores y con el apoderado del señor Trevanion, hombre de mucha disposicion y agricultor consumado, el cual me enseñó á apreciar mejor naturaleza de las fincas de mi tio. Ocupaban aquellos dominios una inmensa estension de terreno, que, escepto el invertido en una granja, no tenia en aquel entonces ningun valor, pero otro de la misma especie se habia echo recientemente productivo por un nuevo sistema muy en boga en el dia en Cumberland. Los estériles hornagueros del tio Rolando podian hacerse productivos y convertirse con un capital, en una hermosa propiedad. Pero dónde encontrar el.... capital? La naturaleza nos lo dá todo escepto los medios de trasformarla en valor comercial. Como dice el viejo Plauto, «todo nos lo dá gratis la naturaleza: el dia, la noche, el agua, el sol, la luna... en cuanto á lo demás... despabilate.»

CAPITULO II.

No se habia vuelto á hablar del tio Joaquin. Cuando emprendimos la marcha para la Torre, invitóle el capitan á que nos acompañase, mas bien á mi entender, por consideracion hacia mi madre, que por espontáneo impulso de su corazon; pero el señor Tibets se negó políticamente á aceptar la oferta. Durante su permanencia en nuestra casa de campo, escribió un considerable número de cartas, porque no habia contratiempo que bastase á paralizar

la energía del tío Joaquín. Sin duda desapareció en la estación de la adversidad, pero aunque oculto, seguía vegetando no de otra manera que el alga denominada *protococcus nivalis* que imprime un color sonrosado en las nieves polares que la ocultan, y florece en medio de la asolación general de la naturaleza. Seguía pues el tío Joaquín tan vivo y ardiente como siempre, por más que de vez en cuando se sintiese aguijoneado por la vega idea de abandonar la causa general de la humanidad, á fin de trabajar en lo sucesivo solo por su cuenta; de lo cual se felicitaba mi padre, siendo esto para mí inesplicable, tratándose de un filántropo como él. Siempre creí también yo que cuando el tío Joaquín se puso su redingote de paño sajón, y por último, se marchó, llevaba consigo alguna cosa más que los buenos deseos de mi padre para ayudarle á convertirse á la filosofía del interés personal.

—Este hombre aun ha de levantar cabeza, dijo mi padre cuando vimos de pie al tío Joaquín en un asiento de la diligencia, bien fuese para despedirse por última vez de nosotros, ó bien para embozarse en una tosca capa que le había dejado el ma-

yoral junto á quien se habia colocado.

—Lo cree V. así, padre mio? le pregunté con aire dudoso; y puedo saber en qué funda V. su opinion?

El Sr. Caxton. Porque participa de la naturaleza del gato, cuando dá una caída. Arrójale á la calle desde la cúpula de San Pablo, y un momento despues le verás plantarse de un salto en la cima de la torre de Londres.

Pisistrato. Pero segun dice el proverbio, por mucha vivacidad que tenga un gato no puede morir y revivir mas de nueve veces, el tio Joaquin ha dado por lo menos su octava caída.

El Sr. Caxton (sin parar mientes en mi respuesta porque ha deslizado la mano entre camisa y chaleco.) Segun sienta Apuleo en su *Tratado sobre la vida de Platon* la tierra fué el producto de los triángulos rectángulos, pero el fuego y el aire lo fueron del triángulo escaleno, cuyos ángulos téngase en cuenta, son muy diferentes de los de un triángulo rectángulo. El aire forma parte evidentemente de la organizacion del tio Joaquin, y hé aqui que de grado ó por fuerza se vió precisado á obedecer á su elemento constitutivo: el mismo tio Joa-

quin es un verdadero triángulo escaleno y debe ser considerado según los principios de aquel origen irregular. Con respecto á nosotros, mortales comunes cuyo elemento preponderante es la tierra, triángulos rectángulos perfectos, demos gracias á la Providencia por nuestra simetría matemática y seamos indulgentes con aquellos que son necesariamente volubles, inconstantes, y, por último, que se hallan dominados por su desgraciada condición escalena.

Pisistrato. Mucho me ha complacido V., padre mio, con una explicación tan sencilla; tan fácil y tan clara de las escen-tricidades del tío Joaquín: mi único deseo ahora, es que las estremidades de aquel triángulo escaleno no vengán ya á chocar con nuestras organizaciones rectángu-lares.

El Sr. *Caxton*, (con el tono de tierna re-convención que hubiera podido emplear conmigo si hubiera yo criticado las virtudes de Sócrates.) Tu tío Joaquín, Pisistra-to, es un hombre muy hábil, y no eres jus-to con él: estoy convencido de que á pesar de su condición escalena, sería muy hon-rado... Quiero decir (añadió el Sr. Cax-

ton tratando de modificar la palabra) que no seria novelesca ó heróicamente honrado sino hombre de bien como la generalidad de los hombres, con tal de que pudiese por espacio de algun tiempo permanecer con la cabeza fuera del agua. Pero, ya lo ves, cuando cualquier hombre conoce que se vá á fondo se ase - de cuanto puede haber á las manos y se ahoga con el amigo que se echó á nado para salvarle.

Pisistrato. Tiene V. razon, padre mio; pero es el caso que el tio Joaquin *siempre* se sumerge.

El Sr. Caxton (candorosamente). ¿Y cómo no habia de suceder asi, cuando llevaba en los bolsillos á todos sus semejantes? Ahora que se ha desembarazado de aquel esceso de carga, no me estrañará el verle columpiarse en el agua como un corcho.

Pisistrato (que desde el suceso del ANTI-CAPITALISTA se ha hecho anti-Joaquinista furibundo.) Pero si V. cree, padre mio que el tio Joaquin experimenta en realidad un sincero cariño por sus semejantes, no es esto lo que peor que encuentro en él.

El Sr. Caxton. ¡Oh argumentador literal! oh espiritu insensible á la verdade-

ra lógica de la ironía ática! ¿no comprendes, que puede un afecto ser sincero en el corazón del que lo experimenta, y ser no obstante de una naturaleza falsa ó sofisticada con relación á los demás? el hombre puede creer de buena fé que ama á sus semejantes y condenarlos á la guillotina como al jacobino Sain Just; Por fortuna, siendo el triángulo escaleno del tío Joaquín producido mas bien por el aire que por el fuego, no imprime á su filantropía el carácter inflamatorio que distingue á los revolucionarios. Por consiguiente, como de una especie de inocente y gaseosa, se agota su filantropía inflamando los globos de papel en los cuales se arriesga el tío Joaquín por el espacio desde donde cae con cuantos pudo arrastrar á su aérea navecilla. No hay duda en que la filantropía del tío Joaquín es sincera cuando corta las ataduras del globo y se remonta por los aires hasta perderse de vista; pero que provecho reporta á los demás viajeros ni á él mismo aquella sinceridad, cuando se estrella el globo precipitándolos en tierra á riesgo de desnucarse? Sería preciso tener un corazón muy grande para encerrar en él á todo el género humano, y un corazón muy

fuerte para resistir á tantas pruebas. Felizmente, querido hijo, se encuentran corazones como aquéllos: loado sea Dios, y loados sean ellos! El de Joaquin pertenece á otra clase; es tambien un buen corazon á su manera: sí, un corazon muy bueno (prosiguió mi padre dejándose llevar de su instintiva bondad); nunca olvidaré lo que me dijo el pobre Joaquin: «Que si fuese un pobre sin otro asilo que una perrera, se apartaria á un lado para dejarme la parte mas florida de la paja.» Pobre hermano Joaquin.

Al llegar aqui se suspendió la discusion. Debo añadir que durante algun tiempo se pareció el tio Joaquin al personaje de pequeña cara del *Espectador* en guardar un profundo silencio. (1)

(1) Veanse los capítulos 4.º y 17 del *Espectador* de Addison, en los que aquel personaje imaginario describe su taciturnidad, y su cara microscópica.

CAPITULO III.

==

Blanca se aviene, sino con mi vida de actividad cuando recorro yo el pais para trabar relaciones con los arrendadores, al menos con los goces de mi vida interior. Existe en ella un secreto encanto dificil de definir, pero que parece nacer de su natural simpatia por los caprichos y los gustos de aquellos á quienes ama. Si está uno alegre, encuentra en el acento argentino de su soeripa infantil cierta cosa que podría tomarse por la alegría misma. Si experimen-

ta tristeza y se retira á un rincon para desvariarse cubriéndose la cara con sus manos... al cabo de un corto rato, y en el momento conveniente... cuando ha desvariado uno bastante y experimenta la necesidad de un sentimiento que le consuele, siente deslizarse dos bracitos que se enlazan inocentemete con su cuello... y si levanta uno sus ojos se encuentra con los cándidos de Blanca, animados de una simpática ternura, aunque tenga ella el buen tacto de no querer informarse del motivo de vuestro disgusto.... Le basta para entristecerse verle á uno triste... no necesita saber mas. Rara criatura!... Es ella tan intrépida que muestra avidez por cosas que inspiran miedo á los niños: se desvive por los cuentos de hadas, por las visiones y hechicerias, — por todos aquellos cuentos de los cuales la señora Gervasia en un arsenal inagotable. Pero está tan segura Blanca en su inocencia, que aquellas narraciones no bastan á turbar su sueño en su solitaria alcoba llena de oscuros rincones y escondrijos, en medio de las ruinas, y á pesar del viento que silba contra las vetustas murallas del castillo feudal. Blanca atravesaba sin temor alguno la mas oscura habitacion del edificio y las

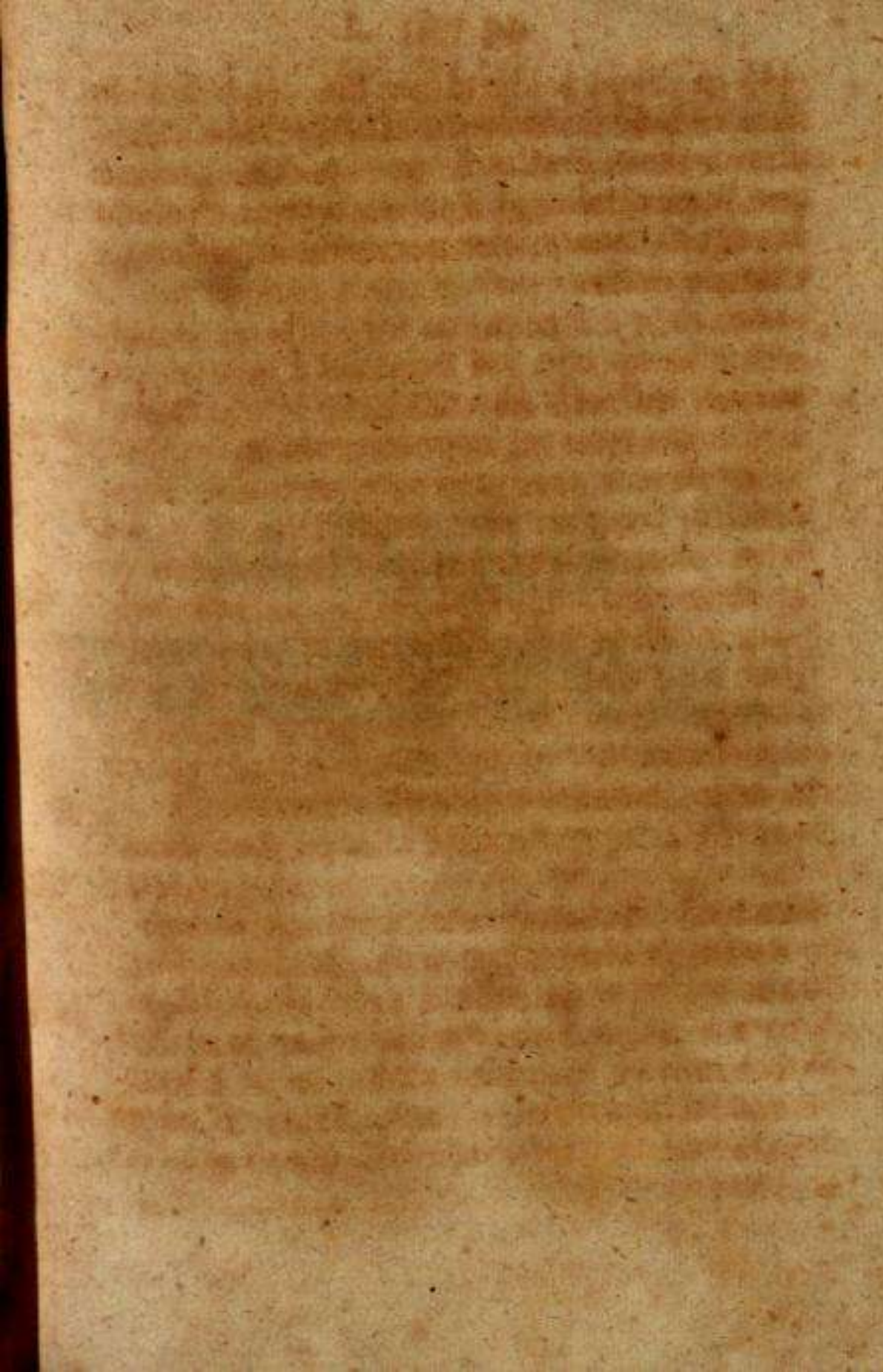
sendas del cementerio en las horas en que

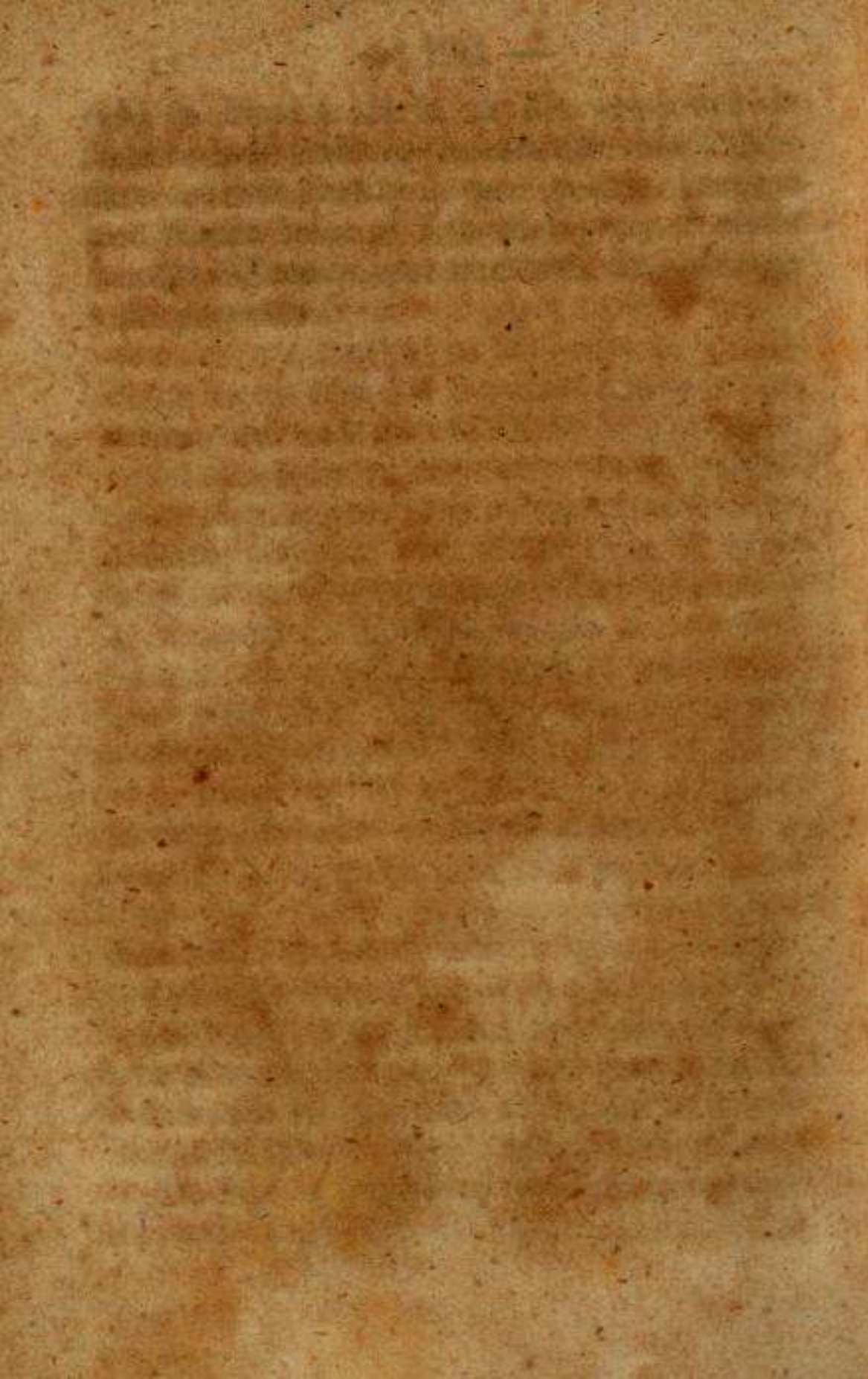
«Bajo los pálidos rayos de una luna vacilante» las losas sepulcrales parecían entreabrirse, y los árboles proyectaban sobre el musgo sombras siniestras. Cuando la frente del capitán Rolando se anubla, cuando aprieta los labios en su espresion mas amarga, buscad á Blanca á los pies de su padre esperando el momento en que un penoso suspiro la advertia que la intensidad del pesar desminuye, y que hará sonreír á su padre si salta sobre sus rodillas. ¡Cuánto no complace el sorprenderla cuando sube penosamente por los derruidos tramos de la escalera de la torrecilla, ó el verla asomada de pié y contemplativa, á alguna antigua... ¡Entonces experimenta uno cierta curiosidad por saber cuales son los pensamientos de vago terror y de placer solemne, que se agitan bajo aquella frente tan pura y tranquila.

Blanca aprende con pasmosa facilidad cuanto se le enseña: en materia de educacion ha agotado ya el repertorio de mi madre, y mi padre se ha visto precisado á recurrir á su biblioteca en busca de libros capaces de entretener (ó de estimular) aquel curioso deseo de aprender; y ha ofre-

cido á Blanca darle un dia lecciones de francés y de italiano—oferta que fue acogida con tanta gratitud, que podria creerse que Blanca toma al Telémaco y las *Novelle morali* de Soave, por nombres de muñecas y de juguetes.







**LA FAMILIA
DE CAXTON.**



ALUMNA
OF
TEXAS

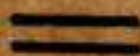
**LA FAMILIA
DE CAXTON,**

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR SIR EDUARDO LYTTON BULWER.

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. JOSÉ TORA.



TOMO V.

Sevilla.—1855.

IMP. DE LA LIBERTAD CENTINELA DE ANDALUCÍA
Calle de los Lombardos.

LA FAMILIA

DE CAXTON,

MONEDA LEGITIMA EN ESPAÑA

FOR THE EDUARDO LITTON BILWA

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

BY DR. J. J. BILWA

TOMO V

Sevilla - 1858

EN LA LIBRERIA DE ESTEBAN DE RODRIGUEZ
Calle de las Lanzas.

CONTINUACION DEL CAPITULO III.

Quiera Dios que si llega un dia en que cumpla mi padre su promesa, sea para ella mejor maestro de italiano y de francés que lo fué de griego para su hijo Pisttrato. Tiene ademas Blanca buen oido, y mi madre, juez competente en la materia, asegura que descubre escelentes disposiciones para la música. Afortunadamente se halla establecido en una ciudad que dista diez millas de la Torre un viejo italiano que se titula profesor admirable, y viene dos veces á la semana á dar lecciones de solfeo á los hijos de los propietarios de la reducida poblacion. Yo enseño á Blanca de dibujo—arte que poseo medianamente—y mi discipula acaba de copiar del natural un

paisaje que ha sacado bastante bien, excepto en la parte de perspectiva, pero dá muestras de un raro talento de originalidad, cuando se propone hacer un bosquejo, inspirada por sus propias ideas. Así, por ejemplo, al copiar el antiguo sáuce que se inclina hácia el agua en la orilla del riachuelo, le ha añadido una rama que se habia sumergido, dulcificando los contornos demasiado duros del modelo. Lo que temo es que se vuelva Blanca cabilosa y meditabunda, porque la pobre niña no tiene compañera alguna con quien jugar; hé aqui porque la he proporcionado un perrito—compañero petulante ódia las ocupaciones sedentarias—un falderillo negro, cuyas largas orejas le arrastran por el suelo. Le hé puesto por nombre Juba, en honor á la tragedia *Coton de Addison*, y el cual sienta bien á sus negras y rizadas lanas y á su color africano. Blanca no se muestra tan hechicera y vivaracha cuando se introduce por entre las ruinas, seguida de Juba que ladra y brinca en torno suyo, espantando á los pajarillos que se ocultan en las malezas.

Habia estado yo paseando un dia por el salon de la Torre enteramente solo la vis-

ta de los retratos y de las armaduras antiguas—mudos trofeos de la existencia activa y aventura de los primeros huéspedes de nuestra mansión solitaria—me había conducido á reflexionar acerca de mi ociosidad oscura. Aquella reflexion se convirtió en un cargo hecho á mi mismo, y para responder á él, prestó la imaginacion á mi juventud uno de aquellos poéticos corceles, cuya veloz carrera nada es capaz de detener. Cabalgaba, pues, yo de esta manera, dando la libertad á doncellas encadenadas en las cuevas, atravesando de parte á parte con mi tizona á las Gorgonas, gigantes y otros monstruos, cuando hé aqui que oigo ladrar á Juba que se aparece al momento seguida de Blanca con su sombrero de paja en la mano.

Blanca. Creí encontrarte aquí, Sisty; ¿quieres qué me quede contigo?

Pisistrato. Y qué has de hacer aquí, querida mia? Hace un dia delicioso, y en vez de estarte encerrada debes aprovecharlo recorriendo la campiña con Juba.

Juba. Huáu! huau.

Blanca. Quieres venir con nosotros? sino vienes no tengo gusto para cojer mariposas.

Viendo Pisistrato roto el hilo de sus des-
varios consiente con aspecto resignado: en
el momento en que van á salir, se detiene
Blanca y mira como si le hubiese ocur-
rido una idea que no se atreve á re-
velar.

Pisistrato. Qué te sucede, Blanca? Por
qué estás haciendo nudos á esa cinta? qué
significan esos caracteres invisibles que
con tu piecesito trazas en el suelo?

Blanca (con algun misterio.) Sisty, he
descubierto una nueva habitacion—crees
que debemos ir á recorrerla?

Pisistrato. Indudablemente, á no ser
que te lo haya prohibido algun Barba-ro-
ja conocido tuyo. Donde está esa habita-
cion?

Blanca. Allá arriba, á la izquierda?

Pisistrato. En aquella puertecita vieja
que tiene dos escalones, y está siempre
cerrada?

Blanca. Sí, pero hoy está entre-abier-
ta: he asomado un momento la cabeza y
no me he atrevido á entrar antes de con-
sultar contigo si debia hacerlo.

Pisistrato. Has procedido con mucha
discrecion, primita mia: temo no sea algu-
na mansion de malandrines. Sin embargo,

Creo que con el auxilio de Juba podemos arriesgarnos juntos.

Pisistrato, Blanca y Juba, suben por la escalera, y volviendo hacia la izquierda, desaparecen en un sombrío corredor que no es el que conduce á los cuartos habitados.

Cuando llegamos frente á una puerta hecha de tablas de roble, groseramente clavadas, empujamosla para abrirla, y vimos una escalerilla que conducia á la habitacion del capitan Rolando, que se hallaba justamente debajo.

La pieza en donde nos introdujimos despedia cierto olor de humedad y probablemente le habian abierto para que se ventilase: en la chimenea ardia un tronco. Existe en las habitaciones destinadas á desvan un verdadero atractivo que cautiva extraordinariamente la imaginacion curiosa de la juventud. Qué de tesoros no se encuentran en los muebles y en los cofres desechados por la anterior generacion! Todos los niños son por naturaleza anticuarios amigos de rebuscar objetos raros. Sin embargo, en la disposición en que se hallaban colocados los muebles de aquella salita misteriosa, reinaba un orden y una

regularidad que demostraban no ser considerados como trastes viejos y relegados á llenar de polvo en los rincones.

Veíanse en uno de los extremos de sala, cajas y maletas militares con las iniciales R. de C. (Rolando de Caxton) cerradas con candados de cobre. Apartámonos de allí, llevados de un respeto irresistible; llamando á Juba que iba en persecucion de algun raton imaginario. En el otro rincon distinguimos un mueble parecido á una cuna de niño—pero no á una cuna inglesa, porque era de palo de rosa de España, sostenida por cuatro columnitas incrustadas de labores de concha... sin duda no hubiera caído yo en que aquello era una cuna por carecer del cobertorcito y de las pequeñas almohadas que le son peculiares.

Veíase un poco mas allá un estante con diversos objetos que habrian formado quizás en otro tiempo las delicias de algun niño: juguetes estropeados y perdido en parte su color, por los llevados y traídos; un sablecito y una trompeta de laton, algunos libros casi deshojados, la mayor parte en español, cuya forma y aspecto revelaban ser lecturas de la niñez. Un poco

mas allá veíase en el suelo, vuelto hácia la pared, un cuadro que cogi antes que lo derribase Juba en sus cacerias imaginarias. Acerquélo á la luz, y ví que era un antiguo retrato de familia que representaba á un noble y gallardo caballero, con su chupa bordada, propia del reinado de Isabel.—En uno de sus ángulos se veía una cota de armas y en ella esta inscriccion:

HERBERTO DE CANTO, CABALLERO DE
EDAD DE 35 AÑOS.

Al dejar el cuadro arrimado á la pared, observé en el reverso del lienzo un rótulo de letra del capitan Rolando, aunque escrito con mano mas segura que lo estaba entonces la suya, en el cual se leía—«El mejor y mas valiente de nuestros antepasados. En el campo de batalla de Zutpen combatió á la derecha de Sidney y luchó contra la armada española en el navio de Drake. Si alguna vez tengo un... lo demas parecia haber sido arrancado...

Retrocedi experimentando el rubor de un remordimiento... si con tanta severidad puede calificarse el interés irresistible que me habia llevado á ser curioso é indiscreto.

Volvi los ojos en busca de Blanca y observé que se habia retirado hacia la puerta y que lloraba cubriéndose los ojos con sus manos! Al dirigirme á ella aun ví un libro sobre una silla próxima á todos aquellos recuerdos de una infancia pura y feliz: en sus broches de plata reconocí la biblia del capitán Rolando, y lo que entonces experimenté fué un verdadero remordimiento: echéme en cara mi imprudente curiosidad de profanar aquel santuario. Cogí á Blanca del brazo y bajamos silenciosamente las escaleras. Cuando hubimos bajado y nos hallamos en el montecillo donde se ejercia la justicia feudal, nuestro sitio favorito, traté de consolar á Blanca dando un beso á mi prima y preguntándola porque lloraba.

—Pobre hermano mio! me respondió sollozando. Sin duda todo esto fué suyo..... ya no le volveremos á ver... nunca! Y la biblia de mi pobre padre á cuya lectura se dedica cuando está triste... muy triste... Hasta ahora apenas habia llorado por la muerte de mi hermano... ahora comprendo mejor lo que es la muerte... Pobre padre mio! pobre padre mio!... No te mue-
ras nunca, Sisty!

Aquella mañana no hubo caza de mari-

posas, y antes que consiguiese consolar á Blanca, se pasaron algunos dias. Sus dulces ojos revelaron aun por algun tiempo la pena que experimentaba su corazon, y mas de una vez me preguntó suspirando: «No es verdad que hice mal en ir á buscarte?» La pobre Blanca no queria atribuirme la mayor parte de la culpa, y trataba de echar-sela así misma toda entera, obrando de esta manera con arreglo á la primitiva justicia de Adan, el cual dijo al Señor: «Tentóme la muger y comi de la fruta del árbol prohibido.»

Blanca dio muestras desde aquel dia de amar á su padre con mucha mas ternura, abandonandome para irse á su lado, hasta que le decia: «Estás pálida hija mia, vete á coger mariposas» Pero respondiáele ella sin contar con su amigo: «Vamos los dos,» arrastrando á su padre hácia el campo con sus manecitas, hasta que aquel cedía á sus instancias.

De todos los antepasados del capitan Rolando, era Herberto de Caxton—el mejor á el mas valeroso.—No obstante, nunca me lo había mentado el capitan,—tampoco lo había comparado á ninguno de los dudosos Guillemos: entonces recordé que al

recorrer yo el árbol genealógico había leído allí el nombre de Herberto. Pero se encontraba tan solo una vez en él, y le pregunté á mi tío: «Quién es este? mas el capitán valbuceó por toda respuesta algunas palabras ininteligibles. Acordéme también de que se veía en la pared de la habitación del capitán un claro que daba indicios de haber estado ocupado por un cuadro de las dimensiones del que representaba al caballero Herberto. Fué quitado de allí antes de que por primera visitásemos la Torre, pero para haber dejado en la pared una señal tan visible era preciso que hubiese permanecido en ella durante muchos años... Tal vez fuese Bolt quien lo colgase en aquel sitio durante la larga ausencia del capitán. ¿Y aquellas palabras: *si alguna vez tengo un...* que espresaban una idea incompleta, qué significacion podian tener? Ah! no hacian acaso ilusion á aquel hijo... que habia perdido el capitán para siempre, al cual no podia olvidar?

CAPITULO IV.

Mi tío se halla sentado á un lado de la chimenea, mi madre al otro y yo en una mesita en frente, dispuesto á tomar apuntes del resultado de sus conferencias; porque es de saber pue se han reunido en consejo permanente para votar el prosupuesto de ingresos y gastos, y resolver lo que se gastará en común y lo que se destinará á fondos de amortización.

Como verdadera mujer, gustábale á mi madre, á pesar de su sencillez, hacer su papel y figurar á los ojos de sus vecinos. No solo quería que el shelin que gastase le proporcionara cuanto proporcionar puede un

shelin, si que tambien que al circular brillase si posible fuesen tanto como una guinea. No trataba de deslumbrar con un libro ficticio, ni de salir de su esfera y llenar de admiracion al mundo como un cometa o una aurora boreal; queria derramar al menos una modesta luz en torno suyo como una estrella bien hechora.

Ya en otra ocasion puse en conocimiento del lector que nos habiamos sostenido siempre á cierta altura entre los hidalgillos con quienes seguimos mas o menos intimas relaciones. Tan sociales nosotros como los hábitos de mi padre lo permitian, y sin que tratásemos de rivalizar con los vecinos que poseian mas medios de fortuna que nosotros, gracias á la bien entendida economia de mi madre y á arte que poseia de hacer valer y brillar su shelin, teniamos la satisfaccion de oír citar con encomio nuestras modestas *sourees* que en particular formaban las delicias de las señoras ancianas de siete millas en contorno. Tambien nuestras comidas gozaban de nombradia; asi es que cuando á nuestra vez comiamos en la quinta del señor Rollick, que paga de salario cuarenta guineas á una famosa ama de gobierno y á un entendido

cocinero, no se olvidaba nunca de la señora de Rollick al llegar los postres, de suplicar á la señora de Caxton, que se ponía colorada hasta las orejas, que la dispensase por el dulce de fresa inferior al suyo. Verdad es que si al volver á casa citaba mi madre aquel fino y lisonjero cumplimiento, con un aire que revelaba que el mas sencillo corazón tiene una dosis de vanidad, mi padre, bien fuese por dar á su cara mitad una lección de humildad cristiana, ó bien por que, merced á sus agüidad inesplicable, daba su verdadera significación á las palabras, le hacia ver que la señora de Rollick era de genio regañon y descontentadizo, y que su cumplimiento no se dirigia tanto á la habilidad de mi madre como al amor propio del ama de llaves y del cocinero, sabiendo demasiado bien su señora que el repostero no dejaria de repetirle aquella felicitacion de doble sentido.

Una vez establecida mi madre en casa del capitán y encargada de la parte económica, natural habia de ser que se hiciesen algunos gastos en la pobre Torre desmantelada. A pesar del reducido número de propietarios que residian en el canton,

aparecieron algunas targetas en la puerta y nuestra instalacion fué saludada con diversos convites: comunmente los rehusaba todos mi tio; pero en honor á sus huéspedes se hicieron aquellos mas numerosos, de manera que se le presentaba á mi madre la ocasion de brillar por su talento dejando contentos á sus convidados: toda su ambicion se reducía á que la torre no desdijese de su nobleza, cual convenia al gefe de la ilustre familia de Caxton que la habitaba.

Ah! para ser justo contigo, querida madre mia, voy á hacer una manifestacion que te honra en extremo. Al verte sentada junto al taciturno capitan con tanta propiedad vestida, con tanto esmero peinada, con tu delantal mas blanco que la misma nieve y tu gorra adornada de cintas azules, cualquiera hubiera supuesto en ti cierta coqueteria; pero mal habia de conocer tu corazon quien á causas tan frívolas atribuyese el delicado esmero con que haces resaltar los dones que á manos llenas derramó en ti la naturaleza. Temes que el menor descuido en tu *toilette* entibie el cariño de tu fiel Agustin, y el deseo de hacer menos sensible en tu querido esposo la bre-

cha abierta á su fortuna, se antepone á tu vanidad. A trueque de provocar en él la clásica exclamacion de *Papae!* quisieras ofrecerle algunas distracciones mundanas que le obligasen á interrumpir su aplicacion absorbente y refrescasen la corriente de sus pensamientos. Ni te olvidas por eso del capitan Rolando, al cual te propones arrancar de las melancólicas meditaciones de que es presa muy frecuentemente, atrayéndole á la sociedad de algunos propietarios de buen carácter á los cuales pueda enseñar ufano y orgulloso sus ruinas, y recibir con la dignidad y honores propios de la mansion de sus padres. Por último, con respecto á Blanca y á mí, aquella puede encontrar compañeros entre los niños de su edad y de su sexo: ya se lee en sus rasgados ojos negros la melancolia, como se lee en los de los niños de su edad que viven con personas mayores. ¿Y Pisistrato? Su porvenir se ha cambiado enteramente, y su corazon se encuentra devorado por un amargo recuerdo..... En vano procura ocultarlo á todos y á si mismo: no puede engañar la vista de lince de una madre (de una madre que habia amado). ¿No era tiempo ya de que el mundo

que nos rodeaba, mundo reducido, pero vividor, le sustrajese a sus visiones y presentase á sus ojos algunos seres reales? Porque hay que advertir que no iba Pisis-trato como el austero Florentino:

«*Sopra lor vanita che par persona*»
«sobre débiles sombras que imitaban la sustancia de seres reales,» antes bien los seres reales le parecían sombras..... *vanita.*

¡Digresiones y mas digresiones! ¿por qué no habia de contar sencillamente mi historia marchando en línea recta? Yo nací sin duda bajo el signo de Cáncer, porque todos mis movimientos se reducen á rodeos oblicuos muy parecidos á los del cangrejo.



CAPITULO III.

—Me parece, hermano Rolando, decia mi madre, que la casa se halla ya definitivamente constituida. Nos quedamos con Bolt que equivale a tres criados por lo menos; con Gervasia que nos sirve de cocinera y ama de gobierno; y con Molly; jóven activa y dócil: todos sus salarios ascienden a muy poca cosa, y son un articulo insignificante....

—¡Insignificante! Hace V. bien en darle esa calificacion, toda vez que nuestros criados no pueden ser menos ni sus salarios mas cortos...

—Ese es el caso, repuso mi madre tem-

plando por medio de la dulzura de su voz aquel positivo aserto. Y en verdad, prosiguió mi madre, gracia á la caza, á los peces á la volatería y á los carneros, el gasto de nuestra casa se reduce á casi nada.

—A casi nada! exclamó de nuevo el capitán contrayendo ligeramente las cejas. Tiene V. razon, señora hermana, es cosa insignificante si se compara con el gasto diario del hotel del duque de Northumberland, en Lóndres. Pero existe una gran diferencia entre nada, y ese casi nada á que roducís vuestros gastos.

No pude menos de echarme á reir al oír esta respuesta y hasta mi madre se sonrió tambien.... porque al darla hizo mi tio una sencilla imitacion de aquella figura empleada tan frecuentemente por mi padre en sus discursos, llamada por los retóricos ANTANACLASIA (ó repeticion de las mismas palabras empleadas en un nuévo sentido.) Pero la risa de mi madre no tuvo nada de irreverente, ni pensaba siquiera en la ANTANACLASIA, cuando colocando la mano en el brazo del tio Rolando, le replicó por medio de otra figura de discurso, mas contundente aun, llamada EPIFONEMA, (ó exclamacion) y añadiendo: —No obstante con to-

da su economía, nos hubiera V. acogido en su casa sin....

—Cómo así! exclamó mi tío adornando la EPIFONEMA con una APOSIOPEsia imperativa (interrupcion súbita), como así! Si hubiera V. hecho lo que yo queria, mas cuenta hubiera tenido a mi dinero.

El arsenal de la retórica de mi pobre madre no le suministró arma alguna para dar al traste con esta artificiosa APOSIOPEsia: así, pues, vióse on la necesidad de dejarse de figuras retóricas, y solo se valió ya de aquella sencilla elocuencia que le era tan natural, como lo es á todos los grandes economistas reformadores.

—Pues bien, Rolando, si hoy una buena ama de gobierno, á qué viene ese aire regañon? es menester que no tenga V. ese génio: decia, pues, que destinando cien libras anuales á nuestros modestos convites.....

—Modestos convites! cien libras anuales! exclamó el capitan azorado.

—Si, prosiguió mi madre sin amilanarse, muy bien podemos gastar cien libras, y para eso no cuento con vuestra media paga, que puede V. destinar á su bolsillo y para vestir á Blanca. Segun mis calculos

podemos dar á Pisistrato cien libras cada año, que unidas á la pensión que obtendrá en el colegio, deben bastarle para seguir sus estudios en el Cambridge. (Al oír esto, sabiendo yo que lo de la pensión no pasaba de ser aun una esperanza mas que incierta, espresé mis dudas por medio de un signo de cabeza, del cual no se apercibió mi madre.) Asi, pues, aun podemos ahorrar....

El semblante de mi tío se cubrió de una grotesca espresion de lástima y horror: evidentemente creyó que las desgracias de mi madre le habian trastornado el juicio.

Y prosiguió su tormento.

—Porque hemos de contar, dijo mi madre con un movimiento de cabeza propio de los calculadores, y llevando á su manera el dedo índice de la mano derecha hácia los cinco dedos de la izquierda,—hemos de contar con trescientas sesenta libras de los intereses de las rentas de Agustin, y con cincuenta libras que produce nuestra casa, total cuatrocientas veinte libras anuales. Añadid vuestras trescientas treinta libras del producto de la granja, de la majada y de las tierras arrendadas, y tendremos una

suma de 750. Ya ve V. que, segun antes decia, contando como contamos con los articulos de primer consumo en una casa, aun podemos vivir holgadamente y hacer bastante papel con quinientas libras: de manera que señalando á Sisty ciento cincuenta libras, podemos ahorrar aun cien libras para Blanca.

—Basta! basta! basta! esclamó el capitan violentamente agitado. Quién le ha dicho á V. que disfruto de trescientas libras anuales?

—Blot. Pero no vaya V. ahora á reprenderle por eso.

—Blot es un estúpido. Rebaje V. doscientas de esas trescientas treinta libras, y encontrará todas mis rentas sin contar con la media paga.

Mi madre abrió sus grandes ojos y yo hice lo mismo.

—A esas ciento treinta libras añadid si os parece, las ciento treinta vuestras. Lo demas con que podais contar, querida hermana, en vuestro, de Agustín, ó de vuestro hijo; pero no hay que distraer un solo shelin para gastarlo supérfluamente en cosas de lujo: yo no soy mas que un pobre oficial retirado; me entendeis?

—Cada vez, Rolando, lo entiendo á V. menos, dijo mi madre. No le reditúa á V. su propiedad trescientas treinta libras anuales?

—Sí, pero se halla gravada por una deuda de doscientas libras al año; dijo el capitán anublándose su frente y haciendo un visible esfuerzo para hablar.

—Ah! Rolando! exclamó mi madre con ternura aproximándose tanto á mi tío, que á haber estado presente mi padre no dudo que se hubiera atrevido á dar un beso al iracundo capitán, cuyo semblante nunca hasta entonces me pareció mas terrible ni menos besable—Ah! Rolando! exclamó mi madre terminando aquella admirable EPIFONEMA interrumpida por la APOSIOPIESIA de de mi tío... y apesar de eso, aun querias privaros por nosotros, que poseemos dobles rentas que vos, de lo poco que os queda!

—Ah! respondió el tío Rolando procurando sonreirse, al menos hubiera salido yo con la mia, condenándoos á morir da hambre. No valvais á mentar, pues, los modestos convites, ni cosas semejantes, ni trateis de volver el juego contra mí y llenar el déficit de mi haber con vuestras cuatrocientas veinte libras.

—Qué diantre! dijo mi madre generosamente, os olvidais de cuanto rinde vuestra posesion para el consumo de la casa, asi como de las economias que todo esto produce: estoy segura que no bajan de trescientas libras anuales.

—Señora... hermana! Estoy seguro de que no querrá V. herir mi susceptibilidad, dijo el capitan. Cuanto tengo que decir es, que si añadís una suma igual á la que me queda de las rentas, para el sosten de la ruinoso Torre, será cuanto puedo consentir: el resto no estará de sobra para los gastos que ocasione Pisistrato en la universidad.

Dicho esto levantóse el capitan, saludó con un movimiento de cabeza y salióse cojeando antes que mi madre ni yo pudiésemos detenerle.

—Querido Sisty! exclamó mi madre cruzando las manos, le he disgustado! Como me habia de figurar yo que se habia abierto tan honda brecha á su propiedad!

—No satisfizo acaso las deudas de su hijo? pues esa será la razon porque...

—Ah! exclamó mi madre casi llorando, hé ahí lo que afligia: y no adivinarlo yo. Qué haré ahora?

—Echar de nuevo vuestras cuentas, querida madre, y dejarle que haga lo que mejor le parezca.

—Pero entonces, dijo mi madre, va á morirse tu tío de melancolía y tu padre, para quien ya han perdido los libros su atractivo, no disfrutará de la menor distracción. Y qué será de Blanca!... y de tí? Si contribuimos al fondo cumun con una cantidad igual á la que da el capitán, no me parece que bastan doscientas sesenta libras anuales para recibir dignamente á nuestros vecinos. Y qué dirá Agustín á esto? Tengo hecho ya el ánimo..... pero no, iré antes á consultar la libreta de gastos con Gervasia.

Salióse mi madre con tristeza y quedeme solo.

Dirigí la vista por el espacioso salón de la Torre y me pareció inconmensurable en el silencio de mi soledad. Apoderáronse de mí los proyectos que habia acariciado mi mente y arrastráronme allá lejos, á otro mundo... á aquellos deliciosos países en donde la esperanza manda á la juventud que la siga... Ah! si me fuera dado levantar la fortuna de mi padre... si pudiese hacer revivir aquella ambición del sábio que cre-

yó un dia ser útil á los hombres con su genio... si llegase yo á reconstruir estas ruinosas paredes, á cultivar esos desiertos páramos, á devolver su lustre al antiguo nombre... á sonreir la vejez del noble veterano, y á ser, por último, para ambos hermanos, lo que perdió Rolando—un hijo! Tales fueron mis ensueños que me condujeron á un objeto fijo, á una determinacion decisiva. Sueña, oh juventud, sueña con el valor de una noble ambicion, que tus sueños serán profecías para el porvenir.



CAPITULO VI.

CARTA DE PISÍSTRATO CAXTON, Á ALBERTO
TREVANION. ESP. M. P. (MIEMBRO
DEL PARLAMENTO).

*Confesion de un jóven que se encuentra de
sobra en este antiguo mundo.*

»Mi querido Sr. Trevanion:—Doy á V. las mas espresivas gracias, en mi nombre y en el de mi familia, por su contestacion á la carta, por medio de la cual puse en conocimiento de V. los pérfidos lazos que se nos habian tendido y de los cuales escapamos, aunque con tal cual rasguño, con vida y los huesos sanos, que no es poco decir si se

atiende á que eran tres las trampas, y erizadas de agudos dientes. Procediendo como zorros viejos, ó prudentes, que equivale á lo mismo, hemos buscado un refugio en el desierto, y no creo que exista un cebo capaz de atrapar aun al zorro macho. No puedo decirlos otro tanto del cachorro, y voy á demostraros que arde en deseos de reparar las gracias de la familia.

»Ah! mi querido Sr. Trevanion! si desgraciadamente llegase á manos de V. esta carta cuando se encuentre ocupado en algun asunto de importancia, ruégole que suspenda su lectura y la guarde para uno de los pocos momento que sus infinitas atenciones le dejan libre. Voy á abrir á V. de par en par mi corazon á pedir á quien tambien conoce el mundo, que me ayude á escapar de estos *flammanzia maenia* que por todas partes me acorralan... Ya ve V., señor que al convenir en que no habia nacido yo para los libros, les sobraba la razon tanto á V. como á mi padre. Y no obstante, ¿cómo ha de prescindir de ellos el jóven que no puede salir de sus pasos contados para llegar á hacer fortuna? Se hallan todas las carreras tan fortificadas, tan guarnecidas y atrincheradas de

libros, que cada vez que estiende el joven su robusto brazo para obrar, tropieza con una muralla de tomos en octavo flanqueada por almenas en cuarto.

»Empezando por la universidad, ¿podrá V. explicarme qué vida es la del colegial que empieza por obtener, no siempre, una pensión, y acaba por alcanzar, quizás, una plaza de *Fellow*, verdadera prima de celibato, según vuestros economistas políticos? ¿A qué se reduce todo esto? A libros por espacio de tres años. A un *mar muerto* ante vuestros ojos cuyas costas solo producen frutos encenizados con los caracteres de lectura y breviario! Trascurridos aquellos tres años puede el alumno llegar á ser miembro del docto Senado; no importa, libros y mas libros. Pero suponemos que satisfecho el estudiante con el fruto de sus vigilias, y con la frente laureada, buscando esparcimiento se dedica á la literatura y se convierte en escritor público—¡libros y mas libros! ¿Se dedica á la carrera del foro? ¡libros y mas libros! ¡Y cuánto tiempo no pasa antes que se le encargue un pedimento! ¿Quiere hacerse médico? *Ars longa vita brevis*, como dice Hipócrates: ¿A qué recurrirá mejor que á

los libros para matar el tiempo; hasta que cumplidos los cuarenta años se le ofrezca alguna feliz coyuntura para matar.... enfermos? ¿Se dedicará á la iglesia? No me siento adornado de bastantes virtudes por lo que á mí respecta, para abrazar la carrera eclesiástica; de estudio tambien y de libros por escelencia, bien permaneciendo en la oscuridad y la pobreza se viva entre las obras de los teólogos y de los santos padres, ó bien la ambicion de llegar á ser obispo os impulse á notar un testo griego y os eleve á la silla episcopal.

»Ahora bien, descartando la carrera de las armas, que como V. sabe, no es precisamente la de la fortuna, ¿podrá V. indicarme un medio que me libre de los sempiternos librajos, de la monotonía del alma, del letargo de los sentidos y de una congestión cerebral?... En dónde, pues, encontrar una salida á este ardor apasionado que siento circular por mis venas? ¿en dónde emplear esta robusta constitución y estos hercúleos miembros? Creo hallarme dotado de un esquisito buen sentido, de alguna facilidad de comprensión, de cierta audacia que me hace simpáticos los peligros y de un honrado sufrimiento cuando sobre-

viene una desgracia = cualidades todas ellas por las que doy gracias al cielo, pues son dones preciosos para la vida privada; pero para el comercio de los hombres, para los mercados de la fortuna, son *flacci, nauci, nihili*.

«En una palabra, mi querido señor amigo, tan poblado como se encuentra este antiguo mundo, no puede ofrecer el mismo espacio que en tiempo de nuestros audaces antepasados, cuando podía el hombre recorrerlo en todas direcciones sin incomodar á sus vecinos. No, ahora toca á la juventud continuar en su puesto con el libro en la mano, como los chiquillos de la escuela: sin salirse de la clase sigue haciendo temas y aprendiendo lecciones hasta lo infinito. Hubo un siglo pastoril, otro cazador, otro guerrero: hoy nos hallamos en el siglo sedentario. Los que en el alcanzan el premio, son los que mas tiempo pueden permanecer sentados; los admirados jóvenes cuyas pálidas y delicadas manos apenas tienen fuerza bastante para manejar una pluma, aquellos cuyos ojos gastados por el nocturno quinqué no pueden disfrutar de los refulgentes rayos del sol que me llama á los campos como la au-

torcha de la vida. Si, en efecto, aquellos cerebros sobre-escitados á espensa de los órganos digestivos son los focos del gran pensamiento social; si, merced á sus elucubraciones, es el siglo de la inteligencia humana en realidad, el nuestro, fuerza será someterse á su reinado, porque sublevarse contra él, equivaldria á dar coces contra el aguijon: pero será acaso que todas las buenas cualidades que siento bullir en mí no han de ser de utilidad alguna! Si fuese yo rico, feliz y afortunado, enhorabuena: cazaria, me dedicaria al cuidado de mis tierras, viajaria y disfrutaria de todos los placeres de los ricos. Si fuese pobre y de tan humilde nacimiento que pudiera hacerme guarda bosque, como los caballeros vergonzantes de otros tiempos, enhorabuena tambien; extinguiria esta fiebre de accion que me atormenta, persiguiendo dia y noche á los corsarios que se introdujesen á cazar en los sotos puestos á mi cuidado, lucharia con ellos cuerpo á cuerpo y les persiguiria sin tregua ni descanso saltando tapias y vallados. Si estuviese yo tan desmoralizado que pudiese vivir sin remordimientos gravando las reducidas rentas de mi padre y esclamar con Claudino:

«la tierra me ofrece festines que nada me cuestan,» enhorabuena tambien; ¿pero cómo me avendria yo con semejante existencia conveniente á lo sumo á un parásito ó á un poetrasto?... Mas, tiempo es ya de que le abra á V. enteramente mi corazón! Decir que soy pobre y que quiero hacer fortuna, equivale á decir que soy un verdadero inglés, porque el atenerse á lo positivo, es propio de nuestra raza anglo sajona. Al levantar nosotros, aun en sueños, castillos en el aire, lejos de aproximarse aquellos á los *castillos de la Indolencia*, los que edificamos se parecen mucho á los Bancos de Londres. Deseo, pues, hacer fortuna; pero en este particular difiero de mis compatriotas en dos puntos: primero, en que no aspiro á otra cosa que á lo conocido por vosotros los ricos con el nombre de una modesta fortuna; y segundo, en que no quisiera invertir toda mi vida en hacerla. Por lo demás, ya conoceis mi situacion particular.

«Si he de proceder como se procede comunmente en casos semejantes, habré de empezar cercenando de las rentas de mi padre una parte de que no podrá privarse sin esponerse á crueles privaciones:

porque segun mis cálculos, mi familia necesita para vivir cuánto en el dia posee. Si vuelvo á Cambridge, por mucha que sea la economía que allí observe, nunca será bastante que no resienta el bienestar, bastante escatinado por cierto, de la casa *res augusta domi*. Supongamos ahora terminado mis estudios en Cambrindge, sin haber alcanzado, que será lo mas probable, la plaza de miembro de la sociedad universitaria, = ¿cuánto tiempo tendria aun que trabajar, ó mas bien no trabajar, en el bufete (porque la carrera preferible para mi, seria la de abogado) antes que estuviese en disposicion de acudir á mi vez á las necesidades de aquellos que hasta entonces se habian condenado por mí á las mayores privaciones? Cuántos años no habrian de pasar antes que llegase yo á la edad madura! y si al cabo pudiese oír entonces en mi gabeta el sonido de las guineas del cliente, si me fuese dado cuidarles en su achacosa vejez! Ah! si alguna vez consigo tener dinero, y llega á tiempo, quiero que disfruten de él las personas á quienes amo: quiero que vea mi padre en los estantes de su biblioteca un ejemplar de la *Historia de los*

Errores Humanos, encuadernado en piel de Rusia; quiero que pueda satisfacer mi madre sus inocentes gustos, antes que hayan borrado los años el encanto de su dulce y espresiva sonrisa; quiero ir en busca del tío Rolando, cuando no esté del todo cana su cabeza (que blanquea á toda prisa) y ofrecerle el apoyo de mi brazo para disponer, de comun acuerdo, los reparos que reclame su ruinoso Torre; quiero, en una palabra, que vea el valiente capitán convertidas sus estériles tierras en campos productivos cubiertos de doradas espigas.... Ya conocéis la naturaleza del terreno de Cumberland—vos que poseéis tan ricas fanegas, páramos arrancados al desierto, y que habeis visto los terrenos de mi tío, que con la única escepcion de la granja, casi no tienen en el día valor alguno, cuando podrian con un capital convertirse en una posesion que hiciese á su dueño mucho mas rico que ninguno de sus antepasados. Lo sabeis vos, que con un capital habeis trasformado un terreno de esta naturaleza, derramando por este medio á manos llenas los beneficios y recibiendo bendiciones de las bocas á que proporciona is pan, de los brazos á que procurais

trabajo: magnífico resultado que no hubiérais previsto en el solitario retiro de vuestra biblioteca de Londres. Según mis cálculos, los hornageros de mi tiro que en el día apenas ocupan á dos ó tres pastores, podrían, con un capital, proporcionar trabajo y sustento á centenares de familias. Pero al querer yo dinero... pido millones?... No, mucho menos; algunos miles de libras esterlinas bastarian para empezar y convertir al capitán Rolando, dueño hoy de un desierto, en un verdadero señor, en un decoroso propietario. Ahora, querido señor, que sabe V. cuales son mis deseos y las cualidades que creo poseer, le ruego me dé sus consejos, antes que sea demasiado tarde, diciéndome los medios de que he de valerme para reunir el capital que necesito.

Apartando la vista con enojo de este nuestro civilizado mundo, he fijado los ojos en otro, mucho mas antiguo, y despues en otro tercero que apenas ha salido de la infancia. Aquí la India, —allá la Australis! Qué opina V., señor Trevanion acerca de esto, V., que puede juzgar desapasionadamente las mismas cosas que se ofrecen a mis ojos bajo un prisma de oro en un re-

moto hirizonte? Tan ciega es la confianza que me inspira vuestro juicio, que no teneis mas que decirme: «Jóven temerario, déjate de Dorados y quédate en casa, siéntate á su pupitre y dedícate á tus libros: sofoca esa plétora de vida animal que hierve en tí:—conviértete en una máquina intelectual: tus fuerzas físicas de nada sirven; afiliate entre los esclavos del quinqué,» y le obedeceré á V. sin chistar. Pero si discurre con acierto,—si poseo cualidades que pueden utilizarse en un nuevo hemisferio, si el hastio que experimentó hácia esta civilizacion caduca, es un verdadero instinto de la naturaleza, si legitimamente puedo apirar á la vida activa de un mundo mas vigoroso, de una sociedad mas lozana—oh! dadme entonees, os ruego, un consejo que preste formas á mis desvarios, que me trace la senda y la meta... ¿Habré conseguido hacerme comprender?

«En la soledad en que vivimos rara vez vemos un periódico, pero de vez en cuando llega alguno á nuestras manos por conducto del rectorado, y dias pasados tuve una verdadera satisfaccion al leer un suelto que hablaba, como de cosa muy cierta, de vuestra entrada en el gabinete. Os es-

eribo antes que llegue este caso, y ya veis que lo solicitado por mí, para nada ha menester del padrinazgo oficial; un nicho en una oficina! oh! eso seria para mí peor que todo; sin embargo, he trabajado con alma al lado de V., pero *aquello* era diferente! Le escribo á V. con toda franqueza porque conozco la nobleza y la bondad de su corazon... le hablo como puede hablar un hijo á su padre. Permitame V., antes de terminar, añadirle mis humildes pero sinceros parabienes por el próximo enlace de miss Trevanion con un hombre digno, ya que no de ella, al menos de su clase. Al hacerlo yo así me conduzco como conducirse debe aquel á quien habeis autorizado para hacerse votos por vuestra felicidad y la de vuestra familia.

«Larga es esta carta, mi querido Sr Trevanion, y no me atrevo á volver á leerla, temeroso de no mandarla. Recíbala V. tal cual ella está escrita y júzguela con la bondadosa indulgencia que ha dispensado siempre á su agradecimiento y apasionado servidor,

PISISTRATO CANTON.

Insertaré la respuesta á continuacion de mi carta.

CARTA DE ALBERTO TREVANION, ESP.
M. P. Á PISISTRATO CANTON.

*« Biblioteca de la cámara de los comunes,
miércoles por la noche.*

« Mi querido Pisistrato:**** tiene la palabra, y tela cortada para dos horas mortales! Me retiro, pues, á la biblioteca para dedicárselas á V. le confieso, y por ellono se envanezca mucho, que la verdad y fuerza de colorido que ha logrado prestar con la pluma á su retrato, me ha interesado como si fuera el original mismo. El estado de ánimo que con mano maestra me describe V., debe ser común á nuestro actual estado de civilización; sin embargo nunca hasta ahora, habia encontrado un tipo tan bien caracterizado. No he podido apartarlo á V. de mi memoria durante todo el dia: ¡cuántos jóvenes se encontrarán en este antiguo mundo, en el mismo caso que V., con aptitud, talento, inteligencia, actividad y perseverancia bastante, y sin embargo imposibilitados para poder brillar en nin-

guna de nuestras carreras comunes; nuevos Walter Raleighs, condenados á morir desconocidos, mudos y sin gloria! (1) Vuestra carta amigo Pistratro, es un bello comentario á la teoria de la colonizacion, y despues de haber leído, comprendo mejor la antigua colonizacion griega, que hacia emigrar no solo á los pobres, á la escoria de un exceso de poblacion, sino tambien á cierto número de individuos de una clase mas superior, á jóvenes como vos, llenos de sábia para fundir en aquellas sábias *cleruchie* cierta parte de la aristocrácia con el elemento democrático. No lanzaban los antiguos al azar á una canalla vil en un suelo virgen, sino que sembraban en los rudimientos de uu todo armonioso para formar un estado análogo á la madre patria; no se desembarazaban de hambrientas bocas, sino que abrian un dique al aglomeramiento del saber y del aglomeramiento superfluo algunas veces, y hasta perjudicial al suelo patrio en donde amenaza nuestros limites artificiales al paso que dándole salida por un acueducto, puede ir á fertilizar el desierto.

(1) Gray. Eligi in á Churchyard.

«Segun mis ideas colonizadoras, para cada esportacion de ciudadanos estableceria yo, como en otros tiempos se hacia, sus gefes y sus guias, no eligiéndolos exclusivamente entre las personas de mas categoria, si no entre aquellos que cualesquiera que fuese su condicion, justificasen por cierto grado de educacion, las cualidades que dan al hombre actitud para mandar y hacerse obedecer. Los griegos comprendieron muy bien, pero voy aun mas allá en mis apreciaciones: á medida que la colonia progresase, cuando una de sus ciudades se elevase á la categoria de metrópoli, sería en mi concepto tan prudente como necesario, no solo trasportar allí un modelo de colonizacion mas acabado, si que tambien unirla mas estrechamente á la madre patria, enviando allí hombres eminentes por sus talentos y capacidad, y hasta algun miembro de la real familia. Bien sé que mis amigos, los mas *liberales* se sonreian al leer esta idea, pero estoy convencido de que cuando hubiese llegado la colonia al estado que indico, se hallaria asi mismo en situacion de recibir los nuevos elementos de progreso y de una prosperidad tanto moral como material.

Cuando andando el tiempo, llegase el día (que llega tarde ó temprano á toda colonia sana) en que el establecimiento colonial se viese trasformado en Estado independiente, habríamos tambien sembrado en él las semillas de una constitucion y de una civilizacion análogas á las nuestras. Habríamos favorecido el desarrollo de la gerarquía monárquica y aristocrática, aunque bajo una forma mas sencilla que en las sociedades antiguas; en vez de este caos extraño en que se agita una democracia indisciplinada—horrible gigante comparable al mónstruo creado por Frankenstein y que debe hacer temblar en efecto, al que lo produjo, no tanto por ser un gigante incompleto (1) El nuevo mundo, no El nuevo mundo, no lo dudeis, será el

(1) Estas páginas entraron en prensa antes que el autor hubiese leído la reciente obra de M. Wakefield, que desenvuelve con fuerza y sagacidad las miras solo indicadas aquí. El autor se felicita pues por esta coincidencia de opiniones, aunque tenga la desgracia de no aprobar la notable teoría de M. Wakefield en todas sus partes.

amigo ó el enemigo del antiguo, no en proporcion de la afinidad de las razas, sino en la de semejanza de las costumbres y de las instituciones—verdad inconcusa á la cual nosotros los colonizadores hemos cerrado los ojos.

«Dejandonos ya de estas teorías generales y fijándonos en el caso presente de que se trata, ya habreis conocido, por lo que dejo dicho, que simpatizo con vuestra ambicion y vuestras miras; y apruebo vuestros proyectos. Despues de haber meditado detenidamente acerca del particular, y teniendo en cuenta vuestra naturaleza, carácter y circunstancias, os digo mi parecer en una sola palabra: *Emigrad!*

«Mi dictámen se halla, sin embargo, basado en una hipótesis: á saber, que me hablais con sinceridad—que soportareis alegremente una vida dura y laboriosa, contentándoos con una modesta fortuna al término de vuestras pruebas. No trateis de emigrar si pensais reunir veinte y cinco millones ó la décima parte de esta cantidad; no penseis en emigrar á no ser que consintais en gozar con las dificultades propias de aquel género de vida escabrosa, porque no basta soportarlas.

«La Australia, es en efecto, como la dais á entender, la colonia que os conviene; porque es el país más á propósito para dos clases de personas:

«1.^a Para el hombre que nada posee mas que su inteligencia y esta es grande suma.

«2.^a Para el que cuenta con un pequeño capital y quiere consagrar diez años á triplicarlo.

«Os coloco en esta segunda clase. Llevoos tres mil libras, y antes de cumplir los treinta años podeis volveros con diez ó doce mil libras. Si os contentais, pensad formalmente en la Australia. Por la diligencia que sale mañana os enviaré las mejores obras que traten sobre la materia y diversas memorias; y haré por proporcionarme noticias mas detalladas en la secretaria de las Colonias. Cuando lo tengais todo reunido y hayais reflexinado con madurez, permanecer algunos meses mas en los pastos de carneros de Cumberland; preguntad incesantemente á los pastores que encontréis á vuestro paso desde Tirsis á Menalco: haced mas aun; preparaos para la vida nómada del colono austral. La teoría de la division del trabajo no ha pe-

netrado aun hasta allí: aprended todos los oficios para saber hacerlo todo; un poco de cerrajero, otro poco de carpintero—sobre todo rabajad lo mejor que podais con el mejor número posible de herramientas, ejercitaos en las armas de fuegos y domad cuantos potros podais haber á las manos. Aun cuando no tengais aun necesidad de hacer ninguna de estas cosas en nuestro establecimiento austral, el saber hacerlas os hará apto para otras muchas imprevistas. *Desaristocratizados* de pies á cabeza, estando seguro de que no por eso sereis allá menos aristócrata, porque el que se basta á sí mismo, mas que un aristócrata es un rey—es su propio señor, porque no necesita criados. Creo que Séneca emitió antes que yo esta idea, y de buena gana os sitaria el pasaje, pero me temo que no se ha de encontrar un Séneca en la biblioteca de la Cámara de los comunes... Pero que oigo?... (Aplauden! Sin duda terminó su discurso M.... Sí, efectivamente, y C... va á responderle.—Esos aplausos han alentado un ataque contra mí. Ah! que no tuviera yo vuestra edad para acompañaros al Australia!) Vengamos, pues, al asunto mas importante de nuestro asunto... al capital.

Para marcharos á la Australia necesitais un capital, á no ser que os vayais como simple pastor, en cuyo caso despedios de vuestras diez mil libras esterlinas al cabo de los diez años! De manera que al fin y al postre vendremos á parar en que necesitais recurrir á vuestro padre: me direis á esto que hay diferencia entre tomar en calidad de préstamo el capital que os de, con toda clase de probabilidades de reembolsárselo, y consumir aquel mismo capital un año tras otro en la universidad, hasta que os encontréis en la edad de treinta y ocho á cuarenta años. Sin embargo, Pisistrato, no creais que podeis simplificar de este modo las cosas: quiero que asegureis el resultado que os habeis propuesto, temeroso de que mi antiguo amigo vaya á perder su hijo y su dinero. Decis que me hablais como á un padre. Ya sabeis que aborrezco la fraseologia de los cumplimientos, y si al escribirlo no lo sentisteis así, me habriais hecho un mortal agravio. Si os dirigis á mi como á un padre, reclamo los derechos de tal y voy á contestaros sin rodeos. Mr. Bolding, eclesiástico, y uno de mis amigos, tiene un hijo cuya ligera cabeza le espondrá á perderse, mas tarde ó mas temprano, si

permanece en Inglaterra en donde tantas ocasiones le brindan á ello: posee no obstante cualidades recomendables, porque es franco, audaz, y aunque falto de prudencia no carece de talento; en suma, un jóven á quien basta precaver de las tentaciones para evitar el que le arrastren á los excesos de una vida disipada. Haria un colono admirable, (en la Australia no existen tentaciones) asociándose con un jóven como vos. Ahora bien, he aquí mi propuesta, sino tenéis inconveniente en eceptarla. Su padre le adelantará mil quinientas libras— que depositará en vuestras manos y no en las suyas, porque el gefe de la asociacion debeis serlo vos, depositando igual suma de mil quinientas libras, que os prestaré por término de tres años, sin interés alguno, hasta que haya trascurrido aquel plazo. En cuanto al capital, me será reembolsado cuando regreseis, con los intereses de los tres primeros años, sino á mi, á mis herederos. Cuando lleveis uno ó dos años de permanencia en la Australia, hayais estudiado el pais y resuelto lo que debais hacer; cuando habreis aprendido, por último, el oficio de colono, podreis con toda seguridad pedir prestadas á vuestro padre mil

quinientas libras mas: entre tanto vos y vuestro sócio contais con la suma de tres mil libras cabales. Ya veis que con mi proposicion nada arriesgo, ni aun en el caso de muerte; porque si muriéseis insolvente, os doy palabra de entablar mi accion contra vuestro padre, porque si el pobre hombre os perdiese, se mostraria harto indiferente por el resto de su fortuna! Hé aquí cuanto tengo que deciros; solo me resta añadir, que si rehusais un socorro que de tanta utilidad puede seros, y que tan poco me cuesta, no os lo perdonaré nunca.

«Acepto vuestros parabienes por el próximo enlace de Franny con lord Castleton. Cuando volvais de la Australia seréis todavía joven, y aunque ella no os lleve muchos años, será entonces una mujer de edad madura y preocupada con las pompas y vanidades mundanas. La juventud de las mujeres dura un corto periodo, igual en todas; pero asi que se casan... se identifica la mujer con su clase. Con su respeto al puesto que la opinion pública me señala, acordaos de lo que os dije cuando nos despedimos y... Pero acaba de entrar J... á decirme que esperan que tome la palabra para contestar á N... que ha ocupado la tribuna pa-

ra pronunciar un discurso insultante: los bancos de la Asamblea están cuajados de gente, y todos se muestran ávidos de personalidades. Así, pues, amigo mío, el hombre del antiguo mundo se aprieta las clavijas, y con un suspiro se despide del joven del nuevo mundo—

«Ne tibi sit duros accuisse in praelia dentes (1).»

«Vuestro afectísimo amigo,

ALBERTO TREVANION.»

(1) Dejad que otro afile sus dientes para el combate.

CAPITULO VII.

Ahi tienes, lector, el secreto de mi alma. No te admire si, hijo de un literato y literato yo mismo en cierta época de mi vida, aunque ocupando en esta clase venerable un grado inferior, no te admire, digo, el que al llegar á esta fase de transición entre la juventud y la edad madura me haya desviado con impaciencia de los libros.

—La mayor parte de los hombres que se dedican al estudio llegan como todos los

hijos de Adad, en una ú otra época de su vida, á sentir en sí el principio imperioso de la actividad humana. Aunque no todos los literatos sean por necesidad ni por hábito hombres de acción, no obstante, los hombres de acción que nos da á conocer la historia, rara vez fueron enteramente iliteratos; porque no siempre satisfacen los libros las ideas que sugieren. Aunque el real discípulo de Aristóteles se dormía con un Homero debajo de la almohada, no era para componer en sus sueños poemas épicos sino para conquistar nuevas Troyas en Asia. Hombre habrá que sin parecerse en nada á Alejandro, tome quizás al conquistador macedonio por modelo para un objeto, al cual solo la acción pueda llegar: el libro que meta debajo de la almohada será el mas eficaz antidoto contra su reposo.

El inflexible destino que debe gobernar al hombre, teje ya sus delicados hilos en las primeras sensaciones de la infancia. Los cuentos maravillosos, los prodigiosos hechos de armas de la caballería andante con que mi crédula aya embelezó mi niñez, fueron semillas que prendieron en mi imaginación y fructificaron con el contacto de la so-

iedad de Londres, apresurando el desarrollo de mi carácter aventurero. A la poesía de los recuerdos de la edad primera, vino á asociarse la de una pasión amorosa, alentada en su origen por vanas esperanzas, para imponerse mas tarde uno de esos sacrificios que poetizan tambien el deber. Aquel triunfo sobre mí mismo vino al mismo tiempo á terminar mi educacion de hombre, y me parecian años los dias para poner á prueba mi valor y mi inteligencia... Basta ya no quiero entenderme mas acerca de las luchas de mi corazón... para interesar en mi favor á mis lectores. No hice mas que cumplir con mi deber, pero como dice un poeta al referirse á una pasión como la mia:

*« Where once such fairies dance no grass
does ever grow » (1).*

¡Cuánto trabajo no me costó el acostumbrarme de nuevo á la vida escolar, y hum-

(1) En donde baila aquella hada... no vuelve á crecer el césped.

llar dócilmente la frente á la disciplina de los estudios monótonos del colegio de Cambridge! Si mi amor filial me habia reconciliado con esta existencia que era odiosa para mi, no podia volver á la universidad con el mismo gusto, por tener la conviccion de que era á costa de sensibles privaciones por parte de aquellos á quienes amaba. Pretestando no hallarme en disposicion de hacer honor al nombre de mi padre, obtuve permiso para permanecer en la Torre durante seis meses con el objeto de prepararme; tiempo bastante para madurar mi nuevo plan, é interesar poco á poco en él á aquellos á quienes pensaba abandonar. Ah! no era esto lo mas fácil. Dura cosa es el lanzarse uno en el mundo—harto dura! Pero el paso mas penoso es el que nos arranca del dintel de una casa muy querida.

Ah! cómo! sí! cómo!

No, Blanca, no vengas hoy conmigo: faltaré de casa durante algunas horas y será tarde ya cuando vuelva.

La casa! esta palabra me ahoga y oprime mi corazon! Juba vuelve triste y cabizbajo a los pies de su jóven dueña. Blanca sube á nuestra altura favorita y me acom-

pañá con su triste mirada: las flores que habia cogido caen de su canastillo. Oigo á mi madre que canta á media voz mientras trabaja junto á su ventana entre-abierta... Ah! cómo! sí! cómo!



DECIMATERCIA PARTE.

CAPITULO I.

San Crisóstomo en su tratado sobre el sacerdocio sale á la defensa de los que mienten con un buen fin. Despues de citar en apoyo de su opinion muchos testos de la Escritura, concluye su primer libro sentando que la mentira es frecuentemente necesaria, y que puede resultar de ella mucho bien. Empieza el segundo libro declarando que la mentira no debe llamarse

mentira, sino honesto espediente, *good management* (1).

Séame lícito, pues, llamar honesto espediente á los inocentes artificios de que me valí para obtener el asentimiento de mi familia, que nada recelaba, en favor de mi proyecto. Empecé por el tío Rolando, á quien me fué fácil engolfar en la lectura de algunos de los libros llenos de encanto de la vida de Australia, que el señor Trevanion me habia enviado. Aquellas descripciones hirieron tan intensamente su imaginacion entusiasta por la vida errante, y por aquel instinto de independenciam tanto salvaje, que se confundia con sus gustos militares, que él fué el primero en sugerirme el objeto de mi ardiente deseo. Suspiró como el señor Trevanion, y deploró como él el no encontrarse en mi edad, atizando de este modo la llama que me devoraba. Al fin, un dia que por casuali-

(1) No hemos encontrado semejante máxima en el tomo 2.^o de las obras de San Juan Crisóstomo, primitiva edicion greco-latina. El autor podrá haberla tomado de alguna version adulterada. (N. del T.)

dad paseábamos juntos por los estériles hornagueros, conociendo todo el ódio que profesaba á los abogados, le dije:

—Ah! querido tío; tendré que recurrir al cabo á la abogacia!

El capitan Rolando clavó con furia en tierra su baston y exclamó:

—Par diez, sobrino, que harías una grande cosa en meterte á abogado y aprender el arte de mentir, cuando te abre Dios un mundo virgen en el que todo es naturaleza y verdad....

—Vengan esos cinco, tío..... nos hemos entendido. Ahora ayúdeme V. á convencer á los dos pacíficos corazones que tenemos en casa.

—Maldita sea mi lengua! qué es lo que he hecho? dijo el capitan con aire desparovido. Reflexionando despues un momento, fijó en mí una mirada sombría, y me dijo refunfuñando: Sospecho que he caido como un viejo mentecato en el lazo que me habias tendido.

—Si prefiere V. el foro.....

—Gran pícaro!

—O si le parece á V. mejor el que entre de dependiente de una casa de comercio...

—Si tal haces, te borro del árbol genealógico.

—Pues viva la Australia!

—Muy bien! muy bien! dijo mi tío.

«Una lágrima en sus ojos y una sonrisa en sus labios.»

Puesto que es sangre normanda la que corre por tus venas, solo hay para tí dos caminos, el de soldado ó el de aventurero. Te lloraremos ausente, nos harás falta; pero quien es capaz de encadenar en la roca al águila jóven?

Mucho trabajo me costó el convecer á mi padre que al principio me escuchó como si le tratase de una escursion á la luna. Pero le deslicé diestramente la cita del señor Trevanion acerca de la *cleruchie*, antiguas colonias griegas, y esto le hizo montar en su caballo favorito que le llevó al trote largo á la Eubea y al Kesarneso, despues de lo cual se descarrió en las colonias Yonianas del Asia menor. Entonces le atraje por medio de un ingenioso rodeo á su ciencia favorita, la ethonologia, y mientras disertaba acerca del origen de los salvajes americanos y examinaba las pretensiones rivales de los circasianos, los israelistas y los escandinavos, le dije tranquilamente:—Y vos padre mio, vos que creeis que todo perfeccionamiento humano se funda en la

mezcla de las razas... vos, cuya teoría consiste en la emigración y en la trasplanación racional de nuestra especie, tratáis de encadenar á vuestro primogénito al suelo, cuando vuestro hermano á quien admiro, es el mayor apologista de la vida nómada.

—Pisistrato, respondió mi padre, ratiocinas por synecdeque; tu argumento es espacioso y falto de lógica. Decidido mi padre á no hablar mas sobre la materia, levantóse y tomó retirada sobre su gabinete.

Pero habia despertado ya su observación, y desde aquel momento dedicóse á espirar todos mis gustos é inclinaciones; mostróse despues taciturno y tuvo largas conferencias con el tío Rolando, cuyo resultado vino á manifestarse una tarde de primavera. Hallábame distraido y sentado entre las malezas y los peñascos de las ruinas, cuando senti que una mano me tocaba en el hombro: volví la cabeza y me encontré con mi padre, el cual sentándose á mi lado—Pisistrato, me dijo, tenemos que hablar... algo mas me prometia del estudio que has hecho de Roberto Hall.

—No os comprendo, padre mio! el remedio me ha probado muy bien. Ni una

queja he exhalado desde que lo tomé, ni se me hace pesada la vida desde que lo digeri. Pero, Roberto Hall, llenó su mision y yo quisiera llenar tambien la mia.

—Y no tienes, ¡oh! espíritu *planenivoso* y *exalotrioto* mision alguna que llenar en tu pais natal exclamó mi padre con acento de tierna reconvencion.

—Ah! sí! pero el instinto de la vocacion es á las medianias, lo que el impulso del genio á las almas grandes. Todos los hombres tienen en si mismo un iman; y una piedra iman en la cosa que mejor pueden hacer.

—Papæ! exclamó mi padre abriendo los ojos; y no hay para tí una piedra iman mas cerca que el continente austral?

—Ah! padre mio! si recurre V. á la ironia ya nada tengo que decir.

Miróme mi padre cariñosamente y bajé la cabeza con tristeza.

—Crees, hijo mio, prosiguió, que pueda existir realmente en el fondo de mi corazon una chanza cuando se trata de saber si vas á separarte de nosotros por espacio de muchos años, poniendo de por medio la inmensidad de los mares?—Por toda respuesta me estreché hácia él.

—Pero te he observado de algun tiempo á esta parte y echo de ver que miras con enojo tus antiguos estudios. Hé hablado con Rolando sobre el particular y conozco que tus deseos son mas formales que el capricho de un niño; y he pensado para mí, que no podia ofrecerte aqui ninguna alagüeña perspectiva para que permaneciese feliz y contento. No veo ninguna, y por consiguiente te debo decirte: Véte donde quieras, y Dios te proteja!.... pero, Pisistrato, y tu madre?

—Ah! padre mio! esa es en efecto la dificultad! he ahí lo que me hace vacilar. Pero de todos modos, cualquiera que sea la carrera que emprenda, bien fuese la del foro, ó la del empleado del gobierno, siempre tendria que estar separado de ella. Además, padre mio, no se queda V. aqui? Le ama á V. con tanta ternura, que.....

—No; interrumpió mi padre, no son esos argumentos para llegar al corazon de una madre. Uno tan solo hay de algun valor para ella.... es por tu bien esta separacion? Si puedes decir, si, ya nada hay que añadir. Pero no nos precipitemos: quédate en casa por espacio de un par de meses mas, trae tus libros y estudia. Cuando estés decidido á marcharte, vienes á decirme;

estoy dispuesto:—entonces te diré, *vete* ó *quédate*. Y si te digo, al cabo, que te quedes, me obedecerás?

—Oh! si padre mio!



CAPITULO II.

Ajustado este convenio, abandonó mi padre todos sus estudios—reconcentró en mi sus pensamientos todos, apeló á su tranquila sabiduría para distraerme insensiblemente de mi idea fija, y recurrió á su biblioteca farmacéutica en busca de medicamentos que cortasen la corriente de mis ideas. Cuán poco se figuraba él que su misma ternura y su ciencia conspiraban en su daño; á cada nueva prueba que de ellas recibía, exclamaba mi corazón: solo el deseo de corresponder á su entrañable cariño, y de que no permanezca tu luz en las tinieblas, me aparta, padre mio, de tu lado y me arrastra á lejanas tierras!

Cumplióse el término de dos meses y mi padre vió que el imán seguía dirigiéndose al polo austral; entonces me dijo: «Vé hijo mio, á consolar, á consolar á tu madre; ya le he dicho cuales son tus deseos y con mi sentimiento autorizo el suyo, porque ahora conozco que vas á emprender este viage por tu bien.»

Hallábase mi madre en el gabinetito que se habia apropiado junto al estudio de mi padre. Veíanse en aquella habitacion cuantos objetos pudieran enternecerme, porque todo en él revelaba el alma dulce y tierna de mi madre: era aquel el santuario del hogar doméstico. Mi madre se trajo consigo y colocó allí cuidadosamente los humildes monumentos de su pasada vida.... El retrato de perfil de mi padre, en el que se hallaba representado con el ropaje y birrete de doctor (no sé como quiso consentirlo), al cual habia puesto un marco mi madre colocándolo sobre la chimenea: á uno y otro lado hallábanse adornadas las paredes con mis primeros ensayos de tinta china, cuadritos llenos de atractivos para ella, porque en sus horas solitarias le traían á la memoria aquellos tiempos en que jugaba con su Sisty en la pradera esmaltada de

margaritas! También se ostentaba allí, debajo de un globo de cristal, que ella misma limpiaba todos los días, el célebre jarro que le compró Sisty con el producto de la caja de dominós, en aquella ocasión memorable en que el referido Sisty aprendió á reparar una mala acción por medio de otra buena. Veíase asimismo en un extremo del gabinete el pequeño piano de campo, al cual no olvidaré nunca, de forma antigua y desagradables voces, pero cuyos sonidos sin embargo, resuenan en mis oídos como las melodías de la niñez, que ¡ay! nunca volvemos á oír.

Por último, ocupaba allí también su lugar la biblioteca de mi madre de modestos estantes adornados con cintas y cordones de seda, biblioteca que decia mas al corazón de su hijo, que los frios y eruditos poetas invocados por mi padre en su gran-de Heráclea. La Biblia, en cuyas páginas, antes aun de aprender á leer, habia fijado mis atentos ojos espresando una vaga veneración al contemplar sus misterios, mientras la tenia mi madre abierta sobre sus rodillas, y con voz dulce y rigida á la vez, se convertia en oráculo de sus verdades. Mis primeros silabarios, no en muy buen

estado, y entre ellos un ejemplar de las *Poesías de Cowper*, esquisitamente encuadernado con filetes de oro, regalo que hizo mi padre á su casta mitad, el dia en que la declaró sus sentimientos; tesoro sagrado que ni aun yo mismo disfrutaba del privilegio de tocar, y que solo cogia mi madre en las grandes pruebas de la vida conyugal, cuando salía de los labios de su esposo una palabra menos tierna que de costumbre... Ah! todos aquellos pobres dioses penates parecian mirarme con semblante airado, y todos á una voz decian á mi alma: «¡Cruel nos abandonas!.....» entre ellos se hallaba sentada mi madre afligida como Raquel y llorando silenciosamente.

—¡Madre mia! ¡madre mia! exclamé enlazando su cuello con mis brazos, perdonadme; está visto, no puedo separarme de vos!

CAPITULO III.

=

—¡No... no! es por tu felicidad... Agustín lo dice... vete... solo temo el primer golpe!

Entonces abrí enteramente mi pecho contándoselo todo á mi madre con mucha mas libertad que lo habia hecho á mi padre y á mi tío, revelándole todos los desvarios que tuvieron su origen en mi desgraciado amor: le confesé lo que apenas me habia confesado á mi mismo hasta entonces, y cuando hube descorrido el velo

que ocultaba la parte mas sombría de cuadro, sentí recuperarse mis abatidas fuerzas, y con voz firme, animo espresivo y mirada mas orgullosa, hablé luego de mis varoniles esperanzas y del objeto mas noble que habia propuesto para dominar mi propia debilidad.

—¿No me digisteis vos misma, madre mia, que habiais experimentado una especie de remordimiento al ver como se perdía el génio de mi padre silenciosamente, en el círculo doméstico, culpando á la felicidad que le proporcionabais de haber amortiguado el ardor de su ambicion? ¿No experimentásteis el sentimiento de una nueva vida al salir, por último, aquella ambicion de su letargo, pareciéndoos oír ya en derredor del solitario albergue del sábio los aplausos de la muchedumbre? No percibisteis tambien vos las visiones evocadas por el tio Joaquin diciendo en vuestro interior:—Ab! ¡si fuese dado á mi hermano el abrirle las puertas de la fama! Cuando despues llegásteis á persuadiros que habia encontrado en efecto el camino de la gloria y gloria y de la fortuna, no dijisteis rebotando de gozo desde el fondo de vues-

tro corazón... ¡Ah! mi hermano resarcirá á su hijo de los sacrificios que ha hecho por mí?

—Basta, Sisty, basta ya no puedo más!

—No, no me habeis comprendido aun. ¿No preferireis que *vuestro* hijo reintegre á vuestro Agustín de cuanto perdió, sea por los medios que quiera? ¡Qué día para voz, madre mia, aquel en que vuestro hijo haga resonar por el mundo los aplausos tributados al nombre de vuestro esposo! aquel en que hagais salir á su génio del letargo, y coroneis de gloria sus trabajos! aquel en que rehabilitéis el título genealógico con que se enorgullece el pobre capitán Rolando, ese padre sin hijo! aquel, por último, en que reconstruya yo, sacándola de entre el polvo y las ruinas, esta casa á la cual habeis venido como un ángel tutelar! Ah! madre mia! para que todas estas cosas se hagan, es preciso que contribuyais á la obra, es preciso que participeis de mi ambicion, que enjugueis esas lágrimas y que con voz cariñosa me mandeis partir. De lo contrario, siento que el valor me abandona, y otra vez os digo: no puedo separarme de vos!

Abriendo entonces sus brazos mi madre, me estrechó ellos su corazón, y sin poder hablar, dimos rienda suelta á nuestras lágrimas—pero ambos éramos felices!



CAPITULO IV.

El mal trance habia pasado ya, y entre todos nosotros era mi madre la que mas valor mostraba. En su consecuencia, empecé á hacer los preparativos, siguiendo las instrucciones del Sr. Trevanion, con una perseverancia, que á mi edad no hubiera podido desplegar en el estudio muerto de los libros. Estaba en las cabañas de Cumberland en una buena escuela para aprender los sencillos rudimentos de la ciencia rural que pertenecen á la vida pastoril. En su admirable Manual Austral, recomienda M. Sidney á los jóvenes que se disponen á emigrar, que vivaquéen por espacio de tres meses antes de embar-

carse, en las llanuras de Salisbury: si entonces hubiera visto ya la luz aquella obra habria seguido su consejo. Sin embargo, sin faltar al respeto debido á semejante autoridad, puedo decir, que me sometí á un aprendizaje no menos útil haciéndome el compañero inseparable de los campesinos y de los operarios que vinieron á ser mis maestros. ¡Con cuánto gusto ofrecí á mi padre un pupitre, y una almohadilla á mi madre, producto de mis manos! Hice una cerradura para el armario en que guardaba Bolt la vagilla, y por último, y esta fué mi obra maestra, compuse el reloj de la Torrecilla que desde tiempo inmemorial se adelantaba dos horas: complacíame al pensar que á cada hora que sonase se acordarian de mí cuantos lo oyesen. Pero particularmente fijé mi atención en los ganados: el carnero que esquilé yo mismo, el cordero que salvé sacándolo del pantano, y las tres venerables ovejas á las cuales curé una misteriosa morriña que plagaba todos aquellos contornos... son célebres en tus crónicas, ¡oh, casa de los Caxtones!

Como el éxito de mis esperiencias dependia en gran parte de mis buenas relacio-

nes con mi futuro sócio, escribi al Sr. Trevanion rogándole que viniese aquel á visitarnos. El Sr. Trevanion accedió á mis deseos y fuimos sorprendidos con la visita de un jóven que tenia lo menos seis pies de talla, el cual dijo llamarse Jorge Bolding: llevaba una chaqueta de caza con un silbato pendiente de los botones, calzon corto y botines, y un chaleco muy historiado. Habia permanecido por espacio de diez y ocho meses en la universidad de Oxford, durante cuyo tiempo tuvo cuentas con todos los comerciantes de la ciudad.

Su padre se habia visto precisado á sacarle de la universidad, por haber perdido el primer curso, y cuando preguntaron al estudiante á qué carrera queria dedicarse, contestó con cierta vanidad: «Que se atrevia á guiar un carruaje.»

Desesperado el padre, que debia al Sr. Trevanion su beneficio eclesiástico, se dirigió al hombre de Estado para que le aconsejase en la materia, y su consejo me proporcionó un sócio en mi espatriacion.

El primer impulso que recibí al ver al estudiante de Oxford, fué de un senti-

miento repulsivo; pero estaba decidido yo á no mostrarme intratable. Mi temperamento me predisponia á llevarme bien con todo el mundo, don feliz sin el cual haria uno mal en buscar sus imágenes ni sus polos en Australia: me dediqué, pues, durante la primera semana á establecer entre nosotros innumerables puntos de contacto y llegamos á ser los mejores amigos del mundo: verdad es que si no hubiera sucedido así, habría sido mia la culpa. Bolding, á pesar de todas sus faltas podia considerar como uno de esos seres simpáticos que de nadie son enemigos mas que de si propios: era inagotable su buen humor, el cual no se extinguia nunca en medio de las privaciones y fatigas. «Vaya en gracia!» esclamaba en las ocasiones en que otro cualquiera hubiera renegado y maldecido. Si nos descarriábamos por entre los hornagueros, si nos sentiamos hambriento y llegabamos tres horas mas tarde, jadeando, muertos de hambre y de cansancio, frotábase Jorge las manos, aquellas manos que hubieran podido sujetar a untoro, riéndose «vaya en gracia!» esclamaba. Si nos metiamos en un pantano llenándonos de fango hasta la cintura, si nos

sorprendia un chubaseo, ó los potros salvajes que queríamos domar nos hacían perder los estribos: «Vaya en gracia!» era la única exclamación de Bolding. Esta expresión de su filosofía que era para él lo que el *schiboleth* para los hebreos, solo le abandonaba al ver un libro abierto. Creo que ni aun la admirable historia de don Quijote de la Mancha que tanto abunda en gracias, le hubiera hecho exclamar: «Vaya en gracia!» No carecía de sensibilidad aquel alegre temperamento: jamás se vió un corazón que con más fuerza latiese, pero parecíanse sus latidos á una especie de tarantela que le tenía en constante movimiento: merced á esta circunstancia, era Jorge uno de aquellos jóvenes que no descansan ni dejan descansar tranquilamente á los demás. Sin embargo, su defecto capital, en este mundo morigerado, consistía en su carácter derrochador. Bien podía V. llenar al salir el sol sus bolsillos con los tesoros de Crespo, que al tiempo de acostarse los había de encontrar tan desiertos como las áridas llanuras de Sahara: lo que hacía del dinero era un misterio, tanto para él como para los demás. Su padre me escribió confidencialmente,

diciéndome que le habia sorprendido persiguiendo á los gorriones, á los cuales, en vez de piedras, tiraba medias-coronas; claro es que un hombre semejante nada bueno podia hacer en Inglaterra. Sin embargo, cuéntase de muchos hombres grandes que no supieron guardar su dinero, sin que por esto fuesen á morir á un hospicio. Cuando otra cosa no tenia que dar, se quitaba Schiller la ropa de encima, y Goldsmith daba los cobertores de su cama: algunas manos caritativas procuraban vaciar los bolsillos de Beethoven antes de dejar salir á paseo. Héros que no tuvieron el mejor escrupulo en saquear los reinos, fue on tan pródigos, como los pobres músicos y poetas. Al hacer Alejandro la distribución de su botin se reservaba... «*La Esperanza*» y cuando Julio César echó su última media corona á los pájaros de las Galias, estaba empeñado en dos millones.

Alentado por estos ilustres ejemplos, no desesperaba yo de Bolding, tanto menos cuanto que teniendo la conciencia de su flaqueza se a venia gustoso con las medidas que dictaba yo como tesorero de su capital, y me suplicaba que no dejase en

poder suyo cantidad alguna, aunque encarecidamente se la pidiese. En efecto, habia logrado yo adquirir un gran ascendiente sobre aquel caracter abandonado, sencillo y generoso á la vez. Convecido de que para sacar partido de él era necesario recurrir á sus afecciones, tuve la maña de recordarte de vez en cuando los testimonios de bondad que habia recibido de su padre, haciéndole comprender que indirectamente era deudor á su hermanita de las sumas que habia disipado en la universidad, que constituian parte de su dote: no se necesitó mas para imponerle un deber, y para que comprendiese que debia ser económico.

Otros tres compañeros elegi para nuestra *Cleruchia*. El primero era hijo de nuestro viejo pastor, acababa de casarse y no tenia los obstáculos de la paternidad, siendo además buen pastor y muchacho muy inteligente y formal. El segundo era de un carácter enteramente diferente: corsario atrevido y de ojo certero, no habia propietario por aquellos contornos que no le temiese; hé aqui como travé relaciones con este corsario llamado Guillermo Paterston, y conocido vulgarmente por el

Rayo. En un bosquesillo que distaba una legua de la Torre, única fanega de tierra de las posesiones que pudiera llamarse *soto* por cortesía, había echado Bolt algunas parejas de faisanes para que criasen, pero todos fueron muertos y robados a pesar de vigilancia de Bolt y de dos hombres que permanecieron al acecho durante siete noches consecutivas. Tal era la insolencia del corsario, que á pesar de hallarse los centinelas á unos diez pasos del sitio que ocupaban los faisanes, oyeron la detonacion del arma de fuego, repetida á derecha é izquierda, acudieron y ya el corsario había huido con su presa. Esta afortunada audacia, denunció al rayo á los guardas que se hallaban demasiado al corriente de su dertreza y su valor: así, pues, á la sétima noche se negaron todos á proseguir en su inútil faccion, y hasta el pobre Bolt se metió en la cama víctima de un ataque de reumatismo, que un médico filósofo hubiera tratado mas bien como un acceso de rabia. Llenéme de indignacion al oír el relato de aquel atentado, y las anécdotas y hazañas del corsario invisible me enardecieron y escitaron en mí un interés novelesco: así, pues, me resolví á habérmelas

con él, y armándome de un buen garrote, me dirigí al soto la siguiente noche. Al internarme en el bosque me asomé al ver su espesura, y no podía explicarme como podía el corsario distinguir á sus víctimas: sonaron cinco tiros cayeron cinco faisanes muertos en mis barbas, sin que pudiese echarle el ojo en cima. Retiréme entonces hácia la entrada del soto, y oculto detrás de una espesura esperé impaciente la venida del día. Apenas empezaba á amanecer, veo salir de la escabrosidad al rayo con paso de lobo: dejéle marchar dando un rodeo para cortarle la retirada, y cuando le tuve cerca, de un salto me arrojé sobre él y le eché la mano en cima... pero se me descabulló con la misma sutileza, que se desliza, al quererla coger una anguila en el agua. En seguida echó a andar por el sendero del hornaguero con una ligereza que hubiera desafiado á cualquiera que no hubiera sido discípulo del Instituto fileleno, en donde, como tengo dicho, contábamos con una escuela de gimnasia clásica para egercitarnos en toda clase de pruebas. Pero aun cuando el Rayo se alejaba velozmente, no podía correr á causa de los toscos zapatos que llevaba,

enteramente claveteados, y no era fácil que se librara por mucho tiempo de un joven que con tanta frecuencia se había distinguido tirando á la barra y en otros juegos atléticos. Así que vió que le pisaba ya los talones, detúvose jadeando y volviéndose preséntome el cañon de su escopeta.

—No dé un paso mas, exclamó, le advierto que está cargada.

—Buen provecho, le respondí: aunque es V. un osado corsario no creo que se atreva á dispararla contra uno de sus semejantes: venga acá esa escopeta.

Y acompañando la acción á la palabra, levanté con el palo el arma que no se atrevió á disparar y emprendimos una lucha cuerpo á cuerpo: pero ni se rendia ni queria dejarse desarmar, cuando héte aqui que se marcha el tiro. ¡Dios de las misericordias! exclamó el hombre temblando: si le habrá herido!

—No, buen mozo, no me ha herido, le dije; y ahora dejemos el palo y la escopeta y luchemos como diestros pugiladores, ó sentémonos y departamos como buenos amigos.

Guillermo Paterson se rascó la cabeza riéndose.

—Por vida mia, me dijo sentándose y dejando á un lado la escopeta, que es V. un muchacho de provecho.

Nos pusimos á hablar en efecto, y conseguí de Parterson la promesa de que en lo sucesivo respetaria nuestros faisanes, y tan amigos nos hicimos que me acompañó hasta mi casa despues de haberme ofrecido, no sin ruborizarse, las cinco piezas que acaba de matar. Desde aquel dia siempre buscaba yo á mi corsario: podria tener este unos veinte y cuatro años, y se habia dedicado á aquella por holgazanaria, ó porque se habia llegado á figurar que la caza era de derecho natural. Bien pronto conocí que era apto para alguna cosa mas, que para esponerse á pasar en la cárcel la mitad del año y terminar su carrera en el patibulo despues de haber muerto á algun infeliz guarda: tal era probablemente su destino en este antiguo mundo, y procuré imbuir en él sentimientos mas rectos y el vivo deseo de ir á visitar el nuevo. El Rayo cooperó á mi emigracion.

Era mi tercer compañero un jóven que no podia ofrecernos el ausilio de una grande fuerza fisica, pero de mas talento, en cambio, que todos los demás juntos, aun-

que por otra parte no hubiera sabido emplearlo. Un honrado matrimonio del pueblo tenía un hijo el cual por raquítico y encenque, comparado con los mozos de Cumberland, se vió excluido de la clase agrícola, y niño aun, se marchó á una ciudad manufacturera; á los treinta años, enfermó aquel artesano y se vió en la precision de dejar su trabajo y volver á su pais para reparar su quebrantada salud. A poco de haber llegado difundieronse por el pueblo las doctrinas mas perniciosas, por él propagadas, contagiando con ellas á algunos de nuestros campesinos y llenando á otros de indignacion y de ira: no se habia visto un demócrata mas furibundo. El pobre enfermo estaba en realidad muy malo y su familia muy pobre; pero sus malaventuradas peroraciones secaron todos los manantiales de la caridad que circulaban comunmente por aquellas humildes chozas. Nuestro cura (persona muy apreciable pero que pertenecia al antiguo rémin) huia de su casa como el diablo de la cruz: el boticario decia: que Enrique Square necesitaba vino añejo, pero no se lo envió. Los arrendadores lo detestaban porque incitaba á los jornaleros para que se revelasen para que

se les aumentase un shelin semanal. A no haber existido allí la vieja Torre, no hubiera tardado Enrique Square en encontrar su camino para la última república en la cual podia obtener la fraternidad democrática por que tanto suspiraba, pues á mi entender, es el campo santo de la verdadera república que realiza aquella igualdad social antipática al principio de vida.

Mi tio fué á visitar á Enrique Square, y volvió encendido como la grana, por haberle aquel dirigido un largo discurso sobre la impiedad de la guerra! «Segud eso, habia exclamado el capitan, no empuñaríais las armas en defensa de vuestro rey y de vuestra pátria?» A lo cual respondió el democrata con una especie de declamacion sobre los reyes en general, que no se hubiera atrevido mi tio á repetirla temeroso de que la vieja Torre se hundiese aplastándole debajo de sus ruinas. Con respectos á los países, sostenia Square, que nunca serian mas felices que cuando sus ejércitos fuesen aniquilados: al oír el relato de estas máximas sacrílegas y disolventes, lanzó mi padre su ordinaria exclamacion: ¡Papæ! Saliendo despues de su apatia filosófica, fue tambien á visitar á Enrique Square, pero mi padre

volvió tan pálido como colorado había vuelto mi tío: «Desconsolador es el pensar, dijo tristemente, que en la población de donde viene este hombre, existan, según me aseguran, otras diez mil hechuras de Dios, que declaman también contra las leyes de la civilización.»

Pero ni mi padre ni mi tío opusieron el menor obstáculo al ver que emprendida mi madre el camino de la escomulgada choza, con una cesta provista de tortas y algunas botellas de vino. Al mismo tiempo llevaba oculta debajo de sus provisiones una pequeña Biblia lindamente encuadernada; pero su visita fué tan mal recibida como las anteriores, y Enrique Square se negó á recibir la cesta. «No admito limosnas, le dijo no quiere.» Mi madre le respondió con dulzura que si quería dar una ojeada á la Biblia, vería allí que la caridad era una ley divina, y no humillaba al que deba ni al que recibía. Es de advertir que Enrique Square se había propuesto demostrar que, según la Biblia, tenía tanto derecho á la propiedad de mi madre, ó á la de cualquiera otro propietario, como mi madre misma—que debían ser comunes los bienes,—y que una vez establecida la mancomunidad, de nada

servia la caridad, porque la tierra pertenecería al pueblo. Era indudable que con semejante doctrina no podría Enrique Square comer sus tortas ni beber su vino, mientras retuviese injustamente mi tío tantas fanegas de tierra incultas que pertenecían á Enrique Square, y á todos los que supieran hacerlas producir. Habiendo sido rechazada también mi madre, á mi me tocaba ir á ver á aquel republicano montaráz, y fui en efecto una y otra vez. Empezamos por discutir, y de discusion en discusion venimos á parar en simpotizar mutuamente, porque el pobre Enrique Square no era tan perverso como sus doctrinas: sus errores nacían de la compasion que le habian inspirado los padecimientos de que habia sido testigo entre la miseria que acompaña al reinado de los usinócratas. Tenia buena fé, y para juzgar mejor de las cosas solo le faltaba el conocerlas mejor, por ser su pasion de un carácter honrado é imperfectamente ilustrado. Convencíle poco á poco de que las tortas y el buen vino le sentarian muy bien mientras se realizaba la utópia que debia devolver la tierra al pueblo, su verdadero dueño. Entonces fué mi madre á visitarle de nuevo, dulcificó su dolorido co-

razon derramando sobre él, como un rocío bienhechor, el primer sentimiento de la gratitud. Le dejé algunos libros, entre ellos los que trataban de la Australia, y llamó particularmente su atención el siguiente pasaje que contenia uno de ellos. «Un hábil artesano, decia, prospera mucho mas en la colonia que un pastor, mucho mas que un bracero del campo.» Enrique Square sintió que le llamaba su ambicion por aquel saludable camino, y apenas se hubo restablecido, suplicómé que le permitiese acompañarle.

Como probablemente no volveré á hacer mencion de Enrique Square, debo decir que vino conmigo á la Australia, en donde le fué muy bien, primero como pastor, y despues cuando hubo hecho algunas economías, como propietario. A pesar de sus opiiones sobre la impiedad de las guerras, no por ellas dejó de ser dueño y señor de una cómoda cabaña y de una posesion que defendió con valor inaudito contra un ataque de las tribus aborigeno: cuyos derechos al suelo eran por lo menos tan legítimos como el que alegaba Enrique Square á las tierras de mi tio en Cumberland. Andando el tiempo estendió sin escrúpulo sus

dominios y aumentó sus ganados, suceso que celebró dando á luz en Sidney un folleto sobre la *santidad de los derechos de propiedad*. Por último, al dejar yo la colonia, pronunció Enrique Square un discurso, en público, indignado contra dos dependientes que le habian faltado al respeto, sobre los deberes de los inferiores hácia sus superiores. Qué no hubiera hecho el antiguo mundo por un hombre semejante!



CAPITULO V.

No me habia dado yo mucha prisa en hacer definitivamente los preparivos del viaje, porque prescindiendo del deseo que sentia de ponerme al corriente en los oficios mecánicos que tan útiles podian serme en un pais en donde necesita el hombre, las mas veces, bastarse á sí mismo, pensaba naturalmente acostumbrar poco á poco á mi familia á nuestra separacion, procurándola todos los goces y pasatiempos, como compensacion de mi ausencia, que mi fecunda imaginacion y mi amor filial podian seguirme. En primer lugar, hablé al capitán, tanto por su bienestar como por el de mi ma-

dre y el de Blanca, acerca de la proposicion hecha por mi madre y rechazada por él mismo, de reunir en un fondo comun todas las rentas, sin tener en cuenta para nada quien traia la mayor parte. Hice ver a mi tio que hasta imponer este sacrificio á su orgullo, carecia mi madre de muchos objetos útiles, de aquellos ténues placeres que tanto halagan á la mujer: que seria imposible tener relaciones con los vecinos, y por consiguiente que se le harian largos y enojosos los dias, y que por recurso los pasaria pensando en su ausente hijo. Viendo que permanecia aferrado á su falso orgullo, dijele con franqueza, que yo seria el primero en aconsejar á mi padre que se marchase de la Torre. Estas demostraciones produjeron su efecto, el capitan cedió al cabo, y la hospitalidad volvió á abrir las puertas del antiguo castillo á las señoras de la vecindad, que se agruparon en torno de mi madre: vienieron tambien algunos niños juguetones y vivarachos á distraer á Blanca, y el mismo capitan se mostró mas tratable y complaciente con las personas que frecuentaban la casa. Faltábame inducir á mi padre á que terminase su grande obra:—Padre mio, le dije, proporcionad un estímulo

á mi propio trabajo, una futura recompensa á mi industria, á fin de que, absteniéndome de hacer gastos inútiles, y de invertir el dinero en frívolos pasatiempos, pueda creer que economizo para imprimir vuestra obra: así libraré al hijo del error la memoria del padre. ¡Ah padre mio! no olvidéis que el señor Trevanion me había ofrecido prestarme las mil quinientas libras, necesarias para establecerme: «No, no, no debes empezar contrayendo deudas:» conociendo que tenéis razón cedí á la generosidad paternal. — Cedí, porque conozco también, que mi dignidad de hombre se resentía en cierto modo, aceptando un favor semejante de padre de miss Trevanion. De vos solo he recibido, pues, aquella enorme suma... que por sí sola bastaba para establecer definitivamente en el mundo á vuestro querido hijo, al libro que hará vuestra gloria y á quien considero como á un hermano. Quiero, pues, pagar á mi hermano esta deuda, ó de lo contrario no tomo el dinero. Me considero como el depositario de un capital que pertenece á la Grande Obra: ofrecéme que aquella estará terminada cuando vuestro errante hijo vuelva á daros cuentas.

—Déjate de tonterías: dijo mi padre limpiando una y otra vez los empañados vidrios de sus anteojos; pero no le dejé en paz hasta que me prometió que la Grande obra marcharía á pasos agigantados; exigi de él que le dedicase sus ratos de ocio, y no estuve satisfecho hasta ver funcionar el resorte de aquella apacible y solitaria vida.

El acto mas importante de mi diplomacia fué la adquisicion de clientela de un cirujano farmacéutico de la vecindad, en favor de D. Bernardo con condiciones que le parecieron satisfactorias, con tanto mayor motivo, cuanto que el pobre hombre estaba inconsolable por la pérdida de sus clientes favoritos; aunque, bien lo sabe Dios, no añadíamos gran cosa á sus obven- ciones anuales. Con respecto á mi padre, no habia en el mundo hombre que le distrajese tanto como don Bernardo, ni tampoco otro á quien mas hiciese rabiar acusándole de materialista, y lanzándole á manera de proyectiles todos los argumentos de los filósofos espiritualistas desde Platon y Zenon, hasta Reid y Abraham Tucker.

Solo he indicado someramente los sucesos ocurridos desde nuestro establecimien-

to en la Torre, durante el trascurso de un año, que se deslizó antes que estuviesen aquellos terminados y fijada la época de mi partida.

Durante aquel intervalo, y á pesar de la escasez de periódicos que experimentábamos en nuestra residencia, no dejamos de saber el cambio ocurrido en el ministerio, y la entrada del señor Trevanion en uno de sus mas importantes departamentos. Aunque no le habia escrito desde la venida de Jorge Bolding, lo hice entonces con el objeto de felicitarle; pero su contestacion fué tan lacónica como convenia al hombre abrumado de negocios.

Tres meses antes de emprender mi viaje, recibí una noticia, por conducto del apoderado del Sr. Trevanion, que me afectó sobre manera. El delicado estado de salud de lord Castleton habia retrasado la celebracion de su matrimonio con miss Fanny, que debia verificarse tan pronto como saliese aquel de menor edad. Se habia despedido de la universidad con todos los honores académicos, y su temperamento daba muestras de robustecerse a pesar de la asiduidad de sus estudios, pero de resultas de un ardiente discurso que pronunció en el pri-

mer meeting de provincia á que asistió, en el cual hizo un esfuerzo de oratoria, que podia justificar muy bien las esperanzas de su partido, contrajo un violento reumatismo con calenturas. Sobrevinó despues una inflamacion á los pulmones, y tuve un término fatal. Este suceso me proporcionó materia para tristes reflexiones. Qué contraste! Tenia yo incesantemente ante los ojos por una parte aquella muerte casi repentina, por otra todas las esperanzas de una juventud en flor, la felicidad del heredero de una colosal fortuna, del representante de una poderosa familia, de aquel que podia leer el horóscopo de sus grandezas en dos hermosos ojos azules, en los ojos de Fanny. ¡Ya todo para él habia acabado, y solo necesitaba una sepultura! La impresion que hace en nosotros la muerte es mucho mas profunda cuando corta el hilo de una vida mimada por la fortuna. De dónde nace, pues, la curiosa simpatía que experimentamos hácia los que vemos desaparecer de este mundo, despues de haber disfrutado en él de todas clases de honores y riquezas? Si la célebre entrevista de Diógenes con Alejandro, hubiera tenido efecto despues y no antes de los triunfos que dieron á Ale-

jandro el sobre nombre de Grande, quizás el Cínico no hubiera enviado al héroe sus placeres ni sus esplendores, las gracias de Státira, ni la Tiara de la Meda; pero si hubiera resonado al siguiente dia el grito: «¡Alejandro el Grande ha muerto!» no tengo la menor duda de que Diógenes se hubiera encogido en su tonel pensando que con aquel glorioso conquistador habia visto desaparecer la tierra alguna cosa mas que la sombra que ya nunca oscureceria el sol. Existe en la naturaleza del hombre, cualquiera que sea su condicion, un resorte secreto que le hace ambicionar los dones de la naturaleza ó de la fortuna, de que se ve privado, resorte que empieza a revelarse ya en la vanidad de los sueños de la infancia.

CAPITULO VI

=Por qué estás aquí tan solo, primo mio? qué soledad tan fría ofrecen estos sepulcros!

=Siéntate á mi lado, prima mia, no están mas frías las losas del cementerio que el césped del pueblo.

Sentóse Blanca y reclinó en mi hombro su mejilla, permaneciendo durante algun tiempo silenciosos. Era una hermosa tardécita de primavera: el cielo estaba sereno,

y los últimos rayos del sol imprimían aun su color sonrosado á las fantásticas nubes que se agrupaban en el horizonte: de su fondo destacábanse los perfiles de los gigantescos álamos, sin hoja aun, plantados entre el cementerio y la colina, en cuya cima se veían unas ruinas. Pero poco á poco descendían las sombras mas espesas, los contornos de los árboles se presentaban mas confusos á nuestra vista, y el follaje cuyas ojas sacudia de vez en cuando el revoloteo de algun zarzal, iba perdiendo su verdor. Hállanse impregnadas las primeras noches de la primavera de una cierta melancolia, que entre todas las influencias de la naturaleza, es la mas universalmente reconocida, y la mas difícil de definir. La vida vegetal no se anuncia aun al mundo en el capullo ni en la flor—se presiente en la suavidad y en la dulzura del ambiente que se respira, en la lentitud con que se retira el astro del dia, en la frescura mas delicada y casi balsámica del crepúsculo, en los vibrantes acentos de los pájaros que se refugian en sus nidos, en una inquieta sensacion interior que reanima nuestras fuerzas infundiendo vigor y lozanía en el paisaje; por último, en un conjunto de

mudos mensajeros que envia la naturaleza al corazon del hombre. A que viene, pues, esta melancolia? Como interpretan nuestra razon ó nuestros pensamientos esta misteriosa trasformacion? No son el pensamiento ni el discurso los que analizan, es el sentimiento el que oye y medita. No examines, ¡oh, hijo del hombre! esta melancolia indefinible con lógica severa, ni la sometas á la fórmula de los problemas de escuela; goza de ella sin meterte á describir el círculo encantado de dos mundos, del mundo de la vida y del mundo de la muerte. Déjate mecer por esa secreta armonia de la naturaleza y sigue con los dos ojos del alma las imágenes que pueden aparecérsete en sueños.

Blanca. (al oído) ¿quiere decirme en que piensas?

Pisistrato. En nada pienso, Blanca ó si algun pensamiento me ocupaba, así que quise apoderarme de él, se me escapó.

Blanca. (después de un momento de vacilacion) Ya sé lo que quieres darme á entender; frecuentemente me sucede á mi lo mismo... sí, con mucha frecuencia, cuando estoy sola y callada. Esto se parece mucho á la historia que noches pasadas

nos contó la señora Gervasia, de una mujer de su pueblo que al través de un globo de cristal, como el puño, veía los objetos y las personas del tamaño natural... y sin embargo, todo aquello se hallaba contenido dentro del globo. Desde que oí esta historia, cuando me pregunta mi tía en que pienso, de buena gana le respondería: No pienso en nada, estoy viendo cuadros en el globo de cristal.

Pisistrato. Cuéntaselo á mi padre. Blanca; eso le gustará mucho, porque encierra mas filosofía de lo que puedes imaginarte. Segun la opinion de hombres sabios, el universo entero con sus pompas, su orgullo y sus trasformaciones, no se reduce á otra cosa que á una fantasmagoría, á una vista óptica.

Blanca. Ya te veré primo mio, sentado aqui conmigo, con aquel lucero que acaba de brillar allá arriba... Ya lo veré todo en mi cristal cuando te hayas marchado... primo mio!

Existia un sentimiento tan tranquilo y tan profundo en la ternura de aquella pobre huérfana, que no le impresionaba á uno superficialmente como el cariño pasagero de un niño que tal vez al volver las es-

paldas lo reemplace por el primer juguete que encuentre á mano. Di á mi primita un beso en la frente y la dije: «Tambien tengo yo, Blanca, mi cristal, y si al consultarle te veo triste, solitaria y enojosa, me incomodaré mucho contra tí; porque has de saber, Blanca, que todo eso no pasa de ser egoismo. No nos crió Dios para que nos entretuviésemos mirando las figuras de un cristal, ni para que nos abandonásemos á locas cavilaciones, ni para que nos entristeciésemos alimentando inútiles pesares, sino para vivir desplegando toda la actividad y derramando en derredor nuestra propia felicidad. Pero escúchame, Blanca, voy á hacerte una recomendacion muy formal: quiero que ocupes en casa el vacio que voy á dejar. A tí te tocará en lo sucesivo cuidar de los seres queridos que voy á dejar, deslizándote á su encuentro con paso ligero y risueño semblante como el ángel de la alegría—consolando, bien sea á tu padre cuando le veas cruzar sus brazos y anublarse su frente, bien al mio cuando cayéndole el libro de la mano le veas ir y venir por la casa con aire inquieto, hablando consigo mismo; tan solícita para con mi padre como lo has sido

hasta ahora para el tuyo, debes coger con tus manecitas la suya y conducirle a su gabinete diciéndoles:—«¿Qué hará Sisty si su hermanito, la *grande obra*, no está concluida para cuando vuelva? ¿Y mi pobre madre, Blanca?... Ah! ¿cómo decirte lo que debes hacer para consolarla? Creo que lo mejor para conseguirlo será que te insinúes en su corazón y seas para ella una hija. Para llenar este triple papel, no debes contentarte con ver figuras detras del cristal... me comprendes?

—Oh! si, dijo Blanca levantando sus ojos bañados de lágrimas y cruzando resueltamente los brazos con su padre.

—Ya ves, proseguí, querida Blanca mia, como mientras permeneamos sentados los dos en este tranquilo cementerio, alentandonos mutuamente para no faltar a ninguno de los deberes y de los cuidados de la vida, ya ves como allá arriba se suceden una a otra las estrellas para sonreirnos.. astros gloriosos, no lo dudes que ejercen tambien sus funciones. Cuanto mas rebotan de vida y movimiento las cosas, mas se acercan á Dios: fuerza es, pues, que el alma humana se lance hácia el por medio de su incesante actividad: es preciso que

de este modo se liberte de todas las penas que pudieran absorberla. El césped crece hasta en las losas sepulcrales—vegetacion no tan verde ni tan activa, querida Blanca, como la esperanza y el consuelo, en medio de las tristezas de nuestro mortal destino.



DECIMACUARTA PARTE.

CAPITULO I.

Existe en el poema del Dante un pasage bello y original que tal vez no haya llamado la atencion tanto como lo merece, y es aquel en que el austero Florentino defiende á la Fortuna de los ataques que le dirige el vulgo. Es ella, en sentir del poeta, un poder angelical destinado por el Supremo Hacedor á dirigir y ordenar el curso de las grandezas humanas, cumpliendo por consiguiente la voluntad del

Todopoderoso. Los anatemas de los blasfemos no llegan hasta ella:—influencia santa, tranquila y feliz entre los demas seres angelicales, recorre el benéfico curso de su esfera y goza de su bienaventuranza.

Este pensamiento es enteramente distinto de la idea que espresó Aristófanes, aquel intérprete de los instintos populares por medio de su feroz Pluton. Esta deidad esplicaba la pérdida de su vista, diciendo que hizo voto indiscretamente, durante su niñez, de no visitar mas que á los buenos; y tanta envidia tuvo Júpiter de aquellos, que privó de la vista al pobre dios del dinero: preguntóle entonces Cremilo si en el caso de que volviese á ver frecuentaria la compañía de los buenos.—Indadablemente, le respondió Pluton, porque nunca he permanecido tanto tiempo sin verlos.—Ni yo tampoco, repuso Cremilo con viveza, y eso que tengo muy buena vista.

Pero la misantrópica respuesta de Cremilo á nada conduce en este caso mas que á distraernos de la cuestion que ahora ventilamos. ¿Es la Fortuna un ángel celestial, ó una ciega deidad pagana? Por

mi parte soy de la opinion de Dante, y la apoyaria con muy buenas razones, si lo adelantadas que se hallan ya esas Memorias me permitiese hacer una digresion que llenase diez ó doce páginas... Una aduciré sin embargo. Bien sea la Fortuna un dios como el Pluton de Aristófanes, ó bien un ser divinizado como el ángel de Dante— de nada sirve el demostrarla; tanto valdria apedrear á un planeta; si examinais atentamente su influjo os convencereis de que dispensa al hombre una probabilidad, por lo menos durante su vida. Si la acepta y sabe aprovecharse de ella, repite sus visitas, de lo contrario, le vuelve las espaldas.... *itur ad astra!* Esto me recuerda un caso que cuenta Mariana en su Historia de España: «El ejército español se veía en grande aprieto sin poder salir de un profundo barranco situado entre las montañas de Losa, cuando se presenta un pastor y le enseña la única senda por donde podia salir del paso. Algunos, añade Mariana entre parentesis, tuvieron al pastor por un ángel, no se le volvió á ver.» Es decir que la naturaleza angelical del guia, quedó demostrada por medio de su única aparicion y por haber

desaparecido así que hubo sacado de su aprieto al ejército español, dejando á su discrecion el que, segun tuviese por conveniente, huyese ó pelease despues. Hé ahí en ese ángel ó pastor un emblema fiel de lo que es para mí la Fortuna: la aparicion me indica el camino entre los despeñaderos del barranco; y despues me deja en el campo de batalla... «Adios, amigo, buen ánimo!»

Héme ya en Lóndres con el tío Rolando. Mis pobres padres hubieran querido naturalmente acompañar á su aventurero hijo y darle el último abrazo á bordo del buque, pero sabia yo demasiado bien que nuestra despedida seria para ellos menos penosa en el hogar doméstico, y que se acostumbrarian mejor á nuestra separacion, pudiéndose decir el uno al otro: Está con Rolando... aun no se habrá embarcado.» Insistí, pues, en que no se moviese de casa, y solo permití que me acompañase mi tío, el cual podia ser para mí de suma utilidad en la eleccion de los artículos de que tenia que abastecerme para el viaje. Jorge Bolding, que habia ido á despedirse de su padre, así como los demas compañeros de Cum-

berland, debian incorporarse conmigo en Londres.

Hallándonos mi tío y yo enteramente de acuerdo acerca de la cuestión económica, fuimos á parar á un hotel de la Cité, en donde hice conocimiento con una parte de mis lectores, y que muy pocos se vanagloriarán de conocer. No aludo á las calles, callejuelas ó pasajes: me refiero á lo que se encuentran mas bien al occidente que al oriente, pero que puede verse allí— en una palabra, á los tejados de las casas.



CAPITULO II.

QUE TRATA DE LOS TEJADOS.

Los tejados! que impresion tan tranqui-
la produce en el alma la perspectiva que
presenta un tejado! pero se requieren mu-
chas circunstancias para elegir el punto
de vista óptico. En primer lugar, es nece-
sario que vuestro tejado domine á los de
la vecindad y que esté situado á la par-
te mas trasera que sea posible: en segun-
do lugar, que el de la casa de enfrente
domine á su vez á los mas inmediatos: en
tercer lugar, no debe tener la ventana

sesgada y sí perpendicular, pero de forma que apenas permita distinguir desde arriba el pavimento y las aceras, porque si llegais á ver el mundo inferior, desaparecen todas las ilusiones del mundo superior. Una vez que conteis con todos estos requisitos, abrid vuestra ventana, colocad convenientemente los codos sobre la barandilla apoyando vuestra barba en las manos y completad la admirable escena que se descubre á vuestra vista. Difícilmente os hubierais convencido de que allá arriba se disfrutaba de una vida tan tranquila, mientras es abajo tan bulliciosa. ¡Qué tranquilidad tan encantadora! Eliot Warbuton recomienda con su seductor estilo á quien tenga necesidad de adormecer su agitada alma, que baje embarcado por la corriente del Nilo: mucho más fácil y menos costoso es el alquilar un tejado en el barrio de Holborn; no tendreis allí cocodrilos pero encontrareis animales no menos sagrados en Egipto, los gatos! ¡Con cuanta armonia se asocian al cuadro aquellos tranquilos cuadrúpedos—cuán silenciosamente se deslizan por la lejana perspectiva,—cómo se paran, euderezan la oreja y desaparecen! La ventana de un

tejado es el único punto desde donde puede uno apreciar la naturaleza pintoresca de nuestro tigre doméstico! para ver á las gamuzas la cima de los Alpes, para ver al gato los tejados de las casas.

Poco á poco se va apoderando la vista de todos los detalles de aquel espectáculo: lo primero que os hiere la imaginacion es la caprichosa variedad de las alturas y de las formas de los cañones de las chimeneas: algunos se hallan alineados con una respetable uniformidad pero sin interés, los otros violan todas las proporciones y os desafian á que adivineis la causa de aquella elevacion ambiciosa. La razon responde que es un medio para dar mas libre salida al humo; y luego acude la imaginacion y os enumera todas las molestias que el humo y el hollin causaban á los propietarios de aquella chimenea, la mas elevada de todas en el dia, antes que sele hubiese dado aquella desmedida altura. Veis por una parte la desesperacion de la cocinera cuando caia el hollin de la chimenea convertido en polvo sobre el asado: por otra ois las exclamaciones de la señora (recien casada tal vez y que acaba de comprar el menage nuevo) al ver en el es-

pejo su gorra blanca salpicada de motas negras. Ya os indignais al oír la voz brutal del marido que va por la casa de aquí para allá y esclama: «¡Dónde demonios me meteré para que no me ahogue el humo— me voy á comer al club!»

Todas estas cosas podían suceder cuando la chimenea se elevaba solo algunos pies sobre el tejado, pero quizás en el día aquella familia durante tanto tiempo mortificada, es la mas feliz de la calle. ¡Cuántas invenciones para echarse de encima el odioso humo. Las mas veces no basta el levantar la chimenea, pues hay personas que la eubren y encapuzan de una manera muy original. Ya son máquinas de nueva invencion que cual veletas giran á todos los vientos y en todas direcciones; ya son cañones horizontales é inmóviles tan inmutables como si hubiesen sido plantados allí por medio de un *siv jubeo*. Pero de cuantas casas se descubren con la vista no hay quizás una entre ciento cuya chimenea no haya dado malos ratos á sus habitantes. De esta reflexion se reduce filosóficamente que lo mismo el que habita en una choza, que el que vive en un palacio, lo primero que debe hacer es po-

nerse en guardia contra las invasiones del humo.

Nuevos objetos reclaman nuestra atención. Qué efecto tan original producen las infinitas ondulaciones de los innumerables tejados que aquí se elevan, mas allá bajan, y un poco mas lejos se reclinan! Con qué magestuoso desden se levanta la cima culminante del tejado de vuestra derecha!... debe ser sin duda un palacio de los génius, ó mas bien un palacio del Gin (1), porque en Lóndres trabajan los génius de Aladino, y conspiran contra el pobre en aquellos terribles almacenes! Al ver tan solo el techo de aquel palacio que parece querer remontarse hasta las nubes, os entregais á una meditacion tranquila y serena: tal vez brilla una estrella sobre él y os recuerda una dulce mirada: ah! si levantáseis aquella cubierta... pero no, fantasmas de la embriaguéz y del delirio, huid de nuestro tejado. A que casa pertenece aquel otro mas humilde que pacientemente se inclina hacia un patio estrecho que se parece mas bien á una caverna ó á un precipicio? No vemos

(1) Aguardiente ó gengibre.

mas que su pintoresco remate, pero si que penetrase por la puerta de la calle tendria que taparse las narices, apartar los ojos y echar mano á sus bolsillos: es la sombría y asquerosa mansion de un *Lazzaroni* de Londres. Ahora volved la vista á esa otra casa sin tejado: no veis que aspecto tan sublime de desolacion ofrece? El último incendio la devoró casi toda: he allí el papel blanco y verde que aun cubre sus paredes: aquel hueco contenia un armario: el negro surco que se percibe conducia á la cocina. Aquellos maderos carbonizados y las ahumadas paredes parecen venirse abajo á cada instante, y los transeuntes que se ven precisados á pasar por sus inmediaciones, no se atreven á respirar temerosos de que su aliento precipite el fatal hundimiento; pero visto desde arriba aquel esqueleto de casa, os conmueve é inspira. Volveis á amueblar en la mente las desiertas habitaciones, conducis allí á sus moradores, oís las últimas *buenas noches* dadas en aquella Pompella en miniatura... seguís de puntillas á la madre que va á dar un beso en la frente del recién nacido que duerme en la cuna. Dan las doce de la noche y todo es ya oscuridad y silencio. De improviso exala la ser-

piente del fuego su primer silvido, enderézase, echa chispas por los ojos, lanza fuera su rogiza lengua, y descubre sus anillos abrasadores! Qué horror tan sublime! Interrúmpese el sueño: cada cual se despierta y cree estar soñando aun; despues se dirige cada uno de aqui para allá... Ved á la tierna madre que se arroja la primera sobre le cuna de su hijo: gritan en la ventana y se viene la puerta abajo á fuerza de repetidos golpes: todos pugnan por subir los primeros por las escaleras, pero ya el humo se eleva á torbellinos; un humo infernal que ciega á los desgraciados y los ahoga: ya sienten vacilar el piso debajo de sus pies como un buque en alta mar. Qué horrorosa desolacion!... Prestad oido; ya suenan en la calle las ruedas de las bombas; la máquina vuela. Venga una escalera de mano: aqui! allá! subid por aquella ventana en la que la desgraciada madre os alarga á su hijo: las bombas vomitan agua, el incendio se enardece y responde á su enemigo con torrentes de fuego. La escalera! la escalera! á la ventana! allí!... Todos los demas se han salvado: el apoderado con sus registros, el abogado con sus legajos, el propietario con sus pólizas, el avaro con su oro y sus bille-

tes de banco—todos, todos se han salvado, excepto el niño de pechos y su madre! Como se apiña la muchedumbre en la calle! Un rojizo resplandor alumbrá a los curiosos allí agrupados, presa todos ellos del mismo terror, reproduciendo un semblante la pavora de los demas semblantes. Pero no hay un hombre que suba por aquella escalera!.. Si, allí se abre uno paso. Hombre animoso! Dios te inspira y él te ayudará. Valor! Cuán distintamente le veo! Cierra los ojos y aprieta los dientes: la serpiente lanza contra él su lengua feroz, y parece querer ahogarle con su aliento abrasador; la muchedumbre retrocede como una oleada del mar huyendo de aquel torrente de humo... Ah! qué figuras son aquellas que apenas se distinguen en la escalera? Qué crugido es aquel! el techo se hunde y caen las tejas... piedad, Dios mio!—pero no, resuena un grito de alegría, un grito de «gracias al cielo!» la madre y el niño se encuentran ya en la calle, y las mujeres se abren paso penosamente por entre los hombres para prestar socorro á entrambos.—Todo se acabó, todo ha desaparecido ya, excepto aquel ruinoso y negruzco esqueleto. Es preciso verlo desde arriba. Artistas, estudiad vuestro arte desde la ventana de un tejado!

CAPITULO III.

Otra vez Salieron fallidas mis esperanzas de ver al Sr. Trevanion: era tiempo de las vacaciones de pascua y habiase marchado al norte de Inglaterra á pasarlas en compañía de uno de sus cólegas.

Pero lady Leonor permanecia en Lóndres y me recibió, dispensándome una cordial acogida, aunque se traslucia en ella una tristeza suma.

Despues de dirigirme amables preguntas acerca de mi padre, de mi madre y de mi tio, mostró el mayor interés por mis pro-

yectos, los cuales me dijo le había confiado el Sr. Trevanion. A pesar del resentimiento que aparentó aquel por haber yo rehusado su ofrecido préstamo, llevó su bondad hasta ahorrarnos á mi asociado y á mi los pasos que hubiéramos tenido que dar para obtener la concesion de tierras. Todos nuestros títulos se hallaban ya en regla, y estaban acompañados de instrucciones acerca de la eleccion del sitio y del terreno: no pasó mucho tiempo antes que reconociésemos que aquellas notas habían sido dictadas por una esperiencia práctica. Al entregarme lady Leonor estos papeles con los comentarios marginales del señor Trevanion, añadió suspirando: «Alberto me encargó decir á V., que quisiera estar tan seguro de su buen éxito en el ministerio, como del vuestro en Australia!» Entonces habló de la elevacion de su esposo y de las probabilidades que ofrecia su porvenir, y observé que se demudaba su semblante: brillaron sus ojos, y sus mejillas tomaron el color del carmin:—Pero V. se cuenta en el corto número de los que le conocen, dijo interrumpiéndose súbitamente; V. sabe que nada tiene su carácter de egoista, y que todo lo sacrifica á su país... la felidad, distracciones, sa-

salud... y á pesar de esto, cuantas envidias... cuantos obstáculos... (fijáronse sus ojos en el vestido que llevaba, de luto, aunque no riguroso). Si, prosiguió, el cielo le ha privado del hombre con quien hubiera podido dignamente emparentar.

Asociéñse al disgusto que experimentaba áquella mujer, aunque me parecia nacido mas bien que de pena de orgullo. Quizás el mayor mérito que á sus ojos habia tenido lord Clasteton, consi-tiese el apoyo que prestaba al crédito de su marido y á su propia ambicion. Yo bajé silenciosamente la cabeza pensando en Fanny. Si deplorará ella tambien, me pregunté á mi mismo, mas bien que la perdida del esposo prometido, la de la clase á que la elevaba?

Por último despues de alguna vacilacion dije á lady Leonor.

==No sé, señora, hasta que punto me será permitido tomar parte en vuestro disgusto; sin embargo, debeis creer que pocos sucesos me han afectado tanto como la muerte á que os refereis. Confío en que esta desgracia no habrá alterado notablemente la Salud de miss Trevanion. Me sera permitido el verla antes de dejar la Inglaterra?

Lady Leonor fijó en mi sus brillantes ojos y tal vez aquella mirada la dejó satisfecha, porque me alargó la mano con una franqueza casi tierna al responderme:

—Si tuviese yo un hijo, el deseo mas grato para mi corazon hubiera sido el daros á mi hija por esposa.

Al oír esto, me estremecí, y se me coloreó la frente, despues me puse pálido como la muerte. Entonces fijé la vista en Lady Leonor, pero con aire de reconvenccion, y la palabra *cruel* espiró en mis labios.

—Si, prosiguió Lady Leonor melancólicamente, ese fué mi pensamiento sincero, el impulso de mi corazon al veros por primera vez, pero permitidme el que os cite, y no achaqueis á dureza por parte mia ni á demasiada ambicion si lo traigo á colacion, el antiguo proverbio francés: *noblesse oblige!* Escuchadme, amigo mio... podemos no volvernos á ver, y no quisiera que el hijo de vuestro padre formase de mi una idea demasiado mala, cualesquiera que sean mis defectos. Desde niña fui ambiciosa..... no como lo son las mujeres que ambicionan riquezas ó elevada posicion social, sino como los hombres nobles, de po-

der y de nombradía; y no está en las manos de una mujer el satisfacer una ambición semejante sino personificándola en otro. Lo que me atrajo hacia Alberto Trevanion no fueron sus riquezas ni su posición social, sino el carácter que puede prescindir de las riquezas y dictar sus leyes á la categoría. Quizás, prosiguió Lady Leonor con voz ligeramente conmovida, hubiese encontrado un hombre antes de conocer á Trevanion (aquí vaciló un momento y continuó como un torbellino) un hombre á quien solo faltase la ambición para realizar mi bello ideal. Quizás, cuando me casé—(dicen que el mío fué casamiento por amor)—amase mucho menos de corazón que de cabeza. Esto puedo decirlo ahora que late constantemente mi pecho por aquel con quien aspiré al poder, por aquel de cuyos afanes, luchas y esperanzas he participado, y que ha compartido su triunfo conmigo,—realizando por su medio, los sueños de mi juventud.

Otra vez brillaron los negros ojos de aquella noble hija del mundo, hermoso tipo de esta contradicción moral:—una mujer ambiciosa.

—No podría decirlo, prosiguió Leonor

dulcificando la voz, cuanto me alegré cuando vinisteis á vivir á casa con nosotros. Quizás os habrá hablado vuestro padre de nuestras primeras relaciones....

Lady Leonor se detuvo bruscamente y fijó en mí sus ojos. Yo nada respondí.

—Tal vez me haya vituperado—añadió animándose de nuevo.

—No os ha vituperado, Lady Leonor.

—Tenia derecho para hacerlo, aunque dudo mucho que haya vituperado en mí lo que era digno de vituperio. Sin embargo, nunca hubiera podido tratarme de una manera tan injuriosa e injusta como vuestro tio, cuando hace ya mucho tiempo me escribió una carta cuya amargura desarmaba á la indignacion que escitaba; echábase en ella en cara el haberme portado como una coqueta con Agustin.... y con él.... que en verdad ningun derecho tenia para reconvenirme, prosiguió Lady Leonor con una sonrisa desdeñosa y altanera..... porque si algun interés me inspiraba su sed de gloria caballeresca, era por esperar que el sentimiento que infundió tanto ardor en uno de los dos hermanos, haria nacer en el otro aquella ambicion conveniente á su talento para sacarlo de su apa-

tía. Pero esto no es mas que un recuerdo de sueños é ilusiones que no existen hace ya muchos años. Solo lo digo porque al pensar en vuestro padre y hasta en vuestro severo tío, ocurriale á mi mente que habia contraido una deuda que debia pagar, ya que no á ellos, á sus hijos: hé aqui la causa por qué la primera idea que me ocurrió al vernos por primera vez, fué la de interesarme eficazmente en vuestra carrera y porvenir. Pero me equivoqué al veros sériamente dedicado á materias tan graves, y hallandome absorvida yo misma por los proyectos y los planes que hacen salir á las mujeres de su esfera natural, no pensé en lo peligrosa que podia ser vuestra intimidad con Fanny. Os mortificaré, sin duda; pero debo sincerarme. Repito que si tuviera un hijo, un heredero de nuestro nombre, capaz de soportar la carga que impone el mundo á los que han nacido para influir en sus destinos, á nadie mejor que á vos hubiéramos confiado Trevanion y yo la felicidad de una hija. Pero Fanny está sola para representar la familia de su madre y el nombre de su padre, y he debido por consiguiente consultar no solo la felicidad de mi hija, sino sus

deberes tambien; sus deberes para con su cuna y para con el mas noble de los ciudadanos de Inglaterra,—sus deberes finalmente, y puedo decirlo sin exageracion, para con el pais al que se sacrifica el autor de sus dias.

—Basta, Lady Leonor, la comprendo á V. No me queda esperanza alguna, aunque no la tuve nunca. Aquello fué una locura y pasó ya. Solo como un amigo le suplico á V. me permita volver á ver á Fanny en presencia de V.... antes de embarcarme para mi largo destierro. Si, míreme V. bien: ¿desconfiará V. acaso de mi resolucion y de mi honor? Nada mas que una vez, la última, Lady Leonor. ¿Será mi peticion desoida?

Lady Leonor se hallaba visiblemente afectada: al dirigirle mi súplica me habia inclinado hácia ella y me faltaba muy poco para postrarme de rodillas á sus pies, pero enjugandose con una mano las lágrimas y poniéndome la otra sobre la cabeza con ternura, me dijo con voz apagada:

—Ruégooos que no me volvais á dirigir esta demanda, os ruego que no veais á mi hija. Nos habeis demostrado que sabeis

sacrificaros por los demás:—haced un nuevo sacrificio. Ah! por mas seguro que esteis de vos mismo, una entrevista semejante afectaria á mi hija, le quitaría el valor, turbaria su reposo....

—Oh! no me habéis así.... Fanny no me correspondia!

—Y si así fuese, estaria bien en su madre el confesarlo? Vaya, vamos, acordáos de que ambos sois unos niños. Cuando volvais, ya todos esos ensueños habrán desaparecido y podreis volver á veros como antes.... entonces seré vuestra segunda madre, y de nuevo me encargaré de vuestro porvenir, por que no vayais á creer que os dejaremos en vuestro destierro por tanto tiempo como lo pensais, esto no es mas que una ausencia momentánea, una excursion, no la realizacion de vuestra fortuna: esta correrá á vuestro cargo cuando volvais.

—¿Con que ya no la volveré á ver? dije entre dientes al levantarme, y me dirigí silenciosamente hácia la ventana para ocultar mi semblante. Los grandes combates de la vida duran muy cortos momentos. En los setenta años que le fijan de duracion, solo se necesita un minuto para inclinar

nuestra cabeza sobre el pecho y cubrir la frente. Pero que de revoluciones no experimenta todo nuestro ser mientras un solo grano de arena cae en el fondo de la ampollita que mide nuestros instantes!

Volvime con paso firme hácia lady Leonor y le dije con calma.

—Estoy convencido de que teneis razon y me conformo. Perdonarme! y no achaqueis á ingratitud ni á demasiado orgullo si os pido á mi vez que no me distraigais del objeto que me lleva mas allá de los mares, único que puede consolar y fortalecer mi corazon.

Y cuál es ese objeto? preguntó lady Leonor vacilando.

—El de conquistarme la independendencia, y el reposo de aquellos á quienes aun reserva la vida algunas dulzuras. Hé aquí el doble objeto que me propongo: para llegar á él debo recurrir á mis manos y á mi cabeza. Con vuestro permiso, señora, me retiro ya, no sin suplicaros antes dois en mi nombre las mas espresivas gracias á vuestro noble esposo, por todas sus bondades, y que acepteis los fervientes votos que hago por vuestra dicha y la de *aquella* á quien no nombraré. Lady Leonor, adios.

—Esperad, no me dejeis con tanta precipitacion. Tengo que discutir con vos muchas cosas... al menos pediros informes acerca de ellas. Decidme como soporta vuestro padre su desgracia, y si nos permitiria que hiciésemos alguna cosa por él. El poder pone á disposicion de Alberto muchos destinos que podrian ser adecuados para un literato. Habladme con franqueza. ¡Cómo habia de resistir yo á tantas bondades! Volví, pues á sentarme con cuanta calma me fué posible y respondí á las preguntas de lady Leonor, procurando convencerla de que mi padre solo sentia por mi las pérdidas que habia sufrido. Que el Sr. Trevanion nada podia ofrecerle que pudiera estimularle hasta el punto de hacerle abandonar su tranquilo retiro, ó que le pareciese una compensacion del cambio de sus hábitos y sistema de vida. Pregúntome despues lady Leonor por el tio Rolando, y cuando le dije que se hallaba en Lóndres conmigo, manifestó un vivo deseo de verle, respondila que se lo haria saber al capitan, y despues añadió ella con aire sentimental.

—Segun creo tiene un hijo, y me han dicho que median entre los dos sérior disgustos .

—Quién pudo deciroslo! esclamé sorprendido sabiendo el siglo con que el tio Rolando habia guardado el secreto de su desgracia doméstica.

—Me lo dijo uno que conocia al capitan Rolando... no me acuerdo cuando ni en donde... Pero no es cierto?

—Mi tio Rolando no tiene hijo.

—Qué decís!

—Murió.

—Cuán penosa debió ser para él esta pérdida!

Nada respondí y lady Leonor prosiguió.

—Pero está seguro de que murió su hijo? Cuanto placer no recibiria si no fuese así... si viviese...

—Mi tio tiene un valor á toda prueba, y se ha conformado:—pero me será permitido, señora, suplicaros me digais si habeis tenido alguna noticia de aquel hijo?

—Yo!... qué noticia he podido tener? No obstante quisiera oir de boca de vuestro mismo tio lo que tuviese á bien confiarme respecto á sus disgustos... ó si hay alguna esperanza de...

—De qué?

—De que su hijo viviese aun.

—Creo que no, respondi, y dudo mucho que os dé mi tío mas noticias sobre el particular. Sin embargo, descubro en vuestras palabras un cierto doble sentido. y sospecho que sabeis mas de lo que decís.

—Diplomático!... respondió lady Leonor sonriéndose. Pero su semblante recuperó al momento su anterior seriedad, y añadió:

—Terrible es el pensar que un padre aborrezca á su hijo.

—Aborrecer! El capitán Rolando aborrecer á su hijo! quien levantó semejante calumnia!

—Luego no es verdad... podrá V. asegurarlo? cuanto me alegraría de que me hubiesen engañado!

—Eso al menos, puedo asegurároslo... porque todo cuanto sé, señora, es que si hubo un padre que quisiera con todo su corazón á su hijo, —si hubo un padre que concentrase todos sus temores, sus esperanzas, sus alegrías y sus penas en la existencia de un hijo, ese padre lo fué el capitán Rolando, mientras su hijo vivió.

—No puedo menos de creerlo, exclamo

lady Leonor, cuya espresion revelaba su sorpresa... Si esõ es asi, haced que venga vuestro tio á verme.

—Haré cuanto esté de mi parte para conseguirlo, y con esto podreis enterarle de cuanto evidentemente me oculteis.

Lady Leonor dió á esta indicacion una respuesta evasiva, y algunos momentos despues habia salido yo de aquella casa en la cual conocí la felicidad que da la locura y el pesar que proporciona la sabiduría.



CAPITULO IV.

Siempre habia profesado yo un cariño casi filial á lady Leonor, debido no solo á su cualidad de madre de Fanny y á la gratitud que experimentaba yo por sus bondades; porque existe una estimacion enteramente particular y de un carácter muy elevado que es el resultado de dos sentimientos que rara vez se encuentran unidos:—la admiracion y la lástima. Era imposible no admirar las apreciables dotes y las nobles cualidades de lady Leonor, é imposible tambien no compadecerse de los cuidados, afanes y sinsabores que atormentaban á aquella muger dotada de una sensibilidad esqui-

sita y espuesta al rudo contacto del comercio de los hombres.

Las revelaciones de mi padre acerca de su desgraciado amor y el de su hermano, hubieran podido disminuir algun tanto mi estimacion hácia lady Leonor, dejando en mi la penosa impresion de que habia tratado con ligereza á aquellos dos corazones, tierno el uno y exaltado el otro en su passion. Pero la conversacion que acabábamos de tener me habia inclinado á juzgarla con mas justicia, y convenciéndome de que en realidad habia participado del sentimiento que habia sabido inspirar al hombre estudioso. Por desgracia pudo mas en ella la ambicion que el amor, la ambicion que muy bien podia estar en oposicion con el carácter de la mujer, pero que sin embargo nada habia tenido en si de sórdida ni de vulgar. Bastante me dijo y me dió á entender para disculparse de los cargos que le habia dirigido el capitan, que la hacian aparecer inconsecuente: gustóla en efecto el carácter impetuoso y activo del mayor de los dos hermanos, pero como un medio para estimular la tranquila calma del mas jóven; lo consideró como un meteoro cuyo movimiento hubiera querido comunicar á aquel que se ofrecia á

su mente como una estrella fija. Dejándonos de metáforas, no podía yo menos de respetar á la muger que resuelta una vez á casarse sin consultar precisamente su amor sino eligiendo á un hombre digno de ella, se habia consagrado tan fielmente á él como si hubiera sido el objeto de sus primeras y mas novelescas ilusiones. ¿Pero se habia propuesto ver reproducido en su hija el porvenir del padre? se proponia sacrificarla para perpetuar en ella los elevados destinos de Trevanion? Aun asi era imposible ¡el dejar de reconocer el error de aquel heroismo conyugal, condenando á la madre, pero admirando aun á la mujer! En medio de tales reflexiones senti en mi interior una voz de egoismo, un júbilo de amor que me consolaba en parte del sacrificio que habia hecho consintiendo en no volver á ver á Fanny... ¿Habia comprendido bien á lady Leonor? ¿Me seria lícito interceptar en favor de mi pasion lo que con tanta delicadeza me habia espresado con medias palabras? ¿Era cierto que Fanny conservaba aun algun recuerdo de mí y que una corta entrevista bastaria para que aquel turbase la paz de su corazon?... Ah! era conveniente para mí el embriagarme con tan dulces pensamientos!

¿Qué habria sabido lady Leonor del tio Rolando y de su hijo? ¿Era posible que el hijo por quien habia vestido luto, viviese aun? Distraido con estas misteriosas preguntas, que á mi mismo me dirigia, llegué á mi casa y me encontré con el capitán que se hallaba examinando algunos objetos necesarios para el equipo de un colono austral. Hallábase el veterano de pie junto á la ventana examinando atentamente el temple de una sierra, un hacha y una cuchilla. Sorprendile cuando se hallaba pensando, llevado sin duda por sus primeros instintos, en el permiso dado para mi aventurera expedicion. En efecto, vióme y frunció el ceño, diciéndome con aire mohino:

—Donosas armas para el hijo de un caballero.... todas se podrian dar por un mal pedazo de acero en forma de espada.

—Cualquier arma que conquista al hombre su destino, querido tio, es noble en sus manos.

—Este muchacho para todo tiene respuesta, dijo el capitán sonriéndose de mi retórica: despues sacó el bolsillo y pagó al tendero los objetos comprados.

Asi que estuvimos solos, le dije:

—Querido tio, es preciso que vaya V. a ver á lady Leonor, la cual me ha eucargado que os lo dijese asi.

—Patarata!

—Luego no quiere V. ir?..

—No.

—Tio, creo que desea decirlo á V. alguna cosa relativa á... á... perdóneme V. si aflijo su corazon de padre.

—Relativa á quien? á Blanca?

—No señor... á ese hijo á quien conozco aun.

El capitan Rolando palideció, y dejándose caer en un sillón dijo balbuceando:

—A él... á mi hijo?

—Si, pero me parece que no debe ser mala la noticia que desea comunicar á V... Querido tio, está V. seguro de que mi primo ha muerto?

—Qué es esto! como te atreves! Mi hijo murió para siempre! te alegrarias de que viviese para deshorrar estas canas?

—Ha! perdóneme V., querido tio, perdóneme V., pero permitame el que una y otra vez le suplique que vaya á ver a lady Leonor, por que estoy seguro de que

nada de lo que le diga á V. será para afligirle.

—No será para afligirme y, sin embargo, se trata de él!

Imposible seria espresar la desesperacion con que pronunció estas palabras.

—Quizá, dije despues de un largo silencio en voz baja porque estaba aterrado, quizás si es cierto que murió se habrá arrepentido á la hora de la muerte, de los disgustos que le causó á V.

—Arrepentirse! ah! ah!

—Y si por fortuna no ha muerto...

—Basta ya, sobrino, basta!

—Mientras se vive hay esperanza de arrepentimiento!

—Escucha, Pisistrato, dijo mi tio levantándose y cruzando resueltamente los brazos; escúchame bien. Ya sabes que no he permitido nunca que se pronunciase su nombre en mi presencia. Aun no he maldicado á ese hijo... si volviese al mundo aun podria caer la maldicion sobre su cabeza. No sabes cuanto me has atormentado con tus palabras. He abierto mi corazon á otro hijo, que eres tú. En cuanto al hijo que he perdido solo un voto tengo que hacer y tu lo sabes: que nunca vuelva á sonar su

nombre en mis oídos!

Después de estas palabras, á las cuales ninguna respuesta me atrevi á dar, dió el capitán algunos pasos azorados por la habitación, y de repente, como si el aire y el espacio le faltasen, cogió el sombrero y salióse. Vuelto yo de mi sorpresa y del espanto que aquel doloroso espectáculo me habia causado, fuime en su seguimiento para acompañarle; pero me rogó que le dejase abandonado á sus solitarias reflexiones... con una voz tan severa al par que triste, que no pude menos de obedecerle sin desplegar mis labios. Sabia yo por experiencia cuán buena es la soledad en los momentos en que el ánimo y el corazón se hallan igualmente afligidos.

CAPITULO V.

Pasáronse dos horas sin que el capitan volviese: empecé á sentir zozobra y pensé ir en su busca, pero no sabia donde dirigir mis pasos. Sin embargo, pareciéndome probable el que no habria podido menos de ir á visitar á lady Leonor, me dirigí ante todo á Saint-James-Square: mis sospechas no me habian engañado, porque hacia dos horas que habia estado allí el capitan, y pocos instantes que acababa de salir lady Leonor misma. Mientras el por-

tero respondia á mis preguntas, detúvose á la puerta del hotel un carruaje, y entrando el lacayo le entregó una esquila con paquetito que parecia contener libros, diciéndole al mismo tiempo:—«De parte del marqués de Clateton.» Al oír pronunciar este nombre volví la cabeza, y á quien dirás, lector, que reconocí? A sir Sedley Beaudesert, que sentado en el carruaje miraba por la portezuela con aire de desaliento y de disgusto, muy diferente de la espresion comun de su fisonomía... excepto en los casos en que la aparicion de un caballero blanco, ó un fuerte dolor de muelas le recordaban que no tenia ya veinte y cinco años. Era tan notable en el cambio que no pue menos de esclamar.

—¿Es aquel sir Sedley Beaudesert? Miróme el lacallo y llevando respetuosamente la mano al sombrero me respondió con una sonrisa de condescendencia:—Si señor, hoy marqués de Castleton.

Acordéme por la primera vez desde la muerte del jóven lord, de la gratitud de que el baronet hacia ostentacion hacia lady Castleton y las aguas de Ems que le habian preservado de aquel odioso marquesado. Mi antiguo amigo acababa de reconocer—

me tambien y me gritaba.

—¡Que veo! mi querido señor Caxton! sois vos! cuánto me alegro de veros! (Tomás abre la portezuela) Subid, hacedme el favor de subir.

Subi, y el nuevo lord Castleton me hizo sitio para que me sentase á su lado.

—Teneis mucha prisa? me preguntó: dónde quereis que os lleve? De lo contrario acompañadme á la Cité.

No sabiendo yo donde ir para seguir la pista á mi tio, y pensando que no seria malo que me diese una vuelta por la posada para preguntar si habia vuelto ya, respondí que seria en extremo para mi el aceptar el honor que me dispensaba su señoría... aunque la Cité, añadi sonriéndome, me parece una palabra estraña en los labios de *sir* Sedley... dispensadme, queria decir de *lord*...

—No, no, al contrario, me interrumpió el marqués: el nombre encantador de Sedley Beaudesert suena aun muy bien en mis oidos. Tomás cierra la portezuela; á Gracechurch-Steet... casa de los señores Fudge y Fidget.

—Ha sido este un gran golpe para mí,

dijo el marqués, y además me dejansolo.

—Todo el mundo, aun los que no conocian al difunto lord, han debido sentir en extremo su muerte al verle tan jóven y con un porvenir tan brillante.

—Sí, poseia cuantas cualidades se requieren para soportar el gran peso del nombre y de la fortuna de la familia de Castleton... Sin embargo ya lo veis, ese mismo nombre y esa fortuna han acabado con el. Ah! si hubiera sido un simple particular, ó hubiese dado menos importancia á sus deberes, habria llegado una ancianidad muy respetable... Si vieses que cumulo de cartas se amontonan sobre mi mesa! Positivamente he llegado á cobrar horror al correo! me ha tocado á mi el terminar las colosales mejoras que el pobre chico habia emprendido en sus posesiones; cuál pensais que sea el objeto que me lleva ahora á casa de Fudge y Fidget? Estos personajes, amigo mio, son los agentes de una infernal mina de hornaguera que en una hora menguada abrió mi primo en Durham, para atormentar mi vida con el crecimiento de una renta anual de treinta mil libras esterlinas! Cómo he de gastar este dinero? de que medios valerme para gas-

tarlo? Tengo un apoderado de fria cabeza, que afirma el ejercer la caridad es el mayor de los crímenes que pueda cometer un hombre de elevada posicion; segun su dictamen, la caridad desmoraliza al pobre. Habiéndose, pues, dirigido á mi cinco ó seis arrendadores manifestándome que eran muy subidos los precios que se le exigian por sus arrendamientos, me tomé la libertad de responderles que se le haria una rebaja pero no podeis formaros una idea de la escena á que esto dió lugar con el referido apoderado: parecia sino que todo se habia perdido. Si un hombre de la posicion del señor Castleton arrienda sus tierras por menos de su valor; ¿cómo podrán existir los pobres propietarios de insignificantes fincas? y en el caso de existir, no seria una latente injusticia presentarlos como hombres rapaces, como vampiros é insaciables sanguijuelas? Indudablemente, daria lord Castleton un golpe de muerte á los intereses de aquellos de sus vecinos que siguiesen su ejemplo, y la popularidad de los que no lo siguiesen, si hacia una rebaja de sus arrendamientos, que por otra parte estaban ya muy bajos.... No, nadie sabe cuan di-

ficil es el hacer bien cuando se encuentra uno con una renta de cien mil libras esterlinas y se le priva del derecho de disponer de ellas á su antojo. Sedley Beaudesert podria satisfacer todos sus caprichos, y lo mas que dirian de él, seria: tiene buen fondo; es un hombre muy natural; pero si lord Castleton queria observar la misma conducta seria denunciado ante el pais como un Catillina... como un perturbador público que traidoramente minaba la prosperidad de toda la nacion.

Al llegar aqui el desgraciado marqués, hizo una pausa exhalando un profundo suspiro; pero renudando poco despues el tema de sus lamentaciones:

—Ah! prosiguió—si viéreis el triste y espacioso hotel al cual quieren que vaya yo á vivir, prisionero entre cuatro paredes, en vez de mi linda casa con vistas al Parque! pero es preciso dar bailes, debo dirigir tambien las influencias electorales! Pues y la funesta proposicion que acaban de hecerme de nombrarme lord.... gran maestro de la casa real, ó lord Chambelan, porque á un hombre de mi clase, le conviene el convertirse en una especie

de criado de palacio. Ah! Pisistrato! feliz mortal, =quien como vos con vuestros veinte y cinco años y docientas libras de renta!

El pobre marqués prosiguió de este modo en la letania de sus quejas, y pasado revista á todas sus desgracias, exclamó por último en un tono de desesperacion casi trágico:

—Todo el mundo dice tambien á una voz que es preciso que me case... no sea que la raza de Castleton se extinga! Me parece que los Baudesert son tambien una familia tan antigua quizás como la de Castleton, y sin embargo si fuera á perderse en la tumba de los Capuletos, no por eso se hundiria el imperio británico. Pero las paredes de Castleton! dejar morir á los pares de Castleton! el pensarlo solo es un crimen, una espantosa catástrofe cuya sola amenaza producía el levantamiento en masa de las madres de la Gran Bretaña. Así pues, en vez de echar á los hijos los pecados del padre, como dice la Biblia, es el padre el que debe sacrificarse por el mayor provecho de la tercera ó de la cuarta generacion!

A pesar de mi propósito de permanecer

sério no pude reprimir la risa, y mi noble amigo fijó en mi una mirada de reconvenccion.

—Al menos, dije violentándome para mostrarme formal, en medio de sus desgracias tiene lord Castleton un consuelo.... si se vé precisado á casarse puede elegir la mujer que mas le agrade.

—Hé ahí precisamente lo que podia hacer Sedley Beaudesert y no le es posible á lord Castleton. me respondió el marqués con gravedad. La clase de sir Sedley Beaudesert era una clase llevadera; mas diré, llena de atractivos.... sir Sedley podia casarse con la hija de un cura ó con la de un duque.... satisfacer en una palabra su capricho; ó de no conseguirlo, permanecer soltero! Lord Castleton debe casarse á todo trance, no con una mujer, sino con una marquesa de Castleton—con una elevada señora que no desdiga de la categoría de su marido, que se encargue de realizar el brillo y esplendor de la casa de Castleton, y que le permita guarecerse en un rincón para acordarse de que vuelve á llamarse Sedley Beaudesert. Hé aquí lo que debe suceder: el último sacrificio se hará al pié del altar. Pero demos punto ya al capitu-

lo de mis quejas. Es cierto como me ha dicho Trevanion que vais á marchar á la Australia?

—Es indudable.

—Dicen que andan escasas por allá las mujeres!

—Tanto mejor, con eso se robustecerán mas mis resoluciones.

—En efecto, siempre es alguna ventaja...
Habeis visto á lady Leonor?

—Si señor, esta mañana.

—Pobre mujer! ha sido fatal para ella este golpe!... hemos tratado todos de consolarla. Ya sabreis que Fanny se encuentra en Oxton en el condado de Surrey, en casa de lady Castleton... La desgraciada viuda la quiere con tanta ternura.... nadie como Fanny ha mitigado su dolor.

—No sabia yo que miss Trevanion estuviese ausente de Lóndres.

—Se marchó á Oxton solo por unos dias: ella y lady Leonor deben reunirse con Trevanion en el norte de Inglaterra... Ya sabéis que aquel se encuentra con lord N... tratando de asuntos politicos..... pero ¡ah! me consultan ahora respecto á ellos..... y me exigen el secreto. Pobre de mi, que cuento con qué sé yo cuantos votos en el

Parlamento. Como se encontrase viuda lady Leonor, le doy á V. mi palabra de honor de que la habia de hacer la corte... es una mujer muy hábil! nada la aburre. (Aquí no pudo contener el marqués un bostezo.... sir Sedley Beaudesert no bostezaba jamás) Trevanion, prosiguió, ha dado un destino á su secretario escocés, al economista, y va á colocar en el ministerio de Negocios extranjeros á aquel perillan de Gower— que aquí para entre los dos no me gusta nada; pero ha engatusado á Trevanion.

—¿Qué clase de hombre es ese Gower? Recuerdo que me lo pintásteis de talento y de agradable fisonomía.

—Ambas cualidades posee, en efecto; pero su talento no es el de la juventud; es tan árido y tan cáustico, como si hubiese servido cincuenta veces de juguete á los tunos, y ciento á las coquetas! Su agradable aspecto no es la carta de recomendacion con la cual se compara comunmente la fisonomía simpática. Existe en la suya una espresion que se parece mucho á la que toma el sabueso favorito de lord Hertford, cuando un desconocido entra en su casa:—es sin duda aquel sabueso un perro muy bonito, bien plantado, gracioso en

sus movimientos, y hasta me atrevo á decir cariñoso; sin embargo, no teneis mas que fijar en su mirada vuestros ojos para adivinar que solo el contacto con la sociedad pudo suprimir el instinto constitutivo del animal cuyo primer impulso seria el de arrojarse á vuestro pescuezo mas bien que alargaros la pata. Ese Mr. Gower, tiene, sin embargo, una cabeza muy notable..... con un aire árabe ó español como las cabezas de Murillo: me parece que tiene menos de Gower quo de bohemio....

—Cómo! exclamé despues de haber oido con agitacion aquella reseña de mi sucesor.... ¿es muy moreno, con la frente espaciosa, nariz ligeramente aguileña, facciones delicadas, y tiene una dentadura tan brillante que cuando se sonrie parece iluminarse todo su semblante?....

—Exactamente como lo decis.... ¿segun eso lo conoceis?

—Dudo que sea el mismo cuando me decis que se llama Gower.

—El dice que se llama Gower; respondió lord Castleton tomando un polvo del tabaco de su invencion.

—Creo que sí.... Vaya, ya hemos llegado á casa de Fudge y Fidget! pero qui-

zás, prosiguió lor Castleton brillando un rayo de esperanza en sus azules ojos..... quizás no estén en casa.

Ah! era una ilusion capciosa, como dicen sin afectacion nuestros poetas del siglo XIX. Lord Castleton se engañaba, porque los señores Fudge y Fidget se encontraban siempre en su casa para personas como el marqués de Castleton. Exhalando un hondo suspiro y con aspecto compungido bajó lentamente de su carruaje el mártir de la fortuna.

—No me atrevo á rogaros que me esperéis, dijo estrechándome la mano. Solo Dios sabe cuándo despacharé: haced que es lleven en mi carruaje á donde tengais que ir y mandádmelo despues.

—Mil gracias, mi querido lord: prefiero ir por mi pié.... ¿Me será permitido el veros antes de mi partida?

—No solo os es permitido sino que lo exijo de vos. Sigo aun en mi antigua casa bajo pretesto de que el hotel de Castleton exige ciertos reparos en la parte de pintura, añadió el marqués guiñándome el ojo con intencion.

—Pues mañana al medio dia.

—Mañana al medio dia! precisamente es

la hora en que espero á Mr. Serew, el administrador de mis fincas en Londres (dos plazas, siete calles y un pequeño pasage.)

—Entonces iré á las dos.

—A las dos!... cabalmente es la hora en que debe venir á verme Mr. Plausible uno de los miembros del parlamento afiliados al partido de Castleton para esplicarme en qué se opone su conciencia á que vote con Trevanion!

—¿A las tres?

—A las tres! justamente á esa hora debo ver al secretario de la tesorería que me ha dado palabra de convencer á la conciencia de Mr. Plausible. Pero venid á comer conmigo.... comereis con los albaceas testamentarios.

—Os lo agradezco infinito, mi querido sir Sedley, quiero decir, mi querido lord... prefiero esponerme á no encontraros en casa yendo á ella despues de comer.

—Como gusteis; en efecto, no son mis convidados personas muy agradables para un jóven. Ah piearillo con cuanta ligereza saltais en tierra... no teneis mas que veinte años! y ni una sola fanega de tierra que os atormente.

Al hablar asi, mencó el marqués dolore-

samente la cabeza y desapareció detrás de la puerta de anacardo del gabinete, en el que los señores Fudge y Fedget esperaban al desdichado mortal... con las cuentas de la gran mina de Casleton.



CAPITULO VI.

=

Al regresar á casa me ocurrió entrar un momento en una humilde taberna en donde el capitán y yo acostumbrábamos á comer todos los días. Acababa de dar la hora en que nos reuníamos allí con dicho objeto y podia estarme esperando ya. Habia puesto un pié en la escalera exterior de la taberna, cuando oí pasar por la calle una diligencia que se detuvo á la distancia de algunos pasos, a la puerta de una posada de mejor aspecto que la nuestra. Así que se hubo parado, vi bajar á un hombre que llevaba la librea del señor Trevanion, bas-

tante original para que no la reconociese yo al primer golpe de vista; sin embargo, acerqueme para cerciorarme mejor: el que la llevaba pagó al cochero, y habiéndose presentado un muchacho de la posada á recibir órdenes, le pidió que le trajese allí mismo un vaso de cerveza mezclado. Aquel tono de voz me llamó la atención; y habiendo levantado aquel hombre la cabeza, reconocí en sus facciones al comediante Peacock.... Sí, indudablemente era el mismo: habiase rapado las patillas y aun se veian vestigios de polvos en el pelo ó en la peluca, pero era el hombre rechoncho, á quien ví con el traje mas pomposo de bedel que habia trocado por la librea de la casa de Trevanion con las iniciales A. T. en los botones de metal. Aun no habia vuelto de mi asombro, cuando de un cabriolé que parecia estacionado esperando á la diligencia, ví salir una muger, la cual con paso veloz, se fué en derechura hacia donde se hallaba Peacock, y le dijo con la impaciencia propia del bello sexo cuando está de prisa:—Cuánto tardais!... No espero mas. Tengo que estar de regreso en Oxtou esta misma tarde..

Oxtou!... mis Trevanion estaba en Ox-

ton! Encontrándome cerca de los interlocutores, presté oído mientras latía violentamente mi corazón.

—No hará V. falta, querida; quiere V. entrar dijo M. Peacock.

—No, no puedo; solo faltan diez minutos para que llegue la noche. Ha recibido V. una carta de M. Gower para mí? Que seguridad puedo tener sino me escribe de su puño? qué...

—Chit! dijo Peacock bajando de tal manera la voz, que solo pude oír estas palabras:—Nada de nombres propios; no hay necesidad de carta, se lo diré á V. de palabra... y atrayendo hácia sí aquella muger la habló al oído algunos instantes. Tan absorvidos se hallaban por sus conversacion, que sin ser vistos pude observarlos á mi sabor. La muger parecia comprender perfectamente la esplicacion que se le daba, y de vez en cuando respondia por un signo de cabeza en señal de asentimiento; pero con la misma precipitacion, dió la mano á Peacock en señal de despedida, y se dirigió hácia su cabriolé. No obstante, antes de subir, volvió como si hubiese ocurrido alguna nueva idea, y le dijo.

—Pero en el caso de que Milady no mar-

che... se cambiará de plan?

—Esté V. segura de que no habrá cambio alguno. Mañana sin falta... no muy temprano... está V.? respondió Peacock.

—Si, si, adios! y la jóven subió con la misma precipitacion en el carruaje, que un momento despues partió con toda la velocidad posible.

Qué significaba todo aquello? quien era aquella muger con vestido de seda y sombrero con lazos negros y encarnados; en una palabra, con el traje que distingue á las doncellas de las casas principales? Qué secretos podia tener con M. Peacock?

En aquel momento sacaba el criado de la posada el vaso de cerveza que le habia pedido Peacock, el cual así que lo hubo vacilado, se dirigió hácia una estacion de carruajes: seguile de cerca y vi que llamó á un cochero, el cual se adelantó para ahorrarle camino, abriéndole la portezuela de su carruaje. Habíase arrellanado ya en su asiento, cuando subiendo de un salto y sentándome á su lado.

—Espere V. un momento. le dije, Sr. Peacock, y manifiesteme por que usa esa li-

brea, ó de lo contrario doy orden al cochero para que nos lleve á casa de lady Leonor para preguntárselo.

—Qué demonios! pero que... Ah! ya caigo, es V. el jóven que me habló noches pasadas en el escenario.

—Dónde vamos? preguntó el cochero.

—A... al puente de Londres, respondió M. Peacock.

—Señor Peacock! espero la respuesta... me la negais? os aconsejo que me digais la verdad.

—No sé con qué derecho venis á hacerme esas preguntas, me respondió mi contrincante con voz bronca y apretando los puños.

Su mirada no podia engañarme, y procuré tranquilizarle diciendo:

«... *I vvill not shams
To tell you vvhat I am* (1).»

—El Cisne, Sr. Peacock, dice *quien era* y yo digo en tiempo presente *quien soy*. Pero basta ya de bromas: decidme quien

(1) No me avergonzaré, señor, de decirs quien soy. La noche de los reyes acto III esena II.

os colocó en casa del Sr. Trevanion.

Mr. Peacock bajó los ojos sin pronunciar una sola palabra, y fijáudolos despues en mí:

— ¡Pues bien! dijo, os lo manifestaré. En nuestra última entrevista me pedisteis noticias de un jóven, de Mr... Mr. Vivian...

Pisistrato. Proseguid.

Peacock. Sé que no tratáis de perjudicarle; por otra parte «existe un cierto arte» y mas tarde ó mas temprano... Fijáos bien en mis palabras, ó mas bien en las de mi amigo Shakspeare:

«...», *He vill bestride this narrovv vworld.*

Like á Colossous (1).»

Que me emplumen si no lo hace... como un verdadero coloso.

«*And vved petty men (2).*»

Pisistrato (con tono amenazador). Continúad en vuestro relato.

Peacock. (despechado), ¿Que prosiga? Me habeis cortado el hilo, ¿dónde me en-

(1) Como un coloso abarcará todo el mundo. Julio Cesar acto I, escena II.

(2) Y nosotros pobres pigmeos... Ibid, acto I, escena II.

contraba? Ah! ya me acuerdo. Era yo hombre al agua, sin un penique en el bolsillo, y si hubiérais visto la casaca que llevaba? aun estaba en peor estado que mi pantalon. Pues bien, me encontraba en la calle de Oxford... no, en el Strand, junto al arco de Lowthert.

Pisistrato (bajando el vidrio con impaciencia.) A la plaza de Saint-James.

Peacock. No, no, al puente de Londres
«*How use breed á habit in á man* (3)»

Ya prosigo... Decia, pues, que encontré á Vivian; como me habia conocido un dia mas felices, y está dotado ademas de buen corazon, dijome:

Horatio—or I do forget miself (4).»

Pisistrato. Coje el cordon del carruaje para detener al cochero.

Peacock. No; si no es eso: quiero decir que Mr. Vivian me dijo: Johnson! mi antiguo compañero.

Pisistrato. Ah! Johnson! luego ¿es es—

(3) Ah! cómo habitúa el tiempo al hombre.—
Los dos caballeros de Verona.

(4) Horacio, ven ó me voy á olvidar: Hamlet,
acto I y acto V, escena IV.

te vuestro verdadero nombre, señor Peacock?

Peacock. Me llamo Jahnsón y Peacock, porque ambos nombres me pertenecen. Cuando conozcais á los hombres tan bien como yo los conozco, sabreis señor, que no es buen viajero el que rueda por este pícaro mundo, como Shakspeare le llama sin llevar dos nombres de repuesto en el fondo de su saco de noche.—Johnson, me dijo mi antiguo amigo sacando del bolsillo de su faltriquera, toma. Señor, le respondi despues de tomar lo que me dió, si para cuando este vil metal se acabe pudiese encontrar alguna cosa que hacer... todo, cualquier cosa “que me pusiese al abrigo.” El Cisne asegura que en Lóndres se encuentra por todas partes alguna cosa buena: séame lícito en esta ocasion contradecir al Cisne, por mas que sea cierto que cada enlosado de Lóndres ofrece materia para un sermón. Pero ah! el Cisne no existe ya! no es mas que “la intangible sombra de un sueño.

Pisistrato. Cuidado con las citas.

Peacock. (precipitando sus palabras). Respondiome Mr. Vivian: «Si no sentis repugnancia en llevar la librea, mi antiguo

amigo, hasta poderos colocar mas ventajosamente, hay una plaza vacante en casa de Trevanion. “Habiendo aceptado la oferta heme aqui, señor, con librea.

Pisistrato. Sirvase V. decirme ahora: ¿y qué negocio llava entre manos con aquella jóvencita que supongo será la nueva doncella de miss Trevanion? ¿Por qué ha venido espresamente de Oxton para verle á V.?

Esperaba yo confundir á Peacock con esta doble pregunta; pero sin en realidad tenia algun motivo que le embarazase, estaba el ex-cómico demasiado esperto en su profesion para que lo dejase traslucir. Contentóse con sonreirse y acariciando con jovialidad la pechera de su camisa, respondiome:

—Ah, señor mio! hélo aqui!

«Of this matter

Is litte cupid, s carsty arrovo made (A).»

Si la curiosidad de V. se estiende tambien á las cuestiones de amor, aquella jó-

(1) Es una flecha picaresca de las que diariamente provee Cupido su carcax.

ven es, como vulgarmente se dice, mi querida.

=Vuestra querida! exclamé hallando la esplicacion probable y aceptándola gustoso: tanto temia el encontrar la pista de alguna culpable intriga; sin embargo, volví á mis sospechas casual instante mismo:— Siendo eso así, repuse, ¿por qué, segun ella manifestó, hubiera querido que le hubiese escrito Gower?

Teneis un oido muy fino, señor mio. Esto consiste en que la jóven es muy orgullosa, y no quiere casarse con un hombre que gasta librea: hé aqui por qué ha querido M. Gower interesarse en nuestro amor y le ha dicho, si puedo tomarme la libertad de alterar el texto del Cisne:

*«Never lio by Johnson's side
With an unquiet soul (1).»*

le proporcionaré un destino en las oficinas del Timbre; la locuela queria que se le hiciese la promesa por escrito... como si Mr. Gower quisiera escribirla! Ahora, caballero, prosiguió Mr. Peacock con una grave-

(1) Descansa junto á Johnson tranquilamente.—El mercado en Venecia, acto III. escena II.

dad mas sencilla, con pleno conocimiento de causa podeis decir á Mylady cuanto os diere la gana; pero confio en que no habeis de querer quitarme el pan porque lleve librea y haya sido tan loco que me haya enamorado de una criada... yo, caballero, que hubiera podido enlazarme con elevadas señoras, ¿qué digo? con princesas... de teatro.

Nada me ocurrió que contestar á esta representacion... en este último argumento, parecia haber alguna verosimilitud: ocurriame por momentos que quizás hubiese llevado mis investigaciones demasiado lejos; en cuanto á las respuestas de mi comediante, lo que contenian de verosimiles daba probabilidad á lo demas. No podia olvidar que me las habia con un hombre dado por carácter á las bufonadas: sin embargo aunque el haber recurrido desde un principio á las citas daba á entender que queria tomarse tiempo para forjar un nuevo embuste, en parte satisfecho y desconfiado en parte, proseguí mi interrogatorio:

—De dónde venís?

—De la casa de campo del Sr. Trevanion con cartas para lady Leonor.

—Ah! Luego sabia esa jóven que debíais venir hoy á Lóndres?.

—Si señor, hace ya muchos dias. El mismo señor Trevanion fijó el dia de mi partida.

—Y qué os proponíais hacer con la jóven, «si no se cambiaba de plan?»

Acababa de citar una de las frases que habia pillado de sus conversaciones, y me pareció advertir una ligera alteracion en el semblante de M. Peacock; pero respondiome sin vacilar:

Mañana? es una pequeña cita si podemos los dos escapar.

*Woo me, I. am in a holiday humour
And like enoughto consent (1).»*

Ahi teneis, caballero, mi respuesta en otra cita del Cisne.

—Segun eso, repuse impacientándome ya, el señor Gower y el Sr. Vivian son una misma persona?

Peacock vaciló.

Hé aqui *mi* secreto, caballero, el cual he ofrecido fielmente guardar. Sois un jó-

(1) Hacedme, hoy la corte pues al regocijo de la fiesta, consiento en ello.—Como V. quiera.—Acto IV. escena I.

ven demasiado bien educado para querer escudriñar al través de una cortina y preguntar á quien como yo lleva pantalon de paño burdo y cordon al hombro, los secretos de otro en cuyo servicio me he consagrado.

Esto era una leccion, un recurso á mis sentimientos de delicadeza. Ah! cuán novicio era yo aun! que un hombre que ha pasado de los treinta años engañe tan fácilmente á otro de veinte! Cuánta superioridad no da al hombre de mas median ingenio el haber vivido diez años mas en el mundo! Yo me mordi los labios y nada dije.

—Por otra parte, caballero, prosiguió M. Peacock, si supiéseis cuanto os ama ese M. Vivian!... Cuando le dije por casualidad que habia entrado en el escenario un jóven á pedirme noticias suyas, hizo que le describiese vuestra persona, y haciéndoos reconocido, exclamó tristemente:—Si algun dia llego á ser lo que espero, cuánta satisfaccion experimentaré al estrechar aquella mano amiga! Os cito caballero sus palabras testuales. Y si M. Vivian tuviese motivos para ocultarse aun, durante algun tiempo... si su fortuna ó su ruina depen-

diesen de su secreto. No creo que fuéseis vos de quien tuviese que temer: á fé mia,

«*I wish I was as sure of á good dinner (1).*» como esclama el Cisne de una manera muy patética. Juraria que este deseo debió estar siempre en los labios del Cisne, en su vida privada.

Hallábase mi corazón conmovido, no por les citas tomadas del Cisne haciendo una profanación sacrilega, sino por las palabras que Mr. Peacock me acababa de citar de Vivian: volví la cabeza para ocultar á los penetrantes ojos de mi compañero la agitación que experimentaba. En aquel momento detúvose el carruage á las inmediaciones del puente de Londres.

Nada me quedaba ya que preguntar, y sin embargo sentía una curiosidad inquietante que yo mismo no sabia como definir.... eran celos acaso? Vivian tenia una hermosa figura, osadía.... podia ver á la rica heredera: quizás no pensase lady Leonor en este nuevo peligro. Ya ves, lector que

(1) Así tuviera yo tan segura una buena comida. La mala mujer vuelta á la razón, acto III, escena IV.

amaba aun; si tu no has amado, quizás aparezca yo á tus ojos como un loco!

—No quisiera causar perjuicio, dije al ex-comediante, á Vivian (si es que asi se llama) ni á vos, que parece le imitais en la variedad de sus nombres. Pero os digo con franqueza que no os veo con gusto al servicio del Sr. Trevanion, y os aconsejo que dejeis esa casa á la brevedad posible. Basta por ahora, porque quiero reflexionar acerca de cuanto acabo de saber.

Asi me despedí de Mr. Peacock, dejándole marchar solo por el puente de Londres.



CAPITULO VII.

Entre todos los sentimientos que destrozaron mi corazón ó affigieron mi ánimo en aquel día memorable de mi vida, experimenté al menos una sensación de júbilo llegar á la posada y encontrarme en ella á mi tío.

Hallábase el capitán sentado junto á una mesa en la cual se veía una Biblia que había pedido prestada al ama de la casa. Jamás se hallaba impresa con unos carac-

terres tan pequeños que no podía distinguirlos la delicada vista del capitán; la cual se resentía mucho más cuando leía con luz artificial. La prestada era de letra mayor y más redonda, y á cada lado tenía además una vela encendida: el lector apoyaba sus codos y con las manos cruzadas oprimía su frente para reconcentrar su atención en la página sagrada.

Se le hubiera podido tomar por la imagen inmóvil del valor: cada una de las facciones de su severa fisonomía, expresaba esta resolución: «no prestaré oídos á mi corazón, leeré la Biblia, rechazaré al enemigo malo, y aprenderé á sufrir como conviene á un cristiano.»

Si; esta era la traducción exacta de la actitud de aquel mártir del deber y del honor, tan fielmente interpreté su pensamiento, como si el mismo me lo hubiese revelado de palabra.

Oh veterano! te has conducido como buen soldado en más de un sangriento combate; ojalá pudiera yo presentar á la vista del mundo tu alma varonil, y retrate tal cual entonces te vi! Méngua á mi novel-pluma.

Al rumor que hice al entrar levantó el

capitan la cabeza y vi revelada en su semblante la lucha que su corazon acababa de sostener por su conciencia.

=Esta lectura me ha sentado bien, dijo sencillamente y cerró el libro.

Acerqué entonces mi silla hácia él y le puse el brazo sobre su hombro.

=Luego no han sido satisfactorias las noticias? le pregunté en voz baja.

El capitan Rolando movió tristemente la cabeza y llevó el dedo á los labios.



CAPITULO VIII.

Me era enteramente imposible sondear los pensamientos de mi tío, cualesquiera que fuese su naturaleza, y detallar aquellas particularidades que, prescindiendo de sus pesares, habían escitado en mí tan penosos recuerdos.

Llegó la hora del sueño y no pude pegar los ojos. Empecé á recorrer en la memoria lo que casualmente acababa de saber, y acordándome de ciertas circunstancias del pasado, esperiménté todas las angustias de la perplegidad de Vivian con un

hombre como Peacock, con aquel intrigante tan poco escrupuloso, colocado por él al servicio del Sr. Trevanion? ¿Por qué haberme ocultado, por otra parte, que habia cambiado de nombre, y la influencia que empezaba á ejercer en aquella casa á la cual me ofreci espontáneamente á presentarle? ¿Y los secretos de su hechura con la nueva criada de miss Trevanion? No hay duda en que Peacock me habia explicado bastante satisfactoriamente las espresiones que yo habia podido pillar al vuelo en su precipitada entrevista... sin embargo, no habia logrado amortiguar enteramente mis sospechas: por otra parte, ¿cómo olvidar la audaz ambicion de Vivian, sus perniciosas máximas, y el efecto que produjo una noche en la ardiente agitacion del jóven aventurero, la conversacion de los mozalbetes que encontramos á la entrada del teatro! A medida que se iban sucediendo todos estos pensamientos en la calenturienta preocupacion que me abrasaba, sentia la necesidad de confirmarlos á cualquiera persona que tuviese mas esperiencia que yo del mundo, para que pudiese darme útiles consejos. Asi que me levanté, decia para mí, iré á prevenir á lady Leonor... pero

de qué? ¿del carácter sospechoso de un criado, ó de los proyectos del titulado Gower?

Si no contaba con pruebas positivas contra el primero, podia decir lo bastante de él para que se le despidiese. Pero que habia de decir yo de Gower ó de Vivian... sin hacer traición sino á su confianza, porque nunca la tuvo en mí, al menos á sus protestas de amistad á que tan pródigamente correspondí? Quizás, en último resultado, haya confiado su verdadero secreto al señor Trevanion; pero si no es así no me espondria á hacerle perder el porvenir que se le presentaba en aquella casa descubriendo los nombres supuestos con que ocultaba el verdadero de su familia? Por último quién me manda tomar parte en este asunto? Tengo algun interés en él? No han conseguido la respuesta de Peacock desvaner mis sospechas? podré yo mismo definirla con esaeta precision.

Al cabo vino el dia á sorprenderme en mi irresolucion. Viendo á mi tío tan sombrío como la vispera y entregando aun á sus meláncolicas reflexiones, no me atreví á tomarle por confidente de las mias,... y salí, confiando coordinar mejor mis ideas

á pasearme al aire libre á fin de resolver el problema. Tenia además dos ó tres horas con que encargar diversos objetos para el viaje y evacuar algunos encargos que Bolding me habia hecho. Concluidos estos negocios sin haber dejado de meditar en aquellas dos ó tres horas, advertí que no me encontraba lejos de casa de lady Leonor, y casi estaba decidido ya á ir allá para hacerla, sin revelar mi objeto á algunas preguntas acerca de Gower y del nuevo criado que acaba de admitir en su casa; he aqui que encontrándome en la calle del Regente, veo pasar un carruaje, dejando detrás á los que iban a derecha é izquierda. La velocidad con que marchaba no me impidió, sin embargo el que viese distintamente dentro de él á Fanny Trevanion... á Fanny, cuyo semblante revelaba la ansiedad y la pena.... ¿La jóven que iba con ella, no era la misma cuya conferencia con Peacock habia yo presenciado? no pude verla: solo distinguí á Fanny; pero creí reconocer perfectamente el sombrero y lo demás adherente de su *toilet* que tanto llamó la vispera mi atencion. En el asiento trasero iba Peacock, á quien vi de lleno por haber vuelto la cabeza para mi-

rar á un muchacho, que milagrosamente habia escapado de una de las ruedas, el cual le dirigia en cambio todos los denuetos del diccionario del populacho.

Mi primer impulso al volver de mi sorpresa, fué lanzarme á todo correr detrás del carruaje gritando con todas mis fuerzas, alto! alto! pero mis gritos fueron á perderse en el coche entre el bullicioso y la muchedumbre de la calle. Descansé un momento, y presa de los presentimientos mas sombríos, apresuré el paso llegando sin aliento á la plaza de Saint-James, en donde vivia el señor Trevanion. El portero me abrió la puerta con un periódico en la mano.

—En dónde está lady Leonor? Es preciso que la vea al momento.

—Supongo que no traerá V. malas noticias del señor?

—Malas noticias, de quién? del Sr. Trevanion? le pregunté.

—Pues qué, señorito, no sabe V. que se ha puesto malo de repente? Ayer llegó expresamente un criado á decirselo á lady Trevanion, la cual partió á las diez de la noche para unirse con su esposo.

—A las diez de la noche!

—Si señor: la relacion del criado alarmó á milady en gran manera.

—¿Es ese el criado nuevo... el recomendado de Gower?

—Si señor... Enrique; respondió el portero... Ahí tiene V., señorito, en ese periódico la noticia del ataque que ha experimentado el Sr. Trevanion... Supongo que la llevaria Enrique á la redaccion antes de venir aqui... lo cual no ha estado bien hecho, pero yo tengo á ese hombre por un atolondrado!

—Pero, miss Trevanion... Acabo de verla marchar tambien; por qué no se fué con su madre?..

—Dispense V. señorito, pase V. á la sala.

—No, no, respóndame V.

—Pues, bien, señorito, temiendo lady Leonor, el que los periódicos, que andan siempre á casa de noticias, digesen algo que pudiese alarmar á miss Trevanion, envio á Enrique antes de marchar á casa de lady Castleton, para prevenir á la señora marquesa y suplicarle que tranquilizase á su hija si se recibia alguna noticia alarmante... Pero parece que Enrique lo ha charlado todo asustando á mistress Mole.

—Quién es mistress Mole?

—La doncella de miss Trevanion, señorito, una nueva doncella. Esta á su vez lo ha contado todo á miss Trevanion, la cual, llena de zozobra se empeñó en volverse á Lóndres sin pérdida de tiempo. Lady Castleton que se encontraba tambien en cama, no pudo, segun creo, detenerla... mayormente cuando Enrique la convenció de que aun llegaria á tiempo para acompañar á su madre. La pobre miss Trevanion recibió gran desconsuelo á su llegada, al saber que milady se habia marchado la noche anterior. Sin duda, dijo el charlatan de Enrique, habrá recibido la señora noticias mas alarmante que las que yo la traje. En su vista, mandó miss Trevanion que buscasen caballos, á pesar de la oposicion de mistress Bates, el ama de Gobierno (quien V. conoce) la cual no aprobó la idea, pero alentada á emprender esta nueva marcha por mistress Mole, se...

—Dios mio! por qué no lo acompañó mistress Bates?..

—Ah! señorito, ya sabe V. lo que es el ama de gobierno; ademas es nuestra señorita muy buena y no quiso que se lo mentase siquiera, pretestando que iba á cor-

rer la posta noche y dia, y mistress Mele por otra parte, la decia que ella habia dado la vuelta al mundo con su anterior señora y bastaba para servirla en tan corto viaje...

—Ya lo comprendo todo! dónde esta M. Gower?

—M. Gover, señorito?

—Si, puede V. decírmelo?

—Yo creo que con el Sr. Trevanion.

—En las fronteras del Norte... como se le dirigen las cartas?

—«A lord N.—Quinta de C. cerca de W.»

—No quiero saber mas.

La conviccion de que se fraguaba una intriga traidora é infame, me hirió como la luz del relámpago. ¿Por qué, si en realidad se hallaba el Sr. Trevanion enfermo, me lo ocultó el pérfido criado? ¿por que aquella cita con mistress Mole, cuando acababa de llegar y despues la carrera al puente de Lóndres en vez de dirigirse al hotel de lady Leonor? ¿Cómo se esplicaba la repentina enfermedad del Sr. Trevanion que le habia traído á Lóndres y el saber él de antemano el dia fijo en que vendria, como me lo habia dicho, y la hora precisa en que po-

dria tener una entrevista con la doncella? Indudablemente se veia miss Trevanion amenazada de algun complot... no habia sido burlada la prevision maternal? no se habia procurado alarmar, escitando el cariño filial, á la sensible jóven, aletándola á emprender un viaje precipitado, cuando no se hallaba en disposicion de emprenderlo sin que fuese convenientemente protegida... contra los deseos, y contraviniendo probablemente á las órdenes terminantes de lady Leonor? Fanny sola por los caminos metida en un carruage: mucho peor que sola, en poder de criados cómplices de los viles proyectos de un aventurero como Vivian!... Entonces comprendí la verdadera significacion de las entrecortadas frases que habian despertado mis sospechas... ¡Oh instinto infalible del corazon que ama!... Mis vagos é indefinibles presentimientos no me habian engañado!

Me salí del hotel y dirigiéndome á la estacion, metime en el primer carruage que encontré, á mano y mandé al cochero que me condujese con la velocidad posible á la posada de la Cité, porque no llevaba encima el dinero que necesitaba para el viage que

pensaban emprender. Al apearme mandé al criado de la posada que encargase inmediatamente una silla de posta con cuatro caballos, y subime á mi cuarto, en el cual encontré afortunadamente al capitán:—Ven-gase V. conmigo, tío! exclamé: tome V. dinero! mucho dinero! se ha fraguado una infame intriga contra la familia de Trevanion; no estoy ahora para explicársela á V., ya lo haré por el camino: no perdamos instante que aun podemos llegar á tiempo para hacer fracasar este vil complot: vamos! vamos!

—Se trata de un complot! pues vamos allá! respondió el capitán con su espontaneidad caballeresca. Sin embargo, añadió; urdir una infamia contra una familia de esa categoría... Vaya, sobrino, dime que es ello, quién es el infame?

—Ah! el hombre á quien cometí la imprudencia de querer como á un amigo: el hombre á quien yo mismo ofrecí presentar al señor Trevanion—Vivian! Vivian!

—¿Aquel jóven de quien me hablaste? pero como?...

—Me atormenta V. con sus preguntas, querido tío. Escúcheme V.: ese Vivian (le

conozco) ha metido en la casa en calidad de criado, á un hombre capaz de cometer toda clase de bajezas y de realizar toda especie de intrigas. Este criado le ha ayudado á ganar á la doncella de Fanny, de miss Trevanion: miss Trevanion es una rica heredera y Vivian un aventurero; se me va la cabeza y ahora no puedo dar mas esplicaciones... Ah! voy á escribir cuatro le'ras á lord Castleton... declarándole mis temores y mis sospechas..... estoy seguro de que nos seguirá ú obrará segun le parezca mas oportuno, pero con energia.

Cogi papel, tintero y pluma, y escribi volando, y mi tio se inclinó sobre mi hombro para leer.. Pero al trazar yo el nombre de Gower, cogiéndome del brazo exclamó de improviso:

—Gower! qué nombre es ese? pues no decias Vivian?

—Vivian ó Gower, pues estos dos nombres representan una persona.

Mi tio salió apresuradamente del cuarto, naturalmente para hacer los pequeños preparativos de nuestro viaje.

Terminé mi carta, cerréla y se la entregué al criado para que sin pérdida de mo-

mento la llevase al mismo lord Castleton. Hallábase ya la silla de posta á la puerta y subiendo en ella mi tio sentóse á mi lado, despues de bajar con paso firme y sin desplegar sus lábios.—Consuélate, me dijo en el momento de arrancar los caballos.. quizás te hayan informado falsamente, tal vez no sea él.

—Falsamente, querido tio! No conoce V. á ese hombre: posee cuantas cualidades se requieren para hacer caer en sus lazos á una jóven como Fanny, y lo mas sensible, desgraciadamente, es que no abriga un solo sentimiento de honor para resistir á su ambicion criminal. Ahora le juzgo como por una especie de revelacion... pero demasiado tarde... Ah! cielos, si será demasiado tarde!

El capitan Rolando exhaló un hondo gemido: atribuílo á una prueba de la simpatia que le inspiraba mi conmocion y quise estrecharle la mano—estaba fria como la mano de un cadáver.

DECIMAQUINTA PARTE.

CAPITULO I.

A no haber conocido tan bien el carácter de Vivian, apenas hubiera observado lo que habia despertado mis sospechas, para mi mayor tormento tan pronto justificadas.

¿No te ha sucedido, lector, el contraer amistad durante tu juventud con algun compañero, cuyas brillantes y seductoras cualidades te cautivasen, al paso que reconocias en él defectos y aun vicios que no podias aprobar? esto es muy natural, en

aquella edad en que á pesar de las faltas que podamos cometer, rendimos culto á lo bello y nos entusiasmamos por los sentimientos nobles y las acciones virtuosas. No te tomarías, tratándole, un tierno interés por el combate á que se entregaban en su corazon los buenos con los malos principios? Quizás al cabo de algun tiempo le perdiste de vista, para saber, cuando menos lo esperabas, que se le atribuía algunas de esas acciones que no pueden clasificarse como buenas ni como malas en el curso ordinario de la vida: ¿no esclamarías entonces, bien fuese la accion laudable ó reprehensible:—Le encuentro pintiparado: solo él era capaz de hacerlo?

Hé aquí lo que con respecto á Vivian me sucedió á mí: las cualidades mas prominentes de su carácter, eran su génio para calcularlo todo, y su audacia para emprenderlo,—cualidades que conquistan un nombre glorioso ó que conducen al baldon y á la ignomia segun la fuerza del freno, que debe contener y dirigir las pasiones; si hubiese reconocido yo aquellas cualidades en alguna accion, laudable en la apariéncia, por mas que pareciese dudoso el que Vivian la hubiese realizado—habria yo es-

clamado: «El es! triunfó el ángel bueno!» De la misma manera (ay! y mas espontáneamente!) cuando era mala la accion é igualmente dudoso el culpable, descubria detrás del hecho á Vivian y conocia que el ángel malo habia vencido.

Habíamos corrido ya una larga distancia y mudado qué se yo cuantos tiros en la interminable y molesta carretera del Norte. Yo enumeraba á mi compañero de viaje de una manera mas clara é inteligible las causas de mis recelos: primero me escuchaba atentamente, pero interrumpiéndome de improviso: —Vaya, exclamó, todo eso puede no valer nada.... portémosnos como hombres: tengamos la cabeza fresca y la razon despejada: no me digas mas, — Y resolviéndose en el fondo de su asiento, el capitan se negó á prolongar semejante conversacion, y al oscurecer pareció dormirse. Compadécime de su fatiga y devoré en el silencio los amargos recuerdos de mi alma.

En cada relevo adquiríamos noticias de aquellos en cuya busca íbamos: al llegar al segundo, solo nos llevaban una hora de ventaja, pero cuanto mas adelantábamos, mas terreno perdíamos, á pesar de la ge-

nerosidad que usábamos con los postillones. Al cabo atribuí nuestra lentitud comparativa á la circunstancia de cambiar de carruaje al mismo tiempo que de caballos, y habiéndole hecho esta observacion al capitán Rolando, cerca ya de media noche, llamó al maestro de postas y le dió lo que pidió porque nos dejase su carruage hasta el término de nuestro viaje. Tan ageno me pareció esto á la economía comun del capitán, ya se tratase de mi dinero ya del suyo; tan poco conforme estaba semejante liberalidad con su fortuna ni con la mia, que no pude menos de decirle algunas palabras al oído sobre el particular.

—Sabes por qué he sido avaro? dijo tranquilamente el capitán.

—Avaro!..... no lo es V.: prudente y economizador, sí... los militares todos lo son comunmente.

—No: he sido avaro, repitió el capitán con énfasis, y empecé á serlo desde que mi hijo era niño aun. Creíale destinado á las grandezas y dado á pomposos caprichos y dije para mí: economizaré para él: es preciso que los niños sean niños. Por consiguiente, así que dejó de serlo (cuando empezó á tener los vicios de hombre) dije en

mi interior: paciencia, puede enmendarse. Si no se corrije seguiré ahorrando á fin de poder influir en él por medio del interés ya que por el del corazon no tengo influencia alguna sobre él. Le sobornaré en el obsequio á su honor, y despues... Vió Dios que era yo orgulloso y me castigó. Dí al postillon que vaya ligero... lijero... camina el coche como un caracol.

Durante aquella noche y el siguiente dia, viajamos sin descanso y sin mas alimento que un pedazo de pan y un baso de vino. Por último, supimos que habiamos ganado el terreno perdido y que ibamos ya al alcance del ansiado carruaje, y llegamos despucs de anohecido á la parada situada en el punto en donde el camino que dirige á la quinta de W.... se para á la derecha conduciendo á las fronteras de Escocia.... las noticias que allí adquirimos confirmaron mas nuestras funestas sospechas. El coche de miss Trevanion habia relevado el tiro una hora antes, y dejando á un lado el camino de la quinta, se habia encaminado por la carrera de Escocia. Las gentes de la posada no habian visto á la señora que le describimos, porque hacia una noche muy oscura, y solo el lacayo bajó á pedir los caballos.

Acabábase de desvanecer la esperanza de que las apariencias me engañase. Al principio se mostró el capitán mas aterrado que yo mismo, pero no tardó en recuperar su sangre fría.—Continuaremos el camino á caballo, me dijo, y se metió en la cuadra: á la vista del oro desaparecieron todas las dificultades, y cinco minutos despues estábamos montados con un criado de la casa de posta para que nos acompañase. En menos de las dos terceras partes del tiempo que hubiéramos invertido en la silla de postas, llegamos á la parada inmediata.... mi caballo trasudaba para alcanzar al del capitán. Tomamos nuevos caballos, y apenas nos separaban ya del carruaje veinte y cinco minutos, siendo evidente que debíamos alcanzarlo antes de llegar al pueblo inmediato. La luna brillaba en el horizonte en su plenitud y podíamos alcanzar con la vista una inmensa distancia: partimos al galope, las millas se sucedían á las millas, pero el coche no parecía. Llegamos por último á la posada, la única que en aquel punto tuviese caballos disponibles: algun trabajo nos costó el despertar á la gente, pero al cabo supimos que no iba carruaje alguno delante de nosotros, y na-

die habia pasado despues de la media noche.

Qué misterio seria este?

— Volvamos atrás, hijo mio, exclamó el tío Rolando con la pronta resolución de un militar y metiendo espuelas á su caballo: habrán tomado el camino trasversal: yá daremos con las buellas de las ruedas y de las pisadas de las bestias,

El criado de la posada nos señaló refunfuñando los caballos en sudor, pero mi tío le alargó por toda respuesta la mano... llena de oro. Salimos á escape en medio de la soledad y silencio, hasta llegar á la carretera alumbrada por la antorcha de la noche: dos caminos se nos presentaban á igual distancia de ambas paradas, y vacilamos ya entre cual de los dos elegiríamos súbitamente en el mas estrecho de la izquierda, dos postillones montados. Al verlos, saludólos el que nos venia acompañando, y nos acercamos á inquirir de ellos noticias. A unos cien pasos de distancia se habia salido al coche que guiaban una rueda del eje: la señora y sus criados se refugiaron en un pequeño parador, y entonnee despidió el lacayo á los postillones despues de dar pienso á sus caballos, encargándoles que volviesen al

dia siguiente con el maestro de coches pa-
componer la rueda.

—Y cómo se salió la rueda del eje? pre-
guntóme con ademan severo el capitán.

—Ah! Señor, creo que estaba muy re-
seco.

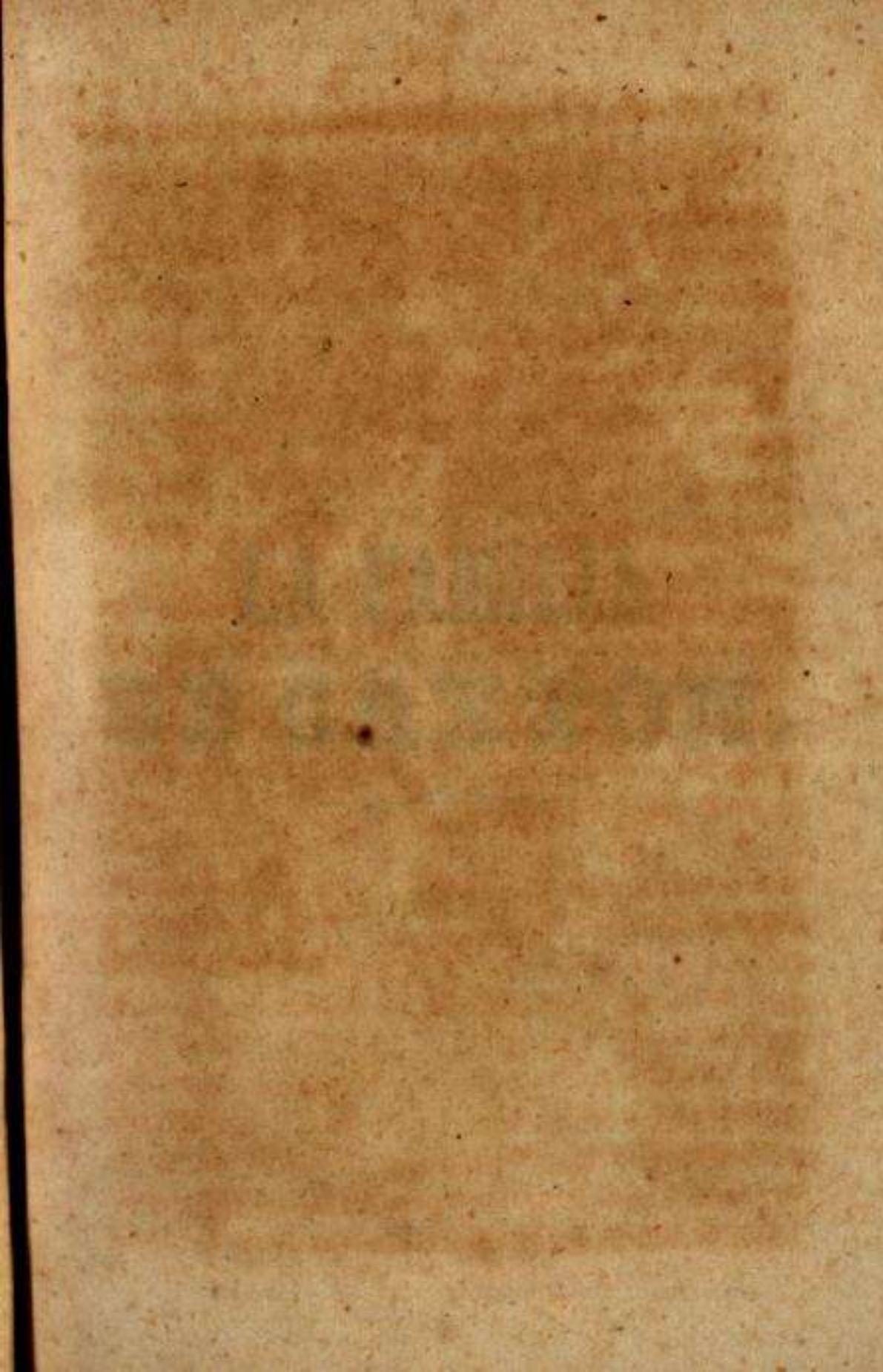
—Pero examinó el criado las ruedas
antes o despues del contratiempo?

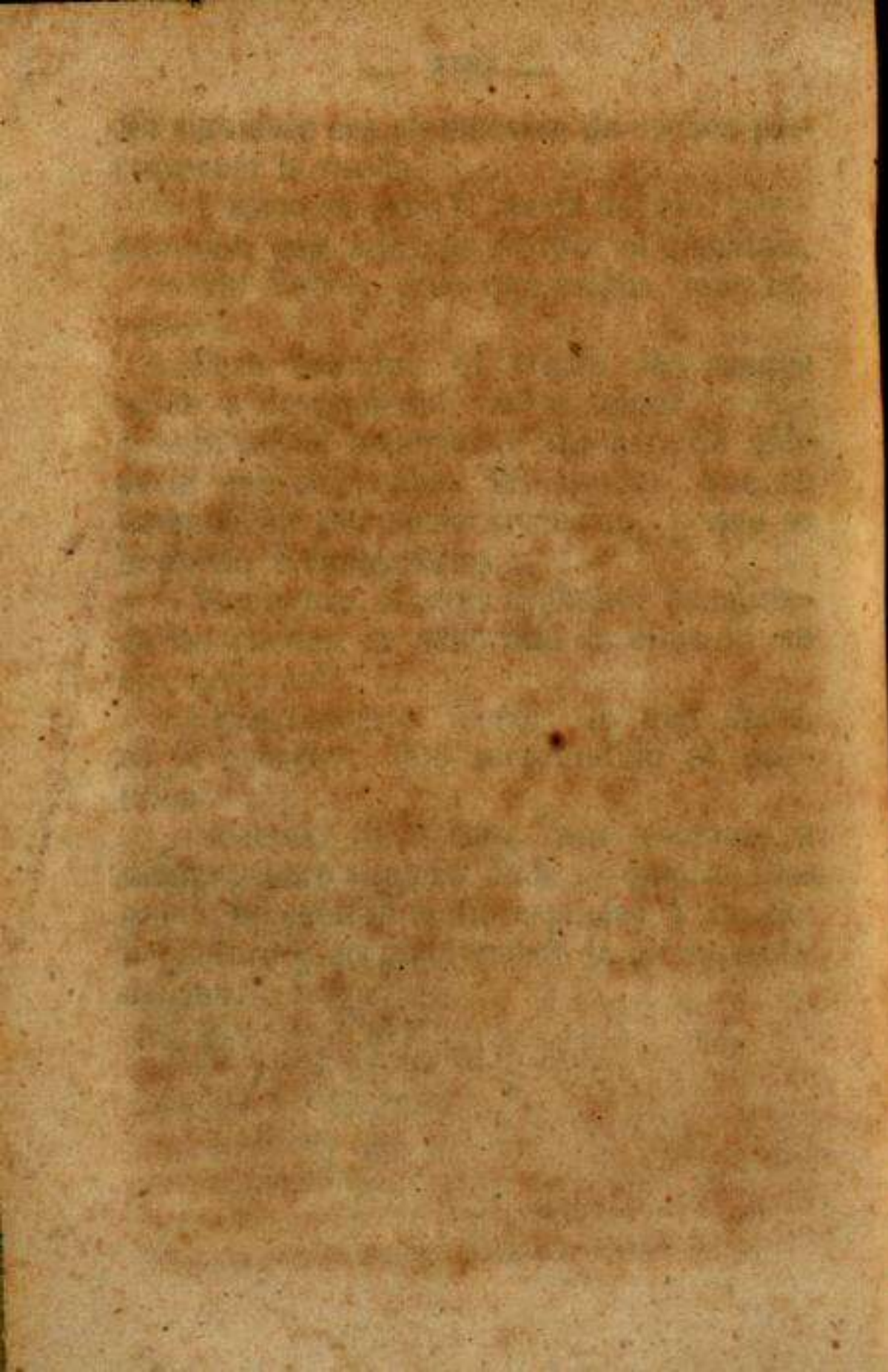
—Si señor, acuérdome de haberle oido
decir que chispeaban las ruedas, que no
tenian el eje de nueva invencion, y que se
le olvidó el engrasarlas.

—Segun eso, á pesar de haber examina-
do las ruedas, se salió una de ellas de su
eje, no es así?

—Exactamente, señor; lo que decís,
es lo ocurrido, dijo sorprendido el pos-
tillon.

—Vamos, Pisistrato, aun estamos á
tiempo; pero quiera Dios... quiera Dios
que... El capitán metió espuelas á su ca-
balgadura y no pude acabar de oír su escla-
macion.





**LA FAMILIA
DE CAXTON.**



ALHAMBRA AI
MORXAS 30

**LA FAMILIA
DE CAXTON,**

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR SIR EDUARDO LYTTON BULWER.

Y TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. JOSÉ TORA.



TOMO VI.

Sevilla.—1855.

IMP. DE LA LIBERTAD CENTINELA DE ANDALUCÍA
Calle de los Lombardos.

LA FAMILIA

DE CAXTON,

BY JOHN GARDNER

FOR THE BOSTON LITTEE MUSEUM.

AND

BY JOHN GARDNER

==

TOME II.

Boston, 1853.

THE BOSTON LITTEE MUSEUM
CORNER OF THE COMMONS

CONTINUACION

DE LA DÉCIMAQUINTA PARTE.

A una distancia no larga de la travesía, se levantaba en medio de una pradera el humilde parador... viejo y sombrío edificio, cuyas parduscas paredes ofrecían un aspecto lívido al reflejo de los pálidos rayos de la luna; las ramas de algunos abetos proyectaban sus sombras á un lado de la casa; pero se hallaba aquella enteramente aislada, solitaria y sin una mala choza en sus con-

tornos. Si los moradores de tan triste posada pertenecian á aquella clase de gentes que se prestan fácilmente á ser cómplices de una maldad y permanecen sordos á los gritos de la inocencia, no podia haberse elegido mejor sitio!...

Estaban las puertas cerradas: veíase luz por la parte baja, pero las ventanas del primer piso se hallaban cerradas y no permitian ver nada.

Detúvose mi tío un momento y díjole al postillon:—No tiene esta otra puerta?

—No, señor: no paso por aquí muy frecuentemente, y los que habitan esta posada hace poco tiempo que la han tomado: dicen que no les va muy bien.

—Llámala á la puerta y nos separaremos á un lado. Si te preguntan qué quieres, responde sencillamente que deseas hablar con el mozo—que te has encontrado un bolsillo—toma el mio.

Mi tío y yo nos apeamos arrimándonos á la pared, y observando que mi impaciencia se avenia mal con lo que me parecian precauciones inútiles:

—Chit! me dijo al oído: si algo se oculta en esta casa, no responderán los de dentro hasta reconocer al que llama, y si nos ven,

no querrán abrir. Así que conozcan al postillon, á quien tomarán desde luego por uno de los dos que han guiado el coche, nada recelarán. Prepárate para arrojarte sobre la puerta tan pronto como se abra.

No engañaba la esperiencia al viejo oficial. Al principio nada respondieron á los aldabonazos: veíase por las rendijas de las ventanas llevar y traer rápidamente la luz como si pasase de unas manos en otras.

Mi tio hizo una señal al postillon para que redoblase los golpes, y dió mas..... tres..... hasta que por último asomó por encima de la puerta una cabeza y oyóse preguntar:

—Quién es? qué se le ofrece á V.?

—Soy el postillon del Leon rojo, y quiero hablar con el mozo del coche amarillo: me he encontrado su bolsillo.

—Ah! yo creí que era otra cosa; espere V. un momento.

La cabeza desapareció, y poco á poco nos aproximamos á la entrada. Oímos quitar la barra de la puerta; empezó esta á abrirse con mucha precaucion, y de un salto me planté dentro seguido del capitán.

—Ladrones! socorro! socorro! exclamó una voz estentórea, y al punto me echaron

al cogote una mano que me ahogaba. Entonces empecé á repartir golpes á derecha é izquierda, y alguno aproveché sin duda, porque oí un ¡ay! seguido de una maldición.

Al mismo tiempo habia descubierto el capitán un rayo de luz por la rendija de una puerta, y guiado por ella penetró en la habitación, por cuya ventana habiamos visto ir y venir la misma luz mientras estábamos aun á la parte de fuera. Precipitéme con él y ví en una especie de sala á dos mujeres, una de las cuales era probablemente la posadera y la otra la pérfida criada: en sus semblantes se hallaba retratado el terror. Cogí á esta última del brazo y la dije:—«¿Dónde está miss Trevanion?» por toda respuesta dió la mujer un agudo grito: de improviso aparecióse una nueva luz en el tramo de la escalera frente á la puerta, y una voz que reconoci al punto, gritó: «Qué es éso? qué ha ocurrido? Era la voz de Peacock.

Lancéme entonces en la escalera y me sentí sujeto en un abrir y cerrar de ojos por un hombre corpulento (el mismo posadero á quien derribé en la puerta de un golpe, del que se habia repuesto ya; pero

pocos instantes despues le hice rodar por las escaleras abajo y me encontré en la meseta del piso principal cara á cara con Peacock, el cual asi que me hubo conocido retrocedió algunos pasos y sopló la luz. Entonces oyéronse en medio de la oscuridad juramentos, gritos de terror y amenazas. Entre aquella confusion parecióme oír á la derecha una nueva y mas delicada voz que gritó: aquí! aquí! amparo! No tuve duda de que era de Fanny; al dirigirme á tientas hácia aquel lado recibí un violento golpe, en el brazo izquierdo afortunadamente: con el derecho sujeté á mi acometedor.

Este que no era otro que Peacock, escabullóseme al aproximarse con una luz el capitan, el cual á su vez le echó encima sus temibles puños, sugetándole con fuerza. No temiendo nada por mi tio mientras se las hubiese con un enemigo solo, y como no pudiese apartar de mi memoria á aquella cuya voz acababa de resonar en mis oídos, me habia dirigido á una puerta cerrada, empujándola violentamente: empezaba ya aquella á ceder, cuando se le cayó á mi tio la palmatoria de la mano al arrojarse sobre Peacock, y nos quedamos otra vez á oscuras. No obstante seguí forzando aque-

lla puerta.—Retiráos, quien quiera que seais, dijo en aquel momento desde dentro una voz que no era la de Fanny; retiraos, pues de lo contrario os va la vida!»

En vez de detenerme, aquella amenaza redobló mis esfuerzos y mi valor; la puerta cedió á mi fuerte empuje y me encontré dentro de la habitacion. Asi que penetré en ella, vino Fanny á echarse á mis pies, cogióme despues las manos y levantándose reclinó su cabeza sobre mi hombro murmurando á mi oido estas palabras: «¡Me he salvado!» Enfrente de mi, con el semblante alterado por el furor chispeantes los ojos de fuego salvaje, y con los labios entreabiertos y temblorosos, se hallaba aquel á quien hasta entonces habia dado yo el nombre de Francisco Vivian!

—Fanny!... miss Trevanion!... exclamé, que infamia es esta! Habeis venido á este sitio en busca de ese hombre? Ah! Hablad.

Vivian se adelantó hácia nosotros.

—No preguntéis á nadie sino á mi!... me dijo; dejad á esa señora... es mi prometida... será mi esposa.

—No, no! no le creais! exclamó Fanny;—mis criados me han vendido... me han

traído aquí engañada recurriendo á toda clase de falsedades! Dijéronme que estaba enfermo mi padre, que iba á reunirme con él; y me hé encontrado aquí con ese hombre que ha tenido la osadía...

—Si, miss Trevanion he tenido la osadía de deciros que os amaba.

—Protegedme, por Dios!... libradme de él! me protegeréis!

—No, señora! respondió á mis espaldas una voz severa. Quien reclama el derecho de protegeros contra ese hombre, soy yo; yo soy quien os tiende estos brazos que hasta para él deben ser sagrados; yo soy quien detiene sus pasos, fulminando sobre su cabeza.. la maldicion de un padre. Violador del hogar doméstico! raptor malvado!... quitate de mi presencia, huye en busca del destino que tú mismo te has labrado. Aun tendrá Dios misericordia de mi, abriéndome la sepultura antes de que hayas llegado á las galeras... ó el cadalso!

Me quedé aterrado.... el espanto heló la sangre de mis venas... senti que me flaqueaban las piernas y retrocedí algunos pasos para apoyarme en la pared. El capitán Rolando habia enlazado con sus bra-

zos el cuerpo de Fanny, la cual tímida y temblando se reclinó sobre su pecho mirándole con ojos suplicantes. Nunca, hasta entonces, había visto retratada en aquella austera fisonomía, que revelaba las emociones de una vida llena de sufrimientos, una espresion de cólera tan noble, de desesperacion tan sublime. Siguiendo la direccion de su sombría y fija mirada, como la del profeta, que nos amenazase con una sentencia fatal, vi al hijo fascinado por ella: figuróseme que había desaparecido de repente su juventud y marchitándose al caer su cabeza la maldicion del anciano: volvióse su semblante mas bien livido que pálido, las piernas le temblaban, hasta que por último, exalando un apagado suspiro, como quien acaba de recibir un golpe mortal, se cubrió la cara con sus manos y permaneció así inmóvil, pero aterrado.

Movido por un impulso instintivo fui á colocarme entre el padre y el hijo, balbuceando:—Perdonadle! vedle anonadado por las acusaciones que le dirige su propio corazon: aproximándome despues mas al hijo:—Retiráos, le dije, marcháos; no llegó á cometerse el crimen, y la maldi-

ción puede revocarse. Pero mis palabras despertaron un pernicioso sentimiento en en aquel carácter rebelde.

—Dejadme! exclamó rechazándome, no reconozco autoridad alguna: soy libre en todas mis acciones, y no permitiré que nadie intervenga entre esa señora y yo!— Señor, prosiguió dirigiéndose con ademán feroz á su padre, habeis olvidado nuestro contrato: los lazos todos que nos unian fueron rotos, y la autoridad que sobre mi ejerciais, anulada tambien: he renunciado al nombre que llevais, y me habeis considerado, y debia considerarme aun, como muerto. Os niego, pues, el derecho con que intervenis entre el amante y el objeto que le es mas querido que su existencia misma... Y vos, añadió estendiendo hácia Fanny sus brazos en ademán suplicante, miss Trevanion, no me condeneis sin oirme: una súplica tengo que haceros y no me la negareis; permitidme que os vea á solas un momento. Dejad que os pruebe que si fui culpable, no fué al menos por los viles motivos que se me imputan; que no traté de tender un lazo á la rica heredera, sino de llegar al corazon de la mujer que adoro: oh! escuchadme!

—No, no, balbuceó Fanny, estrechando mas al capitan, no me abandoneis... si como creo adivinarlo es vuestro hijo, le perdono, pero que se vaya... tiemblo... al oir solo su voz.

—Luego quieres borrar hasta el recuerdo del lazo que nos une? dijo el capitan con voz sombría: te empeñas en que viendo en ti tan solo al ladron vil, al raptor infame... te ponga en manos de la justicia, ó te haga caer muerto á mis pies? Si quieres evitarlo, huye!

Acerquémeme por segunda vez al hijo criminal y de nuevo fui rechazado.

—Quién manda aquí, dijo cruzando con resolucion los brazos, soy yo: cuantos en esta casa se encuentran, deben obedecer mis órdenes y someterse á ellas. Vos, señor, que tan alto precio dais al honor, á la reputacion, al nombre de una familia, ¿no veis que arrebatáis á esa señora todos aquellos titulos en el hecho mismo de librarla de mi amor como de un insulto? Cómo acojerá el mundo la historia de miss Trevanion salvada por vos? Querrá creerla?... Ah! perdonádmeme, señora, miss Trevanion, Fanny... perdonádmeme; soy un insensato... pero escuchádmeme sola; un momen-

to sola, y si despues insistis en que me vaya, os obedeceré sin desplegar los labios: pero no quiero mas árbitro que vos.

Fanny no se desprendia de los brazos protectores del capitan. En aquel momento se oyó ruido de gente en la calle, y figurándome que seria producido por los cómplices de aquella villanía que alentados venian quizás en ayuda del raptor, la compasion que hasta allí habia experimentado yo por el jóven criminal, se convirtió en indignacion y horror hácia él. Entonces sujeté con fuerzas por los brazos al falso Vivian, para que no pudiera moverse, y le dije con firmeza:

—Cuidado con lo que sucede: no agraveis vuestra ofensa criminal: si vienen á prestaros ayuda, os las habreis conmigo, y...

Fanny se lanzó hácia mi.

—No provoqueis á ese hombre malvado: no le temo: señor, estoy pronta á oiros sola.

—Nunca! esclamanos á una voz el capitan y yo.

Vivian fijó en mí su feroz mirada, y volviéndose despues con amargura hácia su

padre:—Pues bien, dijo en son de ruego. hablaré en presencia de los que con tanta severidad me han juzgado, pero hablaré al menos. Interrumpióse, y dando á su voz un nuevo acento, un acento apasionado que hubiera parecido tierno á no ser por el sentimiento repulsivo que nos inspiró su atentado.

—Confieso, dijo, miss Trevanion, que la primera vez que os vi, pensé quizás en el amor como en un medio mezquino y ambicioso para obtener riquezas é influencia. Aquellas ideas en efecto me ocurrieron, desvaneciéronse muy pronto, y solo quedó en mi corazón un amor... una pasión insensata. Cuando urdi esta trama, era un hombre delirante; mis ojos no veían mas que un objeto: mi mente corria desalada tras de una vision celestial! Ah! y yo que os he poseido, sí, que os he poseido, en sueños al menos... he de perderos para siempre.

En la actitud, en la fisonomía y en el tono de voz de aquel hombre, se revelaba un sentimiento, que la mas refinada hipocresia podrá fingir, ó experimentar en realidad el corazón mas pervertido, —pero que á mi entender se abre siempre camino para llegar al corazón de una muger que haya

amado, por muy ofendida que haya sido: he aqui porque no pude menos de lijar en miss Trevanion una mirada sospechosa. Sus ojos, que espresaban el terror, se encontraron en los míos, y quizás leyera en ellos mis dudas, porque despues de retratarse en su semblante la espresion de una reconvencion tranquila, se estremecieron sus lábios con todo el orgullo de su madre, y por la primera vez en mi vida pude leer la cólera en su frente.

—Debo felicitar me, caballero, respondió á Vivian, de que os hayais espresado en esos términos en presencia de estas personas, porque en su presencia tambien os reto á mi vez á que manifesteis, en nombre de ese honor que el hijo de este caballero pudo olvidar un momento, os reto á que declareis si yo, Fanny Trevanion, os he dado motivo por medio de alguna accion, gesto ó palabra, para que creyéseis que participaba del sentimiento que decís habeis experimentado por mi, ó si os he alentado á que intenteis apoderaros de mi persona.

—No, exclamó espontáneamente Vivian, pero dejando ver en sus lábios el esfuerzo que le costaba el hacer semejante confesion. No, pero cuando amo con tanto apasiona-

miento, cuando de esta manera comprometo todo mi porvenir por proporcionarme una ocasión en que hablaros á solas, hubiera podido creer que en recompensa de tanto amor solo habia de encontrar ódio y desden! Pues qué! tan poco tengo que agradecer á la naturaleza, que me haya de ver condenado á amar sin ser correspondido? Pues qué! tan oscuro es mi nacimiento que me prohiba el enlazarme con los nobles del reino? En cuanto á mi nacimiento, señora, ese hombre que teneis á vuestro lado podrá al menos en justicia, el que ha sabido inspirarme este orgullo—podrá deciros que mi nombre me autorizaba á concebir elevadas esperanzas y á alimentar una ambición audaz! Pero no... en vos solo se encuentra mi ambición y mis esperanzas! Sí, miss Trevanion, no lo dudeis! Por llamaros mia hubiera faltado á las leyes del mundo, habria desafiado á todos los enemigos, excepto al que súbitamente se ha aparecido á mi vista! Sin embargo, si hubiera logrado mi objeto, creedme, no os habriais visto deshonrada ni arrepentida por vuestra elección; el nombre que debo á mi padre, pero que no le agradezco, no habria sido despreciado por la muger que despreciase mi pre-

suncion, ni por el hombre que ahora menosprecia mi dolor y me maldice en mi aislamiento.

El capitán no había interrumpido á su hijo, muy al contrario, comprendió mi razon interesándose en su secreta simpatía, que le escuchaba con la esperanza de oír una palabra siquiera que atenuase su atentado, ó que atribuyese al menos un motivo no tan sórdido á la bajeza de los medios que no se había avergonzado de emplear; pero al oír aquellas palabras de injusta reconvencion, aquellas declamaciones desesperadas, elocuencia del falso orgullo, desapareció toda ilusion, convenciéndonos de que el desgraciado no poseía uno solo de los principios de aquel honor idolo de su padre. El capitán apartó la vista del hijo pervertido, y atrayendo de nuevo á Fanny hácia su seno:

—Su aliento, dijo, emponzoña el aire que respira la inocencia. Si todo está sometido á él en esta casa, por qué permanecemos en ella?—Vámonos.—Y se dirigió con Fanny hácia la puerta. Entretanto se había calmado el rumor que habíamos oído en la calle, pero pareciome oír pasos en la escalera. Vivian se opuso en nuestra salida.

—No, no, miss Trevanion, no podeis dejarme de esta manera. Por mas que haya de renunciar á vos, por mas que se me niegue hasta el perdon que os he pedido, no consentiré que salgais de aqui de esta manera, sin cuarruage, sin criados, sin una esplicacion que proclame la verdad!... Caiga sobre mi todo el baldon, pero concededme al menos el derecho de reparar lo que puede repararse, el derecho de defender cuanto vos me dejais... vuestro nombre.

Como mientras asi hallaba Vivian, se habia puesto de espaldas á la puerta, no vió al nuevo actor que acababa de llegar, el cual habia oido como nosotros, desde el umbral de la puerta donde se habia detenido, sus últimas palabras.

—El nombre de miss Trevanion, caballero: defender el nombre de mis Trevanion! quién le insulta? dijo el recién venido, adelantándose hácia Vivian y clavando en él una mirada en la que al través de la mas perfecta calma se revelaba el desden.

—Lord Castleton! exclamó Fanny descubriendo su semblante que habia ocultado con sus manos.

Vivian retrocedió mordiéndose los labios.

—Espero vuestra respuesta, caballero, dijo el marqués, porque á nadie ni aun á vos, consentiré que haga en mi presencia la menor indicacion que pueda empañar el nombre de esta señorita.

—Milord Castleton, moderad conmigo ese tono! exclamó Vivian. En vos encuentro al menos un hombre á quien puedo retar y levantar la voz. Si á todo me he arriesgado, hasta cometer un crimen, no ha sido con otro objeto que el de salvar á esa señorita de la fria ambicion de su familia, el de impedir que su juventud y su hermosura fuesen sacrificadas á un hombre sin mas títulos que sus riquezas y honores... pero al proceder de este modo, abrigada la esperanza de que me seria fácil el conquistar el corazon de aquella que veia en mi un libertador mas bien que un raptor. Esto me autoriza á decir, que me toca á mí el defender el nombre de esa señorita, á la cual he salvado en efecto, milord, porque no es creíble que un hombre como vos, que rinde al mundo un culto tan servil, quiera aprovecharse aun de la cruel vanidad que le ofrece su hermosa presa! La futura marquesa

de Castleton sorprendida en el camino de Escocia con un aventurero! Ah! si sello mis labios, quien sino yo podrá sellar los de aquellos que están en el secreto! Si debe este guardarse, ha de ser con la condicion de que no triunfeis de mi derrota. Podré perder el objeto que adoro, pero nadie será dueño de él, y mucho menos el hombre de quien quise libertarlo. Ahora bien, milord Castleton, os he dado en lo vivo?

—Muy al contrario, en vista de lo que acabais de decirme, casi estoy tentado á perdonaros la viveza que no habeis llegado á cometer. En efecto, gracias á vuestra manifestacion, he podido saber por la primera vez, y con una poca satisfaccion mia, que si me hubiera atrevido á pedir la mano de miss Trevanion, al menos sus padres hubieran perdonado mi presuncion. Respecto á lo demas, no paseis penas por lo que pueden decir vuestros cómplices: ellos han confesado ya su infamia y la vuestra. Podeis marcharos, caballero.

Adelantóse entonces lord Castleton con la dulce ternura de un padre y la magestuosa gracia de un principe hácia Fanny, la cual temblando aun, puso la mano en su pecho,

evitando tal vez con esto algun violento acto de parte de Vivian, cuya agitada respiracion y ojos centellantes demostraban, que ni la vergüenza misma podia dominar sus pasiones feroces. Pero al ver la naturalidad con que Fanny aceptó la nueva proteccion que se le ofrecia, quedóse petrificado y pareció que se le habia pegado la lengua al paladar. A alguna distancia permanecia con la mirada distraida, é inmóvil como una estatua de piedra, el capitán Rolando.. Ah! al recordar esta escena, no puedo menos de esclamar, á pesar del tiempo que trascurrido desde entonces:» porque al pasar por su lado le digiste alargándole la mano con encantadora figura: «dadme tambien *nuestro brazo.*»

Pero se habia apoderado del capitán un temblor que no le permitió dar un paso: dobló la cabeza sobre su pecho y se cerraron sus ojos. El mismo lord Castleton, que ignoraba y no podia adivinar la verdadera y terrible causa de aquel abatimiento, se afectó tanto al verlo, que sin pensar en marcharse de aquel sitio, exclamó con toda la espontaneidad de su bello corazón:

—Estais malo, os desmayais: Pisistrato dadle el brazo.

—No es nada, respondió el capitán con voz apagada, dejándose caer pesadamente sobre mí. Entre tanto volvía yo la cabeza con toda la amargura que embargaba mi alma, fijando una mirada de reconvención en aquel que debía ocupar mi lugar. Ah! gracias al cielo, penetró aquella mirada en el corazón rebelde, porque en aquel mismo instante cayó el hijo de rodillas á los pies de su padre exclamando:

—Perdon!... perdon, padre mio! Aunque soy un endurecido criminal humillo mi frente ante la maldición. Caiga ella sobre mí, y solo sobre mí, sin que hiera además vuestro corazón!

Fanny dió rienda suelta á su llanto, y dijo sollozando:

—Perdonarle como yo le perdono!

El capitán no oía.

—Crec, dijo con voz apenas inteligible por lo apagada, que no estaba destrozado mi corazón antes de que le maldijese. Levantó despues la vista al cielo y oró interiormente como podia observarse por el movimiento de sus lábios. Por último, alargó las manos hácia su hijo que permanecía postrado á sus pies, y apartando sus ojos:

Revocó la maldicion, le dijo; dirigete á Dios para que te perdone.

Desconfiando quizas de si mismo, hizo un violento esfuerzo y salió de la habitacion.

Seguímosle lenta y silenciosamente, pero antes de haber llegado al extremo del corredor, oímos cerrar súbitamente la puerta del cuarto que habia quedado abierta, con un recio golpe. Aquel ruido detuvo instantáneamente mis pasos y retrocedí con precipitacion en extremo alarmado.

En el fatal impulso de tan terribles pasiones, todo era de temer: como habia sido ya forzada la cerradura, nada se opuso á mi entrada. Dificil seria de concebir el espectáculo que se ofreció á mi vista: era preciso haber visto como yo la funesta desesperacion de aquel en quien ningun influjo ejercia la razon, y al cual no podia proporcionar la conciencia el menor consuelo, para formarse una idea de lo que seria el mundo si el hombre permaneciese en él entregado á sus malas pasiones y libre del freno que á ellas pone la religion y la moral. Veíase allí el orgullo humillado en el polvo, rodeada la ambicion de los despojos de su

naufragio, el amor (ó lo que se habia tomado por amor) sin una sola ilusion, privada la juventud de su guia mas natural, de sus mas santos instintos, la vuergüenza de la obcecada venganza, los remordimientos privados del manantial de las súplicas..... he aqui todo lo que revelaban las amarguras de aquel hijo criminal.

Apenas tenia yo veinte años! Y mi corazon conservaba en toda su pureza los tiernos sentimientos que nacen y robustecen en nosotros durante los dias felices en que sentimos el calor del hogar doméstico! Aquel jóven á quien quise convertir en un amigo, no ya extraño para mi... era el hijo de mi tio! A presencia de aquellas terribles angustias, olvidé todo y estrechándole en en mis brazos, aunque se esforzaba en vano por rechazarme, le dije en voz baja:— Valor, valor, la vida es larga. Ya recuperareis lo perdido; se borrará la mancha y vuestro padre os bedecirá!

CAPITULO II.

No podia acompañar yo durante mucho tiempo á mi desgraciado primo; sin embargo, habia permanecido largo rato en su compañía, y esperaba que se hubiese marchado ya el carruaje de lord Castleton: así fué que al salir á la puerta de la posada y verlo aun allí, no pude menos de sentir sérios temores por la salud del capitán: las fuertes sensaciones que habia experimentado podian haberle producido un ataque mortal... no eran mis temores infundados. Al entrar en la salita en donde sorprendimos á la muger del posadero con la criada

de miss Trevanion, me encontré á mi pobre tio tendido sobre un sofá; Fanny le aplicaba, de rodillas, paños de vinagre á la frente, y lord Castleton le vendaba un brazo mientras el ayuda de cámara favorito del marqués, que entre otros conocimientos poseía algunos en materias quirúrgicas, limpiaba la hoja de un cortapluma que habia hecho las veces de lanceta. Al verme, díjome lord Castleton:

—Tranquilizáos... un ligero desmayo... le hemos hecho media sangria y le ha probado... ya vuelve en sí.

Al abrir el capitan los ojos, fijólos en mí lleno de ansiedad; sonreime, y besándole la frente pude, sin faltar á la verdad, decirle al oido algunas palabras que debian llevar algun consuelo al corazon del padre y al del cristiano.

Pocos instantes despues marcharon. Como el carruaje de lord Castleton no tenia mas que dos asientos, fueron estos ocupados por miss Trevanion y por el capitan, colocándonos el marqués y yo en el asiento trasero: su criado se adelantó en uno de los caballos que el capitan y yo habiamos traído. Durante el camino no hablamos una palabra: lord Castleton parecia estar ente-

ramente afectado, y yo no sabia romper el silencio.

Al llegar á la posada, en la que el marqués habia relevado los caballos, se empeñó en que Fanny se acostase para procurarse el descanso de que tanto necesitaba.

Yo acompañé á mi tio á su cuarto y le volvi á hablar del arrendamiento de su hijo pero por toda respuesta me estrechó la mano y fué á hincarse de rodillas al pie de la cama para orar. Terminada su súplica, levántose con aspecto resinado, y con la docilidad de un niño dejó que le ayudase á desnudarse y á meterlo en la cama: volvióse de espaldas á la luz, y despues de exhalar algunos suspiros se entregó á un sueño benéfico y sosegado. Acerqueme á él y su respiracion me pareció regular y tranquila; visto lo cual, bajé á la sala en donde, segun me lo habia dicho en voz baja, me esperaba, solo lord Castleton, al que encontré sentado junto á la lumbre y entregado al parecer á penosas reflexiones.

—Me alegro que volvais, me dijo haciéndome sitio, porque os aseguro que há muchos años no he sentido tanta tristeza como hoy. Tenemos muchas esplicaciones que

daros... quereis empezar? Dicen que el sonido de una campana disipa la tempestad: nada hay como la voz de un amigo franco y honrado para disipar las nubes que se nos vienen encima al pensar en nuestras propias faltas, ó en las maldades de los demas. Pero decidme y ruégoos me dispenseis una y mil veces; es pariente vuestro aquel jóven!..... hijo del valiente capitan. Es posible!

Mis esplicaciones debian ser por necesidad cortas é imperfectas: así fué que no tardé en contar rápidamente á lord Castleton la separacion del padre y del hijo, cuyas causas ignoraba, la creencia en que estaba yo de la muerte de mi primo, y el encuentro enteramente casual que me hizo conocer al llamado Vivian; el interés que poco á poco me inspiró, el placer que sentí al creerle vuelto al seno de su supuesta familia, y las circunstancias, que despertaron mis sospechas, ah! que el tiempo se habia encargado de justificar?

—Pero nunca habeis creido, dijo el marqués interrumpiéndome, desde que empsásteis á tratarle, por alguna indicacion suya, que el jóven por quien tanto interés os tomábais pudiese ser primo vuestro?

—Ni una sola vez me ocurrió semejante idea.

A propósito creo conveniente observar aquí, que no habrá faltado lector que al presentar yo en la escena á Vivian, haya podido penetrar su secreto, por que la penetracion del que lee es muy distinta de la del que representa un papel en los sucesos que refiere. La casualidad me condujo á una de esas curiosas peripecias de la novela de la vida comun, las cuales espera siempre encontrar el lector, pero que no podia esperarla ni suponerla, y esto por mil razones.

Entre Vivian y los individuos de su familia no existia en primer lugar la menor semejanza de familia; y cuando hice para mí en la mente el retrato del hijo de mi tío, me lo figuré enteramente distinto, tanto en fisonomia como en carácter. Imposible me hubiera parecido que mi primo no hubiese manifestado curiosidad al oír hablar de nuestros respectivos padres, y siempre que en nuestras conversaciones mentaba yo bien fuese á mi padre, ó bien á mi tío, apenas me prestaba oído, manifestando en sus gestos mas bien fastidio que la natural simpatia que experimentamos al ha-

blar de nuestra familia. Raciocinaba yo, por otra parte, con tanta probabilidad de no engañarme! Aquel jóven se llamaba Vivian, hijo del coronel del mismo nombre, y esto lo vi confirmado en la carta, cuyo sobre llevaba el sello del correo del Godalming... Finalmente tenia yo la convencion de que mi primo habia muerto. Hoy mismo no me causa sorpresa aun el que no hubiese ocurrido la idea de que Vivian pudiese ser aquel primo mio. La recapitulacion que me acabo de hacer, se la hice tambien á lord Castleton, el cual exclamó, al concluir yo tristemente:

—Es preciso haber recorrido toda la carrera del fraude y de la maldad para salir un maestro tan consumado.

—Indudablemente, le respondí, pero tambien el castigo ha sido terrible, y debemos esperar que traerá en pos el arrepentimiento. No hay duda en que su reprehensible conducta le espatrió [de la casa paterna; sin embargo, salto ya de todo freno, alguna disculpa merece el que haya cedido al influjo inesperto; el que llegase á creer, rezándose solo con compañeros indignos que el mundo se componia de hombres depra-

vados. Ahora, con respecto á este último acto de su vida, el peor de todos sinduda...

—Ah! tratareis de justificarlo tambien!

—Justificarlo! Dios eterno! nunca! Solo quiero decir, por muy estraño que esto parezca, que creí descubrir en él amor por Fanny, que la amaba como se ama á una mujer: asi lo ha declarado en uno de esos momentos de desesperacion en que los corazones menos sinceros no saben fingir Pero doblemos la hoja... y demosgracias á Dios de que aquella se sal-vase.

—Y creéis vos, prosiguió lor Castleton en ademan pensativo, que dijo la verdad al sostener que yo... detúvose al llegar aqui el marqués, ruborizándose un poco, y continuó;=Pero no, nunca lady Leonor ni Trevanion, cualquiera que fuese el secreto de su alma, hubieran rebajado su dignidad hasta el extremo de confiarlo á un jóven.... casi estraño para ellos.... por mas que lo hayan revelado á otras personas.

—Al tratar yo de calmar su desesperacion, respondi; Vivian, quiero decir, mi primo, pronunció algunas palabras en las que, á pesar de su incoherencia traslucí algo de todo esto. Hallábase con el Sr. Tre-

vanion en casa de lady N... y al parecer mi lady misma concibió aquella idea ó al menos habló de ella delante de Vivian en términos de...

—Si, sí, es muy posible! dijo lord Castleton. Lady N..... y yo hemos jugado juntos siendo niños; seguimos escribiéndonos y recuerdo que en una de sus cartas me indicaba que..... Vaya, no tiene duda!.... que mujer tan indiscreta! para que siga una correspondencia con señoras!

Lord Castleton recurrió á la caja de su célebre tabaco, y despues de tomar un polvo, dio principio á su relato. Concibió al leer mi billete tantas mas sospechas de que se urdia una trama infernal, cuanto que habia recibido aquella misma mañana carta de Trevanion, el cual no le decia una palabra acerca de su enfermedad, al paso que el periódico contenia un suelto encabezado en estos términos: «Estado alarmante de la salud de M. Trevanion.» Al pronto creyó el marqués que se trataba de algun ardid de los que suelen emplear los partidos cuando conviene á sus miras políticas, mucho mas, cuando no era posible que el portador de aquella noticia se hubiese adelan-

tado al correo en doce ó quince horas. Había pues enviado inmediatamente á uno de sus criados á la redaccion del periódico, y otro á Saint-James-Square. En la redaccion, contestaron que les habia llevado la noticia de dicha enfermedad un criado que llevaba la librea del ministro, pero que no satisfechos con esto, enviaron antes de publicarla á que se informasen en el hotel de lady Leonor, habiendo sabido por este medio que la señora habia partido inmediatamente para unirse con su esposo. Esto no dejó de causarme zozobra, prosiguió el marqués, y á pesar de tranquilizarme en cierto modo la carta de Trevanion, no podia menos de tomar parte en la inquietud de lady Leonor, cuando vino la vuestra á aumentar mis temores. Me deciais en ella que M. Gower tenia alguna parte en esta intriga, y que indudablemente se tendia algun lazo á Fanny... entonces comprendí de que se trataba. El camino que conduce á la quinta de lord N... es tambien el de Escocia hasta la última casa de postas, y un raptor poco escrupuloso, tenia la coyuntura, por medio de un golpe atrevido, de dirigir facilmente el coche hasta Cretna-Green, y una vez allí, la probabi-

lidad de obtener su consentimiento para un «matrimonio escocés,» bien fuese atemorizado á miss Trevanion ó seduciéndola si era correspondido por ella. Hé aqui por qué no me he descuidado en seguirus. Calculad ahora el tiempo que ha sido menester para que vuestra carta, que tardó mas de lo regular, llegase á mis manos, el que he necesitado para aprontar la silla de posta y los caballos, en todo lo cual se invirtió hora y media, y vereis como no perdi un momento: y aun os hubiera alcanzado á la mitad del camino, á no dar un vuelco por haber tropezado el coche con un carro, lo cual nos ocasionó tambien algun retraso. Al llegar á la primera casa de postas de donde parte el camino, que separándose de la carretera conduce á la quinta de N.... tuve la satisfaccion de saber que ibais ya al alcance del coche como vos, el aislado parador, descubri las que me dieron los mismos postillones que encontrásteis. Asi que di vista á la puerta, observé que habia en ella dos hombres, hablando al parecer, los cuales apenas distinguieron la silla se entraron dentro, pero mi buen Summers, mozo agil

y despejado, como sabeis, y que ha viajado conmigo de un extremo a otro de Europa, habia abandonado su asiento é introduciéndose ya en la casa, á la cual me arrojé tambien yo, amigo mio, con una velocidad digna de vos: figuróseme en aquel momento que solo tenia veinte años. Á fé mia que aquel rejuvenecimiento vino muy á tiempo: mi pobre Summers acababa de recibir un puñetazo que le echó patas arriba. Creereis, prosiguió el marqués con una especie de humillacion joco-séria, que me vi precisado á romper mi baston en las costillas de uno de los dos bribones... si no quereis creerlo, pero guardad el secreto, puedo presentaros una prueba fehaciente del hecho. (Y diciendo y haciendo presentóme un fragmento de su baston.)—Pero no es esto todo, añadió, pues casi estoy convencido de haber asestado sobre alguna cabeza un puñetazo que trajo á mi memoria los triunfos que alcancé en el colegio de Eton.

Y lord Castleton no pudo menos de saltar la carcajada con el franco reir de un colegial, bien fuese por la vanagloria de sus proezas, ó bien porque encontrase un burlesco contraste entre la vida que hacia

en el colegio y los hábitos casi afeminados de su edad madura. Pero su bilaridad fué de corta duracion; y acordándose sin duda de que mi ánimo no se hallaba en disposicion de tomar parte en su buen humor, recuperó el carácter de gravedad al proseguir:— Aun perdimos algun tiempo, no tanto en desarmar á nuestros adversarios como en sujetarlos; precaucion que creí necesaria... mientras uno de aquellos belitres que vestia la librea de Trevanion, me aturdia á citas de Shakspeare. Me apoderé tambien de un vestido de una mujer que hizo los mayores esfuerzos para arañarme, la cual, á no dudarlo, me hubiese sacado los ojos á haber sido un palmo mas alta. Escabullóseme y la seguí á la cocina, en donde pude reconocer en ella á la Jezabel que servia en calidad de doncella á miss Trevanion. Os confieso ingénuamente que no me inspiran gran cuidado las murmuraciones de un hombre: pero cuando una mujer suelta la lengua contra otra mujer!... cuando una doncella la desata contra su ama!.. en mi opinion vale la pena el hacerla callar. Ofrecí á aquella el perdonarla, pero á condicion de que se encuentre aqui mañana: na-

da tenemos pues que temer de sus habladurias... Si trascurrieron algunos minutos antes de presentarme en la escena, prosiguió lord Castleton despues de aquel paréntesis, fué porque me hallaba mas tranquilo sabiendo que el capitán y vos estábais con miss Trevanion. ignorando nuestro parentesco con el culpable, admirábame el que se prolongase por tanto tiempo aquella entrevista y experimentaba ya cierta inquietud al pensar si desgraciadamente habria sido seducido el corazon de Fanny por aquel.... jóven.... no habrá nada que temer, eh? añadió lord Castleton fijando en mí una ansiosa mirada.

No pude menos de ruborizarme, pero le respondí con firmeza:—Para ser justo con miss Trevanion debo decir que aquel desgraciado confesó en dió ella motivo ni el su presencia y en la nuestra, que jamás menor pretesto á su atrevimiento..... nada pudo hacerle creer que la pasion que le estravió y vendó los ojos fuese correspondida.

—Os creo, porque pienso.... el marqués hizo una pausa con aire de ansiedad.... miróme atentamente otra vez y dió algunos pasos por la sala al parecer muy afec-

tado: por último, tomó su resolución y se acercó de nuevo á la chimenea:

—Querido amigo, dijo con la irresistible franqueza de su bello carácter, un acontecimiento de esta especie debe disculparlo todo entre nosotros, hasta mis impertinencias. Ha sido tan noble y honrosa la conducta que desde el principio hasta el fin habeis observado en esta ocasion, que quisiera estar casado y tener una hija para ofrecérosela con tal de que la amáseis como creio amais á miss Trevanion: estas no son palabras vanas; nacen de lo íntimo de mi corazón. No manifestais por eso rubor: todos los marquesados del mundo no serian para mí de tanta valia como el orgullo que experimentase al pensar que habia hecho un sacrificio en aras del deber y del honor, comparable al que os he visto hacer á vos!

—Ab! milord, milord!

—Dejádmelo concluir. Estoy convencido de que amais á Fanny Trevanion, y casi me atrevo á asegurar que os corresponde ella, casi sin conocerlo, con un amor inocente y tímido, pero...

—No paseis adelante; dispensadme, lo sé todo.

—No! es una cosa imposible, y si consintiese en ello lady Leonor, seria un manantial de tan amargos disgustos para ella... y una carga tan pesada para vos, que... no, lo repito, es imposible! Pero ocupémonos ya de la pobre niña: ya lo conozco mucho mejor que vos, porque casi le he visto nacer: aprecio sus buenas cualidades... tan seductoras... sus defectos... que la comprometen. Sus padres... con todo su genio y su ambicion... se hallarán en el caso de gobernar la Inglaterra y de regir por medio de su influencia los destinos del mundo... pero los de esa niña no.

Interrumpióse lord Castleton, porque se hallaba conmovido: yo sentí renacer en mí los amortiguados celos, pero despejados ya de su amargura.

—Nada diré, prosiguió el marqués, de la nueva posicion en que, no por su culpa, se encuentra colocada en estos momentos miss Trevanion. Quizas el conocimiento que del mundo tiene lady Leonor, unido al talento de la mujer, consigan dar un giro favorable á este negocio; no obstante, la situacion es por demas embarazosa y exige suma consideracion... Pero doblemos ya la hoja... En el supuesto de que esteis conven-

cido de tener que renunciar á miss Trevanion, toleraríais que fuese á aumentar el número de las grandezas humanas de algun candidato político—que se casase con un ministro demasiado preocupado para que la vigilase, ó con un duque que emplease su dote en redimir las hipotecas de sus posesiones? ¿Consentiríais que se la considerase como una palanca puesta al crédito político de Trevanion, ó como un elemento que robusteciese á su partido en el gabinete, dándole una preponderancia definitiva? No dudeis que tal es su destino probable, ó quizás el principio de un destino mas triste aun. Ahora bien; el que se casase con Fanny, no debería, en mi opinion, proponerse otro objeto, durante los primeros años de matrimonio, que el de corregir sus defectos y desarrollar sus buenas cualidades. Creed á quien, ay! y á mucha costal ha estudiado el carácter de las mujeres: el de Fanny está aun por formar. Puesto que este tesoro debe considerarse como perdido para vos, á pesar de vuestro generoso cariño, ¿os causaria eterna pena el saber que al menos habia ido á parar á manos de un hombre el cual conociendo toda la estension de su responsabilidad se consagrara concienzuda

y exclusivamente al cumplimiento de sus deberes? Podeis aun tomar la mano que os ofrezco, y estrecharla por mas que sea de un rival vuestro?

—Milord! me haceis con esa esplicacion un honor que...

—Luego rehusais el tomarla? Pues bien! estad seguro de que no seré yo quien cause este disgusto á vuestro noble e razon.

Conmóvido, avasallado, rendido por tanta generosidad de parte de un hombre colocado en tan alta categoría, cogí aquella mano y quise llevarla á mis lábios con un respeto que no me hubiese humillado en mi edad, pero retiróla con el instinto de su natural modestia. Sin embargo, faltándome ya el valor para proseguir aquella conversacion, me disculpé con que iba á saber como se encontraba mi tio, y cogiendo una palmatoria me subí á su cuarto. Procuré entrar sin meter ruido y fui de puntillas hasta su cama, sirviéndome la mano izquierda de pantalla para que la luz no hiriese su vista: aun cuando dormia, su semblante seguia agitado. Entonces dije en mi interior: «Qué valen para los suyos mis disgusto!» Sentéme despues junto á la cabecera de la cama, en donde permanecí, hasta la venida del dia, entregado á mis reflexiones.

CAPITULO III.

Así que empezó á amanecer bajé á la sala del piso bajo para escribir á mi padre, diciéndole que viniese á reunirse con nosotros, porque conocia cuanta necesidad tenia mi tio de sus consuelos, y no nos hallábamos á larga distancia del castillo. No me sorprendi poco al encontrar á lord Castleton sentado aun junto á la chimenea: tampoco se habia acostado en toda la noche.

—No podiais llegar á mas tiempo, me

dijo: así nos estimularemos mutuamente á recuperar nuestras fuerzas, y me señaló la mesa en donde se hallaba el desayuno.

Durante nuestro rápido viaje apenas habia tomado aliento alguno, pero mas que apetito sentia una suma debilidad: senteme á la mesa y comi con una especie de indiferencia, causándome casi rubor al sentir reanimarse con el aliento mi ánimo decaido.

—Supongo, pregunté á lord Castleton, que ireis esta mañana á casa de lord N...?

—Pues qué! no os he dicho, me respondió, que ha mandado á Summers esprofeso con una carta para lady Leonor, rogándola que se viniese aqui? Reflexionándolo bien, no me ha parecido conveniente el acompañar á miss Trevanion sin llevar una criada, cuando se halla aquella quinta llena de mujeres cuyas habladurias habrian encontrado en esto pasto sobrado para algunos dias: si se encontraba vuestro tio en disposicion de acompañarnos, su presencia no serviria de otra cosa que de dar mayor pábulo á la curiosidad y á la admiración. Anoche, pues, envié á Summers, y hoy á las nueve le

espero con lady Leonor: no obstante, ya he visto á esa arpia de doncella, y creo que nada debemos temer de sus charlanterías. Por último, tengo la satisfacción de anunciaros que he encontrado un medio de satisfacer la curiosidad de ese personage conocido por «el Mole» sin que nadie salga perjudicado. Debemos suponer todos que el lacayo de Trevanion se volvió loco... suposición á mi entender caritativa—ó filosófica, como Diria vuestro preciable padre. Toda infamia es una locura! El mundo se acabaria si la verdad y la bondad no fuesen los intuitos natural de todas las cabezas sanas. ¿Me comprendéis?

—No muy bien.

—Escuchadme pues. El lacayo inventó la quimérica historia de la enfermedad de Trevanion; llenó de espanto á lady Leonor y á miss Fanny, las cuales, perdiendo la cabeza á su vez, se marcharon la una en pos de la otra. En cuanto á mí, sabia por carta de Trevanion que no podia estar malo, cuando se separó de él el criado, y me he puesto tambien en camino, como an'iguo amigo de la familia, para salvar á miss Fanny de las manos de aquel lunático que privado de improviso de su razon, iba á lle-

vársela tal vez, quien sabe á donde, por montes y vallados: escribí por último á lady Leonor que debe llegar de un momento á otro por su hija. He aquí la historia: reiránse todas á nuestras espensas, y el mundo quedará satisfecho; porque sino quereis que el mundo os eche dentelladas ó que os abrume con su compasion, no hay cómo hacerle reir. Es un cancerbero... que os tragaria; y para evitarlo es preciso taparte la boca con una torta.—Si, prosiguió este optimista seductor tan sábio con todas las apariencias de superficial—distribuidos de este modo los papeles, todo nos favorece. Con tal que aquel bribon de lacayo haya citado á Shakspeare en la antesala á sus compañeros, tantas veces como lo hizo mientras le sujetaba yo en la cocina de la posada, tenemos bastante para que todos los de la casa le declaren por unanimidad loco de atar; y si se quiere dar á la cosa mas apariencia de verosimilitud, podemos hacerle consentir, mediante alguna gratificacion, en que vaya á pasar un par de meses á Bedlam. La desaparicion de la doncella es muy natural: bien lady Leonor, ó bien yo, la habremos despedido en pago de su necia credulidad á las sugestio-

nes de un demente. Si parece injusto este proceder, no por eso es menos frecuente la injusticia con que se trata á cuantos sirven, ya sea el Estado, ó ya á un particular. Ni á ministro ni á lacayo debería perdonarse si nos dan un petardo. Cuando uno está de mal humor alguien lo ha de pagar... digalo sino mi pobre baston, aunque podria citar muy oportunamente el baston de Luis XIV rota en las plebeyas costillas de un criado, porque Su Magestad se hallaba incomodado con un príncipe, cuyas costillas sagradas se hallaban á cubierto de la indignacion real.

—Ya veis, prosiguió lord Castleton bajando la voz, que en medio de tantos motivos de disgustos puede vuestro tio al menos esperar, que no se verá comprometido por su hijo: este jóven mismo podrá entrar con mas facilidad en el buen camino; hallándose exento del borron que arroja tan cruelmente el mundo sobre los que... valor, pues, que la vida es larga.

—Ah! exclamé yo, he ahí las propias palabras que le dirigi ayer; y repetidas asi por vos, lord Castleton me parecen felices y de buen agüero.

—Si queréis que os dé un consejo, no perdais de vista á vuestro primo mientras se halle humillado su orgullo, y su corazon tal vez herido. No lo digo precisamente por él, no, porpue en quien mas pienso es en vuestro pobre tio... Y ahora me parece conveniente ocuparme de lady Leonor, y darla una prueba de la consideracion que me merece, reparando en lo posible los estragos que tres noches de insomnio han causado en un hombre que se encuentra por desgracia sujeto á los rigores de los desapiadados cuarenta!!

Asi diciendo, salióse lord Castleton y me puse á escribir á mi padre, rogándole viniese á reunir con nosotros en la primera casa de postas, la mas inmediata al camino del castillo de Caston, y concluida la carta, la mandé por un propio á caballo. Despues de esto, recliné la cabeza sobre ambas manos, y á pesar de todos mis esfuerzos por hacer frente á los sucesos del porvenir, y atender solo á mis deberes sacrificando mis pesares, me senti abrumado y lleno de angustia y desesperacion.

CAPITULO IV.

—

A las nueve llegó lady Leonor y se dirigió en derechura al cuarto de su hija: yo me refugié en el de mi tío. El capitán se había despertado más tranquilo, pero se hallaba tan sumamente débil que no intentaba el menor esfuerzo por levantarse: lo que más me alarmó en él, fué su tranquila calma, muy parecida al aniquilamiento de una naturaleza agotada por sus combates. Instéle á que tomase algún alimento y me obedeció maquinalmente como se resignó el enfermo á tomar la pócima que

le ha reeetada el médico: al hablarle yo se sonrió débilmente, pero pareció indicarme por medio de un gesto, que no queria que le hablosen; volvió despues la cabeza y ocultó su cara sobre la almohada. Creí que se disponia para óormir, pero incorporándose de repente sentóse en la cama, y cogiéndome la mano, dijome con voz temblorosa.

—¿En dónde está?

—¿Quiere V. verle?

—No, no, eso me quitaria la vida:.... y entolces,.... ¿qué seria de él?

—Me ha prometido una entrevista y estoy seguro de que en ella se mostrará dispuesto á satisfacer los deseos de su padre, cualesquiera que sean.

Nada respondió el capitan.

—Lord Castleton, le dije, lo ha dispuesto todo de modo, que su nombre y su demencia (le daremos este nombre) permanezcan ignorados.

—Orgullo! orgullo! y siempre orgullo!... murmuró el veterano.—El nombre, vaya, ya es mucho; pero su alma!.... Quisiera que estuviera aquí Agustin!

—Ya le he escrito para que se venga, tio.

El capitán me dió un apretón de mano y volvió á guardar silencio. A poco empezó á hablar entre dientes, á mi entender en términos inconexos sobre la Península y el cumplimiento de las órdenes, diciendo, según pude oír, que una noche despertó cierto oficial á lord Wellesley para decirle que una cosa (no recuerdo lo que por ser su nombre técnico militar) era de imposible ejecución. Entonces lord Wellesley le pidió el libro de órdenes, y abriéndolo, se lo enseñó y le dijo: «No es imposible, porque consta en el libro de órdenes;» después de lo cual volvió lord Wellesley la cabeza y quedóse dormido. Dicho esto, sentóse el capitán Rolando con resolución en la cama, y añadió con voz firme é inteligible:—Pero lord Wellesley, aunque gran capitán, no era un hombre infalible, y su registro era la obra de un misero mortal. Dame la Biblia, sobrino!

—Ah! querido tío! querido tío! y yo qué temi no se le fuese la cabeza. Bajé y pedí prestada una Biblia impresa con grandes caracteres, la cual coloqué en seguida en la cama delante de él, abriendo después las ventanas para que la luz del cielo prestase sus rayos al libro del cielo.

Al mismo tiempo llamaron suavemente á la puerta: fui á ver quien era, y me encontré con lord Castleton que me preguntó al oído si podria visitar al capitan. Introdújele por toda respuesto silenciosamente en la habitacion, y le señalé con el dedo al veterano que tenia fija su vista y su mente en el libro on que nada se encuentra imposible, en el libro en que nada se encuentra imposible, en el libro de los mandamientos de la ley divina!

Contemplólo conmovido lord Castleton, y retiróse sin interrumpirle: yo le seguí y cerré muy quedo la puerta.

—Es preciso salvar á todo trance á su hijo, me dijo el marqués en la escalera: para ayudaros á conseguirlo estoy dispuesto á hacer toda clase de sacrificios: que espectáculo! ningun sermon me habia enternecido tanto.... Vaya, bajad á recibir las gracias de lady Leonor, que nos marchamos. Se ha empeñado en que cuente yo mismo esta historia á mi antiguo amigo el Mundo, y voy á acompañar á estas señoras. Vamos, vamos.

Apenas llegué á la puerta de la sala dirigióse lady Leonor hácia mi con los brazos abiertos y me abrazó cordialmente. No ten-

go necesidad de repetir sus espresiones de gratitud, y mucho menos los elogios de que me colmó, los cuales escuché con distraccion, porque mis sentidos todos se hallaban fijos en otro objeto: en Fanny, que se encontraba un poco separada, con los ojos bañados de lágrimas. Acordéme entonces delicada ternura hácia el desgraciado padre, de su generoso perdon concedido al culpable hijo; de la mirada que fijó en mi aquella noche memorable... mirada que revelaba una tan dulce confianza... del momento en que senti en mi brazo los latidos de su corazon y el calor de su aliento en mis mejillas... Ah! todos estos recuerdos dieron al traste con los esfuerzos que habia hecho por resignarme... no pude ocultar ya que la amaba mas de lo que nunca le amé... ay! y la volvía á ver con la certidumbre de perderla para siempre! Entonces por la primera y la única vez en mi vida, de lo cual me alegro ahora, maldije de la crueldad de mi fortuna y de la desigualdad de las clases. ¿Quién separa eternamente nuestros dos corazones quitándoles toda esperanza? No la naturaleza; las riquezas que son para el mundo una segunda naturaleza. Ah! podia creer

yo entonces que en aquella segunda naturaleza era donde debía el alma buscar sus pruebas, y los resortes de la virtud humana, su armonía!... Ignoro lo que conteste á lady Leonor y el tiempo que permanecí en aquel sitio escuchando palabras que no tenían significado alguno para mí... hasta que me sacó de aquella especie de letargo el ruido de un carruaje que acababa de llegar á la puerta. En seguida dijo una voz que resonó muy claramente en mis oídos: «Todo se halla dispuesto.» Y la sangre se heló en mis venas.

Entonces levantó Fanny sus ojos que se encontraron con los míos; y despues dió con precipitacion algunos pasos hácia mí... yo llevé la mano derecha á mi corazon como para contener la violencia de sus latidos, pero permanecí inmóvil. Lord Castleton habia presenciado aquella muda escena, y observé que su mirada, la cual queria yo evitar, no se apartaba de mí: en aquel momento volví la cabeza y me encontré con aquella mirada llena de dulzura, de compasion y de benevolencia. De improviso dirigióse el marqués hácia lady Leonor con una nobleza inesplicable y la dijo:—Permitidme que os cuente una antigua histo-

ria. Tenia yo un amigo... de mi edad misma, quien se atrevio á esperar que uno ú otro dia podria captarse el cariño de una señorita... tan jóven, que podria ser su hija... y cuyas circunstancias y cualidades se le hacian preferible á todas las demas mugeres. Mi amigo tenia muchos rivales, lo que no debe sorprenderos, porque la conocéis á ella, entre los cuales se contaba un jóven que habia vivido en su casa y bajo su mismo techo.... (chit! es preciso que me escucheis, lady Leonor, porque ahora viene lo mas interesante de mi historia) cuyo jóven respetando la santidad del hogar doméstico, se marchó de alli así que conoció que la amaba... porque era pobre, y rica la señorita. Algun tiempo despues, salvó el jóven á su amada de un inminente peligro, precisamente cuando estaba en vispera de abandonar la Inglaterra (chit! hacédme el favor). Hallábase presente mi amigo cuando aquel jóven y la señorita se veian por última vez, próximos á separarse para muchos años: presente estaba tambien la madre de aquella cuya mano pensaba pretender mi amigo. Comprendió este que su jóven rival desearia dar el último *adios*, sin testigos: aquel *adios* era

su honor y su corazón podían permitirle que diese. Observó también mi amigo, que la señorita experimentaba el sentimiento natural de la gratitud por un importante servicio, y la compasión, natural también, por un generoso y desgraciado cariño: así al menos, lady Leonor lo interpretó por un sollozo que llegó á sus oídos! y qué creéis que hizo mi amigo? dijo para sí: si he de ser tan feliz que posea el corazón al cual aspiro, á pesar de la desigualdad de edades, quiero demostrar mi entera confianza en su inocencia: póngase término á los primeros novelescos amores, y déense los dos corazones puros el adiós de despedida sin que intervengan en él los celos ni las sospechas. Tal fué la reflexión de mi amigo; y vos, lady Leonor, no tomareis á mal el que coja á la noble madre de la mano y la conduzca suavemente hácia la puerta, para que en su tranquila confianza esos dos jóvenes se dejen llevar sin testigos, la señorita por los instintos del honor y el joven por los del deber.

Todo esto fue dicho con tanta gracia y tan seria naturalidad, que conmovió á cuantos se hallaban presentes que lo escucharon temblando. Tan admirable fué la ar-

monia con que la palabra acompañó á la accion que no desapareció el encanto hasta dejar de oirse la voz y cerrarse la puerta.

Al cabo habia yo alcanzado la triste felicidad por la que tanto suspiraba:—encontrábame á solas con aquella á quien en efecto el honor y la razon me prohibia decir otra cosa que el último adios.

Algun tiempo trascurrió antes que hubiésemos vuelto de nuestra sorpresa... antes de que pudiésemos creer que nos encontráramos solos.

¡Oh recuerdo que me es dado traer hoy dia á la memoria con una tan dulce melancolía... recuerdos de algunos instantes, permaneced siempre sagrados en el santuario de mi corazon! si... cualesquiera que fuesen los votos de nuestra debilidad, no nos hicimos indignos de la confianza que nos proporcionaba el triste consuelo de un postrer adios. Ninguno de los votos que hace el amor... ninguna de sus promesas irrealizables para el porvenir sirvieron de corolario á la realidad de la vida que se ofrecia ante nuestros ojos. En las regiones del sueño aun, vimos levantarse el dia friamente sobre el mundo, y si... niños todavia en

aquella edad, pudimos por un momento apartar la vista de su vivisima luz, no fué para blasfemar del sol esclamando: «No hay mas que tinieblas.»

Todo cuanto procuramos hacer, fué consolarnos mutuamente en presencia de un destino inevitable, sin tratar de ocultar el dolor que sentiamos, antes bien prometiéndonos con fé sencilla luchar para vencerlo. Si pronunciamos un juramento.. fué el de que cada uno de nosotros se esforzaria por disfrutar de los consuelos que el cielo nos tenia aun reservados. Ah! bien puedo decir que éramos niños! no sé si un sentimiento de aquel modo espresado era aquella misma pasion que en la edad madura experimentan los que convierten el amor en un manantial de luchas y de penas que suelen servir de materia á los novelistas y á los escritores dramáticos. Pero lo cierto es, que nuestra infantil desesperacion no arrancó de nuestro pecho un solo apóstrofe de rebeldia contra el padre comun que tenemos en el cielo.

Abrióse la puerta; dirigióse Fanny con paso firme al lado de su madre y alargándome una mano que respetuosamente llevé á mis labios, me dijo: Dios os ayudará!

Lady Leonor me dirigió una frase de tierna amistad... el rival una sonrisa sincera, Fanny una mirada con sus dulces ojos, y me encontré en la soledad que tenía alguna cosa de visible, de palpable, de aterradora. Yo la sentí en los rayos del sol—la oí en el soplo de aire—víla levantarse como un fantasma allí mismo donde buscaba las huellas de los pasos de Fanny. Figuróseme que había desaparecido para siempre alguna cosa del universo, y sentí traspasado todo mi ser por el hábito de la muerte. Al salir de aquella especie de letargo conocí que vivía aun lo que había dejado de existir en mí, desde aquel instante, fué la juventud con su poesía. Acababa de entrar, para nunca retroceder, en la senda llena de abrojos que el mundo ofrece al hombre en su trabajosa vida.

DECIMASESTA PARTE.

CAPITULO I.

—¿Tendrá V. la bondad de ver si es para V. esta carta? me preguntó el criado de la posada.

—¿Para mí? Si: viene á mi nombre.

Aunque al pronto no reconociese la letra, no tuve duda de que la habia visto en mas de una ocasion. Pero á pesar de que la forma parecia ser la misma, la letra que yo recordaba era mas redonda y perpendicular (disfrazada, aunque no hubiese dado yo en

ello); la del billete era cursiva, irregular, impaciente..... con las letras á medio formar, y las palabras sin concluir; pero no obstante legible como toda letra de hombre atrevido. Abrí, pues, la carta y leí lo que sigue:

«Toda la mañana os he estado esperando, y *la* he visto marchar. Muy bien!... No me he lanzado á los pies de los caballos. Escribo estas líneas en una posada no muy distante de la vuestra. ¿Quereis acompañar al portador para volver á ver al desterrado de quien dentro de poco todo el mundo huirá?»

Aunque no hubiera conocido yo la letra, despues de leida la carta ya no habia para que dudar quien fuese su autor.

—Espero la respuesta, me dijo el muchacho.

Contestéle por un signo de cabeza, y cogiendo el sombrero, sali. Al llegar al portal de la casa, encontré á un andrajoso chico con quien cambié cinco ó seis palabras, y seguí adelante por una estrecha senda que terminaba en una barrera. Detúvose allí mi guia, indicóme con la mano que siguiese adelante, y se vol-

vió silvando por el mismo camino. Atravesé la barrera y me encontré en medio de una pradera á cuyo extremo se veía una hilera de álamos, no muy crecidos, por cuyos piés corría un arroyuelo: dirigí la vista por todas partes y distinguí á Vivian (seguiré llamándole así) casi de rodillas y fija la vista en algun objeto que parecia hallarse sobre la yerba.

Por último, á medida que me fuí aproximando pude distinguir que contemplaba á un pajarillo sin plumas aun, el cual acababa de caer de su nido, y con su piquito abierto y batiendo las alas, nos pedia de comer. Parecióme ver en aquel pajarillo abandonado alguna cosa que despertaba mas y mas mis simpatias hácia aquel jóven de cuyo aislamiento era fiel imágen.

—Quién será capaz de resolver, preguntó Vivian, hablando tanto consigo mismo como conmigo, si este pajarillo ha caido casualmente de su nido ó si lo abandonó por imprudente capricho? Sus padres no le protegen ya... Tened en cuenta que no trato de echarles la culpa... tal vez el pobre fugitivo la tenga toda entera... pero reparad... si el ojo paternal no le vigila, le acecha el enemigo: hélo allí.

Y Vivian me señaló con el dedo un enorme gato montés que obligado á permanecer al aguardo, viéndonos próximos á su presa, no apartaba de ella la vista meneando la cola y echando chispas por los ojos, con la espresion mitad espantada y mitad feroz, que distingue á su raza, cuando se interpone el hombre entre la victima y su verdugo.

—Ya lo veo, le respondí mas para que el pájaro se salvase bastó el que pasase alguno por su lado y le viese.

—Pero decidme! exclamó Vivian dibujando en sus lábios su amarga sonrisa.... decidme.,. creéis que el salvar el pájaro sea una obra de misericordia? de quién le salvais? por qué?... de un enemigo natural, de una breve tortura, de una muerte instantánea? Catarata! Pues qué, no es esto preferible á la interminable agonía del hambre, ó, si es que os encargais de su cuidado, á los hierros de una jaula? No podeis volverle á su nido ni llamar á sus padres; dejad pues al animal abandonado á su menos cruel destino.

Entonces miró atentamente á Vivian, habia desaparecido de sus lábios la espresion de amarga sonrisa, y levantándose dió

algunos pasos en opuesta direccion: quise coger el pájaro, pero no conociendo el anima! á los que querian salvarle, echó á correr chiriando con acento lastimero... para caer en las uñas del que le queria devorar. Apenas tuve tiempo para hacer retroceder al gato que fué á refugiarse entre unas malezas desde donde tenia fijos en nosotros sus ardientes ojos: seguí al pájaro y entonces oí un chirrido tembloroso que espresaba la inquietud y la zozobra. De dónde partió aquel clamor? de cerca ó de lejos? De la tierra ó del cielo? lo ignoro: pobre padre, ó pobre madre! Ab! fué de la madre sin duda! Por último pude verla, y como si hubiese adivinado la viva simpatia que me atraia hácia ella, se atrevió á acercarse y el tierno fugitivo fué á cobijarse bajo latiente ala:—Vamos dije yo, ya os habeis encontrado... ahora componéos como podais! y volví á incorporar-me con el hijo rechazado por su padre.

CAPITULO II.

=

Pisistrato. Cómo habeis sabido que aun permanecíamos aquí?

Vivian. Creéis que podia permanecer en donde me dejásteis? Salime a errar.... y errante llegué hasta aquí. Recorriendo las calles ví al romper el dia algunos criados á la puerta de la posada, y por ellos supe en donde estábais todos.... todos! (Suspiró profundamente.)

Pisistrato. Vuestro padre, primo mio, está muy malo: ah! como habeis podido privaros de tanta ternura!

Vivian. De la ternura decís?.... de la ternura de mi padre?

Pisistrato. Habeis creído en realidad que vuestro padre no os amaba?

Vivian. Si hubiera creído que me amaba, no le hubiera abandonado nunca... no me hubiera separado de mi padre por todo el oro de las India!

Pisistrato. Estraña ilusion! si conseguimos disiparla, todo tiene remedio aun. Podrá haber todavía secretos entre los dos? Ea, primo, sentáos aqui y contádmelo todo!

Despues de alguna vacilacion accedió Vivian á mis deseos. Por la serenidad de su frente y el acento de su voz, eonoci que no trataba de ocultarme la verdad. Algun tiempo despues oi de boca del padre la misma historia y he pedido confrontar los relatos del uno y del otro. Solo difieren en una especie de interpretacion errónea que daba el hijo á ciertos hechos. Asi, pues, lector, he preferido presentarme tan solo las causas mas probables que tan desgraciadamente se interpusieron entre el padre y el hijo, juzgándolas bajo su verdadero punto de vista.

CAPITULO III.

—
VIVIAN.

**A LA ENTRADA DEL MUNDO SE ENCUENTRA—
LA MADRE.**

Una grave herida, recibida durante la guerra de España, seguida de una enfermedad no menos peligrosa, retuvieron al capitán Rolando en aquel reino. Hallábase alojado en casa de una viuda, la cual, aun cuando había sido rica, perdió todos sus bienes á causa de los disturbios del país: hallábase reducida toda la familia á una hija única, que en unión de su madre prodigaba al oficial inglés todos los cuidados.

que su delicado estado exigia. El agradecimiento natural del capitan Rolando, y quizas la esquisita delicadeza de su opinion acerca del honor, debieron contribuir, tanto como la hermosura de la jóven enfermera, á avasallar tambien el corazon del hombre caballeresco, que pensaba algunas veces en las desgracias de la familia en cuya casa se hallaba.

Los instintos poco reflexivos de un carácter generoso, nos hacen olvidar demasiado frecuentemente que la prudencia es la verdadera divinidad tutelar de la vida. Llevado el capitan Rolando, por el impulso de su corazon, cometió la falta de casarse con una jóven cuyo parentesco y carácter ardiente y susceptible, le eran enteramente desconocidos: algunos dias despues de consumado aquel imprudente enlace, fué el capitan Rolando á incorporarse al ejército inglés y no pudo regresar á España hasta despues de la batalla de Waterlloo.

Con una pierna de menos y cubierto su cuerpo de heridas, apenas cicatrizadas, trasladóse el capitan con la velocidad que le fué posible, á aquella casa en busca de los consuelos y asiduos cuidados que en

ella encontró en otro tiempo. y de los cuales necesitaba entonces mas que nunca. Durante su ausencia habia tenido un hijo! un sucesor, al cual podia dedicar á la noble carrera de las armas, para que le sucediese un dia en el servicio de su pais, servicio el mas notable y digno de un caballero. Tan luego como supo que era padre, su primer cuidado fué el de proporcionar al niño una mujer inglesa... á fin de que, al paso que recibiese los primeros cuidados maternales pudiese oír la voz del suelo natal de su padre: encargóse de llenar estas funciones una parienta de Bolt que se hallaba establecida en España. Por muy natural que este hecho fuese, tratándose de un hombre tan eminentemente inglés, causó profundo disgusto en la apasionada Ramona, despertando en ella aquellos celos maternales tanto mas vehementes cuanto mas imperfecta es la educacion, y ajando el orgullo peculiar en su pais á las personas de todas clases y condiciones: los celos de la mujer y el orgullo de la madre se sintieron heridos al ver á una extranjera junto á la cuna de su hijo.

Como consecuencia inevitable de seme-

jante enlace, el capitán no encontró en el hogar doméstico la dicha que se prometía, á pesar de que, prescindiendo de la rudeza propia del soldado, encerraba aquella sensibilidad esquisita que forma parte de todos los temperamentos poéticos. Así que se desvanecieron las primeras ilusiones del amor, ya no podía haber simpatías entre aquella alma elevada y una muger que al paso que carecía de la educación de su clase, alimentaba todas las preocupaciones de su país contra los estrangeros. Aquel disgusto fué tal vez mas allá de lo que se lleva comunmente en un enlace desigual, porque en vez de llevarse á su muger á la ruidosa Torre (á cuya espatriación se hubiera quizás resistido cuanto le hubiera sido posible), aceptó el capitán, mutilado como se encontraba, la colocación militar que se le ofreció en defensa del trono de Fernando. Las opiniones realitas y las tradiciones caballerescas de Rolando de Caxton, esplican el por qué entró sin mas reflexión al servicio de un príncipe cuyo trono habia contribuido á restaurar las armas inglesas. La excesiva impopularidad del partido constitucional y el anatema de irreligioso lanzado sobre él por el clero español,

contribuyeron además á convencerle de que defendía á un rey idolatrado contra los propagadores de las ideas revolucionarias y disolventes que eran para él el ateísmo político. A los pocos años de servicio en España, se convenció el capitán de que no era aquel monarca lo que en un momento de entusiasmo llegó á figurarse, y este nuevo desengaño vino á aumentar la amargura de la vida privada del hombre que encontraba en el inmortal héroe de Cervantes; mas virtudes dignas de imitación, que locuras merecedoras del ridículo. Nuevo D. Quijote de la Mancha, volvióse el capitán Rolando tristemente á su hogar manchego sin otra recompensa á sus caballerescas hazañas, que una condecoración la cual rehusó colocar junto á la sencilla medalla de Waterlloo y con un grado que quiso añadir á su modesto empleo de capitán del ejército inglés.

Sin embargo, alentado con nuevas esperanzas, emprendió el capitán el camino en dirección á sus penates: su hijo había pasado ya de la infancia á la adolescencia y él solo debía naturalmente encargarse del cuidado de educarle. Ocupación deliciosa! A este solo recuerdo todo le sonreía en su humilde retiro.

Ah! tiempo es ya de que digamos algo de la circunstancia mas fatal de aquel malaventurado matrimonio.

Era el padre de Ramona oriundo de aquella raza estraña y misteriosa que en España se distingue por los rasgos característicos de las tribus de la misma sangre que se encuentran en los países mas civilizados. El gitano ó el *egipcio* de España, no es el errante pária que se encuentra por nuestros caminos trasversales ó en nuestros bosques. Sin renunciar á algunos de sus principios hostiles á las leyes ni á sus inclinaciones al robo, habita frecuentemente en las ciudades, y algunas veces hasta llega á hacer fortuna. La muger de Rolando fué el fruto del matrimonio de un rico gitano con una española. Murió el gitano estando Ramona aun en la cuna, y por consiguiente no experimentó al influjo de su familia paterna. Pero por mas que su madre, que no se apartó de la religion católica, hubiera educado en ella á su hija poniéndola á cubierto de las supersticiones ó de la impiedad de los gitanos;—por mas que á la muerte de su marido hubiese roto enteramente con todos los de su tribu, no por eso pudo reanudar los antiguos lazos de su propia familia: pri-

vada la viuda de aquel natural apoyo encontróse sin amparo y en el mas triste aislamiento. Ni un pariente, ni un amigo parecieron por la casa de Rolando durante su ausencia á consolar á su suegra y a su esposa. Aun permanecia aquel al servicio del rey de España cuando la viuda murió, y entonces se vió Ramona rodeada de gentes de la raza de su padre, las cuales no se atrevieron á reclamar su parentesco mientras vivió la pobre orgullosa viuda. Empezaron por prodigar toda especie de halagos y caricias al nietecillo del gitano, y esto les abrió las puertas de la casa y el corazón de Ramona. Ocurrió tambien en aquel entonces, y algunas semanas despues de la muerte de la viuda, la de la iglesia, la cual, á pesar de la repugnancia que debia causarle aquella morada, seguia permaneciendo en ella para prodigar sus cuidados del niño que se le habia confiado, al cual amaba con la mayor ternura. Desde entonces vióse el noble heredero de los caballeros de Caxton privado de toda sana influencia y solo respiró la atmósfera emponzoñada con las perversas lecciones de los que le rodeaban. Entre tanto volvía el capitán Rolando á su casa con las mejores disposiciones del mun-

do, y poseido de alegres ilusiones: apenas entró en ella, estrechó á su muger contra su corazon, echándose en cara el haber sido tan poco indulgente hasta entonces:—Yo seré mas prudente en lo sucesivo, dijo para si. Vió despues al chiquitin y se volvia loco de contento al encontrarlo tan travieso, tan precóz y atrevido; y al verle jugar con el sable y echar á correr con sus pistolas como si las hubiese conquistado al enemigo, reia el buen padre con todo su corazon.

La noticia de la llegada del capitan inglés mantuvo los primeros dias alejados de aquella casa á los parientes gitanos, pero como querian mucho al niño, y este les correspondia, no pudieron permanecer durante mucho tiempo sin verse, y sus entrevistas, aunque ocultas para el capitan, se hicieron tan frecuentes como antes. A medida que su hijo se iba familiarizando con su presencia y se despojaba de la reserva que le habia impuesto el respeto y el temor, aterróle por el atrevimiento de sus principios: el ver al heredero de su nombre incapaz de comprender aquella sencilla bonradéz, la franqueza y el honor que debian ser en su concepto ideas innatas que siembra el

mismo cielo en el corazón del hombre, fué para el oficial inglés una prueba cruel. Por último, no tardó el capitán en descubrir que con la conivencia de su mujer y la complicidad de su hijo, se había organizado en provecho de los disolutos vagamundos de la tribu egipcia, un sistema de saqueo contra sus bolsillos. Semejante descubrimiento hubiera bastado indudablemente para dar al traste con la paciencia de quien tuviera mas calma que el capitán Rolando— para confundir á un hombre mas prudente. El no se anduvo en contemplaciones, fué derecho á su objeto, y sin tener en cuenta la descuidada educación de su mujer ni sus vehementes pasiones, la mandó que inmediatamente se dispusiese á seguirle, á abandonar el país y á romper todo trato con su familia.

Opúsose Ramona en un principio, pero no era Rolando hombre que diese á torcer su brazo en este punto: dulcificóse su resentimiento merced á una falsa obediencia y á un fingido arrepentimiento, y la esposa fué perdonada. Fueron á establecerse á algunas leguas de la ciudad que habían dejado, pero los gitanos saben encontrar las huellas perdidas y algunos de ellos, los

peores de la cuadrilla, se vieron pronto instalados muy cerca de la morada del capitán inglés. Por mucho que fuese el amor que Ramona, jóven aun, hubiese profesado a su esposo, aquel amor se estinguió evidentemente con el trascurso de los años, por la falta absoluta de simpatias, y por aquella ausencia, que si bien hace revivir un cariño profundo, aniquila un cariño amortiguado ya. Pero la madre y el hijo se adoraban mutuamente con toda la fuerza de sus naturalezas apasionadas, y sabido es que en las circunstancias normales de la vida, no es de ningun valor el influjo que un padre ejerce sobre su hijo, niño aun, si su madre se presta á contrariarlo. Con qué medios contaba el capitán en tan mísero estado, él austero hasta la severidad, despues de haber estado separado durante los años que la niñez es mas impresionable — con qué medios contaba para contrarrestar el ascendiente de una madre que halagaba al niño mimado, ocultando sus vicios y satisfaciendo todos sus caprichos?

Presá de su desesperacion, soltó el capitán Rolando la amenaza de que si se insistia en seguir contrariandole, se creeria en el deber de separar al hijo de su madre:

pero esta amenaza no hizo otra cosa que exasperar mas contra él á la madre y al hijo. Aquella presentó el padre á los ojos de su hijo como un tirano, como un enemigo que venia á destruir toda la felicidad de que hasta entonces habian gozado el uno para el otro—como un padre desnaturalizado que odiaba á su propio hijo.. Demostrábalo su severidad, y el hijo creyó á la madre. Consecuencia de esto fué la formacion en casa del capitan de una coalicion dirigida contra él, y manejada por medio de la astucia que es la fuerza de los débiles.

No podia Rolando, á pesar de todo, olvidar la solicitud y los tiernos cuidados de su jóven enfermera, ni el amor que por el habia sentido, amor entonces verdadero, aun cuando no hubiese pasado por crisol de las vicisitudes de la vida. Al interponerse aquellos recuerdos entre su sensibilidad y su corazon, hacian mucho mas cruel su estado y llenaban su alma de amargura. El sentimiento del deber que constituia la fuerza de su carácter, le inspiraba valor para llevar á cabo su amenaza... pero aplazó su realizacion movido á lástima... su esposa iba á ser segunda vez madre: nació Blanca. ¿Cómo arrancar á la tierna cria-

tura del seno materno, ó abandonar á la hija al fatal influjo, del cual solo un esfuerzo violento podría salvar al hijo?

¡Por qué admirarse noble Rolando, al ver tan arrugada tu noble frente, y encanecida antes de tiempo tu cabeza!

Afortunadamente, quizás para todos murió la mujer de Rolando cuando era Blanca niña aun, de unas calenturas tifoideas, y en la fuerza del delirio estrechaba á su hijo entre sus brazos pidiendo á todos los santos del cielo que le amparasen contra su padre. ¡Cuántas veces se presentó á la memoria del hijo aquel lecho de muerte, confirmandole en la idea de que no se encerraba la menor ternura paternal en el fondo de aquel corazon, que debia ser en adelante el único santuario á donde podia acogerse para librarse «de las tempestades de un mundo borrascoso!» Oh! sí, pobre Rolando!... repito: porque estoy convencido de que al romperse aquellos solemnes lazos, ninguna mella hicieron en ti las acusaciones de que fuiste objeto. Tu noble corazon olvidó aquellos ultrajes para ver solo ante su vista los tiernos y apasionados ojos de la mujer enamorada fijos en las heridas del extranjero para no oír otra cosa que el le-

jano rumor que traia á tu memoria las dulces y seductoras palabras que las hijas del Mediodia regalan en voz baja, sin ruborizarse, al objeto de su amor. Pero ya desapareció el odio! desapareció el amor! al delirio se sigue el silencio; el silencio de la muerte.



CAPITULO IV.

EL MAESTRO.

Marchóse Rolando á Francia y fijó su residencia en las inmediaciones de Paris. Una vez allí, llevó á Blanca á un colegio dirigido por religiosas en donde podia verla todos los dias, y encargóse él mismo de la educacion de su hijo. El muchacho aprendia con facilidad, pero tratábase principal-

mente de hacerle olvidar lo que sabia, árdua empresa que requería ó bien la desapasionada experiencia de un hábil maestro, ó la ternura, la confianza y la bondad del discípulo. Al cabo de algun tiempo conoció Rolando que no era él apropiado para la enseñanza de su hijo, en cuyo corazón no podia penetrar: buscó pues, y halló en un arrabal de París un sujeto en el cual creyó encontrar el maestro que necesitaba. Era este un francés, jóven aun, que habia alcanzado cierto crédito literario, sobresaliente en particular en las matemáticas, y dotado del brillante lenguaje de los franceses y de aquella elocuencia de sonoros y deslumbradores sentimientos que debian arrebatár el entusiasmo romántico del capitán: á él, pues, confió Rolando su hijo. El talento natural del discípulo hizo rápidos progresos; todo cuanto halagaba á su imaginación viva y curiosa era fácil para él: así aprendió á hablar y escribir el francés con una elegancia y una precisión admirables. Merced á su memoria tenaz y á su elasticidad en aquellos órganos en que colocó la naturaleza el don de lenguas, bastáronle algunas lecciones de un profesor para aprender también el idioma pa-

terno, el cual habia oido ya al salir de la cuna: en efecto, lo habló con la perfeccion de un inglés aunque nunca pudo desechar cierto acento que por lo extraño me habia llamado la atención. Con respecto á las ciencias no fueron de consideracion sus adelantos, escepto en aquella parte de las matemáticas que exige especialmente la velocidad en los cálculos. Miró desde luego con predileccion las lecturas ligeras, y dedicóse con fervor á las novelas y obras dramáticas nutriéndose de esta manera de aquella especie de conocimientos generales que eleva la imaginacion y ennoblece las pasiones—ó que corrompe el talento y degrada los sentimientos, segun el grado de moralidad del novelista ó del autor dramático. No era esta la instruccion que Rolando deseaba para su hijo; lo que hubiera querido que aprendiese permaneció tan ignorado para él como lo estaba antes. Para colmo de desgracia, el maestro que buscó á su hijo se dió una maña singular para desarraigar de su discipulo una miscelánea de ideas supersticiosas inspiradas por las máximas paganas de sus parciales los gitanos, confundidas en el fervoroso catolicismo de su madre.

El maestro que era protestante, no solo

«protestaba» contra la iglesia romana, sino contra todas las demas religiones: aspiraba á ser protestante como lo seria Voltaire si hubiera vivido en el culto reformado, y se creia predestinado á seguir la mision de aquel filósofo, olvidándose de que Voltaire recomendaba el respecto á la moral, á esta religion natural con la cual se hallan de acuerdo todas las escuelas de la filosofia: por desgracia es preciso ser filósofo para comprenderla y observarla. Los sarcasmos del protestante francés obtuvieron un triunfo que sobrepujó á sus esperanzas: Quizás, en efecto, como sucede á todos los profesores sistemáticos, no supiese el daño que hacia con sus lecciones. Era su doctrina plausible y acomodaticia, y bastante análoga á la que de algun tiempo á esta viene recomendándose en Inglaterra:— «Formad la imaginacion, nos dicen, que lo demas vendrá por sus pasos contados.»— «Enseñad á leer «cualquiera cosa» y todo marchará bien.»— «Consultad la inclinacion de vuestro discípulo y ella os llevará tambien al desarrollo de sus disposiciones naturales.» Axiomas admirables. La inteligencia, el talento, el genio... son sin

duda hermosas palabras! pero la educacion de un hombre requiere alguna cosa mas. No legaron los Nerones y los Borgias á la posteridad, los nombres que honrarian al género humano por falta de imaginacion y talento! ¿Habia en la educacion que recibia mi primo una sola leccion que pudiese vivificar su corazon y dirigir su alma?

¡Oh madre mia! asi sentado sobre tus rodillas hubiera podido oir de tus labios para qué fuimos criados; cual será el fin de nuestra vida, y el premio que en el cielo nos esperá noche y dia! ¡Oh! padre mio! asi hubieras podido ser tu su maestro, no para imbuir en él la ciencia de los libros, sino para enseñarle la sencilla ciencia del corazon! Ah! Asi le hubieras enseñado por medio de parábolas en ejemplos la felicidad del sacrificio de si mismo, y de que manera «las buenas acciones reparan las malas!»

La mayor desgracia de aquel jóven que á una figura interesante unia el orgullo y la osadia, era la atraccion que ejercia sobre los demás, conocida por don de gentes, la cual hacia que se le compadeciese y admirase. Prendóse de él su maestro fran-

cés, dió crédito á sus relatos y creyólo maltratado por aquel oficial inglés, de fisonomía severa: además eran muy mal vistos entonces todos los ingleses, y en particular los militares. Añádese á esto que el capitán habia ofendido mortalmente al francés llamando á Velainton «grande hombre,» y negando, poseido de una indignacion brutal, que los ingleses hubiesen envenenado á Napoleon! Así pues, en vez de inspirar el hijo veneracion y cariño hácia su padre, encogíase de hombros el francés euando proferia su discipulo alguna queja antifilial, y le decia al momento »Pero, qué quieres, tu padre es inglés y con esto está dicho todo.» Al mismo tiempo, como se desarrolla el muchacho descubriendo un talento precóz, le daba permiso para que se fuese á divertir en sus horas de recreo... permiso del qual se aprovechaba con todo el ardor de sus naturales instintos y de su carácter aventurero. Contrajo relaciones con todos los concurrentes asíduos á los cafés y villares y con los jóvenes disipados de la capital: aprendió á tirar admirablemente á la pistola y florete, é hizo progresos no menos rápidos en todos los juegos de azar, en los

cuales la destreza es un arma auxiliar de la suerte: así pues, al poco tiempo descubrió el secreto de tener bien provistos sus bolsillos sin emplear otros medios que los naipes y los tacos de villar.

Contento y satisfecho con la agradable vida que se daba en casa de su maestro, hizo el bueno del muchacho un estudio particular con el objeto de aprender á revestirse de maneras sumisas y respetuosas para cuando asistiese su padre á sus lecciones: sacaba en su presencia todo el partido posible de su feliz memoria y de sus lecturas menos perniciosas; citaba á propósito algunas frases impregnadas de sentimientos nobles y generosos que habia retenido de las lecturas de sus novelas y comedias, y tenia embelesado á su padre horas enteras. Habrá algun padre que no sea crédulo? Rolando lo fué tambien y lloró de alegría!

El Capitan creyó llegada la hora de llevarse consigo á su hijo y de regresar á su ruinoso Torre con un heredero digno de sus antepasados! Dió las gracias al maestro, le colmó de bendiciones y se llevó al discípulo, pero pretestando este que necesitaba perfeccionar aun al-

gunos ramos de su instruccion, suplicó á su padre por algunos meses mas su regreso á Inglaterra, para que durante aquel tiempo pudiese seguir aprovechándose de los consejos de su sábio preceptor. Rolando consintió en ello, dejó la casa que ocupaba en el campo, y alquiló otra en el arrabal en donde vivía el maestro. Pero ah! así que habitaron bajo el mismo techo, se descubrieron las funestas inclinaciones del hijo y su aversion á la autoridad paternal: para ser justo con mi desgraciado primo, debo decir; que aun cuando fuese capaz de disimular por algun tiempo, no poseia la hipocresía necesaria para representar un papel sistemático de comedia; gustábale valerse de astucias y gozaba con su triunfo, pero era con la condicion de arrojar muy pronto la máscara, porque su natural impaciencia le impedia el fingir por mucho tiempo. Pero á qué estendernos en enojosos pormenores que fácilmente penetrará el lector? Eran los vicios del hijo precisamente de aquellos que menos dispuesto se hallaba su padre á tolerar: las faltas y los extravios de una juventud ardiente, le hubieran encontrado sin duda mas indulgente que cualquiera

otro: pero tratándose de algun hecho de aquellos que deben causar repugnancia á todo caballero y á todo militar pundonoroso, oh! por cuanto vale el mundo no me hubiera yo espuesto al fruncimiento de sus cejas, ni á la desdeñosa amargura del acento de su voz! Empezó el capitan por dar á su hijo prudentes consejos, y á los consejos se siguieron las repreciones severas; pero viendo la utilidad de aquellos medios, se resolvió una noche á seguir las huellas de jóven rebelde. Júzguese de lo que por él pasaria cuando al penetrar en uno de aquellos cafés en donde se reunen los jugadores perdidos, le distinguió entre aquella turba multa, armado con un taco de villar, y contemplando con aire de triunfo las pirámides de francos acumuladas delante de él, como un legitimo botin. Encolerizado el noble y orgulloso capitan á vista de tan inmoral espectáculo, enarboló su baston, y arrojándose sobre los depravados compañeros de su hijo, tiró sobre sus cabezas sus ilicitas ganancias.

Calcúlese cuánta seria la humillacion que experimentó el hijo al ver forzado á seguir al indignado padre.

Al dia siguiente partió el capitan Rolando

para Inglaterra... pero no para volver á la antigua Torre... el hogar de sus antepasados era demasiado santo aun para recibir bajo su techo al discolo heredero.



CAPITULO V.

ODIO AL HOGAR DOMÉSTICO Y LA INCLINACION Á LA VAGANCIA.

El capitán Rolando empleó cuantos argumentos le sugirió su ruda elocuencia para convencer á su hijo:

—Prescindamos, le decia, del amor que un hijo debe profesar á su padre; además de aquella tiene otras obligaciones para con aquel cuyo nombre lleva. Le habló, pues, largamente y con énfasis de sus deberes, pero no tardó en conocer que no se le hacia caso ya y su orgullo, tan susceptible siempre,

se exasperó. Hallábase demasiado pervertido el sentido moral del hijo para comprender aquel noble orgullo, el cual por un fatal contagio, solo sirvió para agravar el mal; porque el honroso orgullo del padre se comunicó al hijo como un nuevo vicio y el jóven dijo para sí:—Segun eso, lleva mi padre un gran nombre, puesto que me habla con tanto énfasis de sus antepasados. Posee fincas, tiene un castillo!... qué significa, pues, la existencia mezquina que arrastramos; por qué causa restringir así mis gastos? Si hay razon para vanagloriarse de sus antepasados, tambien yo soy un caballero: conviene á un caballero esta casa y esta economia?

La sangre gitana se dió á conocer tambien en Inglaterra, porque no tardó el jóven en encontrar; sabe Dios cómo y en dónde, malas compañías. Si hubiera querido Rolando, hubiera podido distinguir las sospechosas figuras que se diferenciaban de las demás por sus trajes, mitad nuevos mitad usados, las cuales iban á rondarle la calle y á echar una ojeada á la ventana para alargarse si veian en ella al capitan; pero el padre no podia rebajarse hasta el estremo de convertirse en espia de su hijo, y este

se endurecia mas cada dia, cerrando enteramente su corazon á un padre en cuyos lábios jamás vió una sonrisa. Despues empezaron á presentar en su casa para su cobro, alguno que otro pagaré que obraba en poder de usureros, yendo ellos mismos á golpear la puerta de la morada del capitan... de Rolando, que á la sola idea de una deuda se estremecia de horror como el armiño al ver una mancha negra en su blanquísima piel! Al tratar de reconvenir á su hijo por aquet proceder, respondióle este con el mayor descaro:—¿No soy acaso un caballero?.... Estas pues son cosas de caballeros.

Quizás entonces se acordase Rolando de la prueba hecha por su amigo, el oficial francés; porque dejó abierta su gabeta y le dijo á su hijo:—Arruínname si quieres, pero no contraigas deudas! Dinero hay en mis gabetas.... y abiertas las tienes. Ésta prueba de confianza hubiera bastado sin duda para poner coto á la vida licenciosa de un hombre dotado de un delicado sentimiento de honor; pero el discípulo de los gitanos no comprendió la generosidad que encerraba el noble proceder de su padre, y creyendo que se le autorizaba por este medio

para tomar el dinero que necesitase.... lo tomó! Rolando consideró el hecho como un robo... y un robo del peor genero, y así se lo dijo á su hijo, siendo este entonces el que se estremeció de indignacion, por considerar, lo que solo fué un tierno llamamiento á su honor, un lazo para deshonorarle. En una palabra, ni el uno ni el otro se entendian.

Rolando prohibió á su hijo el que saliese de su casa, y aquella misma noche se descolgó el jóven por una ventana decidido á ir correr mundo y á disfrutar de él desafiándolo á su manera. Enojoso seria por demas el seguirle en sus diversas aventuras, en sus contratiempos y en las tentativas que puso en práctica para lograr hacer fortuna, caso de que, lo que no sucede, las conociese yo todas. Por de pronto abandonó el hijo fugitivo voluntariamente su verdadero nombre: no molestaré al lector enumerándole los pseudónimos de que echó mano, y nombraré á mi desgraciado primo con el de Vivian, bajo el cual le conocí por la primera vez y le seguiré dando hasta que... quiera Dios sea pronto!.. haya sacado de la vergüenza y del oprobio el nombre de su padre.

Vivian conoció á Peacock al unirse á una compañía de cómicos ambulantes, y este digno personage, cuyo arco tenia mas de una cuerda, supo apreciar la extraordinaria destreza en el juego de villar de su nuevo compañero, y se propuso explotarla en provecho propio. Dió parte á Vivian de sus proyectos y esperanzas, y cuando los encontré en el camino real acababan de unirse en amable consorcio. La casualidad de este encuentro produjo (si he de creer lo que me aseguró), un saludable efecto en Vivian. La inocencia y el candor de un jóven que salia por primera vez del hogar doméstico, eran cosas nuevas enteramente para él: sorprendióle la feliz vivacidad que se unia á aquella sencilla ignorancia, tanto mas, cuanto que á pesar suyo, la comparó con la alegría forzada y el secreto disgusto de su propia existencia... y aquel jóven era primo mio!

Asi que llegó á Lóndres, preguntó por mí en el hotel de Strand, en donde dejé las señas de mi casa, y habiendo sabido donde viviamos, pasó una tarde por mi calle— pero hallábase mi tio en la ventana y apenas le conoció echó á correr. Encontrándose entonces con algun dinero, rompió brusca-

mente con los compañeros de su sospechosa vida, con intención de volver á Francia y una vez allí proporcionarse medios mas decorosos para vivir independientemente. En la libertad de que habia disfrutado no pudo encontrar la dicha que vió en sueños, ni hacer la fortuna que se habia prometido á sí mismo por los medios que su padre tanto reprobaba: no tenia amigo alguno mas honrado que su antiguo maestro:—Recurriré á él! dijo en su anterior, y así lo hizo. Pero su maestro se habia casado y el cambio de estado produjo en su código de filosofía práctica, otro cambio mucho mas extraordinario: el nuevo padre de familia ya no era de parecer que fuese moral el apoyar al hijo que se revela contra el autor de sus dias. Vivian se espresó acerca de la acogida que se le hacia con la altivez y el sarcasmo que acostumbraba, y su maestro le dijo atentamente que se marchase de su casa. Vióse, pues, precisado en París á recurrir de nuevo á su antiguo oficio, pero por mas que en él sobresaliese por su destreza, habia allí otros muchos jóvenes que le aventajaban. Se hizo al poco tiempo sospechoso á la policia... no precisamente porque hubiese cometido alguna accion cri-

minal, sino por sus imprudentes relaciones con otros jugadores de oficio, menos escrupulosos que él: vióse, pues, en la necesidad de marcharse de Francia, y acababa de llegar á Lóndres cuando le encontré de nuevo en las gradas de un almacén, mal vestido, peor comido y sin blanca.

Entre tanto, despues de infructuosas investigaciones, se habia abandonado el capitan a la desesperacion y al pesar: su hijo habia rechazado su autoridad porque le salvaba de la deshonra: qué podia esperar de él en lo sucesivo? alimentaba rigidas ideas sobre la disciplina, y la paciencia se estinguia en su corazon. Creyó que podia abandonar á su suerte á un hijo ingrato, desconocerle y decir: «Ya no tengo hijo!» Estos eran los sentimientos de que se hallaba animado cuando vino á vivir con nosotros. Pero en aquella noche memorable en que contó á sus aterrados oyentes la trágica historia de un padre mucho mas desgraciado que el, revelando por este medio á su hermano su cruel preocupacion—ya no tuvo dificultad aquel hermano en adivinarlo todo; no necesitó el bueno de Agustin Caxton de gran suma de elo-

cuencia para convencer al triste Rolando, de que no habia agotado aun todos los medios que podian atraer á su hijo al buen camino. Marchóse entonces á Lóndres el capitan; recorrió las casas de juego que solia frecuentar el jóven vagabundo; redujo á la mas minima espresion sus gastos, y destinó sus economias para gratificar á los agentes de policia, y visitar los garitos y los teatros: por último, vió desde su ventana al que buscaba, y exclamó poseido de una engañosa alegría: «se arrepientel»

Una noche recibió mi tio por medio de su banquero una carta del maestro francés, en la cual le participaba la visita de su hijo: para hacerla llegar á sus manos se habia dirigido el maestro á la persona de cuyas manos recibió en otro tiempo su salario mensual. Encaminóse el capitan á Paris sin pérdida de tiempo, y al llegar, solo pudo adquirir noticias de su hijo por los delegados de policia, los cuales le manifestaron haberle visto en compañía de algunos estafadores que se hallaban ya á buen recaudo; pero que como no existiese motivo alguno por el cual le considerasen como cómplice de aquellos hombres

perdidos, le habian dejado salir de París y tomar, al parecer, el camino de Inglaterra. Este último golpe anonadó al pobre capitán. Su hijo acompañado de estafadores!... podía estar seguro de que no fuese cómplice suyo? Si no lo era aun, estaba en camino para serlo muy en breve; porque en la senda del crimen el mas temible es el primer paso! Recogió á la hija que le quedaba y volvió á Inglaterra, teniendo que meterse en cama apenas llegó, presa de una calentura cerebral. Sucedia esto el mismo dia ó la víspera del en que sorprendió la noche á su hijo sin albergue y sin dinero, tendido en las aceras de Londres.

CAPITULO VI.

TENTATIVA PARA LEVANTAR UN TEMPLO Á LA FORTUNA CON LAS RUINAS DE LA CASA PATERNA.

—Pero al acudir vos—dijo Vivian prosiguiendo su historia—en mi ayuda sin conocerme... cuando vinisteis á alentar mi abatido espíritu... cuando por la primera vez oí de vuestros labios el encómio de algunas cualidades mías, que según vuestra opinion, bastaban para que aspirase yo á desempeñar en el mundo un papel importante... ah! (añadió tristemente), no lo puedo olvidar... brilló ante mis ojos una

nueva y radiante luz. La ambicion que me llevó á casa de mi maestro, volvió a renacer en mí, pero bajo una forma mas digna y pronunciada. Entreví un objeto mas noble: propúseme salir del fango, conquistarme un nombre, y quizás ocupar un lugar distinguido...

Vivian inclinó la cabeza; levantóla de repente y empezó á sonreirse con su irónica sonrisa.

Voy á terminar su historia en breves palabras. Arraigado en él el resentimiento contra su padre, resolvió no darse á conocer de nadie; y para mejor guardar el incógnito, tomó un nombre que debía burlarnos á todos, porque sabia que el capitán habia oido hablar del coronel Vivian y de su fugitivo hijo, y lo que con este motivo se habló, sugirióle la primera idea de abandonar la casa paterna. Si no aceptó desde luego la proposicion que le hice de presentarle en casa de Trevanion, fué porque se proponia ante todo ocultarme lo que pensaba hacer, y temia que acabase yo por descubrir su verdadero nombre. Pero díjele que íbamos á dejar á Lóndres, y consideróse ya con entera libertad para llevar á cabo sus planes sin dar cuenta

de ellos á nadie. El que entre todos mas le alagaba, era el de pronunciarse una modesta independendia pecuniaria, á fin de emanciparse enteramente de la tutela paternal. Sabiendo el respeto que profesaba el capitan al nombre de su familia;—convencido de que su padre no le amaba y de que no le embargaba otro sentimiento que el temor de ser deshonrado por él creyó que podia especular con esta especie de preocupacion.

A este fin escribió al capitan una lacónica carta, (la que causó al pobre tan viva alegria, y le hizo esclamar dirigiéndose á Blanca: «Hija mia, ruega á Dios por mí!»— Vivian espresaba sencillamente en ella los deseos de ver al capitan y le daba al efecto una cita en una taberna de la Cité.

Acudió Rolando á la entrevista con el amor paternal y el perdon en el corazon, pero, (debe réprobársele?) con la frente severa, y entró en la casa dispuesto á abrir sus brazos al estraviado jóven con tal de que pronunciase una sola palabra de arrepentimiento; pero Vivian leyó solo en sus ojos una mirada de reconvencion, y siempre prevenido... retrocedió, cruzose de

brazos y le dijo con frialdad: Dejáos de reconvenciones, caballero... son inútiles. Solo os llamo aquí para proponeros un medio que ponga a cubierto vuestro nombre y que os permita á renunciar á vuestro hijo.

Entonces le dió cuenta aquel desdichado jóven de su proyecto, y manifestó su firme resolución de no vivir nunca con su padre, de no someterse jamás á su autoridad y de seguir hasta su término la carrera que habia emprendido, fuese la que quisiera, sin esplicar ninguna de las circunstancias que mas podian perjudicarle, quizas porque suponía que cuanto mas indigno de él le considerase su padre, mejor dispuesto se mostraria á secundar sus miras. = Hé aquí, añadió, cuanto os pido: señaladme una cantidad, por corta que sea, con tal que baste para evitarre la alternativa de tener que robar ó que morirre de hambre. En cambio os prometo no molestaros en mi vida, ni deshonraros con mi muerte: cualesquiera que sean los crímenes que yo cometa, no refluirán sobre vos, porque nos reconocereis al culpable. No llegarán al nombre que á tanta altura colocais; porque aquel nombre no será ya el mio.

Indignado y afligido Rolando, nada contestó á tan atrevida declaracion.—Resaltaba en la sangre fria de su hijo alguna cosa que le quitaba toda esperanza, y sublevaba su orgullo: otro mas débil hubiera recurrido, quizás, á las reconvenciones, á los ruegos á las lágrimas... no era Rolando de este temple. Solo tenia tres partidos que tomar á cual mas doloroso. «Insen- sato, podia responder á su hijo, sígueme;»—ó bien decirle: «Desdichado, tratas de separarte de mí, como de un extraño! pues si así lo quieres, roba ó muérete de hambre!»—ó por último, aturdido por lo imprevisto del golpe, bajar la frente y decirle con humildad: «Una vez que me niegas la obediencia de hijo, y quieres que te considere como muerto, ya no puedo precaverte del vicio ni guiarte por la senda de la virtud: tratas de venderme el nombre que heredé ileso y puro, y que puro é ileso he llevado... Enhorabuena! ponle precio.»

Esta última fué en corta diferencia la respuesta que el padre se vió obligado á dar á su hijo.

En efecto, despues de haberle escuchado y de meditar algun tiempo, le di-

jo:— Antes de decidirte, piénsalo bien.

—Hace tiempo que lo he reflexionado... mi resolución está tomada! esta es la última vez que nos vemos. Descubro ante mis ojos el camino de la fortuna... un camino honroso, en la cual solo podeis ayudarme como os lo he dicho. Si en él me poneis obstáculos, ni á vos ni á mí, quizás, se nos ofrecerá ya otra coyuntura para optar por uno ú otro partido.

Entonces Rolando se echó esta cuenta: «He hecho ahorros para este hijo: qué necesito yo para vivir? muy poco en verdad con tal de que no contraiga deudas: mi porvenir está reducido á meterme en un rincón y á esperar en él la muerte. Cuanto mas le dé, mayor será la probabilidad de que abandone las malas compañías y con ellas la fatal pendiente que sigue.»

Después de este raciocinio, ofreció Rolando señalar á su hijo una cantidad equivalente á más de la mitad de sus rentas.

Vivian ignoraba en que consistian los bienes de su padre: no suponía que la suma de doscientas libras esterlinas anuales, fuesen una asignacion desproporcionada á las rentas de Rolando de Caxton... Sin em-

bargo, cuando hubo oído de boca de este la cantidad que le señalaba, vio Vivian un proceder generoso por parte de aquel que tenía el derecho de decirle:—Te tomo la palabra:—te doy «justamente lo preciso para que no te mueras de hambre.»

Pero su segundo impulso fué inspirado por aquel odioso cinismo, al cual llamaba ciencia del mundo, ciencia adquirida con el trato de la gente depravada y con la lectura de los malos libros. Ah! pensó en su interior, esto no lo hace por mí, sino por su nombre!—Acepto las condiciones, dijo en alta voz. Podeis dirigiros al escribano cuyas señas se encuentran en este papel, para formalizar el contrato... Adios para siempre.

Al oír estas últimas palabras estremeciéndose Rolando y estendió sus brazos en el espacio como un ciego. Pero Vivian habia abierto ya la ventana.... (esta escena pasaba en el piso bajo.—Adios! repitió, decid al mundo que ya no existo.

Dicho esto saltó á la calle, y el desdichado padre despues de alargar los brazos inútiamente, dióse un golpe en el pecho exclamando: Pues bien! mi mision en el mundo de los hombres ha terminado ya! Vol-

veré á la vieja Torre—nueva ruina entre
las antiguas ruinas.—allí al menos me con-
solaré de tantas pérdidas la vista de los
sepulcros salvados por mí de la deshonra.



CAPITULO IV.

**LAS CONSECUENCIAS—PERVERSA AMBICION
=PASION EGOISTA—INTELIGENCIA
DEPRAVADA POR LA PERVERSIDAD
DEL CORAZON.**

Hasta entonces iba saliendo adelante Vivian con sus proyectos. Disfrutaba de una renta que le permitia darse el trato y las apariencias de un caballero—de una independendencia que no por modesta dejaba de serlo menos. Acabábamos de partir todos de Lóndres: una carta suya que recibí con el sello del correo del pueblo mas in-

mediato á la residencia del coronel Vivian, bastó para convencerme del parentesco que se atribuía y de haber vuelto al seno de su familia. Presentóme despues al señor Trevanion como el jóven de quien me valí para revisar las memorias francesas de aquel miembro del Parlamento, y sabiendo que nunca habia hecho yo mencion á aquel de su nombre—á lo cual no me hubiera propasado sin el permiso de Vivian—tomó el de Gower, al azar, de entre los titulos de Inglaterra, de un antiguo almanaque de la córte, el cual le ofrecía además la ventaja á pesar de su nobleza, de no hallarse vinculado en una sola familia. Gracias á su elasticidad, no tardó en revestirse de maneras mas sociales ó en suavizar las que le eran propias, y hubieran disgustado sin duda á Trevanion, consiguiendo por este medio escitar el interés y atraerse las simpatias que aquel generoso hombre de estado no rehusaba nunca al talento. Hizo mas aun: la esperiencia le habia enseñado que es sumamente fácil interesar al bello sexo por los medios que hablan á la imaginacion ó que revelan una situacion que tenga visos de novelesca: un dia, pues, confesó en presencia de lady Leonor

que tenia motivos para ocultarse á su familia; creo, añadió, que Pisistrato Caxton sospecha ya estos motivos, y no quisiera que creyendo prestarme un servicio, descubriese el secreto á mis parientes. Desearia, pues, del señor Trevanion, que si acaso le escribe no haga mención de mí. Aunque con alguna repugnancia ofreciósele así el señor Trevanion: la confianza que de él acababa de hacer, parecia exigir esta promesa; pero como detestaba los misterios de toda especie, hubiera desconfiado de su nuevo secretario, ó por lo menos le hubiera costado á este, bajo auspicios tan sospechosos, adquirir en aquella casa la intimidad á que aspiraba, á no mediar una circunstancia, que de buenas á primeras le estableció en ella casi bajo el mismo pié que yo lo estaba.

Vivian habia tenido siempre en grande estima un rizo que conservaba del pelo de su madre. Cuando lo puso su padre al cuidado del maestro francés, invirtió el primer dinero de que pudo disponer en un medallon para poner en él aquel tesoro, del cual no se habia separado durante las peregrinaciones de su vida aventurera y que nunca, á pesar de sus grandes apuros, ha-

bia querido vender. Rompióse una mañana la cinta de la que pendia aquel medallon y al ver grabados en él su nombre y el de Ramona, su vago instinto de las obligaciones de un contrato, por muy imperfecto que fuese, le hizo pensar que en conciencia debia hacer borrar el nombre que ya no le pertenecia. Llevó en su consecuencia el medallon á casa de un platero de Picadilly y dióle sus instrucciones sin reparar en una señora que se encontraba en el interior de la tienda. Hallábase aun la joya sobre el mostrador, y apenas se hubo salido Vivian, se acercó la señora á examinarla: aquella noche recibió Mr. Gower un billete de lady Leonor, porque era la misma, en el cual le suplicaba que fuese á verla: no poco sorprendido acudió á la cita: — Mr. Gower, le dijo la señora, por una casualidad he visto la joya que dejásteis esta mañana en la platería de Picadilly: permitidme, pues, que os diga que solo puede llarmarse de Caxton un caballero á quien conozco.... ó su hijo. Ah! ya veo por que os recatais de mi amigo Pisistrato. Existe algun motivo de queja entre vos y vuestro padre? vaya, confesádmelo, ó de lo contrario me veré en la necesidad de escribirle.

Sorprendido Vivian con una interpelacion semejante, abandonóle su arte de disimulo y vió que habia para él otra alternativa que la de revelar parte de su secreto á lady Leonor y la de implorar su discrecion. Entonces habló con amargura del ódio que le profesaba su padre, y para demostrar la injusticia con que se le trataba, apeló á la resolucion que habia formado de crearse una posicion honrosa en la sociedad: añadió que en aquel entonces su padre le creia muerto, de lo cual no le pesaba, y que no queria sacarle de su error hasta haber reparado algunas faltas de la juventud, y obligar á su familia á que se enorgulleciese de su existencia.

Por mas trabajo que costase á lady Leonor el creer que Rolando pudiese aborrecer á su hijo, no era tan fácil de convencerla de su carácter irascible y de la rigida severidad de un militar que rendia un culto idólatra á la disciplina. Interesóla la historia del jóven y su resolucion se adaptó perfectamente á su natural orgullo: algun tanto inclinada siempre á todo lo novelesco, y dispuesta á interesarse por los ambiciosos, abrazó la causa de Vivian con un entusiasmo que no pudo menos de ad-

mirarle. Lady Leonor se vió halagada por la idea de contribuir á hacer la fortuna del hijo, y de reconciliarle con su padre... su intervencion en esta doble obra de caridad seria una reparacion de los agravios de que en otro tiempo pudo Rolando acusarla. Sin embargo, pensaba consultarlo con Trevanion porque no tenia para él secreto alguno, y este era el medio mas seguro si se que aquel no lo revelase á nadie.

Y aqui debo desviarme algun tanto del orden cronológico de los sucesos que refiero, para enterar al lector, de que cuando lady Leonor tuvo su entrevista con el capitán Rolando, quizás se lo hubiera contado todo si no la hubiese enfriado la aspereza de sus maneras. Sin embargo, como para sondearle en un principio comenzó por elogiar al jóven Mr. Gower, el nuevo secretario del señor Trevanion, guiado el capitán por sus sospechas, identificó á dicho sujeto con su hijo: aquellas sospechas fueron las que le inspiraron tan terrible interés y tanto vigor en nuestros mancomunados esfuerzos por salvar á miss Trevanion. Tal fué el heroismo del pobre capitán, que se abstuvo durante el camino de hacerme pregunta alguna, cuya respuesta habria

podido paralizar la energía de que necesitaba:»—Porque, le dijo él mismo á mi padre, sentia hervirme la sangre en mi cabeza, si le hubiese pedido á Pisistrato que me describiese al autor de aquel complot, y hubiera reconocido en él á mi hijo, esto unido al temor de no llegar á tiempo para evitar un infame atentado, me habria hecho perder la cabeza.... así, pues, no me atrevi.

Hecha esta declaracion reanudo el hilo de mi historia.—Desde el momento en que Vivian confió su secreto á lady Leonor, se abrió para él la única senda que podia realizar sus mas ambiciosas esperanzas. A pesar de carecer de estudios clásicos, circunstancia precisa para quien hubiese de ser secretario del señor Trevanion, á escepcion de vivir en el mismo hotel, permanecia allí casi tan continuamente como yo. Entre todos los proyectos de Vivian, el que ocupaba menos su pensamiento era el de aspirar á la mano y al corazón de la rica heredera; pero cuando precisamente acababa de instalarse en su nuevo destino, supo que su casamiento con el joven lord Castleton, era cosa resuelta. Vióla y quedó prendado de ella: ah! como contemplar sus encan-

tos y mostrarse insensible á ellos! Enamoróse, pues, Vivian, dejándose llevar de una pasión semi-salvaje y semi-civilizada, de una pasión sin esperanza, al menos mientras el joven lord viviese. Ocurrió su muerte, vióse Fanny libre, y entonces vió Vivian brillar ante sus ojos un rayo de esperanza —pero sin proponerse aun realizarla por medio de una culpable intriga. Hizo la casualidad que se encontrase con Peacock, y conociendo Vivian de cuanta utilidad podía serle, tal vez, un hombre cuyas circunstancias le eran conocidas, y con cuya adhesión podía contar, lo colocó en la misma casa del señor Trevanion. Cuando Peacock se hubo enterado del secreto amor de Vivian, se apoderó de él un vivo entusiasmo al considerar las ventajas que no solo su protector sino el mismo podrían reportar de un casamiento con mis Trevanion. ¡Qué ocasión tan bella no se le presentaba, por otra parte, para poner en práctica en el teatro de la vida real sus talentos dramáticos! No tardó, amaestrado como estaba en la escuela de bastidores, en fraguar una intriga entre el criado y la doncella, en su opinión era esta indispensable para asegurar el buen éxito de los primeros amores.

Si alguna oportunidad se le ofreció á Vivian para dar á conocer á Fauny la admiracion y el cariño que le inspiraba, miss Trevanion no le proporcionó ninguna para que abogase por suma causa, pero el candor y la dulzura de su carácter le engañaron y dió una interpretacion falsa y favorable á su pasion, á la graciosa benevolencia que la circundaba como una atmósfera, á aquella benevolencia que nace tambien de la inocente coqueteria de una jóven feliz que desea agradar. Era por otra parte tan peregrinas las dotes personales de Vivian, y era tal la impresion que con ellas habia producido durante su vida nómada, que su presuncion le habia llegado á convencer de que solo necesitaba una ocasion favorable para ser correspondido. En este estado las cosas, habiendo el Sr. Trevanion colocado á su secretario, el economista francés, se llevó consigo á Vivian á casa de lord N... Su esposa era una de aquellas señoras que empezando á declinar en hermosura, tienen particular gusto en patrocinar y alentar á ordjóvenes, y admiten la gratitud de un ipotegido cortés, como homenaje debido á su belleza. Gustóle la fisonomia de Vivian así como las maneras pintor. scas que le ca-

racterizaban. Habladora é indiscreta por naturaleza, no tuvo reserva alguna con aquel jóven al cual se empeñó en poner al corriente de cuanto concerniese á la chismografía de la alta sociedad. Entre otras noticias del dia, le habló del fracasado matrimonio de mis Trevanion, y añadió que en su opinion, siempre lord Castleton fué uno de los admiradores de la hermosa heredera. «Desde que es marqués, le dijo parece decidido, por último, á casarse; conoce la ambicion de lady Leonor y cree que lo que se habria rehusado á sir Sedley Beaudesert, puede muy bien concederse al marqués de Castleton. Despues, para corroborar las predicciones que habia aventurado repiló, quizás con exageracion, algunas frases de las respuestas que lord Casleton le habia dado al hacerle algunas indicaciones sobre este objeto, con lo cual escitó vivamente la alarma en Vivian: fácil era á pasiones tan mal dirigidas como las suyas, ofuscar una conciencia tanto tiempo pervertida. Cualquiera amor intenso (bien sea puro ó corrompido!, tiene un instinto que hace proféticos los celos. Asi fué como yo desde que amé á Fanny no tardé, á pesar de las circunstancias que parecian desvanecer mis

temores, en señalar á sir Sedley Beaude-
sert entre los brillantes adoradores que la
rodeaban, como el mas peligroso de todos
mis rivales. El mismo instinto hizo nacer en
el corazon de Vivian los mismos vagos ce-
los que se unian en él á una violenta aver-
sion contra un rival que habia herido su va-
nidad. Demasiado cortés y bien educado
el marqués para mostrarse altanero y des-
deñoso, jamás dispensó á Vivian la amable
franqueza que usaba conmigo: su política
misma le mantenía á cierta distancia, al pa-
so que Vivian se sentia mortificado por el
efecto que aquel hombre encantador produ-
cia siempre, sin esfuerzo alguno, en los sa-
lones, efecto que oscurecia la juventud y la
belleza (mas original, pero infinitamente
menos seductora), del osado aventurero: na-
tural era, pues, que aunándose la animosi-
dad contra lord Castleton con la pasion que
experimentaba Vivian por Fanny, provocase
en aquel carácter díscolo y audaz los mas
odiosos sentimientos.

Recurriendo su confidente Peacock á su
esperiencia de la vida teatral, le sugirió,
por último, los elementos de un complot del
que se apoderó al punto la ardiente imagi-
nacion de Vivian el cual lo maduró y com-

binó segun las reglas del arte. La doncella de miss Trevanion se prestó voluntariamente á tomar parte en una intriga cuyo buen éxito le proporcionaba un marido y una colocacion que le asegurase la subsistencia mientras viviese: tambien podia secundarla un amigo del ex-cómico que acababa de establecerse en una posada de la calle de Escocia: acordóse, pues, que Vivian esperaria allí á miss Trevanion, á la cual se comprometia á llevar Peacock con el auxilio de la pérfida criada. Sin embargo, quedaba aun una dificultad que vencer, ante la cual cualquiera hombre que no fuese Vivian hubiera retrocedido, á saber; el consentimiento de miss Trevanion para un matrimonio escocés. Pero Vivian esperaba conseguir su objeto recurriendo á su elocuencia, á su industria y á su pasion: por una de aquellas estrañas inconsecuencias que suelen encontrarse en los hombres cuya inmoralidad falsea las mas veces el juicio, creia Vivian que haciendo entender á Fanny que sus padres sacrificaban su juventud, lograria que le prefiriese al hombre que por sus cualidades seductoras escitaba particularmente sus celos: tambien se proponia insistir acerca de la des-

proporción de edades y poner en ridículo las pequeñas faltas de su rival, etc., etc.; en una palabra, intentaba espantar á Fanny echando mano de todos los lugares comunes que le ofrecia una situación semejante.

Tal era el complot que se habia empezado á poner por obra. Peacock habia solicitado del Sr. Trevanion permiso para visitar á un pariente suyo que se hallaba á la muerte; Vivian obtuvo una licencia de dos dias bajo pretexto de visitar los puntos pintorescos del pais: era inminente una catástrofe.

—No necesito preguntaros, le dije esforzándome en vano por ocultar mi indignacion, como recibió miss Trevanion vuestra monstruosa propuesta...

Vivian se puso pálido, pero nada respondió:

—Y si no habiéramos llegado á tiempo, qué habriais hecho? proseguí. Oh! os atreveriais á medir con la vista el abismo de infamia del cual habeis escapado?

—No puedo tolerar esto, ni lo toleraré! exclamó Vivian, que estremeciéndose, se puso de pie: os he abierto enteramente mi

corazon, y no es proceder noble ni generoso abondar de este modo mis heridas; vos podeis hablar cuanto querais de moralidad... pero yo, nunca!

—Pero creéis acaso, exclamé, que no he amado tambien yo! Pues sabed que amé mucho mas tiempo que vos, con un amor mucho mas tierno que el vuestro, que he luchado con pruebas mas dificiles, que he pasado noches de insomnio mucho mas sombrías que las vuestras, y no obstante...

—Decidme, me interrumpió Vivian, ¿es cierto lo que acabais de manifestarme? Yo creia que podiais haber experimentado por miss Trevanion un cariño pasajero, del cual triunfasteis al punto con la mayor facilidad. Oh! es imposible! no podeis haber amado realmente para renunciar como lo hicisteis, á todos los medios que podian favorecer vuestro amor: no hubiérais abandonado la casa de Fanny, huyendo de este modo de su vista: no, aquello no era amor.

—Era amor! y quiera el cielo que podais conocer algun dia cuán poco participaba el vuestro de los sentimientos que hacen al amor tan sublime como el honor, tan re-

signado como la religion! Ah! primo! primo! á cuanto no hubiérais podido aspirar con los dones tan preciosos con que os ha dotado el cielo! Sin embargo, confio que con el arrepentimiento y la espiacion aun podreis aprovecharlos. No me habéis ya de vuestro amor, que tampoco yo os hablaré del mio: el amor es una cosa que se ha desvanecido para entrambos: retroceded á una época mas lejana, buscad en ella faltas mas graves!... vuestro padre... ese noble corazon que con tanta ligereza habeis destrozado... ese amor que sobrevive á todos los demas y que tan poco habeis comprendido...

Entonces, con todo el calor de un profundo sentimiento, demostré á Vivian la verdadera naturaleza del honor y el carácter de su padre, que era su verdadero tipo. Tracéle sus vigiliass, sus esperanzas y zozobras de que fui testigo, y mas de una vez arrancaron lágrimas de mis ojos... de los míos y no era mi padre! Púsele de manifiesto la modesta fortuna del padre y las privaciones á que tuvo que condenarse hasta el último momento, á fin de que no tuviese su hijo la menor disculpa para ceder á las culpables sugerencias de la miseria:

hé aquí lo que á mi entender me sigirió frases elocuentes. En vano quise interrumpirme Vivian y contestar una ó dos veces á lo que le decia... porque le obligué á que me escuchase hasta concluir; triunfando de todos los sofismas de aquel corazon pervertido, conmoví aquella naturaleza cínica. aquella amarga misantropia..... hasta que le ví al cabo caer á mis pies y esclamar sollozando:—Basta! basta! ahora lo veo todo..... he sido un perverso!



CAPITULO VIII.

Al separarme de Vivian, no me atreví á ofrecerle el inmediato perdon de su padre, ni le incité á que procurase verle, porque conocí que no era llegado el momento del perdon ó de la entrevista. Contentándome con la victoria alcanzada ya, crei que era necesario dejar á la reflexión, á la soledad y á los remordimientos, el tiempo de gravar mas profundamente la leccion y de asegurar sus saludables consecuencias. Vivian permanecio sentado jun-

to al arroyo:—Necesito aun estar solo, me dijo: pero me señaló la pequeña posada en donde se habia aposentado y á la cual podria dirigirle las noticias que tuviese que darle de la enfermedad de su padre.

Al regresar al lado del capitan le encontré lleno de zozobra por mi larga ausencia: causóme una agradable sorpresa al entrar en su cuarto el encontrarle levantado y vestido, y con un semblante tranquilo, aunque fatigado. No me hizo pregunta alguna, bien fuese por creerme afectado aun con la despedida de miss Trevanion, ó bien porque sospechase que no me habian absorvido tan exclusivamente mis penas que me hubiesen impedido el hacer algo por las suyas. Díjome sencillamente:—Me parecía haberte oido decir que habias escrito á Agustin para prevenirle....

—Si, señor: pero le cité para.... por ser el relevo mas próximo á la Torre.

—Pues bien! vámonos al punto.... el movimiento y el cambio de aires deben sentarme bien.... Aquí me siento atormentado por las conjeturas, por la ansiedad.... Si, añadió cruzando las manos con angus-

tia, que dispongan los caballos.

Fuí á obedecer y mientras se disponia nuestra marcha me dirigí corriendo al punto en que habia dejado á Vivian, al cual encontré en la misma actitud, cubriéndose la cara con las manos para no ver la luz del dia. Con el posible laconismo le dije que el capitan se encontraba mejor y que íbamos á partir. — Yo vuelvo á Lóndres me dijo: — Preguntéle en donde podria encontrarle y me dió las señas del cuarto en el que le visité anteriormente. — Si por casualidad estuviese ocupada la habitacion, añadió, ya dejaré allí cuatro letras para que sepais mi paradero. Pero preferiria quedarme en el cuarto que ocupaba antes de que.... No terminó la frase: estrechéle la mano y me separé de él.

CAPITULO IX.

Hace ya algunos dias que nos ballábamos en Lóndres y está con nosotros mi padre: el capitan ha permitido á Agustin que me contase su historia en cambio de las observaciones que me habia inspirado el relato de Vivian, las cuales le fueron comunicadas por mi padre. Aquellas observaciones aprobadas por este atenuaban las faltas del pasado, al tiempo que en mi opinion hacian esperar una enmienda eficaz para lo futuro; el capitan admitió este consuelo: su austera tristeza se ha dulcificado; obsérvase en su mirada alguna co-

sa que revela la ternura y un acento mas tranquilo en su voz. Pero habla poco y nunca se sonrie, no me hace pregunta alguna, nunca me habla de su hijo; ya no se ocupa del viaje á la Australia; ni trata de saber por qué se ha aplazado; ni se interesa como antes en los preparativos de su marcha: en una palabra, todo le es indiferente.

Mi viaje se aplazó para el primer buque que se haga á la vela: he visto á Vivian dos ó tres veces y estas entrevistas me han descorazonado, porque me parece que ya no existe la mayor parte de la impresion que produjo en él. Al aspecto de la Babilonia británica, á la vista del espectáculo que ofrece aquel foco de civilizacion, aquel laberinto en que chocan y se confunden las comodidades, las riquezas, los esplendores, las miserias, la abundancia, el hambre, el lujo y los harapos, diríase que Vivian habia sentido renacer en sí sus feroces instintos, su perversa ambicion, su hostilidad al mundo, sus ódios, su desprecio á los hombres y sus rebeldes murmuraciones contra el cielo. Felizmente conservaba aun el arrepentimiento de su mal proceder contra su padre, al cual se ha-

bia mostrado insensible durante tanto tiempo: nuevo sentimiento que encerraba su corazón, y podía llegar a ablandarlo, empezaba á revelarse en él como un principio de aquel honor que habia desconocido hasta entonces. Reconocia haber sido injusto:—Renuncio, dijo, al contrato que me asegura una pensión á costa de las privaciones de mi padre, al menos no le perjudicaré por este medio.

Pero si bajo este punto de vista parecia sincero su arrepentimiento, no lo era bajo el de su conducta hácia miss Trevánion. Su gitana educacion, sus perversas compañías, las locuras de que le habian ofrecido tantos ejemplos de perversidad las novelas francesas, su modo de jugar las intrigas de amor, bajo el prisma de bastidores, etc., parecian vendar sus ojos con un engañoso velo que ocultaba á su imaginacion la verdadera índole del crimen de que se habia hecho culpable. Hubiérase dicho que estaba mas avergonzado de haber sido descubierto, que de su mal proceder mas desesperado de no haber conseguido su intento, que agradecido por haberse librado del delito. En una palabra, una naturaleza encallecida en los malos sende-

ros, no pedia ser refundida de una vez, al menos, por un artífice tan jóven é inesperado como yo.

Al salir de una de nuestras entrevistas, me introduje en la habitacion en donde mi padre y mi tio estaban juntos, para aprovechar un momento favorable. No tardé en hallarlo, pues sacudiendo el capitan sus melancólicas cavilaciones, abrió la Biblia y me pareció entregado enteramente á su lectura: entonces indiqué á mi padre por medio de una seña, que me siguiese á la habitacion inmediata, en donde entablamos el siguiente diálogo:

Pisistrato. He vuelto á ver á mi primo: no han sido tantos los progresos que he hecho sobre él como hubiera deseado. Es preciso, padre mio, que le veais...

El Sr. A. Caxton. Yo! si, indudablemente, si puedo ser útil; pero me querrá escuchar?

Pisistrato. Creo que si. Un jóven respetará, sin duda, las palabras de una persona de mayor edad, al paso que le ofenderian como una leccion presentuosa salidas de la boca de otro jóven de su edad.

El Sr. Caxton. Tal vez. (Despues con

aire mas reflexivo). Pero si el alma de ese jóven original, es, segun me la describes, como un buque náufrago, qué restos podré recojer de él? Al parecer, faltan aqui enteramente los puntos de apoyo con que podríamos contar en otro caso; ni religion, ni honor, ni recuerdos de la niñez y del hogar doméstico, ni obediencia filial—ni aun el conocimiento del interés personal en la acepcion filosófica de la palabra. Por otra parte, quién soy yo? un hombre que no posee mas ciencia que la de los libros: querido hijo, desconfío de adelantar nada!

Pisistrato. No, no debeis desconfiar; estoy seguro de que triunfareis de él porque sino lo consiguiéreis, qué seria del tio Rolando? No veis que su corazon va á despedazarse?

El Sr. Caxton. Dame el sombrero, iré á salvar á Ismael... y no le abandonaré hasta haberlo conseguido.

Pisistrato. (Algunos minutos despues dirigiéndose con el Sr. Caxton á la morada de Vivian). Mepediais, padre mio, un punto sólido de apoyo?

El Sr. Caxton. Ah!.. y donde está?

Pisistrato. En el cariño. El fondo de

ese corazón pervertido es capaz de abrigar cariño. El amaba tiernamente á su madre y le he visto derramar lágrimas solo al pronunciar su nombre... Hubiera preferido morir de hambre é desprenderse de un recuerdo que conserva de aquel cariño. La causa de su extravío y endurecimiento es hija del error en que permanece acerca de la indiferencia de su padre ó de su aborrecimiento... solo diciéndole cuanto aquel le ama, fué como pudo herir su orgullo y combatir sus perversos instintos. Vais á habéroselas con un corazón que es capaz de profesar... desesperais aun?..

—No, respondió mi padre fijando en mí sus dulces y hondadosos ojos.

Llegamos á casa de Vivian y antes de coger el aldabon me dijo mi padre:

—Si está en casa, vete. La empresa de que me he encargado es árdua en extremo y quiero desempeñarla solo.

Vivian se encontraba en casa, y mi padre se introdujo en ella; yo volvi solo á nuestra posada, á la cual no regresó hasta pasadas algunas horas.

Con no poca sorpresa mia me encontre en ella al señor Trevanion con mi tio: ¿cómo pudo averiguar nuestro para-

dero? lo ignoro porque no le era fácil: pero no era el carácter del señor Trevanion de aquellos que cuando van guiados por un buen impulso retroceden á la primera dificultad que se les ofrece. Vino á Londres espresamente á vernos y darnos las gracias.

No hubiera creído encontrar una gratitud tan delicada, ó al menos, formas tan dignas para espresarla, en un hombre que absorbido incesantemente por los grandes intereses de la política carecia de tiempo para corregir la espontaneidad un tanto abrumada de sus mejores sentimientos: en las indicaciones tan justas como tiernas por medio de las cuales se esforzaba por espresar todo su agradecimiento al padre desgraciado, no se echaba ya de ver su natural impaciencia: tampoco hizo en ellas la meyor alusion al culpable hijo. No pude menos de admirar la nobleza natural y aquella gracia seductora nacida de un alma no endurecida por los negocios. Sin embargo, apenas daba muestras el capitan de apercibirse de ello; sentado junto á la lumbre, que con cierta indiferencia dejaba consumir, asidas su manos á los brazos del sillón que ocupaba y con la cabeza inclinada sobre el pe-

cho, solo por el rubor que momentáneamente colorada su sombría frente podía traslucirse que distinguía de una visita ordinaria al hombre que le llamaba el *salvador* de su hija. Aquel ministro de Estado, aquel miembro influyente entre el reducido número de los elegidos, aquel importante personaje que podía disponer de destinos, de dignidades de par, de elevados empleos en palacio, de condecoraciones etc. etc.: nada tenía que pudiese aceptar un capitán pobre y abrumado por su desgracia y orgullosa dignidad, era imponente el consejero de la corona. Solamente cuando se levantó el Sr. Trevanion para marcharse, fue cuando el veterano pareció empezar á conocer la generosa intencion de la visita que se le hacia: levantóse entonces tambien y acompañó hasta la puerta al señor Trevanion; se habia roto el hielo al menos en la superficie. El capitán cogió las manos al ministro, estrechólas afectuosamente..... pero sin poder articular palabra, volvió á sentarse: entonces me hizo el señor Trevanion una seña y bajé con él las escaleras: ambos nos introdujimos en una salita desocupada.

El señor Trevanion espresó en breves y

sentidas frases la admiracion que le causaba el capitan, haciendo alusion á su hijo solo para decirme que su culpable atentado permaneciera ignorado del mundo: dirijiendose despues á mi con un calor que no pudo menos de sorprenderme, exclamó: «No puedo ya permitir, despues de lo que ha sucedido, que os marcheis de Inglaterra. No vayais á darme á entender, como vuestro tio, que no tengo medio alguno de probaros cuanto os debo... No!, no quiero ser derrotado por vos tambien; quedaos en vuestro pais para serle útil:—os lo ruego —Leonora os lo pido con tanto empeño como yo. Seria una cosa muy extraordinaria que con los medios que tengo á mi disposicion no pudiese encontrar alguna cosa que os conviniese. Sin dar lugar á que le replicase enumeró el Sr. Trevanion lo que llamaba mis derechos á un destino honroso: halagó mi amor propio hablándome de mi disposicion, de mis circunstancias, de mi cuna. Por último logró hacer latir mi corazon ofreciendo á mis ojos un cuadro seductor de adelantos en carrera de la politica, de honores y distinciones: sin embargo, no caí del tal suerte en la tentacion que no volviere mi orgullo á ocupar al punto su lu-

gar. (¿Era acaso injusto aquel orgullo?) Decía yo mismo, que habría alguna cosa de chocante y hasta depresivo para mí, en deber toda mi fortuna á la proteccion de aquel á cuya hija amaba sin serme lícito aspirar á ella... No era, en cierto modo, degradarme al aceptar el premio por el servicio prestado, la indemnizacion del cariño y del sacrificio? Estas razones no eran para dadas directamente: por otra parte experimentaba yo tanto embarazo al tener que responder á la elocuencia y á la generosidad del señor Trevanion, que cuanto pude hacer en aquel momento fué balbucear algunas palabras de gratitud y la promesa de participarle el resultado de mis reflexiones.

En la preeision de tener que contentarse con ella dejóme y me dijo que le escribiese á su casa de campo favorita, y donde se dirigia aquel mismo dia: yo recorrí con la vista la humilde sala de la posada de tercer orden en que nos encontrábamos la cual se vió momentáneamente iluminada con las ofertas del señor Trevanion como por un reflejo dorados. Salime fuera y me fuí á vagar por las populares calles de la Cité para distraer mi turbacion y azoramiento.

CAPITULO X.

Muchos dias trascurrieron y mi padre iba todas las mañanas á hacer largas visitas á Vivian, pero guardaba una muda reserva á causa de sus resultados, y me suplicaba que dejase de hacerle preguntas sobre el particular y de visitar á su primo. Mi tio adivinaba, ó por mejor decir, presumia la mision de que se habia encargado su hermano: en efecto, observé que cada vez que salia aquel silenciosamente se animaba la mirada del capitan y se coloreaban sus megillas.

Por último, dirigióse mi padre á mi una mañana con su saco de noche en la mano y me dijo. Mi ausencia no pasará de una ó dos semanas: haz compañía á Rolando hasta mi regreso.

—Si os vais con él me parece buena señal.

—Así lo espero, es cuanto puedo decir en este momento.

No había trascurrido aun una semana cuando recibí la carta de mi padre que voy á poner á los ojos del lector: así podrá juzgar el fervor con que se consagró á la empresa de que se había hecho cargo, viéndose cuan pocas pedantes sutilezas, (comparativamente hablando, y perdóneseme la espresion si parece injusta) contiene esta carta, de aquellas que comunmente denunciaban el crédito en medio de sus mas vivas emociones. Diríase al leerla que había abandonado sus libros para poner de manifiesto ante su discípulo el corazón humano y decirle:—lee y olvida lo que sabes.

A PISÍSTRATO CAXTON.

«*Mi querido hijo*:—Inútil sería que te contase los obstáculos que he tenido necesidad de vencer, ó que te repitiese por qué medios, de los sugeridos por tí, he procurado escitar sentimientos durante largo tiempo adormecidos y calmar otros pensamientos sobreescitados. El mal consistía simplemente en esto: teníamos que

obrar sobre la inteligencia de un hombre para cuanto hay de malo, y sobre la ignorancia de un niño para cuanto hay de bueno. Qué sagacidad tan maravillosa para las cuestiones de interés puramente material! qué comprensión tan obtusa para los principios de moral! unas veces aplica todas las facultades de su pobre inteligencia á sostener una tésis sobre los mas embrollados misterios de la vida social, otras, hago deletrear el alfabeto de la razon: aquí geroglíficos, allá rótulos de tienda. Pero mientras sea susceptible el hombre de afección, debe empezarse por escitarla en la naturaleza, separar de camino cuanto se haya arrojado en él para estraviarla y hacerla retroceder á sus primitivos instintos á fin de emprender la marcha desde aquel punto de partida.

»Pues bien! Gradualmente he llegado á encontrar la senda: he esperado pacientemente que el corazón del jóven sintiese en sí mismo la necesidad de libertarse de sus perniciosos sofismas sin emplear términos duros ni reconvenciones, dando casi muestras de simpatizar con él; en una palabra, captándome su confianza. Cuando ví que empezaba á reprobarse á sí mismo segun la

expresion socrática, cuando pude creer que ya no me temía y que por el contrario experimentaba cierto placer al hablar conmigo, propúsele que hiciésemos juntos una escursion sin decirle á donde.

»Separándonos lo posible de la carretera del Norte (porque ya supondrás que no sería mi ánimo el de ofrecer á mi compañero de viaje una serie de recuerdos, cuya esplosion nos hubiese espuesto á perderlo todo) viajando de noche cuando el hacerlo de dia podia ofrecer inconvenientes, condújele a las inmediaciones de la antigua Torre. No quise introducirle bajo aquel sagrado techo, pero elegí por nuestra morada la pequeña posada, que como sabes, existe á unas tres millas del rio de las truchas.

»He recorrido el pueblo con él sin decir á nadie quien fuese: hemos visitado juntos las chozas, haciendo con frecuencia recaer la conversacion sobre Rolando. Ya sabes cuanto adoran á tu tio, sabes el placer que aquellas pobres gentes experimentan, en su gárrula gratitud, relatando las anécdotas de su primera juventud, las de su edad madura, sus aventureros triunfos y sus caritativas acciones. Hice pues que vie-

se con sus propios ojos, y oyese con sus propios oídos hasta qué punto estiman y veneran á Rolando cuantos le conocen—escepto su hijo! Le he acompañado despues á dar un paseo en rededor de las ruinas, (pero sin hacerle aun entrar en la casa) porque aquellas ruinas son la clave del carácter de Rolando.—Enseñarlas es poner de manifiesto cuanto existe de mas tierno en la debilidad de su orgullo genealógico. Ellas os hacen establecer el parangon entre aquel sentimiento y la altivez insolente de los que son felices en el mundo: ella os dicen que el orgullo del pobre capitan no es otra cosa que la piadosa veneracion rendida á los muertos....., el culto patético de la tumba. Sentados allí los dos sobre un monton de escombros cubiertos de musgo, le espliqué lo que fué Rolando en su juventud, sus ensueños acerca de lo que para él seria un hijo: le he enseñado las lápidas sepulcrales de sus antepasados, haciéndole comprender por qué eran tan sagradas á los ojos de Rolando.—Mucho tenia ya adelantado por estos medios, cuando me manifestó sus deseos de entrar en la mansion que debió ser suya, pero le hice aplazar la satisfaccion

de aquella curiosidad: «Tiene V. razon me dijo, antes debo hacerme digno de ella.» Entonces, hijo mio, te hubieras sonreido con tu carácter satirico, al oirme explicar á aquel jóven tan díscolo en otro tiempo y tan rebelde á la buena enseñaanza el sentido que nosotros, gentes sencillas, damos á la palabra hacer, el *Home* de la familia inglesa, del cual hacemos una especie de santuario de la confianza, de todos los sentimientos puros, del verdadero honor, — santuario cuya alma es el bullicio del mundo lo que la conciencia á la imaginacion del hombre. Despues introduje la imágen de su hermano á quien apenas habia nombrado hasta allí y por la que se mostraba indiferente, para completar el cuadro vivo del hogar doméstico. — ¿Y sabeis, le dije, que si el capitán Rolando muriese no quedaba otra salvaguardia á la huérfana por su inocencia, proteger su nombre que es tambien el vuestro?... porque su nombre vale alguna cosa; procedió mas vuestro padre colocando el suyo á tanta altura! os alegrariais entonces que vuestra hermana pudiese invocarlo, enorgullecerse con él, cuando fueseis el único encargado de sostener el honor hereditario.

»Seguia hablando aun cuando se apareció súbitamente Blanca, á la cual habia advertido yo de antemano, y se arrojó en mis brazos: fijó en su hermano los ojos como en un extranjero; pero observé que á él le temblaban las piernas.

»Al observar Blanca nuestra familiaridad, me pareció que iba á cogerle una mano con las suyas, pero la aparté rogándole que nos dejase solos; obré con crueldad? así lo creyó él y me lo dijo: á su reconvencion, respondí:—Vuestra hermana forma parte del hogar; si os creis digno de reclamar á entrambos, id, no me opongo á ello.—Tiene los ojos de mi madre! exclamó retirándose á algunos pasos de mi. Mientras meditaba en medio de las ruinas, fui á ver á tu esce'ente madre para tranquilizarla respecto á Rolando y hacerla entender la causa porque no podia volver á su lado.

La rápida entrevista con su hermana produjo en tu primo una profunda impresion, pero me voy acercando ya á lo que me parece el punto mas difícil: manifiesta grandes deseos de reconquistar su nombre y el hogar doméstico; hasta aqui todo va bien; sin embargo no puede contemplar aun la ambicion sino con los ojos mortales y bajo

el punto de vista de las ventajas mundanas. Se imagina que cuanto tiene que hacer es adquirir dinero, influjo, algunos de esos vanos premios de la gran lotería que debemos mas comunmente á nuestros vicios, que á nuestras virtudes. (*Aquí omito un largo pasage de Séneca porqueme parece superfluo*). Cuando le digo que podria verse pobre, oscuro, colocado en el último grado de la fortuna, y no obstante causar nuestro orgullo, no me comprende, ó si me comprende me escuchaba como el eco de los libros: cree que para reconquistar su nombre le bastadarse exteriormente un barniz. No te figures que procedo parcialmente si añado que con este motivo espero valerme de tí provechosamente: al regresar mañana á Londres me prometo hablarle de tí y de tu ambicion; ya sabrás el resultado.

»En este momento (es pasada media noche) oigo sus pasos en la habitacion que ocupa sobre la mia: abre la ventana por tercera vez... quiera el cielo que pueda leer la verdadera astrologia en el estrelado firmamento. Hé aquí los astros que nos envian su propicia luz, mientras busco yo un medio para hacer entrar á este co-

meta bagabundo en la armonia celeste: estudio mas bello que el de los antiguos astrólogos ó el de los astrómos. Quién de entre ellos podrá romper el lazo de Orion? Pero quién de entre nosotros no puede con el permiso de Dios alcanzar el poder arreglar los movimientos del alma humana?

»Tu siempre afectuoso padre
A. C.»

Dos dias despues del recibo de la anterior carta, llegó la siguiente á mis manos. Si no suprimo los renglones de ella que á mi se refieren, y que deben atribuirse á la parcialidad de mi padre, es porque tambien se refieren á Vivian; pero ruego á los lectores indulgentes, no creo que me envanezco demasiado por las tiernas alabanzas de que ella soy objeto:

«Mi querido hijo:

Razon tenia yo en esperar que el relato de su sencilla historia produciria en tu primo su efecto. Sin buscar el contraste de tu proceder con el suyo, le conté que colocado entre el amor y el deber, acudiste en busca de nuestros consejos, y que Rolando, franco siempre hasta la rudeza, fué de dictámen de que se le dijese todo á Tre-

vanion; por muy profundo, le dije, que fuese su dolor, comprendió desde luego que la verdad debia ser su ley, y la verdad le salvó del naufragio. Le enumeré tus heroicos combates, tus mudos sufrimientos, tu resolucion de no eludir las pruebas y sufrimientos inherentes á la vida del hombre, por el egoismo de la pasion; te presenté á sus ojos tal como fuistes, ocupándote siempre de nosotros, interesado siempre en cuanto nos concernia, siempre con la sonrisa en los lábios, temeroso de afligirnos si descubrias tus secretos pesares. (Oh, hijo mio, hijo mio! no creas que en aquellas circunstancias no participaba de tus penas ni oraba por tí!) Mi propia conmocion enterneció á mi oyente, y entonces, despues de hablar de tu desgraciado amor, le cité tu ambicion; hicele ver que tambien tu habias experimentado la agitacion inquieta propia de los jóvenes y de las naturalezas ardientes; que tambien tu habias soñado en la fortuna, y ambicionado renombre y fama. Pero le pinté aquella ambicion con los verdaderos colores; no era la necesidad de un espíritu esencialmente personal que se refiere enteramente á si y se aísla voluntaria-

mente en una reducida esfera, que se detiene en cada una de las gradas de la escala social por la satisfaccion de dirigir una mirada desdeñosa á los que se deja mas abajo; no, tu ambicion era el vuelo de un corazon expansivo y generoso; lo que ante todo querias era reparar las pérdidas de tu padre, satisfacer so débil vanidad; sus estériles aspiraciones á la fama; querias devolver á tu tio lo que habia perdido, un heredero de su nombre;—querias enlazar tu triunfo con las cosas útiles, tus intereses con los intereses de tu familia, tu recompensa con la gloriosa y grata satisfaccion de aquellos á quienes amas. Si querido anacronismo mio, esa era tu ambicion! —Al terminar, le dije: perdonadme; vos ignorais cuanta felicidad experimenta un padre cuando al separarse de un hijo que entra en la carrera del mundo, puede hablar y pensar de esta manera; pero ya lo veis, sobrino mio, esta ambicion no es la vuestra: vuestro objeto es el de llegar á ser rico y tener carruaje, no es así, no es así? En vez de contestarme tu primo, cayó en una especie de profundo letargo, y al salir de él se pareció al despertar de la tierra despues de una noche de primavera.....

habia brotado el capullo de las plantas! No dejó de causarme admiracion el verle venirse hácia mí para rogarme que le permitiese, prévia la vénia de su padre, el que te acompañase á la Australia. La única respuesta que hasta ahora le he dado ha sido en forma de pregunta: «Decidme vos mismo, debo consentirlo? yo no puedo desear que Pisistrato sea otro del que es: debo yo, á menos que no os pongais de acuerdo con él sobre todos los principios y todos los puntos, corre el riesgo de que infiltreis en él vuestro conocimiento del mundo y le inoculeis vuestra propia ambicion?». Esta respuesta le hirió en lo vivo y tuvo suficiente humildad para no intentar la menor réplica.

»Ahora bien, Pisistrato, el temor que le he espresado es el mismo realmente que experimento, porque de otro modo que apelando verdades vulgares, al simple buen sentido y desconcertando argumentos triviales, fué como pude raciocinar con este imperito Scita, con este bárbaro que acaba de llegar del desierto para embarazarme en pleno pórtico.

»Por otra parte, que seria de él en el antiguo mundo? En su edad y con sus enér-

gicos instintos, imposible nos seria hacerle entrar en caja en nuestras hereditarias ruinas de Cumberland. El hastío y el descontento echarian abajo la obra que pudiéramos levantar; ningun atractivo tienen para él los libros... y me temo que nunca lo han de tener. Le alentaremos á abrazar una de las carreras cuya concurrencia obstruye todas las avenidas? Le arrojaremos en medio de las desigualdades de la vida social en el duro empedrado sobre el cual ha dado ya tantos pasos en vago. Le abandonaremos á las tentativas que tantos atractivos tienen para él? esta es una prueba demasiado peligrosa para una conversion tan incompleta. Sus enérgicas facultades encontrarian sin duda en el Nuevo Mundo un teatro mas propicio: alli podria utilizar hasta los habitos de su vida aventurera y salvaje infancia. Siempre se declamará contra las desigualdes del mundo civilizado: estoy tentado a creer que le es mas fácil contestar á esto á la economia politica, que á la filosofia estóica. — «No os gustan, os pareceria duro el someteros á ellas, dice con sequedad la economía; pero esto es efecto de las leyes de la civilizacion y no está en vuestras manos el cambiarlas. Per-

sonajes mas entendidos que nosotros lo han intentado y constantemente sin fruto, aunque hayan trastornado el globo! Por fortuna el mundo es vasto ... id á un pais que no se halle en el mismo grado de civilizacion, porque las desigualdades del antiguo mundo desaparecen en el nuevo: la emigracion es la respuesta de la naturaleza al grito rebelde contra el arte.» Hé aqui como hablaria la economía política; ah! hijo mio! aun tratándose de tí nada encuentro que oponer á su argumentol Yo reconocia, pues, que la Australia podria abrir la mejor de las válvulas á los descontentamientos y á los deseos de tu primo, pero reconocia tambien una verdad que se formula en estos términos:—«No es lícito al hombre de bien el corromperse por amor á sus semejantes.» Esta es quizás la única de las máximas de Juan Jacobo á la cual pueda suscribir espontáneamente. ¿Te crees bastante fuerte para resistir á todas las influencias que una sociedad de este género puede hacerte experimentar—bastante fuerte para llevar su carga al propio tiempo que la tuya—bastante alerta para librar de aquellas influencias á los que van á ser tus compañeros y cuyos destinos te han sido

confiados?—Piéasalo bien, medítalo mucho, hijo mio, porque no debes dejarte llevar de un impulso generoso. Me parece que tu primo se pondrá ahora bajo tu dirección, animado como se halla de un sincero deseo de enmienda; pero entre el deseo y la perseverancia en la ejecución, existe un largo y penoso intervalo... aun para el mejor de nosotros. A no ser por Rolando, y si tuviese yo menos confianza en tí, no podría familiarizarme con la idea de cargar tus tiernos hombros con la responsabilidad tan inmensa. Por otra parte, toda nueva responsabilidad se convierte para un hombre de carácter en un nuevo punto de apoyo, y cuanto de tí exija, es que te acuerdes que esta es una carga grave y solemne que no debería aceptarse hasta apreciar concienzudamente si te encuentras con fuerzas bastantes para soportarla.

«Dentro de dos días estaremos en Londres. Tuyo, mi querido Anacronismo, con la tierna ansiedad de un padre.

«A. C.»

Hallábame en mi cuarto y acababa de leer esta carta, cuando levantando los ojos vi al capitán de pie delante de mí,=«Es de

Agustin? me dijo, » despues de un momento de vacilacion, añadió con aspecto de completa humildad.—«Puedo... debo leerla?» Puse por toda respuestas la carta en sus manos y me retiré algunos pasos hácia atrás, temeroso de que creyese que trataba yo de examinar su fisonomía. Un suspiro que revelaba mas bien inquietud que desesperacion, vino á avisarme que habia terminado su lectura: volvíme; nuestros ojos se encontraron, y en ellos observé cierta cosa que me interrogaba; no me costó trabajo alguno el interpretarla.

—Oh! si, querido; le dije sonriéndome, lo he reflexionado y nada temo por el resultado: antes que mi padre me escribiese, ya deseaba yo lo mismo que él me sugiere. Por lo que respecta a nuestros compañeros, sus caractères sencillos les ponen á cubierto de esos sofismas que... pero ya está *él* medio curado de su influencia. Que se venga conmigo, y á su regreso será digno de ocupar un lugar en vuestro corazon al lado de su hermana blanca. Tengo el convencimiento de lo que os digo y me atrevo á prometéroslo... nada temáis por mi: esta responsabilidad será para conmigo un talisman. Evitaré los yer-

ros que de otro modo hubiera podido cometer, porque procuraré que no tenga ejemplos que puedan inducirle á caer en ellos.

Estoy convencido de que en la juventud y en la superstición del primer amor, nos inclinamos á creer (tan crédulos somos!), que no hay felicidad fuera de la posesión del objeto amado. Pero cuando estrechándome mi tío en sus brazos, me llamó la esperanza de su ancianidad, el sosten de su casa—cuando resonaron en mi corazón como una agradable armonía, las alabanzas que aun vibran en él—aseguro que esperé una felicidad mucho mas gloriosa que si el señor Trevanion hubiese puesto en mis manos la de Fanny, diciéndome: «Es tuya.»

Resuelto ya definitivamente, escribí al Sr. Trevanion, sin gran pena, reusando sus ofertas; debiendo añadir que no fué el sacrificio que hice tan grande como pudiera parecerlo, aun poniendo en la balanza el orgullo natural que ellas habian escitado en mí: me habia creado yo poco á poco un nuevo ideal de la vida, muy distinto del que se imagina del hombre ambicioso, porque no era á las divinidades terrestres, la grandeza y el poder, á las

que yo rendia culto. Pues qué, no debia pensar yo de esta manera, cuando tenia ante mis ojos el latente ejemplo de los sinsabores, zozobras y angustias que habia costado el poder al señor Trevanion? De la escasa felicidad que habia proporcionado la grandeza á lord Castleton, á aquel hombre que parecia haber nacido para ella, tan entendido en arte de ser feliz? ¿no habia visto sacrificar todos los goces de la vida á aquellos dos hombres que parecian destinados por la naturaleza, el uno para el poder, el otro para la grandeza?

Con qué prodigalidad tan maravillosa nos indemniza la Providencia de las pérdidas parciales de la fortuna! Son acaso tan despreciables dones la independencia ó la enérgica actividad que nos conduce á ella—las afecciones del corazon con sus esperanzas y sus dulces tesoros; los sencillos gustos, merced á los cuales solo sirve el arte para hacer mas amable la naturaleza; una vida en la que todos los goces físicos son puros y sanos, en la que las facultades intelectuales se desarrollan en armonia con las morales, en la que el corazon se halla en paz con el espíritu; son tan despreciable, repito, que la ambicion deba mos-

trarse desdeñosa para aspirar á ellos! Tan fuera se hallan del alcance del hombre! «Conócete á ti mismo,» decia la antigua filosofia. «Perfeccionate,» dice la moderna. El gran objeto del peregrino en la tierra, del que vive «en el tiempo,» no es el consagrar sus apasionados esfuerzos al perfeccionamiento de las cosas exteriores, que debe dejar en este mundo.—Lo que cultiva interiormente es todo lo que se llevará consigo «á la eternidad.» Aquí no somos mas que niños de la escuela cuya vida empieza cuando la escuela se acaba: ¿nos acordamos muchas veces de las batallas que sostenemos con nuestros condiscipulos, de los juguetes que con ellos cambiamos, de los nombres que grabamos en las mesas?... A medida que los hechos se suceden en torno nuestro, ¿no nos arranca el recuerdo de aquellos tiempos una sonrisa ó un suspiro? Volved la vista á vuestra infancia y responded.

CAPITULO XI



Desde el anterior capítulo han trascurrido dos semanas: hemos dormido por última vez y para largos años en el suelo de Inglaterra. Es de noche y Vivian ha obtenido una entrevista de su padre la cual dura ya mas de una hora... ni mi padre ni yo les hemos interrumpido en ella. Pero suena el reloj... se hace tarde, el buque se hace á la vela esta noche y debíamos ya estar á bordo. Al bajar los dos las escaleras se abre la puerta y se oye bajar gente por ella con paso pesado; el padre parece apoyarse en el brazo de su hijo, y aunque con alguna timidez guia este al anciano! A la claridad del reverbero distingo las lágrimas en los ojos de Vivian; pero el semblante del capitán revela la tranquilidad y la dicha—la dicha? cuando va á se-

pararse de su hijo quizás para siempre! Sí! es feliz porque ha vuelto á encontrar al hijo hasta entonces perdido: no piensa en los largos años de ausencia, ni en el riesgo de la muerte; pero dá gracias á la misericordia divina y alimenta una celestial esperanza. Si os admirais de que el capitan Rolando pueda ser feliz en momentos semejantes, vanos habrán sido los esfuerzos que he hecho para presentároslo tal cual era, para hacerle revivir en estas páginas!.....

Nos encontramos ya á bordo, donde se hallaban de antemano nuestros equipages. Aun he tenido tiempo con la ayuda de un carpintero, para disponer tres camarotes para Vivian, Enrique Bolding, y yo, porque persuadidos de que podemos apresurarnos á dejar á un lado las pretensiones europeas—á «desaristocratizarnos», como lo recomienda el señor Trevanion, no nos hemos provisto de un pasage de primera clase con gran provecho de nuestros peculios. Tendremos la ventaja, merced á nuestra mañana, de estar como en nuestra propia casa y rodeados de nuestros reclutas de Cumberland que son nuestros amigos y al propio tiempo criados.

Nos encontramos á bordo: despues de dar el último á Dios á aquellos de quienes nos separamos, permanecemos de pié sobre el puente los unos sobre los otros: nos encontramos á bordo desde donde vemos brillar aun á lo lejos las luces de la populosa capital. El firmamento se halla tachonado de estrellas, de estrellas brillantes para nosotros como para los primitivos viajeros del Océano. Percíbense estraños rumores, voces estentóreas, cables que chocan entre si crugiendo al desenrollarse, y de tiempo en tiempo sollosos de mujeres que se confunden con los juramentos de los marineros. Ya sentimos columpiarse el buque bajo nuestros piés; su quilla corta ya las espumosas aguas y nos sentimos sobrecogidos por el sentimiento del destierro... pero seguimos de pié mirando y escuchando silenciosamente y apoyándonos los unos en los otros.

Tiende la noche su negro manto y desaparece la ciudad:... ni un rayo siquiera se ve de sus millares de luces. El rio dilata como sino tuviese limites;—por qué se siente el aire fresco ya? es esta acaso la brisa del mar? Echípsanse las estrellas y tambien la luna; es que viene el dia.

Oh! cuán tristes nos parecieron las aguas al saludar por primera vez en ellas á la aurora!—experimentamos un ligero estremecimiento; nuestros ojos cambiaron una mirada murmurando algunas palabras que no espresaban el sentimiento más íntimo de nuestros corazones, y despues nos retiramos á nuestros camarotes... bien persuadidos de que no era para dormir. Sin embargo, apoderóse de nosotros un sueño reparador, y el Océano meció á los desterrados en su seno, como en el seno de una madre.

DECIMASETIMA PARTE.

CAPITULO V.

Bajóse el telon amables espectadores, podeis arrellenaros en vuestros asientos, saliros afuera ó hablar con vuestros vecinos, segun os plazca. Mi apreciable señora, la que ocupa el tercer palco bajo de la derecha, ya puede V. empuñar los gemelos

y pasar la vista por cuanto le rodea. Y V. mama de feliz aspecto que ocupa el asiento de galería de dos chelemines, compre á Tomasito y á la linda Enriqueta algunas de aquellas hermosas naranjas.

Vosotros, mis osados horteras, que ocupais los asientos de patio, echad mano al silbato y vosotros. *Muy graves, muy poderosos y reverendos señores* (1): que ocupais la primera fila de lunetas=críticos hábiles y concurrentes habituales al teatro—que volveis la cabeza cuando un nuevo actor hace su primera salida, vosotros, digo que fieles al culto de vuestra juventud (honor á vuestra fidelidad) creéis firmemente que á lo sumo llegamos al hombro á nuestros antepasados los gigantes;=reid ó echad pestes por la boca según mejor os parezca mientras el telón separa al público de la escena. Justo es que os distraigais á vuestra manera, espectadores todos, porque el entreacto es largo: los actores cambian de traje, los maquinistas están mano á la obra, sustituyendo á las anteriores decoraciones

(1) Otello—Shakspeare.

otras que representan un nuevo mundo. Ya habreis visto en los carteles que se necesita una gran dosis de vuestra inteligencia, por lo que respecta á la unidad del tiempo y de lugar, porque desde la última vez que nos presentamos en la escena han trascurrido cinco años. Si, cinco años! y el autor quiere para que todo concorra á hacer mas feliz esta suposicion que el entreacto sea lo mas largo posible.

Músicos, á vuestros atriles, tocad á toda orquesta: resuenen el contrabajo y los platillos. Basta ya: terminóse el entreacto y va á levantarse el telon! mocito: no silve V. mas; abajo sombreros, caballeros de las lunetas; cesó la música y levantóse la cortina. Fijad la vista en la escena.

La atmósfera está pura, limpia, brillante!... tan brillante! como la de Oriente, pero lozana y vigorosa como la del Norte. Un rio ancho y hermoso baña las inmensas praderas que alcanza á dominar la vista y á lo lejos se estienden en lontananza inmensos bosques de hayas cortándose en último término el depejado horizonte por algunas elevadas sierras. Contemplad los pastos de esta Arcadia poblados de rebaños de carneros que se cuentan por cantenares y por mi-

les... Si Tirsisy Menalco se propusieran contarlos, mucho trabajo les costaria, y quizas el tiempo les faltase para entonar canciones á Dafne... Ah! las Dafnes son ya raras; no busques en estos pastos ninfas con coronas y cayados.

Volved la vista hácia la derecha: he allí una huerta separada por una barrera de treinta acres de tierra arrendados mas por conveniencia que por provecho del cultivador..... solo dan producto al ganado.

No mireis con ojos desdeñosos esa horticultura primitiva: semejantes huertas son raras en la Australia. Dudo que el duque de Devonshire, ese duque semi-rey, haya experimentado nunca, contemplando el célebre invernadero de Chatsworth—por donde se puede pasear en carruge—tanta felicidad como la que experimentan nuestros colonos australes viendo crecer estos vegetales y estas flores que por su sabor y perfume les recuerdan el suelo natal. Ved un poco mas allá el palacio de los patriarcas... no hay duda en que es de madera, pero la casa que con nuestras propias manos construimos, siempre es un palacio: habeis construido alguna cuando erais niños? Por otra parte los señores de un pa-

lacio, lo son del dominio que abarcais con vuestra vista: son los dueños de esos innumerables ganados, y lo que es mas, disfrutan de una salud la cual asi como el vigor de sus músculos ejercitados en las fatigas y peligros, hubieran podido envidiar los hombres antidiluvianos. Han domado tantos caballos, conducido tantos ganados, y sostenido tantos encuentros con los negros salvajes, tan pronto dándoles caza como siendo cercados, combatiendo á muerte y á vida, que si algun sentimiento de debilidad subsiste aun en el corazon de estos reyes australes no es ciertamente el del miedo.

Observad aquí y acullá en el paisage esas toscas chozas construidas á imitacion de las de los señores... se hallan habitadas por terratenientes feroces é indomables, pero á quienes la abundancia y la esperanza, hacen vivir en orden, estando sudyugados ademas por un brazo firme á las par que liberal, por una vigilancia justa é ilustrada.

Pero quién es aquel personaje que á través de los bosques se dirige hácia nosotros á toda brida? qué caballero es ese de bucles flotantes y barbudo como un

turco? Bien le conoceis, asi como al otro que antes de acercarse á él está hablando con un pastor acerca de materias desconocidas á Tirsis y Memalco, á aquellos pastores clásicos cuyos ganados se hallaban aparentemente libres de toda clase de enfermedades.

Pisistrato. De dónde venis, querido Enrique?

Enrique Bolding. (sacando un libro de su bolsillo con aire de triunfo). Hé aquí lo que traigo: *la vida de los poetas* por el Dr. Johnson. No he podido hacerme con el Kenilworth por mas que he ofrecido tres carneros por el... El Dr. Johnson debe ser en mi concepto un viejo muy pesado... tanto mejor, asi durará mas tiempo la lectura de su libro. Ahí teneis, ademas, un periódico de Sydney que solotienedos meses de fecha (Enrique decata de la cinta de su sombrero una pequeña pipa, llénala de tabaco y la enciende).

Pisistrato Debeis haber andado treinta millas por lo menos, Enrique. Quién habia de decir que habias de venir á parar en cazador de libros!

Enrique Bolding (con aire de filósofo) Indudablemente! no sabe uno el valor de

una cosa hasta que la pierde; no os burleis de mí, antiguo amigo mio, vos mismo me confesásteis que habiais experimentado antipatía por los libros hasta convenceros de su utilidad para hacer cortas las veladas. Asi pues, no pudimos menos de celebrar la adquisicion de un nuevo libro... vaya en gracia, de un tomo desencuadernado del *Espectador* de Adisson!

Pisistrato. Convengo en ello: quereis saber lo que ha ocurrido durante vuestra ausencia? la vaca negra ha parido, y confio en que este año se librarán los ganados de enfermedad alguna contagiosa, en cuyo caso ahorraremos una buena suma. Esto marcha, Enrique.

Enrique Bolding. Si, no sucedió lo mismo los dos primeros años en los que tanto enflaquecisteis: la fortuna nuestra fué, el colocarnos primero en la propiedad agena para adquirir allí la práctica y la esperiencia antes de aventurar nuestro capital! Pero, por vida mia! eran capaces estos carneiros de hacer perder el juicio á cualquiera! Apenas acababa uno de lavarlos y la vispera del esquileo nos encontrábamnos aterrorizados con una irrupcion de perros silvestres. Pues no digo nada de aquel maldito carne-

ro roñoso de José Timmes al cual sorprendimos cierto día frotándose con tanta complacencia contra nuestras inocentes cabras! Pero con paciencia todo se alcanza..... *Patientia fit* como dice Horacio de quien nos os citaré el verso entero porque ya sabeis que tengo tan buena memoria si se trata de Horacio como de Virgilio... Llegó Vivian?

Pisistrato. No; pero llegará hoy indudablemente.

Enrique Bolding. Ha elegido lo mejor. Dénme caballos y ganado mejor! Domar potros; galopar sobre ellos en pelo en persecucion de los toros negros, perderse en medio de un bosque de cuernos; oír el concierto de sus bramidos; verles desafiarse y luchar, saltar montes vallados y precipicios, y en el momento en que vais a desnucaros cara á cara con un toro bravío que os va á embestir! esto es lo mas gracioso del mundo! asi como no hay espectáculo mas soñoliento que el ver desfilar un rebaño de cabras despues de una caza de toros.

Pisistrato. Eso vá en gustos: cada cual tiene el suyo. En Australia se puede hacer dinero con mas facilidad y seguridad, con mas aventuras y distracciones, en el de-

partamento bucólico; pero por poca que sea la suerte que uno tenga, puede hacer pronto fortuna trabajando con asiduidad y aplicacion en la parte de ganados..... pues nuestro objeto no es otro que el convenido de regresar á Inglaterra cuanto antes podamos.

Enrique Bolding. Estoy viendo que acabaré por decidirme á vivir y morir en Australia... este pais me gustaria mucho mas que el nuestro sino anduvieran tan escasas en el las mugeres. Que hayan de formar en Inglaterra una poblacion exhuberante las jóvenes solteras y no haya uno de encontrar aqui una para un remedio en treinta millas á la redonda, escepto á Bebsy Goggues... y aun esa tuerta! Pero volviendo á Vivian... porqué no ha de desear él mas bien que nosotros regresar cuanto antes posible?

Pisistrato. Tiene el mismo objeto que nosotros; pero sabeis muy bien que le hacia falta una ocupacion mas estimulante que la de criar carneros y que daba muestras de tristeza y abatimiento. Proporcionósenos el hacer un pingüe negocio con la venta del ganado que el dirigia, y despues los toros de Durham y los caballos de Yorkshire que

nos regaló el señor Trevanion, fueron un nuevo manantial de especulación tan seductora que no pude resistir á la tentación de emprenderla. Ahora bien, hallándose Vivian encargado de la principal parte de nuestras tareas, á nosotros nos tocaba cuidar de lo concerniente al ganado. Yo creo que la ocupación que tiene Vivian es la que mas podia convenirle... y sino que lo digan los resultados.

Enrique Bolding. No tiene duda: Vivian está en su elemento, siempre moviéndose y dando órdenes de continuo. Con tal que en todo sea el primero, no hay nadie que le iguale, ni que muestre mejores disposiciones que él... escepto el que se halla presente. Escuchad, ya ladran los perros! es él!, creo que podremos disponernos ya para comer.

(Entra Vivian).

Está desconocido de robusto; su mirada es menos distraída y mira á la cara: es mas franca su sonrisa y su fisonomía revela una espresion melancólica que en ocasiones tiene algo de sombría. Su traje es igual al de Pisistrato y al de Enrique Bolding, (chaqueta y pantalon blanco, corbata de color atada á la *neglige*, y un gran sombrero pa-

recido á una hoja de berza) y lleva toda la barba peinada con mas esmero que las de sus asociados: trae un talego en la mano y la escopeta pendiente del portafusil, á la espalda. Saluda á sus compañeros, cambia con ellos algunas palabras sobre los rebaños de carneros y acerca de la última remesa de caballo hecha al mercado de la India. Enrique Bolding saca un libro de la *vida de los poetas*; Vivian preguntó si será fácil proporcionarse ejemplar de la de *Clive* una *Historia* de Napoleon, ó en su defecto de las vidas de Plutarco. Enrique le responde por un signo negativo de cabeza, y añade que si le hace al caso un *Robinson Crusoe* ha visto un ejemplar en muy mal estado, aunque solicitado para que pueda sacarse por un módico precio.

Los tres socios se introducen en la choza.

Desgraciados son los jóvenes solteros de todos los paises, pero mas que en parte alguna lo son en Australia. En el antiguo mundo no sabe apreciar el hombre, en lo que vale, la compañía de la mujer, porque allí abunda el bello sexo. En ninguna parte como en la Australia, es la mujer literalmente hablando, carne de vuestra carne, formada de la costilla de Adan; la

Eva de vuestro Paraiso, el angel consolador de vuestra vida, la mejor mitad de uno mismo... en una palabra; cuanto los poetas han cantado, cuanto los oradores jóvenes han dicho en los convites, cuando han sido invitados á brindar por *las damas!* Ah! somos tres muchachos! pero sin embargo tenemos en esta parte menos motivos de queja que los demás jóvenes de la Australia, porque la mujer del pastor que me trage de Cumberland nos dispensa á Bolding y á mi el honor de vivir en nuestra choza, proporcionándonos de este modo las conveniencias posibles. Desde que estamos en la colonia ha tenido dos hijos, lo cual nos obligó á añadir un ala á nuestra morada para atender al acrecimiento doméstico; aunque los niños pueden ser en ocasiones, en Inglaterra, un inconveniente, debo consignar que en la Australia rodeados como nos vemos durante todo el dia de hombres barbudos, el lloro de una criatura tiene alguna cosa de musical para el corazón del cristiano. Ah! he allí á los niños! benditos seais!

En cuanto á mis demás compañeros de Cumberland Square, el mas ambicioso de todos nos abandonó hace mucho tiempo pa-

ra convertirse en el agente de un gran propietario de ganados estableciéndose á una distancia de mas de doscientas millas. El Rayo se halla en la estacion del ganado mayor ocupando la plaza de primer guarda de Vivian y encuentra tiempo, de vez en cuando, para entregarse á sus antiguos instintos de corsario, á costa de los papagayos, coetras negras y de las palomas.

El pastor permanece con nosotros y parece estar contento con su suerte, verdad es que para moderar la ambicion que á todos aqueja en la Australia, posee ese espíritu de clan de las provincias fronterizas de la Inglaterra y de la Escocia, que atrae al hombre á la fortuna de su jefe. Y su esposa.... que tesoro! Os aseguro que hay algo de santo y de angelical en su risueño semblante al recibirnos por la noche y cuando dá vueltas en la lumbre de la chimenea á aquellos pasteles llamados *dampers* (1) ó cuando llena la tetera. Gran fortuna es que nuestro pastor de Cumber-

(1) Tortas de flor de arena que se cuecen á la lumbre.

land no sea celoso: no porque le demos motivo para serlo, pero donde son tan raras las Desdémones son sus Otelos generalmente muy susceptibles: escelentes maridos sin disputa... no los hay mejores en el mundo; pero antes de representar el papel de Casio, en Australia seria preciso mirarse y remirarse mucho. Sea de esto lo que fuere, hé alli á la celestial criatura que pone la mesa y en su sitio los cuchillos y tenedores, después de estender sobre ella el mantel y colocar en medio una escelente magra de ternera que sazonomos con esquisitos pepinillos con vinagre; nos presenta después los productos de nuestro corral y nuestra huerta, dando fin con las tortas y una taza de té para cada uno: nada de vino, ni de cerveza ni de licor fermentado... esto se reserva para la época del esquileo.

Apenas hemos rezado la oracion que precede á la comida, santa costumbre del pais natal á la cual permanecemos fieles, cuando, loado sea Dios! qué algazara es esa que se oye en la puerta? qué caballos se nos vienen encima relinchando? que tanto ladrar los perros? Es que vamos á tener huéspedes! siempre son ellos bien re-

cibidos en la Australia! Quizás sea algun traficante en ganado que venga en busca de Vivian; tal vez sea aquel maldito colono cuyos carneros vienen de continuo á frotarse con los nuestros. No importa, sean todos bien recibidos, amigos ó enemigos. Abrese la puerta, uno, dos, tres forasteros; adelante señores, acerquen sillas y vengan mas platos y cuchillos. A tiempo llegan ustedes. Empiecen á comer y despues nos diran lo que se les ofrece.

Ya se han sentado los convidados á la mesa... pero acabamos de oír otra vez en la puerta.

—Muchacho, te encargo muy particularmente que cuides de este caballo; pasealo un poco antes de meterlo en la cuadra, lávale los riñones con agua salada; dame esas alforjas que penden de la grupa de la silla: oh! nada traigo en ellas que pueda correr riesgo... pero contienen papeles importantes de los cuales depende la prosperidad de la colonia. Que seria de todos vosotros si llegasen a estraviarse! solo de pensarlo me horripilo!

Despues de esto se nos entra puertas adentro otro viagero que lleva una chaqueta de caza, cuyos deslumbrantes botones

dorados ostentan grabada una insignia conocida—con un sombrero de hoja de col que dá sombra á uno de aquellos semblantes que rara vez se encuentran en la Australia, fresco y sonrosado, cuidadosamente afeitado, lustroso y pulido, con un aire tan digno como nunca, pendientes del brazo las alforjas, las narices ligeramente infladas, como el hombre que olfatea el olor de la comida:—ES EL TIO JOAQUIN

Pisistrato. (Saliéndole al encuentro.) Es posible! V. aqui en la Australia!

El tio Joaquin no reconoce al pronto á Pisistrato en el hombre barbudo que se arroja sobre él y retrocede alarmado, exclamando:

El tio Joaquin. Quien es V?.... Yo no recuerdo haber visto á V. caballero. Creo que va V, á salir con que le debo alguna cosa.

Pisistrato. Tio Joaquin!

El tio Joaquin. (Dejando caer las alforjas.) Sobrino mio! loado sea Dios! ven á mis brazos.

Abrázanse tio y sobrino y despues se verifica la presentacion por ambas partes. Tio, aqui teneis al señor Vivian y á Mr. Eolding.—Sobrino, hé aqui al coronel Mac

Blarney, Mr. Bullion y Mr. Manuel Spe-
retck.

El coronel Blarney es un arrogante in-
gles con un ligero acento de Dublin, que
le estruja á uno la mano como pudiera ha-
cerlo con una esponja. Mr. Bullion es re-
servado, altivo, lleva anteojos verdes y nos
ofrece uno de sus diez dedos. Mr. Manuel
Speck, mas elegante de lo que se acostum-
bra á serlo en Australia, lleva una corba-
ta de raso azul, y una de esas blusas ale-
manas con las costuras bordadas y con los
bolsillos bastante anchos para que Briareo
pueda introducir en ellos todas sus manos
á la vez:—su fisonomia es bastante fina y
para saludar inclina la cabeza con cierta
dignidad, sonriese y se vuelve á sentar á
la mesa con el aspecto del hombre que sa-
be sacar partido de las circunstancias.

El tío Joaquin. (Con la boca llena de
carife.) Magnífica vaca!.... las cebais vos-
otros mismos? El criar ganados es una
operacion muy pesada (se echa en su pla-
to el resto de los pepinillos). Es preciso
aprenderla antes de ir al Nuevo Mundo....
Nuestro siglo es de los ferro-carriles. Po-
demos interesarle en una ó dos acciones...
eh, Bullion! (hablándome al oido) este Bu-

llion es un gran capitalista, *mirale*.

Mr. Bullion. (Con gravedad.) Una o dos acciones! Basta que lo digais, señor Tibbets, siempre que se cuente con un capital. (Busca con la vista los pepinillos... y se fijan los anteojos verdes en el plato del tío Joaquín.)

El tío Joaquín. Cuanto esta colonia necesita es de algunos hombres como nosotros, con capitales y valor. En vez de pagar á los pobres para que emigren, debería pagarse á los ricos para hacerles venir... No le parece á V. Mr. Speck?

(Mientras que el tío Joaquín se vuelve hácia Monsieur Speck, Mr. Bullion clava el tenedor en uno de los pepinillos que aquel se echó en el plato y lo traslada al suyo, emitiendo al propio tiempo esta observacion filosófica que es relativa á una verdad general mas bien que á un pepinillo en particular:)

Mr. Bullion. En este país, señores, debe el hombre volverse todo ojos y aprovecharse de la primera ocasion que se le presente!... los recursos que esto proporciona son incalculables.

(El tío Joaquín vuelve la vista á su plato, y al echar de menos en él el pepinillo,

se anticipa á Mr. Speck, apoderándose de la última palata, generalizando al propio tiempo, como Mr. Bullion, esta observacion filosófica.)

El tio Joaquin. El punto esencial consiste en este pais en adelantarse siempre á los demas; descubrimiento é invencion, presteza y decision; hé aqui el camino! A fé mia que con el roce de estos hábitantes contrae uno locuciones muy vulgares: hé aqui el camino! Qué vergüenza! Qué diria, sobrino mio, tu padre si nos oyese! A propósito, cómo lo pasa el bueno de Agustin? Muy bien! Me alegro: y mi querida hermana? Ah! aquel endemoniado Peck!—A vueltas aun con el anti-capitalistas, eh? Maldito librero! pero ya lo arreglaré todo! Caballeros, á llenar los vasos y vaya un brindis!

Mr. Speck. (Con aire afectado) Estoy dispuesto á hacer honor á los sentimientos espresados por Monsieur Tibbets.

El tio Joaquin. Propongo que se brinde á la salud de un futuro millonario á quien os presento aqui como sobrino mio y mi único heredero:—Sí, señores, hé aqui á Pisistrato Caxton, cuyo jóven capitalista declaro públicamente que será el heredero

de cuanto poseo sobre la tierra en fincas rústicas y urbanas, acciones metalúrgicas, etc. etc., = Cuando descanse yo en la tumba fría (el tío Joaquin saca el pañuelo del bolsillo dispuesto á enjugarse una lágrima), cuando nada quede ya en el mundo de este pobre mortal, mirad á este jóven y decid: en él revive Joaquin Tibbets.

Mr. Speck. (Talarcando.)

«Que siga el brindis la rueda.»

Enrique Bolding. Así viva! bravo, magnífico! que se repita por tres veces!... oh! vaya en gracia!.... (Restablécese el órden, desaparecen de la mesa platos y mantel y cada cual enciende su pipa.)

Vivian. Qué noticias hay de Inglaterra?

Mr. Bullion. Se refiere V. al estado de los fondos públicos, caballero?

Mr. Speck. Creo que el señor alude á los caminos de hierro. En estas especulaciones van á hacerse fortunas colosales: no obstante, soy de parecer de que nuestras especulaciones serán aquí...

Vivian. Dispensádme si os interrumpo, caballero, pero los últimos periódicos que hemos recibido indicaban algunas tendencias belicosas de parte de la Francia:

no hay probabilidad de guerra?

El Coronel Mac Blarney. Quiere V. ingresar en el ejército? en este caso, cuente V. caballerito, con mis relaciones en el ministerio de la Guerra: pardiez! no dudeis que serviria de gran satisfaccion al coronel Mac. Blarney que os pudieran ser de alguna utilidad.

Mr. Bullion. (Con aire de autoridad.) No señor, no tendremos guerra, los capitalistas de la Europa y la Australia no la quieren. Los Rothschild y algunos otros á quienes no nombraré, no necesitan mas que hacer esto (*Mr. Bullion echa un boton á su bolsillo*), y nosotros haremos lo mismo. Qué será entonces de vuestra guerra caballero? (En uno de sus gestos llenos de vehemencia, da *Mr. Bullion* un golpe en la mesa y rompe su pipa, despues pasea sus anteojos verdes por la mesa y se apodera de la de *Mr. Speck* el cual en un momento de distraccion la habia puesto á su lado.)

Vivian. Y la campaña de las Indias?

El coronel Mac. Blarney. Ah!... se refiere V. á las Indias.

Mr. Bullion. (Llenando la pipa de *Speck* de tabaco de *Enrique Bolding* é interrump-

piendo al coronel). Las Indias! Ah! eso ya es otra cosa... A eso no me opongo. La guerra de la Indias es ventajosa á los intereses de los capitalistas.

Vivian. Pues bien!; qué noticias hay de las Indias?

Mr. Bullion. No se ninguna... no tengo papel indio.

Mr. Speck. Ni yo tampoco. El tiempo de la Indias se acabó. Ahora nuestras Indias se encuentran aquí. (Echa de menos su pipa y con grande asombro ve que se balla en la boca de Mr. Bullion. =N. B. No es de barro sino uua hermosa pipa alemana que no puede ser remplazada en la Australia.)

Pisístrato. Querido tío; estoy deseando saber qué nueva empresa tiene V. entre manos. Algun proyecto de beneficencia acaso.... estoy seguro que ha de redundar en beneficio de sus semejantes... de la civilizacion y la humanidad.

Mr. Bullion. (Àsombrado) pues que, caballero, es usted novicio en esta materia.

Pisístrato. Yo, caballero? libreme Dios! =pero no... (El tío Joaquin le hace un gesto en ademan de súplica y derrama su

té en el pantalon de su sobrino. Pisistrato, sin embargo, (á quien el té ha abrasado y hecho insensible á la indicacion que se le dirige (continúa con rapidez:—pero mi tío, es.... el fundador de una gran compañía nacional, imperial, colonial y antimonopolizadora?...

Mr. Bullion. (con solemnidad). Con semejantes teorías, que ni aun en broma debiérais atribuir á mi respetable amigo el señor Tibbetss (el tío Joaquin le dá las gracias inclinando la cabeza) me temo, señor Caxton, que nunca hareis fortuna. No creo que nuestras especulaciones puedan *conveniros*: señores, se hace tarde y debemos proseguir nuestra marcha.

El tío Joaquin, (levantándose precipitadamente.) Esperad un momento, Mr. Bullion; son tantas las cosas que tengo que decir á este querido niño, dispensádmelo, ya conoceréis cuanta es la ternura de un tío. (cógeme del brazo y me arrastra hacia fuera.

Pisistrato. Señores, con vuestro permiso.

El tío Joaquin. (asi que salimos al aire libre.) Mi querido sobrino, quieres arruinarnos á todos, á ti, á mi, á tu padre y

á tu madre! Para quien crees que estoy trabajando como un esclavo? para tí y para tu familia. Todos vamos á arruinarnos, te digo, si hablas delante de Mr. Bullion en los términos que acabas de hacerlo! Tiene este hombre el corazon tan duro como el Banco de Inglaterra... y hace bien. Mis semejantes... simplezas! miserias! Renuncié ya a esta ilusion... á las generosas locuras de mi juventud. Ahora empiezo á vivir por mi cuenta, quiero decir, para mí y mi familia. Ya verás como ahora hago fortuna.

—En verdad, querido tio, que lo espero con sinceridad y para haceros justicia, debo confesar que he descubierto siempre en vuestras ideas algun ingenio... pero por desgracia...

El tio Joaquin. (interrumpiéndome con un suspiro. Ah! que fortuna han hecho los demás con mis ideas! el pensarlo me aterra! Y se me reconvendrá por que no viva ya para todos esos ingratos, egoistas, ambiciosos y ladrones? No... no! *primo mihi* primero yo será en adelante mi máxima y te trasformaré en otro Creso, sobrino mio; sí en otro Creso!

Despues de dar las mas espresivas gra-

eias al señor Joaquín Tibbets por sus beneficios en perspectiva, le pregunta Pisistrato cuanto tiempo hace que se encuentra en la colonia, la causa que le ha conducido á lla y cuales son sus proyectos. Con gran sorpresa suya, sabe que su tío se encuentra en la Australia hace ya cuatro años; que se embarcó uno despues que Pisistrato, atraído, dice, por su ilustre ejemplo y por cierta comision misteriosa que explicará mas adelante, pero que procedia del misterio de las colonias ó de una compañía para fomentar la emigracion. Desde que el tío Joaquín abandonó á sus semejantes, hizo rápidos progresos: su primera especulacion así que llegó á la colonia, fué comprar casas en Sidney. ¿Quién no ha oido hablar de las variaciones y fluctuaciones de precios en el nuevo mundo colonial? En esto es en lo que recorre la imaginacion todos los elementos con una rapidez asombrosa elevándose en brazos de la esperanza hasta el arco iris y precipitándose á impulsos de la desesperacion en los profundos abismos de Aqueronte. El tío Joaquín aprovechó una coyuntura: habia comprado á bajo precio y vendido á otro estremadamente caro; pero su grande espe-

riencia le atraía al establecimiento de la ciudad de Adelaida de la cual se consideraba como uno de los primeros fundadores. Desde un principio el torrente de emigración dirigió el rumbo hácia aquel sitio favorito y arrastró en su curso á toda especie de especuladores crédulos y novicios—absorvieronse allí sumas de consideracion... pero aquellos dejaron sobre nadar ciertos restos de los cuales un hombre tan listo como el tío Joaquin supo aprovecharse muy hábilmente. Proporcionóse buenas cartas de recomendacion para las notabilidades de la colonia; contrajo relaciones íntimas de amistad con algunos de los principales capitalistas que trataban de ejercer el monopolio de las tierras—empresa realizada despues por medio de la elevacion del precio y la esclusion de capitales de segundo orden;—y fué impuesto á ellos el tío Joaquin como un hombre versado en negocios, que poseia la confianza de los hombres de crédito de la madre patria, y ejercia el mas poderoso influjo en la prensa inglesa etc., etc. No dieron pruebas de falta de discernimiento los que de esta manera se pusieron en manos del tío Joaquin; porque cuando queria, tenia alguna cosa de se-

ductor é irresistible. De este modo logró asociarse á hombres que en realidad poseian capitales de mas consideracion que sus propias ganancias, y lo que no era menos esencial, esperiencia para hacerlos valer. Tal era entre otros Mr. Bullion, uno de los propietarios mas fuertes de territorios y ganados en la colonia, sin contar sus intereses en una multitud de empresas lo cual le obligaba á tener su residencia en Sydney en donde vivia como hombre acomodado, dejando el cuidado y mantenimiento de sus fincas rústicas y urbanas á sus dependientes y apoderados. Pero lo que seducia mas al genio del tio Joaquin, era la explotacion de terrenos metalúrgicos.

Habiendo manifestado recientemente un ingeniero aleman que todo indicaba en las inmediaciones de Adelaida la existencia de tesoros minerales, que despues fueron descubiertos, el señor Joaquin Tibbets habia aconsejado á Mr. Bullion y otras personas que le acompañaban, que emprendiesen el viaje por tierra de Sidney á Adelaida sin ruido ni acompañamiento, para ver si salia cierta la noticia del aleman, al cual se daba un crédito vacilante. Si no se encon-

traban las minas, el tío Joaquín demostró a sus asociados, por medios de cálculos, que podrían encontrar minas no menos provechosas para ellos, en los bolsillos de aquella especie de cándidos aventureros que hallándose dispuestos á comprarlo á precio mas elevado en el primer año, se ven precisados á venderlo el siguiente á bajo precio.

—Pero, me dijo el tío Joaquín para terminar, con aire malicioso, no es la primera vez que tomo parte en negocios de minas, y se muy bien como se manejan. A nadie sito á ti quiero confiar mi proyecto favorito, y si quieres, podrás interesarte en él: el negocio es tan claro como un problema de Euclides:—Si, el alemán no nos engaña y encontramos las minas, magnífico! las explotaremos. Para esto es preciso que nos valgamos de operarios, y es necesario tambien que coman, beban y gasten su dinero: la *cosa* se reduce á contar con este dinero, lo comprendes?

—Ni una palabra.

El tío Joaquín. (con dignidad) Un gran almacén de grog y de provisiones, ofrecería una especulación lucrativa: los trabajadores necesitan grog y provisiones, acu-

den á vuestro almacén y dejan en cambio su cinero. He aquí el *quod erat demonstrandum!* Con que, vamos á ver, tomarás acciones *querido sobrino?* puedes interesarte en una miseria, en 1000, ó 2000 libras é iremos por mitad en la especulación.

Pisistrato (vehementemente) No, no, aun cuando se tratase de todas las minas del Potosí!

El tío Joaquin. (de buen humor) Pues bien, hombre, nada perderás por eso: á pesar de tu desconfianza en nada alteraré mi testamento. Esa jóven amigo tuyo... Vivian como tu le llamas... tiene una vista de lince, y quizás mas sutileza que tú... no tomaria parte?

—En que; en el almacén de grog? El... pregúnteselo V. mismo.

El tío Joaquin. Que! tratas de darte aire aristocrático en esta colonia! ja! ja! está gracioso! Pero ya me llaman para marchar.

Pisistrato. Quiero acompañaros algunas millas á caballo.

—Que os parece pregunté á mis sócios, acompañaremos á mi tío y á estos señores?

Enrique prefirió tenderse indolentemen-

te al sol y leer *La vida de los Poetas*; Vivian montó á caballo y cabalgamos hasta el anochecer. El coronel Mac Blarney nos prodigó sus ofertas de servirnos en todos los ramos de las necesidades de la vida, poniéndose principalmente á nuestra disposición sin aspirar á la menor recompensa en lo concerniente á la profesion de ingeniero, estudios de mineralogia, topografia, agrimensura, etc. etc. Nosotros sospechamos que el coronel Mac. Blarney era un ingeniero civil al cual aquejaba la inocente ilusion de haber sido en elejército.

Mr. Speck me indicó en confianza que M. Bullion era estremadamente rico, debiendo su fortuna al arte de no dejar pasar ninguna coyuntura para utilizar sus capitales, que en un principio eran muy insignificantes. Esto trajo á mi memoria el pepinillo del tio Joaquin y la pipa alemana de Mr. Speck; y saqué en consecuencia que Mr. Bullion seguia con uniformidad las reglas de un sistema. Diez minutos despues aproximóse este último á mi y me hizo tambieu en confianza partícipe de una particularidad de Mr. Especk:—es un hombre, me dijo, sutil, como la punta de una aguja, aunque muy cortés y con una sonrisa tan agradable:

¿deseais tomar algunas acciones en la nueva especulacion ó en cualquiera otra? entendedos conmigo que no os engañaré por cuanto hay en el mundo... No, añadió Mr. Bullion, porque tenga que decir lo mas mínimo contra Speck: es hombre hábil, tiene buen corazon, y cuando un hombre tiene buen corazon, ya veis, que soy el último en el mundo que quisiera recordar sus pequeñas debilidades y causarle el menor perjuicio.

Ha llegado el momento de la separacion. Adios! esclama el tio Joaquin sacando por segunda vez el pañuelo de su bolsillo, cuando escribas á Inglaterra participa mis afectuosas espresiones á toda la familia. — Despues, añadió bajando la voz: — Si algun dia formas mejor opinion del almacen de grog, siempre, sobrino mio encontrarás aquí el corazon de un tio.

CAPITULO II.

Cuando Vivian y yo llegamos á casa era ya entrada la noche. Como describir tu hermosura, noche de la Australia! En este nuevo mundo el cielo parece aproximarse más á la tierra; cada estrella despide un reflejo tan puro que parece un diamante celeste recién cortado por las manos del Criador! La luna es como un sol de plata... tan perceptible se ofrece á la vista el mas diminuto objeto que recibe su luz.

De vez en cuando se ve turbabo el silencio por algun sonido que conmueve la soledad, pero se halla tan en armonia con ella, que aumenta sus encantos; ya es el chirrido de un pájaro nocturno salido de aquel ballecillo circundado de peñascos rojizos que lo cercan como una pequeña muralla; y es el lejano ladrido de un perro

de guarda, á medida que aumentan las tinieblas, ó el ahullido extraño del otro perro silvestre contra el cual defiende el ganado. Algunas veces se apodera el eco de aquellos súbitos sonidos, y los repite llevándolos de una en otra colina, — como si huyendo de uno fueran á perderse allá para dejar reinar de nuevo el silencio solemne. Despues atravesar un bosque de gigantescos romeros que suspenden sobre vuestras cabezas guisnaldas que ningun soplo de viento conmueve, los cuales al paso que embalsaman el ambiente con sus puras emanaciones, os espantan por su inmovilidad. Apresurais el paso para salir á la despejada campiña: el esplendor de la luna ejerce en vos un magnifico influjo y os estasiáis viendo sus reflejos, entre las ramas de los árboles que producen el té, sobre la plateada superficie del rio, cuyo melodioso murmullo llega á vuestros oidos.

Pisistrato. Y esta tierra ha llegado á ser el patrimonio de nuestro pais! me parece ver desenvolverse claramente ante mis ojos el plan misterioso y providencial del Criador que se descubre en todas las fases del de la historia del género humano. Mientras que la Europa educa sus diversas

razas y llena de día en día su misión civilizadora, estas regiones permanecen ocultas á todos los exploradores de los mares... para revelarse á nuestros ojos precisamente en el momento en que pide la civilización la solución de estos problemas. Entonces abren una carrera á las naturalezas enérgicas que se ven escluidas ó que padecen confundidas en la muchedumbre, ofrecen pan á los que iban á sucumbir en medio del desaliento: ponen por último al nuevo mundo en estado de restablecer la balanza con el antiguo. Aquí se encuentra otro Lacio para las inteligencias errantes, descarriadas y perseguidas—

«*Enlejanos mares por todas las tormentas*»

Aquí es donde descubren una verdadera Eneidad sus diversas escenas. De estas cabanas de desterrados dispersos por una Italia mas robusta que la otra y cuyo porvenir no es fácil prever, saldrá un día.

»*A race from whence new Alban sires
shal come And the long glories of á future
Rome.*» (1)

(1) Una raza de albaneses fundadores de pueblos que echarán las bases del poderio de una nueva Roma.

Vivian. (con melancolía.) Son los fugitivos de las cárceles y casas de trabajo, los que daben fundar una segunda Roma?

Pisistrato. En este suelo virgen, en el trabajo á que convida y en la esperanza que hace nacer, existe cierta cosa que considero como un impulso de regeneración social que precipita maravillosamente la obra de la redención individual. Considerad á los habitantes en su conjunto cualquiera que sea su origen, sea cualquiera la causa que los haya traído aquí: ellos forman en el día una hermosa raza de hombres francos y varoniles, toscos aun, sin duda, pero sin bajeza, particularmente en la parte llamada el *Bush*! Estoy convencido de que algun día se convertirán en una población tan valiente y honrada como la que ocupa la Australia meridional, de donde son escluidos los *condenados*—y felizmente escluidos—porque la distinción aguijoneará la emulación. Yo tengo á la clase emancipadora de nuestra población por tan respetable bajo todos conceptos como los bandidos acaudillados por Rómulo.

Vivian. Pero no eran soldados?... yo me refiero á los primitivos romanos.

Pisistrato. Querido primo, nosotros

aventajaremos á los feroces bandidos del Tiber si podemos prescindir de aquella vida de soldado que fué la necesidad de su existencia de adquirir tierras, casas y esposas si bien lo difícil será proporcionarnos las ultimas, aunque por fortuna no tenemos blancas en estas inmediaciones.

Vivian. (despues de un momento de silencio). He escrito simultáneamente á mi padre y al tuyo mas detalladamente—para manifestar al uno mis deseos y procurar esplicar al otro los sentimientos que me animan.

Pisistrato. Partieron ya las cartas?

Vivian. Sí.

Pisistrato. Y no quisiste enseñármelas!

Vivian. No me reconvengas por ello con demasiada amargura. Habia ofrecido á tu padre abrirle enteramente mi corazon si experimentaba en él alguna vez inquietud. Te prometo seguir sus consejos.

Pisistrato. (con tristeza.) Qué se encuentra en la vida militar por la que tanto suspiras que pueda ofrecerte ocupacion y distracciones mas saludables y estimulantes á la vez, que las aventuras y la actividad de nuestra vida actual!

Vivian *La distincion!* No echas de ver la diferencia que existe entre nosotros. Tus aspiraciones son las de hacer fortuna: las mías el reconquistar un nombre. Tu contemplas tranquilamente el porvenir: yo tengo que borrar una mancha en el pasado.

Pisistrato. (cariñosamente.) Cinco años trascurridos sin que hayas pronunciado una simple queja, la frase mas insignificante de disgusto, prueban que te has trasformado enteramente en el sentido mas favorable! Cinco años de un trabajo perseverante y de una conducta tan honrosa que el mismo Enrique Bolding (este tipo de la franca lealtad inglesa) casi duda que tengas bastante astucia para dirigir uno de nuestros establecimientos, te han atraido las simpatias, la consideracion y el cariño de cuanto te rodea! Y no es esto bastante para reparar la desgracia de una niñez mal dirigida y las faltas de una juventud desenfrenada? No es bastante á darte derecho para que vuelvas á llevar el nombre de tu virtuoso padre? El tiempo me falta para disfrutar del orgullo de poderme llamar primo tuyo, de anunciar á la faz del mundo nuestro parentesco.

Vivian. (inclinándose sobre su caballo y po-

niéndome la mano en el hombro) Querido amigo, cuanto te debo!

Vivian se hallaba profundamente conmovido y para ocultarlo metió espuelas á su cabalgadura, añadiendo.

—No previste amigo mio, que á medida que fuese adquiriendo el verdadero sentimiento de lo bueno y de lo malo habia de hacerse mi conciencia mas susceptible y severa? Sí, cuanto mejor comprendo á mi esforzado padre mayores son mis deseos de ser para él el hijo que ambicionaba. ¿Crees que se daria por satisfecho viéndome conducir una torada y traficando con pastores? No era el voto mas ardiente de su corazon que siguiese yo su propia carrera? No me has confesado tú mismo que á no ser por tu madre te hubieras decidido á abrazar la carrera de las armas? Podrán los miles de guineas que acumule en este innoble oficio, podrán todas mis riquezas proporcionar á mi padre la mitad de las satisfacciones que experimentaria al leer mi nombre honrosamente mencionado en un despacho? No, no; tú has agotado toda la sangre gitana que circulaba por mis venas: ahora solo habla la sangre del soldado. Oh! un dia, solo un dia de gloria que me abra la

senda en que se distinguieron mis antepasados: un día tan solo, que haga verter lágrimas de una orgullosa felicidad a aquellos ojos que tan amargas la derramaron sobre mi oprobio! un día para que *ella* también desde los brillantes salones del gran mundo en donde la acompaña su noble lord. pueda decir:» no era su corazón tan perverso! «No trates de contrariarme porque sería inútil: ruega mas bien al cielo que me conceda el hacer á mi modo la carrera; porque has de saber que si estoy condenado á permanecer en este país, por mas que no murmuro en alta voz... me someteré al cumplimiento de mis deberes como el bruto que da vueltas á una noria; mi corazón se irá poco á poco consumiendo y no tardaras en grabar sobre mi sepulcro el epitafio de aquel pobre poeta, cuya verdadera enfermedad segun tu nos decías, era la sed de renombre. = «Aquí descansa un mortal cuyo nombre se escribió en el agua.»

Nada tuve que responderle: aquella ambición contagiosa hacia latir también mi corazón. En medio de las escenas pastoriles del Nuevo Mundo, el antiguo reclamaba en mí, simple colono austral, á uno de sus hijos. Pero á medida que camina-

bamos, el viento tan impetuoso y tranquilo á la vez que nos soplaba de lleno, volvió á despertar en mí el cariño por la apacible naturaleza. Entonces se ofrecieron á nuestra vista, allá á lo lejos, como nubes agrupadas sobre las colinas, ó como copos de blanquísima nieve, nuestras blancas cabras durmiendo á la claridad de las estrellas; oyóse despues el ladrido de nuestros perros que no saludaban desde lejos: por último, vino á herir nuestros ojos un rayo de luz escapado por los intersticios de la puerta de nuestra cabaña. Detuve un momento mi caballo para contemplarlo. —No, no, exclamé, es mas glorioso echar los cimientos de un pederoso estado— aunque no oiga uno los clarines que celebren sus triunfos, ni un solo laurel haya de ornar su tumba, que abrir paso por el sendero sin gloria de la moderna civilizacion, atravesando ciudades incendiadas y hecatombes humanas!

Esperaba la respuesta de Vivian, pero antes de que hubiese hallado, habiase separado de mi lado y metido espuelas á su cabalgadura, saliendo al galope mientras los perros silvestres se apartaban á un lado temerosos de ser aplastados á la clari-

dad de la luna en su rápida carrera.

Trascurrieron semanas y meses, y por fin se recibieron las respuestas á las cartas de Vivian: demasiado bien habia yo adivinado lo que contendrian. Sabia que mi padre no podia oponerse á los deseos de un hombre que habia llegado á dominar enteramente su razon y debia ser libre para elegir la carrera que habia de emprender, cuando manifestaba haberlo reflexionado detenidamente. Hasta algun tiempo despues no tuve conocimiento de la carta dirigida por mi primo á mi padre: su conversacion respecto á ella apenas me habia preparado para la patética confesion de aquel carácter tan notable por su fuerza como por su debilidad. Como si hubiese venido al mundo bajo la influencia del entusiasmo religioso y de una devocion exaltada, era el carácter de Vivian de aquellos que rompiendo violentamente con el vicio, no se contentan con el cumplimiento de los deberes ordinarios de una virtud moderada, antes bien se sumergen en los excesos del fanatismo monástico, luchando con el demonio en una ermita ó yendo á combatir á los infieles descalzo con el saco por armadura y la cruz por espada. Aunque el

impaciente deseo que sentia Vivian por rehabilitarse y reconquistar su nombre hubiese tomado un rumbo mas mundano, aquel deseo tenia en si cierta cosa de religioso en su fervor: además, estallaba su entusiasmo bajo la forma de una melancolía tan profunda, que á no habersele proporcionado una salida para exhalarse, hubiera adquirido el carácter de una languidez enfermiza ó de un delirio insensato. Permittedole que lo satisficiese, era aquel deseo el resorte generoso de una vida útil y gloriosa.

Fué, pues, la contestacion de mi padre la que debia esperarse: le recordaba en ella con una dulce elocuencia los testos de ia antigua sabiduria, estableciendo una distincion exacta entre la noble ambicion que nos impulsa á perfeccionarnos en el bien, ambicion que nunca es estéril y aquella sed de verse aplaudido por los demas que desnaturaliza la voz de nuestra conciencia y aviva en nosotros la pasion de una falsa gloria. Pasando despues mi padre de las definiciones á los consejos, no trataba en manera alguna de combatir un espíritu tan resuelto; y en vez de descarriarle de su senda, se proponia guiarle y fortalecerle en ella. La vida humana es un mar que

tiene mil senderos, y solo la sabiduría puede felicitarnos una excelente brújula para navegar por él: pero es preciso, ante todo que examine ella las condiciones del buque y la cantidad de las mercancías de que quiere cargarlo. Todos los buques que zarpan del puerto de Tarsis no pueden traer el oro de Ofiro: será esta una razón para dejar á los que se encuentren en este caso que se pudran en el puerto? Desátense sus velas al viento.

En cuanto á la carta del capitán Rolando, no contenía, como esperaba yo, la expresión exaltada y el júbilo del triunfo; descubriase si en ella el triunfo, si bien formal grave y contenido. En el fondo del consentimiento que el veterano daba á su hijo, en su completa aprobación de los motivos que halagaban su orgullo de padre y sus ideas aristocráticas, se descubría un visible disgusto... parecía que se le violentaba al acceder á los deseos de su hijo. Para poder penetrar los sentimientos que animaban al capitán al escribir esta carta tuve que leerla varias veces: al cabo del tiempo trascurrido desde entonces los he comprendido perfectamente. Si Rolando de Caxton hubiese enviado al ejército á un

hijo jóven, con la inocencia y el entusiasmo de su propio ardor caballeresco, este tributo á su rey y á su patria, hubiera rejuvenecido en efecto su marcial corazon; pero en el presente caso no podia dejar de reconocer en la resolucion de su hijo, menos que su vocacion á seguir la honrosa carrera de las armas, el severo deseo de la espiacion... Traduciase este pensamiento, en su corazon de padre, bajo la forma de un presentimiento que le aquejaba y que hubiera rechazado en el primer caso. Hé aqui por qué la conclusion de su carta parecia escrita mas bien que por el belicoso Rolando de Caxton. por una madre timida y llena de zozobra: recomendaba á su hijo, suplicábale que no fuese temerario, insistiendo en que los mejores soldados se mostraban al mismo tiempo mas prudentes... Singulares consejos salidos de la pluma de aquel impetuoso capitán que en el sitio de... subió el primero al asalto sujetando su espada entre los dientes.

Sin embargo, cualesquiera que fuesen los presentimientos del capitán, vaciló tan poco en acceder á los deseos de su hijo, que al recibir su carta partió inmediatamente para Lóndres y le sacó un despacho de subteniente de un regimiento que se hallaba en

servicio activo á las orillas de Sutledge: sin perder correo le remitió su credencial acompañada de una orden en la que se le prevenia que inmediatamente se incorporase á su cuerpo.

El despacho se hallaba estendido á favor de Herberto de Caxton.—Si, me dijo Vivian, este es mi nombre, que volveré á llevar en adelante y miraré como sagrado, porque, ó debe guiarme por la senda de una vida gloriosa, ó lo leerá mi padre sin avergonzarse grabado en mi sepulcro!

Aun me parece estarle viendo cuando me hablaba así, con la cabeza erguida, mirada solemne, sonrisa serena, y con una nobleza en su fisonomía que no había observado hasta entonces. ¡Era aquel, acaso, el mismo hombre cuya cinica sonrisa me había bajado los ojos en otro tiempo; el hombre cuyo audaz atentado me llenó de horror; el mismo que con su simulada indiferencia me hizo derramar lágrimas cuando le encontré privado de todo recurso?

La nobleza del semblante no depende siempre de la regularidad de las facciones! ¡Qué dignidad hay que iguale á la del hombre que inspira un generoso pensamiento!

CAPITULO III.

Ya marchó! Inmenso es el vacío que ha dejado en mi existencia: me había acostumbrado tanto á quererle! me inspiraban tanto orgullo las alabanzas que todos les prodigaban! El afecto que yo le profesaba era una especie de amistad mezclada de amor propio..... mirábale como una parte de mi propia obra. Mucho tiempo transcurrió hasta que pudiese dedicarme con el mismo afán que antes á mis ordinarias tareas.

Antes que mi primo se marche, ajustamos las cuentas de nuestros beneficios é hicimos la distribución de ellos. Al renunciar á la pensión que disfrutaba, remitióme secretamente su padre una cantidad igual á la que Enrique Bolding y yo habíamos puesto en el fondo común; tomóla el capitán y préstamos hipotecario y bajo la forma de capital, fué aquella suma mas útil á su hijo, que lo hubiera sido bajo la de renta anual. De este modo reunimos entre los tres una cantidad de consideracion pa-

ra colonos de la Australia:—4500 libras.

Nada hicimos durante los dos primeros años: verdad es que destinamos una parte del primero á aprender nuestro oficio en el establecimiento agrícola de un antiguo colono; pero al terminar el tercer año tuvimos, merced á haberse multiplicado considerablemente nuestros ganados, un beneficio que sobrepujó mis mas halagüeñas esperanzas. Cuando se retiró mi primo al cabo de seis años, nos correspondieron 4000 libras á cada uno, sin contar el valor de nuestras dos grandes granjas en explotación: sus deseos en un principio fueron de que pusiese á disposición de su padre su parte; pero habiéndole ocurrido que este nunca queria hacerse cargo de ella, se convino por último en que obrarla en mi poder para hacerla producir, remitiéndole los intereses á un 5 por 100 y añadiendo el resto al capital. Así, pues me ví al frente de un capital social de 12000 libras, pudiendo considerarnos tanto yo como mis asociados como capitalistas respetables. Con el auxilio del Rayo tomé á mi cargo la estacion del ganado mayor que desempeñé durante dos años despues de la marcha de Vivian, y entonces la vendí con

ventajas considerables. Entre tanto habian prosperado maravillosamente nuestros carneros, y creí deber ensanchar nuestras especulaciones y aventurarme en nuevas empresas; obligado al mismo tiempo con la idea de cambiar en cierto modo de residencia, dejé á Enrique Bolding al cuidado del ganado lanar, y me dirigí á Adelaida, cuya nombradía habia turbado ya la paz de la Australia. Allí me encontré con el tío Joaquin, que vivia cerca de Adelaida en una linda poblacion, rodeado de las apariencias de la opulencia colonial: gozaba de la fama de muy rico, y quizás el rumor público nada exagerase por las ganancias inmensas que habia hecho. No tenia el tío Joaquin mas de una cuerda en su arco? la fortuna parecia sonreirle por último, ó para seguir la metáfora, parecia que cada una de sus flechas iba derecha á su objeto. Ya me creia yo con bastante esperiencia para aprovecharme de las ideas del tío Joaquin y asociarme á él sin arruinarme: y alentado por una especie de justa indemnizacion, treté de buscar en aquel ingenioso cerebro los medios de reparar una fortuna que tanto comprometieron en otro tiempo sus protuberancias de la idealidad

y de la constructividad, según, el vocabulario de don Bernardo. Y debo proclamar aquí que fui deudor á este génio sin igual, de importantes servicios. Las investigaciones exploradoras sobre las minas, no satisficieron á Mr. Bullion; en efecto hasta pasados algunos años no fueron enteramente descubiertas; pero el tío Joaquin estaba convencido de su existencia y compró por su cuenta y *por un pedazo de pan* algunos páramos que uno ú otro día debían ser para él una Golconda, bajo la denominación eufónica de «Tesoros de Tibbets.» La suspensión de los trabajos metalúrgicos produjo natural y felizmente la del plantamiento del almacén del grog; y en aquellos momentos llevaba entre manos el tío Joaquin la fundación de Puerto-Felipe: á instancias suyas hice algunas prudentes adquisiciones en el nuevo establecimiento las cuales volví á vender con ganancias de consideración.

Tiempo es ya de que refiera brevemente cual fué, desde mi partida de Lóndres, la carrera ministerial del Sr. Trevanion.

Ya he indicado cuanta era la delicadeza de su conciencia política, el refinamiento de lealtad escrupulosa que le caracterizaba co-

mo simple miembro del Parlamento, y que era la causa de que tanto sus amigos como sus enemigos le atribuyesen una capacidad inaplicable á los negocios, al paso que este carácter superior era esencialmente práctico hasta en los mas minimos detalle. Este defecto ó esta cualidad hubiera sin duda fundado la reputacion del Sr. Trevanion como ministro, si hubiera podido serlo sin cólegas,—si solo y colocado en la esfera mas elevada hubiese desplegado á los ojos de los hombres su esquisit integridad y sus rectas intenciones, al mismo tiempo que sus vastos conocimientos como hombre de Estado. Pero el señor Trevanion no podia amalgamarse con otros ni suscribir á la disciplina de un gabinete del cual no era el gefe, mucho menos para asociarse á una politica que debia ser antipática á un carácter eemejante.... Ah! no era aquella politica en los últimos tiempos solo la de una faccion; sino que fué impuesta en cierto modo á los gefes de los dos partidos que se sucedian en el poder por lo que puede llamarse la necesidad del siglo. El público en efecto parecia ser el cómplice de la *politica de los expedientes*; á aquellos á quienes la calificacion de que me valgo pareciese la

mas caritativa, les respodderé que carezco de la envidia y de la vocacion necesarias para introducir en esta obra ninguna discusion amarga que por otra parte seria en ella estemporánea. Quanto en mi inocencia me permitiré decir, es, que la politica del dia debia naturalmente sublevar los principios de gobierno sustentados por el señor Trevanion y exasperar todas las fibras de su constitucion moral. Las combinaciones aristocráticas de su alianza con la familia de Castleton, rebustecieron su posicion personal en el gabinete; pero las combinaciones aristocráticas no podian, durante mucho tiempo, combatir victoriosamente lo que se asemeja á la epidemia atmosférica del siglo. Comprendi cuánto debió sufrir, al leer yo en los periódicos un párrafo concebido en los siguientes términos:

»Segun informes que se tienen por verídicos, parece que el señor Trevanion presentó su dimision; pero que no le fue admitida porque en los momentos presentes, seria su retirada la señal de la disolucion del ministerio.

Algunos meses despues supe por otro periódico que el Sr. Trevanion habia enfermado repentinamente y que existiau fundados

temores de que su enfermedad le impediría tal vez volver á ocupar su elevado puesto en el gobierno. «Habíanse cerrado las cámaras y antes de que volviesen á abrirse anunció la Gaceta del gobierno que el Sr. Trevanion habia sido nombrado conde de Ulverstone, título que llevó en otro tiempo su familia, y que se retiraba del ministerio por no permitirle el estado de su salud soportar las fatigas gubernamentales.

Durante su destierro solo dos veces escribí á lady Leonor—la primera con motivo del matrimonio de Fanny con el marqués de Castleton, que tuvo efecto seis meses después de mi partida de Inglaterra;—la segunda, cuando al mismo tiempo escribí al Sr. Trevanion dándoles las gracias por habernos enviado a Bolding y a mí por via de regalo, algunos animales raros, como caballos, vacas y corderos. No podía dejar la elevacion del Sr. Trevanion á la dignidad de par, sin felicitar á la nueva condesa; y la contestacion que de ella recibí confirmó lo que ya me recelaba: venia su carta rebo-sando de indignacion, de cargos contra el mundo y de temores por el pais.

El tiempo habia trascurrido con asombrosa rapidez y nuestros negocios continuaban

siendo favorables. Salía yo del Banco de Adelaida con aire satisfecho, cuando fui detenido en la calle por varias personas á las que nunca habia dirigido la palabra, las cuales felicitaban con redoblados apretones de mano, gritando;—«Sea enhorabuena, caballero. Este intrépido oficial llamado Caxton, es sin duda alguna vuestro pariente.»

—Qué quereis decir con eso?

—Pues qué no habeis leído los periódicos? hélos aqui.

«Valerosa conducta del subteniente Caxton, ascendido á teniente en el campo de batalla.»—Yo me enjugué las lágrimas exclamando; «Gracias sean dadas al cielo, este es mi primo.» Formáronse nuevos grupos en mi derredor y todo el mundo se disputaba la vez por dirigirme felicitaciones. A vista do aquellas demostraciones, parecióme estrecho el espacio! Por mas quisquillosos que seamos, nosotros los ingleses, y que regañemos mutuamente y que nos parezca pequeño el mundo... no obstante, cuando nos encontramos en pais extranjero y oimos hablar de un hecho honroso de cualquiera de nuestros compatriotas nos convertimos en hermanos, y nuestros corazones se unen y vivifican. Qué carta escribí á mi

familia! de cuanto júbilo se hallaba poseida mi alma cuando volví á mi cabaña! El Rayo se hallaba al frente de un establecimiento de su propiedad á mas de cincuenta millas de distancia; dejé mi camino para ir á participarle la noticia y enseñarle el periódico, porque sabia el antiguo corsario que su anterior amo era como él un hijo de Cumberland... de la familia de Caxton!

CAPITULO IV.

—

Se ha operado un cambio notable en nuestra morada. El padre de Enrique Bolding ha muerto... gozoso al saber la aplicacion asídua y la prosperidad de su hijo, de lo que le dió pruebas latentes, porque Enrique se empeñó en reintegrar á su padre de sus antiguas deudas contraidas en la Universidad, y de su adelanto de 1500 libras, proponiéndose además que esta suma se añadiese á la dote de su hermana. Muerto el padre se decidió su hermana á abandonar la Inglaterra y venirse á vivir con su querido hermano Enrique: en su consecuencia se ha empezado á añadir otro departamento á la

cabaña y se están levantando los planes para construir una nueva casa de piedra que se empezará el año próximo. Enrique se ha traído á Adelaida, no solo una hermana, sino, con gran asombro mio, una esposa con el carácter de una hermosa amiga que vino acompañando á la referida hermana: la joven miss lo ha acertado con venirse al Australia si desea casarse, porque es muy linda y la flor de sus muchachos de Adelaida se apresuró á hacerla la corte. Pero Enrique se enamoró locamente de ella el primer dia que la vió—el segundo tuvo que disputarla á treinta rivales—desesperose el tercero—declaróse á ella, el cuarto, y antes que trascurriesen quince dias era ya el esposo feliz. Apresuróse á llevársela á su casa figurándosele que todo el mundo conspiraba por robársela: no era menos linda su hermana que su amiga, y recibió tambien proposiciones así que desembarcó; creo por otra parte, que Enrique le habia dicho que yo era hecho espresamente para ella.

Como quiera que fuese la revolucion que se operó en nuestra morada, no hizo mas que avivar mis deseos de regresar pronto á mi patria: diez años habian trascurrido ya y me encontraba con una fortuna mas con-

siderable de lo que podia prometerme. Con no poca pena de parte de Enrique, liquidamos cuentas y quedó disuelta la sociedad, porque habia él formado la resolucion de no abandonar la Australia, de lo cual no me admiré al considerarle marido feliz de una muger hermosa que le queria mucho: quedóse Enrique con la parte que tenia yo en el establecimiento y ganados, y ajustadas nuestras cuentas á satisfaccion de los dos, me despedí de la Australia.

A pesar de todos los motivos que me llamaban á Inglaterra, senti destrozárseme el corazon de pena al despedirme de todos los antiguos compañeros á quienes no debia volver á ver en mi vida: el último de sus subordinados era ya para mi un amigo.

Llevaba preparado, como buen inglés, un largo discurso, pero apenas pude balbucear algunas entrecortadas palabras, las cuales fueron mejor recibidas por mi auditorio. Metí espuelas á mi caballo por arrancarme de aquella escena penosa, y al llegar á un altito detúveme para dirigir la vista atrás: desde alli volvi á ver aquellos fieles dependientes agrupados en la misma actitud, siguiendome con los ojos, descubiertas sus cabezas y con las manos puestas en la frente

para que el sol no pudiese desvanecerlos. Enrique Bolding se hallaba tendido en el suelo, y sus sollozos llegaban aun á mis oídos: inclinábase sobre él su esposa tratando de consolarle... perdónale, oh hermosa compañera suya, solo tú reinarás en su corazón... mañana.

CAPITULO V.

(Redactado en la Adelaida.)

Hacéos cargo de mi sorpresa... el tío Joaquin me deja al momento y... pero escuchad nuestro diálogo:

El tío Joaquin. El hecho es, que regresas á la antigua Inglaterra humeante, en visperas precisamente de reunir un millon! si, sobrino mio, un millon por lo menos. Por qué, pues, precipitas tanto tu viaje?

Pisístrato. Porque deseo ver á mi padre, á mi madre, al tío Rolando, y... (se detiene al ir á nombrar á otra persona.) Lo vé V. querido tío? Además, solo viene aquí con el único objeto de reparar las pérdidas experimentadas por mi padre á causa del

malaventurado CAPITALISTA.

El tio Joaquin. (Atacado de una ligera tos; esclama:) Aquel librero malvado!

Pisistrato. Tambien deseaba reunir algunos miles de libras esterlinas para mejorar las tierras de aquel pobre capitan: qué hago aquí una vez conseguido mi objeto?

El tio Joaquin. Contentarse con algunos miles de libras, cuando dentro de diez años pudieras nadar en oro!

Pisistrato. Segun se enseña en la Australia, consiste la felicidad de la vida, mas bien que en tener mucho dinero, en saber emplear el tiempo. Yo pondré en práctica esta leccion en Inglaterra.

El tio Joaquin. Estás resuelto á ello?

Pisistrato. He tomado ya mi pasaje.

El tio Joaquin. De este modo, no hablemos mas sobre la materia. (Tose y se mira las uñas, bien cortadas y pulidas ciertamente, despues levanta súbitamente la cabeza, exclamando:) Sobrino, ese malhadado CAPITALISTA gravita siempre como una carga sobre mi conciencia, y por mas que no pueda explicarme lo, desde que deserté de mis semejantes, me parece que tomo un interés mas tierno y directo por mi familia.

Pisistrato. (Sonriéndose al recordar la de-

licada prediccion de su padre.) Naturalmente, querido tío, no hay un niño que ignore que arrojando una piedra en un estanque se forma un círculo en el agua que ensanchándose desaparece.

El tío Joaquín. Indudablemente: tomaré acta de esta comparacion para hacer uso de ella en el próximo discurso que debo pronunciar en favor de lo queellos denominan el monopolio de la tierra. Gracias, sobrino: *piedra, círculo,* (y escribió estas palabras en su libro de memorias.) Pero volvamos á la cuestion: hème aquí flotando bastante bien en mis negocios, no tengo muger ni hijos, y conozco que debo llevar una parte en las pérdidas de tu padre. Aquella fue una especulacion en comandita: además, tu padre, el bueno y querido Agustín, pagó las deudas que contraje con aquel motivo. Cuánto bien me hizo el ponche aquella noche en que tu madre queria regañarme! Por último, hasta me prestó Agustín 300 libras al separarme de él: puede decirse, la base... la bellota del roble que trasplanté aquí. Por lo mismo, ahí tienes (diciendo y haciendo saca el tío Joaquín, con un esfuerzo heroico, de su carrera algunos billetes por valor de tres ó cuatro mil libras), toma

este dinero... ahora ya dormiré con un sueño mas tranquilo. (Levántase el tio Joaquin y sale con precipitacion de la sala.)

Pisistrato. (Solo.) Debo aceptarlo? á fé mia que si, esto es muy justo. El tio Joaquin debe estar en realidad rico y muy bien puede pasarse sin este dinero además de que si por casualidad lo necesitase, mi padre no se lo negaria. No tuvo el tio Joaquin la culpa de que se perdiese tanto dinero en el CAPITALISTA? no, aquí no hay la mitad del que se vió mi padre en la precision de pagar: pero no debe hacérsele buena cogida viniendo de mano del tio Joaquin haya, razon tenia mi padre al discurrir sobre la constitucion exelente de mi tio; no se debe juzgar en definitiva aun hombre cuando se encuentra atado y depende de los auxilios de los demás. corazones grandes, y melosos lo son solos con su propio bolsillo

El tio Joaquin. (asomando la cabeza por la puerta entreabierta.) Te debo advertir, sobrino, que puedes doblar esa cantidad dejándola en mi poder por espacio de un par de años... no tienes una idea de lo que pienso hacer del dominio Tibbets: te lo dije ya? razon tenia el aleman. Me han ofrecido por el terreno siete veces mas de lo

que me costó, pero ahora estoy trabajando para formar una sociedad. Me permites que convierta esos billetes en acciones? ciento por ciento... garantido por mi! (El tio Joaquin cruza las manos á las que sabe dar tanta expresion.)

Pisistrato. Ah! se arrepiente V. acaso querido tio?;

El tio Joaquin. Atrepentime! cuando te ofrezco un ciento por ciento sobre mi garantia personal!

Pisistrato. (Guardando cuidadosamente los billetes en su cartera.) En este caso, querido tio, si V. no se arrepiente permítame que le de la mano y le diga que nunca consentiré en que se debilité la estimacion y el asombro que me inspira esta noble restitution, confundiendo con el principio del honor que la ha dictado, idea alguna comercial ni industrial; además de que, esta cantidad es pagada á mi padre y no tengo yo derecho á destinarla á uso alguno sin su permiso.

El tio Joaquin. (Conmovido.) Estimacion, asombro, principio de honor! estas palabras, sobrino, salidas de tus labios me enorgullecen. (Estrechándome despues la mano y sonriéndose): Por mas astuto que

seas... tienes razon. Llévate esos billetes y escúchame: procura que no te encuentre en mi camino; no sea que te seduzca: llévate hasta el último penique... (El tío Joaquín sale de nuevo y cierra definitivamente la puerta. Pisistrato examine los billetes permanecen en su cartera temerosos de que se hayan convertido en hojas muertas como la plata de las badas; pero habiéndose convencido plenamente de que son moneda corriente, demuestra por medio de un gesto su placer y su sorpresa.)

Cambia la escena.

Adios, bella Australia, adios, tierra prometida de los desterrados de donde se detiene el buque en su destierro como el arca sobre el monte Ararat! Oh tú! cuna de un nuevo pueblo, qué profeta se atrevería a predecir tus misteriosos destinos, la herencia que te reservan los tiempos! Merced á ti, tal vez, de los crímenes y los dolores de una civilización que lucha en vano contra los principios de decadencia y de muerte, saldrá un mundo rejuvenecido que trasmirá el alma y el génio de la Inglaterra á los siglos venideros al través de los ciclos del cambio eterno. Hermosa Australia, todos los climas que mejor sazonan los produc-

tos de la tierra ó pueden desarrollar los tipos diversos de la gran familia humana, te prodigan á manos llenas sus influencias: tu puro cielo sonríe á aquellos á quien tan mal preservaban sus harapos del helado soplo de los vientos del Norte y de los abrasadores rayos del sol meridional!

Imposible es el destriar hasta que punto es querida la memoria de aquella silvestre y poética vida austral para quien gustó de sus encantos con ánimo bien dispuesto para todas sus pruebas. Cuántas veces se aparece en medio de las prosáicas escenas de una vida mas civilizada, con sus riesgos, sus aventureros incidentes, sus intérvalos de indiferente reposo—sus carreras al galope á través de las inmensas llanuras alumbradas por una luna fulgida como el sol, cuyos rayos platean los árboles y las plantas!

Pero no quiero impacientarte mas, lector. El nuevo mundo desaparece ya... solo se vé en el horizonte una linea... un punto: volvamos ya la vista al mundo antiguo.

Ya estoy en Londres otra vez! Encuéntrame como un extranjero en sus calles, solitario y vagamundo. Al contemplar los semblantes escuálidos y las encorbadas figuras que se ofrecen á mi vista, casi me aver-

güenzo de sentirme con tan buena salud y vigor. Ábrome paso al través de la muchedumbre con la timidez propia de un gigante niño aun, y apacible temeroso de aplastar á cada hombre al mero contacto. Apresúrome, pues, á refugiarme en el hotel y envío á buscar al sastre, al zapatero, al sombrero, al peluquero y me humanizo de los pies á la cabeza. El mismo Ulises se vé precisado á recurrir á las artes de Minerva, ó para decirlo sin metáforas á dedicarse un rato al *toilette* para que la fiel Penélope se digne conocerle: los emisarios de la moda me ofrecen darse prisa. Entre tanto procuro renovar mis antiguas relaciones con la madre patria recorriendo con la vista legajos de periódicos, *el Times*, *el Morning Post*, *el Chronicle*, *el Herald*. Devoro todos sus artículos escepto los de la Australia; estos los paso por alto con el desden del hombre práctico.

La polémica diaria no se ocupa ya de alabar y criticar á Trevanion: la espuela de Percy se ha enfriado como dice Shakspeare. Ya solo figura lord Ulverstone en la seccion de noticias de la capital ó en los movimientos de la moda. »Lord Uverstene da hoy un banquete á un duque de la real

familia, ó llega á la capital, ó sale para su casa de campo.»

Pero si el padre es un astro que se halla en su ocaso, el astro de la hija está en todo su esplendor aunque gire en una esfera enteramente distinta. En todos los periódicos de la mañana y de la tarde se encuentran noticias como la siguiente: «*Primer baile de la estación en el Hotel de Castleton:*» difusas descripciones de la fiesta y conmemoración laudatoria de las personas que asistieron á ella: sobre todo, análisis descriptivo del elegante traje y demas circunstancias de la noble marquesa, — busto de lady Castleton por Westmacott, — retrato de lady Castleton y de sus hijos en traje antiguo, por Landseer; en una palabra, en la interminable serie de números del *Morning-Post* que tenia á la vista, lady Castleton era todos los meses la que brillaba entre todas las mujeres.

».... Velut inter ignes
Luna minores».

Cubriose mi semblante de rubor. ¿Era acaso aquel astro espléndido del cielo aristocrático el mismo en quien mi oscura y pobre juventud se atrevió á fijar sus presuntuosas miradas? Pero qué ven mis ojos

qué párrafo es este que se encuentra entre las noticias de la India! «*Diestra* retirada de los Cipayos á las órdenes del capitán Caxton!» ¡Capitán ya!... qué fecha tiene este periódico? la de tres meses... En el primer artículo de fondo se prodigan los mayores elogios al capitán de Caxton: no nace un sentimiento de envidia en medio de la alegría que experimenta mi corazón? ¡Qué carrera tan oscura é ignorada la mía! también me batí yo y he vencido á la mala suerte; pero ni un laurel para mi frente... Qué es esto! Pisistrato! No meruborices con tu proceder! Has regresado al antiguo mundo para alimentar locas rivalidades! Encamínate á tu casa, parte, corre, vuela á estrechar en tus brazos á tu madre, á tu padre, ve á recibir la bendición de tu tío Rolando que dará gracias al cielo y á tí por haber ayudado á su hijo á enaltecer su nombre.

Era ya de noche cuando llegué á la ruinosa Torre: al llegar á la puerta dejé la silla de posta frente á un ribazo; aun cuando tenia ya noticia mi familia de haber llegado yo á Inglaterra, no me esperaban, á consecuencia de la carta que les habia escrito, hasta el día siguiente.... Llegaba veinte y

cuatro hora antes, y á pesar de mi natural impaciencia temia al entrar... temia el cambio que una ausencia de mas de diez años podia haber producido en aquellos seres que no habian envejecido en mi memoria. El tio Rolando podia llamarse viejo ya antes de mi marcha: mi padre á quien dejé en la mitad de su carrera, se acercaba mucho al ocaso; mi madre se presentaba á mi imaginacion tan hermosa como antes, con la frescura en sus facciones, gracias á la juventud del corazon, y no podia conformarme con la idea de que no permaneciese como la dejé. No se hallaba menos preocupada mi imaginacion con Blanca... diez años atrás era una niña aun—durante este largo destierro fué mi fiel correspondiente. Habia seguido yo en sus cartas, llenas de los minuciosos detalles que forman estilo epistolar, habia seguido yo á su inteligencia que se desarrollaba en armonia con los caracteres de su letra—primero vaga é infantil, después un poco recta y haciendo alarde de alguna mas soltura; mas adelante, natural, fácil y atrevida, finalmente el último año formada ya sin embargo ligera, regular y sin la menor afectacion. No obstante, al ver una caligrafia tan perfeccionada, confieso que observé tambien con una especie de sorpresa casi displicente

que se deslizaba cierta reserva en su estilo — Blanca expresaba siempre los deseos de que regresase, pero menos frecuentemente en su nombre que en el de la familia; suprimia los términos de la antigua familiaridad infantil, y la frase de *querido Sisty* se vió sustituida por las frias palabras; *mi querido primo*. Nunca omitió mi madre en sus propias cartas el hablarme de Blanca, de su precoz talento y de su ativa ternura, describiéndome su vida cotidiana. No aparecia Blanca en este cuadro entretenida como me lo ofreció en consultar el vidrio mágico, pero en cambio acompañaba á mi madre á ejercer actos de caridad por el pueblo enseñando á los niños y prodigando consuelos á los ancianos; ejercitábase en copiar iluminándolo, un antiguo misal de la biblioteca á fin de poder sorprender á mi tío presentándole un nuevo árbol geneológico hecho de su mano, adornado de escudos acuartelados, ó bien giraba en rededor de mi padre haciendo un estudio en adivinar el libro que buscaba indolentemente con la vista. Blanca hizo un nuevo catálogo; y como lo habia aprendido de memoria, sabia en qué sitio de la Heracea paternal se podia evocar el aspecto bibliográfico. Mi madre me habia tenido minuciosamente al corriente de todos estos detalles, pero no sé por qué, no

me dijo nunca en medio de tantas alabanzas, al menos durante los dos últimos años si Blanca era ó no hermosa: este era un vacío deplorable. Yo había querido varias veces por mi parte hacer sencillamente la pregunta ó introducirla con delicadeza y diplomacia, pero no me atrevi nunca.... porque indudablemente habría leído Blanca mi carta... ¿y qué me importaba?... Si era fea por casualidad, qué pregunta tan necia la mía! porque es de saber que Blanca tenía, cuando era niña, una de esas fisonomías que pueden convertirse mas tarde en muy lindas, pero que corren peligros tambien de ser garrapateadas, propensas á visajes.... en una palabra caras de brujas.

Si, Blanca, no lo dudes. Si esos rasgados ojos negros, vivos, que reflejan una mirada mas bien que tierna feroz; si esa nariz, indecisa aun entre una linea recta y otra aguiluña hubiera seguido esta última direccion con la espresion marcial, romana, imperiosa que presta la nariz de tu padre á su fisonomia varonil; si esa cara un tanto delgada para una niña se hubiere fortalecido con dos juanetes colorados y salientes (tanto mas de temer, cuanto que el aire de Cumberland es célebre por predominar en él los huesos maxilares), si todo esto hubiese sucedido, como era posible... entonces ó Blan-

ca! sentiria en el alma que me hubieses escrito cartas tan seductoras, y me hubiera tenido mas cuenta no cerrar tan cruelmente mi corazon á los ojos azules y á los zapatos de ruse! de la linda Elena Bolding. Ahora, lector, no te admirerás si me deslizo con paso furtivo por entre la ruinoso torre y atravesando el patio, fijo con zozobra la vista en los vidrios del salon alumbrados por el poniente.

Oigo pasos!... se vuelve tan fino el oido con el aire austral... es una muger: mi madre acaso? no, es mas alta y su mandar mas vivo que el suyo; da la vuelta al muro deteniéndose para mirar, y una voz melodiosa, á la vez nueva y familiar á mi oido, llama á un compañero que responde á la amistosa reconvencion: pobre Juba! sus largas orojas barren la tierra y evidentemente se halla inquieto. Hélo allí al pobre animal dando las narices al viento: cuando lo dejé estaba tan esbelto y tan listo.—

Cuéntame, que has hecho de tu falle de hada!

Los años, si, los años te abruma y te has vuelto obeso como la señora Gervasia: han cuidado demasiado, oh sensual Mauritania! de satisfacer todos tus gustos! A pesar de esto, gracias á la misteriosa penetracion que llamamos instinto, buscas alguna cosa que el trascurso de los años no ha

podido borrar de tu memoria, y tus barruntos se hacen sordos á la voz de tu ama, por muy cariñosa que sea. Muy bien... acércate .. un poco mas, y tu prima mia, permíteme que te vea mejor... Pero, maldito sea el perro! ahora se separa de ella; encontró la pista y corre al través del arco del muro! Ah! le persigue... le coje y el animal gruñe de una manera muy poco galante. Pero será que no haya de poder ver ese semblante? ahora se oculta entre las rizadas lanas de Juba: pero que veo! da besos al perro! Ah malvada Blanca, prodigar semejantes caricias á un animal mudo, cuando estoy seguro que harian la felicidad de tantos buenos cristianos! Juba lucha en vano y se la llevan. Ya no puedo creer que Blanca tenga la mirada feroz ni la nariz aguileña del capitán Rolando, con esa voz que trae á la memoria el dulce arrullo de la paloma.

Salgo pues de mi escondrijo y me voy en seguimiento de Blanca; dónde podrá ir ella? no muy lejos. Sube á la altura en donde los antiguos castellanos administraban justicia... á aquella altura desde la que se domina á lo lejos la posesion y se distinguen los postreros rayos del sol en su ocaso. Cuánta gracia existe en esa actitud de meditadora calma: qué contornos tan deliciosos los de esa jóven cuyo flexible talle se destaca del

fondo de púrpura del cielo! Déjase oír de nuevo la voz juguetona y placentera como el canto del gilguero, una vez cantando y otras llamando al pobre viejo Juba: á él es á quien dirige un cantar que le hace enderezar las orejas, del cual solo llegan á mis oídos estas palabras: «*Va vuelve á nuestro lado!*»

Las ruinas y las malezas en que permanezco oculto, me impiden el ver cómo se pone el sol; pero percibo la desaparición del astro en la frescura que se derriama por el paisaje y en el silencio del crepúsculo que me rodea. Ah! ya veo brillar la estrella de la noche—á su aparición sucedense unas á otras las demás constelaciones.

«Ch'eron con lui, quando l'amor divino

Mosse da prima quelle cose belle!

Tambien la dulce voz se estinguió ya.

Entonces baja la jóven lentamente la colina por la parte opuesta... y se oculta á mi vista... perdió el crepúsculo uno de sus encantos; pero ya vuelvo á oír sus pasos por entre las ruinas, y cual fugaz sombra la veo atravesar el solitario patio. Ah! fiel y amante corazón, he adivinado el recuerdo que te guía? Sigo tus huellas, me introduzco por el portillo de la vieja muralla y á lo largo de un cercado de árboles te sorprendo en el momento que levantas hácia las estrellas la

cabeza, esa seductora cabeza que diez años antes se habia reclinado sobre mi corazon llena de pena porque ibamos á separarnos. Te vuelvo á ver, te reconozco, y, eres la misma, Blanca! Eres hermosa, si, mucho mas hermosa de lo que te representastes á mi mente en los ensueños de mi destierro.

Blanca, prima mia!.. ya estamos juntos, ya no somos mas que una misma alma. Levanta la cabeza. Blanca, soy yo.

— Adelántate Blanca y prepárate; deja la puerta entreabierta para que pueda verles.

El tio Rolando se apoya en la pared sobre un trofeo de armaduras que sirve de dosel á sus blancos cabellos: reconozco su curtido semblante, su frente altiva, pero no advierto ninguna alteracion en sus facciones, sino alguno de vejez; mas bien me pareciera rejuvenecido durante mi ausencia. Su frente está tranquila, y sus lábios se muestran ya accesibles á la sonrisa... ninguna violencia, ni el menor esfuerzo para ahogar una queja... Una rapida ojeada me basta para ver todo esto.

—Papa! esclama mi padre dejando caer un tomo de la mano, no puedo leer ni un renglon; y que extraño es cuando llega mañana... mañana! Aunque viviésemos mas años que Matusalem, Catalina, nos seria

imposible poner de acuerdo al hombre con la filosofía... quiero decir, cuando el corazón del hombre se halla embargado por un hijo tierno y cariñoso.

Levántase mi padre; oigo caer un libro en el suelo y los paseos que da á lo largo de la habitación. Un minuto mas, padre mio! un minuto mas y estare en tus brazos! tambien para ti han sido indulgentes los años como suelen serlo para el que se vé libre de violentas pasiones y penosos cuidados que precipitan el curso del tiempo! Tu anchura frente me parece mas espaciosa por la falta sensible de cabellos; pero ni una arruga!

=Quién suspira?

=Qué hora es, Blanca? Has mirado bien el reloj del patio?... hazme el favor de ir á mirarlo.

=Catalina! respondió mi padre, no solo has preguntado la hora seis veces en el espacio de diez minutos, sino que ademas has consultado mi reloj, el cronómetro de Rolando y la muestra de la Torre, y todos te han dado la misma hora... Hoy no es mañana.

—La muestra, el cronómetro y el reloj, van mal los tres, dijo mi madre con una dulce firmeza; estoy segura, porque desde que él se marchó nunca han ido bien.

Abren una carta... oigo el crujido del papel y un paso para acercarse á la luz; introduzco la cabeza y veo el semblante de mi tierna madre... hermoso aun, para mí, ... hermoso como cuando se recostaba sobre la cabecera de mi cama durante mi enfermedad infantil, ó cuando nos arrojábamos mutuamente margaritas sobre el césped. Blanca se acerca á ella y le dice una palabra al oido; mi madre se estremece y lanza un grito:—No hay duda, madre mia, es cierto, abre tus brazos y estréchame en tu corazon como en otros tiempos: padro mio, querido tio, vosotros tambien. Oh! felicidad! felicidad inesplicable! ya estoy en casa... en casa hasta la muerte!

CAPITULO VII.

Soñaba que permanecia aun en la Australia, y me despertaron los chillidos de los dingos y los gritos de guerra de los salvajes... Al abrir los ojos vino á herirlos el reflejo del sol que se hacia lugar por entre las macetas de jazmin colocadas simétricamente por Blanca en la ventana... Mi madre se halla sentada á la cabecera de mi cama, y Juba brega y araña con las uñas la colcha para subirse tambien. Tomaria yo acaso, madre mia, el murmullo de tu bendicion

por el grito de guerra de los salvajes, y el ladrillo contenido de Juba, por los ahullidos de los dignos?

Qué días de felicidad no interrumpida experimental! Cuántos paseos doy con el capitán Rolando para hablarle del que antes causaba nuestra vergüenza y se ha convertido en el día en nuestro orgullo! Con qué tacto dirige el veterano nuestras caminatas por derredor del pueblo para que le detengan algunas comadres favoritas que le preguntan;—«Ha tenido V. noticias de su valiente hijo?»

Entre tanto me esfuerzo yo para que mi tío apruebe mi proyecto relativo á la reparación de la ruinosá Torre y de labrar sus incultas tierras; pero por que vuelve la cabeza y se muestra embarazado al escucharme? Ah! ya lo adivino... le ha sido devuelto su verdadero heredero; y debiendo pasar la Torre y las tierras á poder de su hijo, no puede consentir que emplee yo así este vil metal, al cual, sin embargo, no podría dar mejor destino, despues de haber separado la suma necesaria para la impresión de la grande obra de mi padre. Niégase así mismo á consagrar dicho objeto la fortuna de su hijo, de la cual sigue siendo depositario. Mientras permanece mi primo en el servicio de las armas puede el día me-

nos pensado necesitar su dinero, y es preciso que se conserve á su disposicion. Le comprendo muy bien; pero yo no tengo profesion alguna... me he de privar por semejantes escrúpulos de la mitad de la satisfaccion que esperaba procurarme á costa de años enteros de trabajos y privaciones! De una manera ó de otra quiero conseguir mi objeto.

Entre tanto me atengo para no desalentarme á un proverbio favorito: — *Hace mas el que quiere que el que puede.* »

Qué de sonrisas, de dulces lágrimas y de tiernas reconvencciones entre la madre y el hijo! Hay una cuestion acerca de la cual me ha hecho ya varias indicaciones: tiene curiosidad por si alguna vez perdi el corazon en la Australia. Ye le doy respuestas evasivas en castigo de no haberme escrito que Blanca era tan encantadora. Yo creí, le dije, seria el retrato vivo de su padre, el cual liene indudablemente una hermosa cabeza marcial, pero no para vista con largos bucles y sombrerito de raso! Cómo habeis podido mostraros tan taciturna en una materia de tanto atractivo?

— Blanca exigió de mí esta promesa.

Pero por que? me pregunto á mi mismo, y empiezo á formar calendarios.

Pasos horas muy deliciosas con mi padre

en su estudio ó en las orillas del Vivero en donde dá de comer aun á las carpas convertidas en ciprinades leviatanas. El pato cojo, ay, ya no existe; única víctima arrebatada por la muerte, solo tributo pagado á la naturaleza: deploro su pérdida, pero gracias á esta reflexion me resigno á ella. Alguna pena experimento al saber los pocos progresos que ha hecho la *Grande obra*.... no se halla aun bastante adelantada para entrar en la prensa, porque ha resuelto el autor que en vez de publicar una parte de ella, no soltará la pluma de la mano hasta estar el manuscrito terminado, *totus. teres, dique rotundus*: no han cabido las materias que abraza en el pan de la publicacion.

La historia de los Herrores Humanos no tendrá menos de cinco tomos, pero enormemente voluminosos! Sin embargo nos encontramos y á la mitad del cuarto y no se debe ostigar demasiado á Minerva.

Mi padre está encantado con la noble conducta del tio Joaquin, como él la proclama, pero mereconviene para haber aceptado el dinero y trata de devolvérselo: sobre este punto es el autor de mis dias tan quijote como su hermano Rolando; asi fue que tuve que apelar á mi madre tomándola por árbitro, y ella lo arregló todo recurriendo á los sentimientos de amor propio.

—Agustin, le dijo á su esposo, el negarte á recibir por orgullo lo que mi hermano te debe, seria una humillacion para mí.

—*Velit, nolit, quod amica*, respondió mi padre quitándose los anteojos y limpiándolos, lo cual, Catalina, quiere decir, que cuando un hombre se casa pierde su voluntad propia...

La larga privacion de los libros ha hecho revivir completamente en mí la aficion á ellos: cuánto tengo que leer! qué plan de lectura tan vastos trazamos entre mi padre y yo! Tengo ante mis ojos materia para llenar los ócios de una vida entera; pero sin saber la causa, voy separando á un lado el griego y el latin, porque nada me seduce tanto como el italiano. Leo á Metastasio con Blanca, de lo cual se escandaliza mi padre, que indignado le llama un pobre autor y quiere que le sustituyan con Dante: al presente no siento ninguna simpatía hácia las almas

«*Che non consenti
Nel fuoco.*»

Ya me cuento en el número de *beate gente*. Sin embargo, á pesar de Metastasio no estamos Blanca y yo tan unidos como los primeros deberían estarlo: si por casualidad nos encontramos solos, me vuelvo tan taciturno como un turco, tan formal como sir

Cárlos Grandison; noches pasadas me quedé sorprendido al llamarla *miss Blanca*.

No puedo olvidarte, honrado D. Bernardo! y mucho menos la satisfaccion que experimentas al ver mi robuztes y buena suerte, ni el orgullo que sientes cuando cogiéndome del brazo para pulsarme exclamas:— «Todo es debido á mi citrato de hierro, no hay cosa mejor para los niños; sus efectos son palpables en el desarrollo de las protuberancias cerebrales de la esperanza y combatividad.—«Tampoco puedo negar un recuerdo á la pobre señora Gervasia que sigue llamándome el *señorito Sisty*, la cual se aflige estremadamente porque no quiero ponerme las almillas de lana nuevas, que ha tenido tanto placer en hacerme.

De repente se pone en movimiento toda la poblacion. El señor Trevanion... quiero decir lord Ulverstone, acaba de establecerse en Compton.

Encuentro á mi amigo su apoderado, el cual me manifiesta que lord Ulverstone dice que su favorita casa de campo de las inmediaciones de Londres se halla demasiado al alcance de los importunos: en ella ha introducido ya cuantas mejoras podian realizar la constancia y las riquezas.

La familia llegó ya con lord Castleton seguida de un batallon de convidados, cuyos

nombres ilustres ocupan las columnas del periódico del condado.

¿Qué entendia, pues, lord Ulverstone por visitas importunas?

—Querido Pisistrato, respondió mi padre á esta exclamacion; esto no se refiere á las visitas que vienen, sino á las que se van; estas son las que molestan al ministro en su retiro.

Cuando desfila la comitiva solo se ven imágenes de Brutos y de Cásios—que brillan por su ausencia! y creerme; un retiro; tan próximo á Lóndres no llamaba bastante la atencion. Porque has de saber que un hombre político que se retira de los negocios públicos, es como esa hermosa carpa; cuanto mayor es la altura, de la cual se lanza en el agua, mayor es el ruido que produce su caída... Pero, añadió mi padre arrepintiéndose de una comparacion tan atrevida, no debe ser esto objeto de burla, y si me valgo yo de este lenguaje es movido á ello por el placer que experimento al ver á Trevanion en visperas de descubrir su verdadera vocacion. Tan pronto como la seductora suciedad que ahora le acompaña le baya dejado solo en su biblioteca, confio que se consagrará exclusivamente á ella y será mas feliz que nunca.

—Y esa vocacion, padre mio, es...

—La metafísica! respondió mi padre. Cuando resuelva los problemas de Barkeley y examine los grados de realidad que existían en el sillón del orador de la cámara y el banco de los ministros, se encontrará de hecho en su terreno; debe ser un gran consuelo para él el ponerse de acuerdo con Barkeley y conocer que fue engañado por fantasmas intangibles, cuya forma, sustancia y altura era producto de sola su imaginación.

La noticia de la llegada de toda la familia de lord Ulverstone, inclusa lady Castleton, me alteró algun tanto y empecé á hacer largas y solitarias escursiones. Hallándome en uno de estos paseos vinieron todos á visitar á los moradores de la Torre— lord y lady Castleton con sus hijos. Al regresar observé en la familia con respecto á mi, cierta delicadeza inspirada por los antiguos recuerdos, y se habló muy poco en mi presencia de aquella memorable visita de la cual me libré. El tio Rolando, bien fuese por casualidad ó de propio intento, tampoco se encontraba en casa: solo Blanca, ignorante la pobre jóven de los antecedentes que inspiraban á todos tanta direccion, se mostró mas comunicativa tomando por lema de su conversacion la gracia y hermosura de lady Castleton.

Al siguiente dia fuimos invitados con mu-

cho empeño, para ir á pasar algunos días á su quinta: yo admití el convite y contesté que iria solo, á aceptarlo.

Si me faltaba tiempo para probarme hasta qué punto era yo dueño de mi mismo: queria analizar la naturaleza de los sentimientos que tantas penas me habian causado. Se encerraba aun en mi corazon alguna cosa que pudiese llamarse amor hacia lady Castleton, que pertenecia ya á otro hombre cual tanto derechos tenia á mi estimacion y respeto. No, esto me parecia un imposible moral. Pero cuando conservaba yo un recuerdo tan vivo de las sensaciones de mi juventud, cuando Fanuy Trevanion seguia siendo á mis ojos la más hermosa y seductora de las mujeres, ¿estaria yo en libertad de consagrar mi amor á otro objeto? podia tratar de encadenar mi destino al de otra muger y exigir su esclusiva ternura, cuando tanta posibilidad habia de amargar mi existencia haciendo comparaciones!

Mi madre suspiró y mostróse llena de zozobra durante toda la mañana del dia en que debia yo marchar á Compton: Si dirigió la palabra á Blanca fué con una especie de patética ternura muy sentimental en verdad, aunque por fortuna no penetró aquella la causa, ni pudo adivinar el combate que

iba á darse entre el pasado el porvenir. Comprendíome mejor mi padre; dióme un apretón de mano al subir yo en la silla de posta y repitió entre dientes las palabras de Séneca:

«*Non tanquam transfuga,
sed tanquam explorator!*»

CAPITULO VIII.

Siguiendo la costumbre de las casas grandes, apenas llegué á Compton fui conducido á un cuarto para lavarme, vestirme, y descansar y apenas trascurridos diez minutos, abrióse la puerta y se presentó el señor Trevanion (como seguiré llamándole), quien me hizo el mas afectuoso recibimiento y me entretuvo por espacio de media hora hablándome de Australia, del sistema de Wekfield, de ganados y de libros, de ordenar su biblioteca y del placer que experimentaríase en ver frecuentemente á mi padre que quisiese ó no; en una palabra me habló un poco de todo excepto de su carrera política. Prescindiendo de los efectos de la edad, parecióme mas fatigado y gastado por sus vicios que por sus tareas: yo creí que mi padre consentiría en verle á menudo, porque evidentemente aquella alma en pena necesitaba el auxilio de una persona que fuera

capaz de tranquilizarla.

Oyóse en esto la campana que llamaba á comer, segun costumbre, y nos introducimos en el salon: mas de veinte convidados se veian presentes, pero entre todos ellos solo distinguí á dos personas; la primera fué lord Castleton notable por su condecoracion de la órden de la Jarretiere: habia engordado un tanto y empezaba á blanquearle la cabeza, pero no por eso habia perdido el encanto su fisonomía. De lord Castleton podia decirse lo que decian los griegos de Alcibiades que á cualquiera edad era un buen mozo. Cuando cogiéndome de la mano me presentó á Fanny Trevanion, radiante de hermosura, una nube oscureció mi frente... cómo habia cambiado! cuán deslumbradora estaba! Alargóme la mano, dirigióme su dulce y melodiosa voz, pero no era ya aquella voz la que me hacia subir el corazon á mi oido, como dice Sidney: no habia pasado el tiempo en vano.

—He aquí otro antiguo amigo, me dijo lady Ulverstone dirigiéndose hácia mi con un hermoso niño de nueve años, seguido de otro que tenia tres ó cuatro años menos, y despues de esto añadió, dos nuevos amigos. —El primer sonido de su voz parecióme melancólico, pero animóse despues el presentarme al vizcondesito lord Alberto, mas tí-

mido que su hermano, y en el cual descubrí un aire de semejanza con su abuelo.

Lord Castleton me cogió con su delicado tacto y apoyándose ligeramente en mi brazo dióme á conocer á algunos de los huéspedes de la quinta. Tres dias con sus noches pasé en Compton. ¡Cuánta verdad decia el señor Trevanion cuando me aseguraba que Fanny haria una marquesa admirable! Cómo sabia hermanar sus maneras con su posicion. Su afabilidad era quizás un tanto lánguida comparada con la de su noble marido; pero era en particular admirable cuando aceptaba la adulacion de sus cortesanos y dirigia sus ojos á sus hijos y á lord Castleton con toda la satisfaccion que produce el sentimiento de los deberes y de la felicidad doméstica. Sí, lady Castleton era incomparablemente mas hermosa que lo fué Fanny Trevanion.

Pero no se crea que al hacer yo esta confesion exhalaba un suspiro de pesar, no; porque el sentimiento que experimentaba era de puro orgullo y de placer. Habia podido amar yo como un insensato, como un presuntuoso, pero fijé al menos mi amor en un objeto digno; la felicidad de Fanny acabó de borrar la última señal de la llaga habierta en mi corazon. Si la hubiera encontrado triste y afligida por su union, tam-

bien yo hubiera llorado la pérdida de mi ídolo. Por último, examinándola y escuchándola comprendi que sus gustos y los míos eran enteramente distintos, no pudiendo dejar de reconocer la justicia de las aseveraciones de su padre, que casi me sublevó al decirme que si el destino hubiese permitido nuestra union, hubiéramos sido desgraciados.

Existia en aquella naturaleza privilegiada la fortuna cierta debilidad, que tenia sus encantos en el elevado rango en el que todo se inclinaba delante de ella; y aquella debilidad contribuia quizás á asegurar su felicidad interior, porque naturalmente susceptible de cariño, lo profesaba á todos aquellos cuya influencia protectora aceptaba: á haberse visto menos protegida por el destino, ó colocada, en una clase inferior, hubiera caido de aquella elevada altura en la que todo la sobreia, y se hubiera vuelto displicente y descontentadiza. La opinion que tenia yo formada del carácter de lady Castleton, vino á confirmarse con una anécdota que oi de boca de uno de los elegantes jóvenes de Lóndres, que hablaba con otro en un extremo de la sala.

—No hay duda, decia á su compañero, que lady Castleton es una criatura encantadora, tan consecvente con Castleton como

llena de deferencia para los demás. Habrá mujer alguna que se haya visto mas adula-
da y adorada por los hombres de valor que
lady Castleton? Confiese que la felicidad de
Castleton es un enigma para mi.

=Querido, le respondió su compañero,
si en vez de estudiar el carácter de la mar-
quesa hubiérais estudiado á lord Castleton,
cesaria vuestro asombro, porque sabriais
que ha hecho muchas conquistas en su vi-
da aunque ninguna de ellas le haya costa-
do tanto trabajo como la de su mujer des-
pues de casado. No hubo en el mundo ma-
rido mas vigilante menos celoso ni que mas
generosamente se fiase de los buenos sen-
timientos de su mujer. El segundo año de
su matrimonio, se apareció en Lóndres el
peligroso principe Von Leibanfels: con tanta
obstinacion se empeñó el principe en con-
quistar á lady Castleton que los aficiona-
dos á quitar el pellejo al prógimo, se dis-
ponian á tomar acta en el registro de los
escándalos de una buena víctima. Yo obser-
vé la conducta de Castleton en aquel su-
ceso con igual interés que si fuera una par-
tida de ajadrez: aceptó la competencia de
la alteza alemana con la fria indiferencia de
un rival feliz, y le aventajó y eclipsó en la
delicadeza de sus atenciones. Cometió Lei-
benfels un dia la torpeza impertinente de

enviar á lady Castleton un ramillete de flores raras, en moda entonces, y cuyo elogio habia hecho aquella en su presencia: hacia ya una hora que Castleton habia cerrado de ellas su balcon como si fueran demasiado comunes para formar de ellas un ramillete. Vióse Leibensfels batido por la gracia de Castleton, por su talento, y tuvo que abandonar el campo y la ciudad.

Por lo demás lord Castleton alcanzó el objeto que se habia propuesto como el último de su vida, el de crearse la felicidad doméstica y reinar esclusivamente en el corazón de su mujer, para lo cual empleó todo su talento: los dos ó tres primeros años de matrimonio le costaron mas penas que hombre alguno haya podido tomarse por su mujer pero en el dia puede dormir tranquilo, porque ha conquistado para siempre con su talento y delicadas atenciones á lady Castleton.

Este relato aumentó mi admiracion por lord Castleton que habia echado sobre sus hombros la responsabilidad de una mujer cuyo carácter apenas se hallaba formado. Pero dábame yo el parabien mas que nunca de que aquella empresa hubiese sido llevada á cabo por un hombre capaz de realizarla. El principe alemán me habia hecho temblar por que si me hubiese acontecido un suceso

semejante, nunca lo hubiera convertido yo en un sainete. No tenia formada yo otra idea de la mision del hombre y no me parecia papel muy agradable el de Argos conyugal. Cada categoria, cada carácter tiene sus reglas y sus leyes yo conocia que Fanny era una marquesa escelente y lord Catsleton un marqués incomparable; pero Blanca, si puedo poseer tu seneillo corazon, pero empezar por el quinto acto y decir en el altar;—¡La he conquistado para siempre!

CAPITULO IX.

—

Volvi á la Torre montado en un caballo que me prestó mi buesped, y lord Castleton se empeñó en acompañarme con sus dos hijos que manejaban con suma destreza sus corceles, por lo cual no pude menos de felicitar al padre. Aceptó este mi cumplimiento; pero al poco rato llegamos á una valla que cortaba el camino y exclamó lord Castleton dirigiéndose al mas pequeño:—¡Alberto, á saltar esa valla!

—No podrá mi yegua, papá.

—De ese modo, respondió su padre quitándose cortesmente el sombrero, nos privarás del placer de tu compañía.

El niño se echó á reír y dando riendas á su pony saltó la valla con la agilidad de un gato sin mas quebras que algunos girones en su chaqueta.

Dijome entonces lord Castleton sonriendo. —Ya veis como les enseño á salir del paso de un modo ó de otro. Los nobles ricos deben ser en el dia hombres útiles y sino pueden saltar por encima de las malezas deben pasar por entre ellas: no sois de mi opinion?

—Enteramente.

—El matrimonio, prosiguió el marqués, hace al hombre mas sábio. Antes suspiraba á la idea de envejecer, hoy ya me reconcilio con la idea de las canas y de la peluca y sigo disfrutando de la juventud... porque (señalando á sus hijos) existe allí.

Ya anda cerca de la bolsita del azafran, dijo mi padre cuando le conté esta conversacion. Pero me temo que el pobre Trevanion no este lejos aun de conocer el verdadero sentido de la receta de lord Bacon. Y dice que su mujer sigue con respecto á él cantando por el mismo tono?

—Debe V. hablarla, padre mio.

—Sí lo haré para reprenderla, dijo mi padre de mal humor, y le citaré el consejo

que dió Lutero al príncipe de Anhalt, de arrojar á las aguas del Maldou á una criatura que habia agotado la leche de dos nodrizas, además de la de su madre, porque debia de ser un hijo del diablo. Y qué hijo mas raquitico y malicioso que el suyo! Ah! ella le arrojará á el río ó he de valer poco! exclamó mi padre, que acompañando la acción á la palabra arrojó sus anteojos al Vivero. Creyendo las ciprinides que la caída de los anteojos las llamaba á comer, subieron en remolino á la superficie del agua. Tranquilizóme mi padre algun tanto y mandóme que le tragese otros anteojos y un buen pedazo de pau. = Traeme además, añadió un antiguo ejemplar gótico del sermón que dirigió San Antonio á los peces.

Después de mi visita á la quinta de Comton cambiáronse algunas visitas entre mi familia y la de lady Ulverstone, estrechándose los lazos que las unian. Mi padre ha tenido dos largas entrevistas con lady Ulverstone (sin que mi madre se alterase por ellas) siendo su resultado el que aquella se abstuviese de irritar el herido amor propio de su marido. Asi como en otro tiempo, tomaba parte ahora de trabajos gubernamentales, participa ahora de sus nuevas ocupaciones, interesándose en el cultivo de la Granja, en mejorar la huerta y en aque-

llos frutos que cultivaba sir Guillermo Temple en su elegante retiro y cogia, al decir suyo, del árbol académico de la filosofía. Acompaña además á su esposo en la biblioteca, le pide los libros que él lee y le ruega la traduccion de los que no entiende. Se les encuentra con frecuencia juntos en la biblioteca, en el jardín ó pasean en carretela: esto és seductor! Este nuevo sistema de vida ha difundido la serenidad sobre su frente: sus nobles facciones, antes tan alteradas, respiran frescura, de lo cual me felicito tanto mas, cuanto que estoy seguro de que lady Leonor será pronto feliz y que deberá su felicidad á los consejos de mi padre. Estas dos personas se vuelven á encontrar, pues, en los limites de la edad madura despues de haber seguido tan distintos caminos desde su juventud. Agustin y Leonor vuelven á reunirse en los mismos sitios en que se vieron en la primavera de su vida.— para ayudarla él á cicatrizar las heridas de la ambicion que les habia separado, trabajando entrambos de consumo por asegurarla dicha del rival á quien ella prefirió.

Dos seres mas tiernos cuyo amor inocente no viene á turbar ningun contrario influjo, disfruta, entretanto, de los hermosos dias del verano. ¡Oh vosotros dias sin nubes cuyo dulce brillo parecia un reflejo de

nuestros goces interiores! sitios encantados embellecidos aun por la mágia de una mirada, de una sonrisa, de una palabra pronunciada en voz baja, ó por un silencio significativo! vosotros sois de las gratas sensaciones que despertaba en mi alma aquella naturaleza tan tierna y tímida, tan amable y tan formal, tan consagrada á los solícitos cuidados del cariño, dotes todas recibidas en un estudioso retiro. En Blanca encontraba yo aquella poesia que presta gracia á los mas humildes deberes de la mujer y á los mas vulgares detalles de la existencia! La naturaleza, la fortuna y la igualdad de inclinaciones nos aproximaban mas y mas.

Durante mi voluntario destierro habia cumplido yo con mi deber del hombre, obedeciendo á la ley del trabajo reparando á la vez la ley del trabajo y las pérdidas del corazon. aprendiendo á apreciar este amor grave y tranquilo que se asocia á las realidades del destino del hombre. Yo habia alcanzado la felicidad del hogar doméstico, y durante mi ausencia hizo crecer el cielo junto al umbral de la puerta el arbolillo que debia cubrir el techo con sus flores y embalsamar el ambiente con sus perfumes.

Esta mi recompensa fué debida á las plegarias que dirigieron al cielo los seres queridos de quienes incidentalmente me veia

separado: cada uno de ellos contribuyó por su parte al perfeccionamiento de la jóven de la cual aspiraba á ser yo un tierno protector. Infundióle su padre los sentimientos del honor que sostiene al hombre en su fuerza y á la mujer en su delicada y seductora debilidad. En su afición á toda acción noble y poética se revelaba de quien era hija....

Leia conmovida el pasaje en que Bayardo deteniendo solo al enemigo en un puente, salvo al ejército de la Francia.... fijaba los ojos arrasados en lágrimas en la página en que te vé á Siduey. El Bayardo de Inglaterra, moribundo, quitarse de de sus abrazados labios el vaso de agua fresca que puede dar la vida á uno de sus soldados. ¿Será semejante educación demasiado varonil? No! yo quiero que pueda ser la mujer el sentimiento mas noble del hombre! No mostraba Blanca menos gusto por los encantos de la naturaleza: como su padre, admiraba la belleza del campo la eterna variación del paisaje, las rápidas alternativas de la sombra y de la luz, los vivos colores de las flores, los melodiosos trinos del ruiseñor. ¿Serán estos goces demasiados sencillos? Para los que necesitan los estímulos que las ciudades ofrecen, tal vez; mas la muger que se resigna á vivir en el campo se contenta con no encontrarlo monótono.

Pero vuestra obra, sábio Agustin Caxton, oh tio Rolando, poeta sin un verso, hubiera sido incompleta sin el concurso de la muger, sin esta madre que se propuso dotar de todas las virtudes domesticas á aquella que dertinaba para hija suya.

Te acuerdas, Blanca mia, de la noche de verano en que nuestros lábios pronunciaron por fin aquellos juramentos que tantos años antes hicimos mutuamente con nuestros ojos! Siéntate á mi lado, esposa mia. . . mirame mientras escribo estos renglones—tus lágrimas (no es verdad Blanca que son lágrimas de dicha?) han mojado mi papel! que mas hemos de decir al mundo! Nada, Blanca mia, tienes razon: la página en que han caido esas lágrimas no debe ser profanada ni por una sola palabra.

Aqui debia terminar mi narracion; pero ah! no puedo asociar á nuestra dicha a aquel que debia recuperar tambien en el seno de la familia el lugar que le estaba reservado para gozar de su gloria y de aquella tranquila felicidad que tenia bien merecida por sus largos años de pruebas y arrepentimientos!

El primer año de nuestra union tuvo efecto una sangrienta batalla en la cual alcanzó mi primo por su valor las mas elevadas distinciones, y cuando nosotros estabamos

mas exaltados por la ciega vanidad de las ambiciones humanas... recibimos, poco tiempo despues la fatal nueva de haber terminado su carrera. Murió, como habia pedido al cielo morir, al fin de una jornada para siempre memorable en los anales del maravilloso imperio conquistado para las islas británicas por un valor sin igual.

Murió en los brazos de la victoria á presencia del noble jefe que aun en tan criticos momentos pudo suspender su marcha triunfal para estrechar la mano de aquella víctima de los azares de la guerra » Solo pido una gracia, dijo el oficial moribundo á su general. Dejo un padre que fué soldado tambien: en la tienda se encuentra mi testamento en el cual le dejo cuanto posea y puede aceptar sin avergonzarse. Otro favor os pido además: escribidle vos mismo, de vuestro puño para decirle como murió su hijo. «El héroe cumplió aquel voto, y Rolando de Caxton tiene hoy en mas estima su carta que la larga genealogia de sus ascendientes. Conquistó sus derechos la naturaleza y los antepasados han hecho lugar al hijo.»

En una de las capillas laterales de la secular iglesia gótica entre los antiguos sepulcros de los que pelearon en San Juan de Acre y en Azincourt, sobre la moderna lá-

pidia á Heberto de Caxton, se lee esta sencilla inscripcion:

MURIÓ EN EL CAMPO DEL HONOR

SU PAIS LE LLORA

Y SU PADRE SE HALLA RESIGNADO.

FIN.

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3740401092

